Gerald Brenan

AL SUR DE GRANADA



Yegen es un pueblo alpujarreño, plácidamente recostado en una suave ladera rugosa, arañada por limpios regatos de aguas cantarinas, gratas al paladar. En él vivió Brenan varios años, entre 1920 y 1934, en busca de sí mismo, arrebatado por la sencilla espontaneidad de las gentes que lo pueblan. Las palabras, los gestos, los ruidos, el trajín, las creencias y costumbres de tipo folclórico, todo lo anota minuciosamente Brenan, lo contrasta, se documenta, se deja empapar día a día. El resultado es esta obra, un libro curioso en el cual admiramos tanto el primor con que están descritos los tipos y sus maneras, y el marco en que se mueven, como las originales interpretaciones que el autor hace de cuanto observa. Podemos decir que tenemos ante los ojos una valiosa monografía antropológica servida con un lenguaje transido de emociones. De ahí que el libro resulte incitante, tanto para quien busque la lectura placentera como para quienes pretendan una iniciación en el trabajo de campo antropológico.



Gerald Brenan

Al sur de Granada

ePub r1.1
Titivillus 09.01.15

Título original: *South from Granada*
Gerald Brenan, 1957
Traducción: Eduardo Chamorro
Traducción: Jesús Villa
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.1



A Ralph Partridge

Presentación

La historia y la geografía hispánicas han excitado desde antaño la curiosidad e imaginación de trotamundos ingleses. En las tres últimas centurias el *Homo hispanicus* y su morada han ofrecido sorprendentes y recias diferencias a los de la zonza Albión. Espíritus con nervio, en busca de rareza y aventura, de sobria y rancia virtud, de desfase y destiempo europeo, han tenido aquí su cita. Un buen número de audaces, saboreadores de platos fuertes, se alistaron, con sable y pluma, a uno y otro bando en las guerras carlistas, como lo hicieron más tarde otros compatriotas en la guerra civil de 1936. Lord Carnarvon (1827), J. F. Bacon (1835-36), el escocés C. F. Henningsen (1836), E. B. Stephens (1836), T. Farr (1838), C. F. F. Clinton (1838-39), A. Ball (1846), A. D. Barrie (1866-67), E. Borges (1872-73), C. L. Gruneisen (1874) y J. Furley (1876), entre otros, tomaron parte en las refriegas o al menos narraron algunas de las que presenciaron o idearon y/o elucubraron sobre las facciones y problemas políticos del país. Otros, como M. J. Quin y D. I. Davis, practicaron desde aquí la política periodista, a la que añadían fuertes pinceladas de sabor local.

Las relaciones de viajes con peripecias de posadas y truhanes, con apreciaciones personales del carácter de las gentes y descripciones costumbristas, algunas muy agudas e interesantes, llenan muchas páginas. Un elenco inicial de nombres daría estos al menos: W. Beckford (1787), Sir J. Carr (1809), J. Galt y J. C. Hobhouse (1809-10), Sir J. T. Jones (1811-12), M. Keatinge (1817), S. E. Widdrington (1829-32), L. Badcock (1835), M. Witson (1837), C. R. Scott (1838), W. H. Rule (1844), F. Hardman (1846), W. E. Baxter (1852), J. M. Graham (1866) y H. J. Rose (1875). Fuera de

serie hay que clasificar al inefable Borrow (1835), mejor observador de lo que algunos creen, al metódico y competente R. Ford (1845), que recientemente ha sido reeditado en inglés, y al clérigo anglicano J. Townsend, que recorrió España en los años 1786-87 y cuya excelente obra —que está pidiendo a gritos traducción a nuestro idioma— es de primera importancia para el antropólogo, el historiador y el economista.

El viajero inglés no sólo se sirvió de su pluma para captar lo hispano. Dibujos, grabados, láminas, pinturas y litografías, algunas deliciosas, completan las narraciones de E. H. Locker (1824), D. Roberts (1832-33), J. F. Lewis (1833-34), T. Roscoe (1835), S. Crocker y B. Barker (1839), Lady Chatterton (1843) y G. E. Street (1865).

A pie hizo sus andanzas por nuestros caminos J. S. Campion por los años 1876 y 1877. Aventuras de a pie son también las recientes del incomparable y agitanado Walter Starkie, publicadas en español. En bicicleta hizo su periplo por nuestras tierras A. M. Bolton (1883). Y hace muy pocos años, una dama, Penélope Chetwode, con una mula por compañera, recorrió el sur, que describe con primor. Nina Epton es, sin duda alguna, excelente conocedora de nuestras tierras, tesoros artísticos, gentes, costumbres y aldeas. Sus libros sobre nuestras fiestas, emociones y pasiones, sus pulcras descripciones de nuestras costas y tradiciones tienen interior; cautiva porque sabe, y sabe porque sabe ver. Por último, los libros de viajes recientes por España de Laurie Lee y H. V. Morton son releídos con gusto por sus compatriotas.

Dentro de esta tricentenaria cadena bibliográfica, el libro que el lector tiene en sus manos constituye un eslabón especial. Su autor, Gerald Brenan, no requiere presentación. Otra de sus obras, *El laberinto español*, ha hablado ya por él. En septiembre de 1919 Brenan se halla en Inglaterra; acaba de batallar en la primera guerra mundial, en la que ha sido condecorado. Allí encuentra una sociedad hermética, con rituales y tabúes anquilosados. El ritmo de vida e ideas de la acomodada clase inglesa, la suya, le sofoca; no se ve a sí mismo sujeto a la rueda de una profesión monótona. Quiere respirar una atmósfera menos cargada, más pura, donde lo primero ocupe el primer puesto; quiere leer, pensar, imaginar sin bridas,

quebrar la rigidez de su educación en una *public school.* Llena la maleta de libros, pone unas libras en su cartera y llega a la Alpujarra. En Yegen alquila una casa por ciento veinte pesetas al año y comienza, a los veinticinco de edad, su autoeducación.

Los libros que lee le conectan con el pasado cultural; pero a su vera, en su misma casa, fluye a borbotones la vida de un pueblo que él curiosea desde cerca. Así comienza el experimento Brenan en el arte de vivir. Gusta de la quietud, de las montañas, de las estrellas, del aire y del ruido de los regatos. Pero también pronto le fascina la pequeña comunidad, en la que todos se conocen y en la que cada uno tiene su perfil y estancia personal. Descubre espontaneidad en el vivir, un mundo premecánico, no cuadriculado, en el que lo humano parece gozar de prioridad sobre todo lo demás. La vida lugareña que día a día sorprende desde su ventana le coloca frente al Otro, contrapone al modo de vida alpujarreño el estilo sofisticado de un inglés, enfrenta dos culturas en una palabra. Bastará que la estancia se prolongue para que el Otro ofrezca un *challenge* intelectual a un espíritu tan observador como el de Brenan.

Determinado a arrancar el secreto que encierra un diferente modo de ser, desliza con dulzura vista y pluma sobre el lomo de la Alpujarra, detiene su retículo inquisitivo en Yegen, toma notas día a día y compone esta sugestiva visión sobre la comunidad y aspectos de la historia hispana. Describe costumbres, folclore y fiestas; presenta una galería de siluetas de caracteres locales —y extranjeros —; discurre y razona sobre la cohesión interna de la comunidad, sus fricciones, dramas y hostilidad, sobre la economía y quehaceres diarios de labradores y pastores, sobre el noviazgo, matrimonio y familia; delinea la posición del hombre y de la mujer y analiza el significado de creencias, rituales, valores, religión y muerte. En otras palabras, nos ofrece algo que se parece mucho a una monografía antropológica.

Ahora bien, y esto es precisamente lo que le confiere un encanto especial, la obra no es ni antropología ni poliantea. Es una original simbiosis de arqueología, historia, etnología y antropología, salpicada de sugestivas interpretaciones. Su narración de los primeros contactos con la gente los podría firmar como propios cualquier antropólogo en la iniciación de su estancia en una

comunidad. Por otra parte, no se deja agostar por la rigurosa metodología antropológica, la sobrevuela; y sin embargo, el frescor y viveza de la observación, no coloreada por preceptos academizantes, produce una obra con capítulos de original pureza antropológica. El libro, muy distinto de los relatos de viaje ingleses de otras centurias, constituye el punto de arranque de otra orientación.

A partir de la década de 1940 comenzó a reanudarse la venida de ingleses a nuestro suelo con el propósito de escribir sobre nuestras maneras y costumbres; pero esta vez no se trata ya de viajeros en busca de aventuras o color local, sino de antropólogos sociales, quienes, equipados con técnicas especializadas, eligen comunidades para investigar nuestros modos de vida o sistemas socio-culturales, con arreglo a un cuerpo teórico de doctrina antropológica. La monografía que redactan sirve normalmente como tesis y esta es la base de una ulterior publicación especializada. J. Pitt-Rivers estudió un pueblo andaluz; M. Kenny eligió una comunidad de la provincia de Soria y una parroquia madrileña; J. Corbin y señora Corbin estudiaron la comarca de Ronda; F. Rigg pasó un año en un lugar murciano y R. Cooper ha investigado parte de la isla de Ibiza. El Pirineo aragonés ha sido el escenario de trabajo de campo de P. Adams, y el leridano, de N. Codd y M. R. Redclift. Los dos primeros, hoy profesores de la disciplina, publicaron ya el resultado de sus respectivas investigaciones.

¿Qué lugar ocupa el libro de Brenan en esta larga tradición narrativa inglesa? He escrito más arriba que se trata de un eslabón especial en la cadena; une los dos extremos. Sentimentalmente, el autor se engarza con la primera parte de la cadena, con el pasado; lo busca con nostalgia, por temperamento. En realidad Brenan en Yegen se busca a sí mismo. Pero en cuanto a enfoque y contenido no sólo preconiza, sino inaugura la científica perspectiva del presente. Dentro de esta nueva orientación es ya un clásico. Como clásico, su lectura cautiva; su sencillez y atractivo es tal que lo puede gozar un adolescente; su penetración y perspicacia hacen de él lectura necesaria para todo el que pretenda iniciarse en el trabajo de campo antropológico. Y para todos estas páginas son una delicia.

Además, hacen pensar.

Carmelo Lisón Tolosana


Mapa de
LA ALPUJARRA
(muestra las carreteras
que existían en 1925)
N
Guadix
GRANADA
LLANOS DEL MARQUESADO
La Calahorra
SIERRA DE FILABRES
Puerto del Lobo
SIERRA NEVADA
Veleta
Mulhacen
Padul
Trevelez
Medina Bombaron
Valor
Mairena
Berchules
Yegen
Canjayar
Jubiles
Pitres
Cádiar
Yator
Ugijar
Alcolea
Lanjarón
Orgiva
Jorairatar
Alhama
Nijar
Torviscon
Murtas
SIERRA DE GADOR
SIERRA DE LUJAR
SIERRA LA CONTRAVIESA
Berja
ALMERIA
Albuñol
Motril
Adra
CAMPO DE DALIAS
PERRIN
Cabo de Gata
MAR MEDITERRANEO

Nota del autor

Los nombres de los vecinos de Yegen que se mencionan en este libro son totalmente ficticios.

Prefacio

Al sur de Granada, a través de las rojas torres de la Alhambra, se divisa una cordillera montañosa conocida con el nombre de Sierra Nevada, pues permanece todo el año cubierta de nieve. Este es el famoso paisaje, infinitamente reproducido en las postales, que atrae a los turistas a Andalucía durante la primavera. Pero olvidemos la Alhambra, dejemos a un lado los ruiseñores y fijémonos únicamente en las montañas. Son suficientemente altas como para jactarse de poseer pequeños glaciares, y, al cruzarlas, se llega a un territorio ancho y profundo, sumamente accidentado y separado del mar por una cordillera costera. Esta región, que hasta hace muy poco tiempo únicamente podía recorrerse a pie o a lomo de mula, es el tema central de este libro.

O mejor, el protagonista es un pueblo situado en su interior, cuyo nombre es Yegen. Es un pueblo pobre, uno de los más pobres entre los ochenta, aproximadamente, que tachonan La Alpujarra —así se denomina esta fértil región—, y está situado a gran altura sobre el mar. Su situación es tan remota, que hasta que no se construyó la actual carretera el viaje desde Granada duraba dos días. Pero es hermoso en su forma primitiva, y puesto que he vivido allí durante seis o siete años, entre 1920 y 1934, me he interesado por todo lo que a él se refiere. Y creo que lo conozco suficientemente bien como para escribir sobre él con alguna profundidad.

Así pues, la parte principal de este libro está dedicada a la descripción de este pueblo, con sus costumbres, su folklore, sus fiestas y algunos de sus personajes más notables, sus querellas y sus problemas de amor. También considero algunos otros lugares de la región, las altas montañas que la circunscriben, Guadix y su barrio

de cuevas, situado al otro lado de estas mismas montañas. Sigue después un capítulo sobre arqueología e historia y cuatro capítulos más sobre Almería y Granada, tal como eran en aquellos días, fijándome especialmente en temas como el amor, el noviazgo y el matrimonio. Finalmente relato en un par de capítulos la visita que hicieron a mi hogar en las montañas cuatro conocidos escritores: Lytton Strachey, Virginia Woolf, David Garnett y Roger Fry. Aunque estos capítulos rompen inevitablemente la narración e introducen un elemento no español y quizá incongruente, he creído que sería un error no incluirlos.

Naturalmente se me preguntará cómo elegí por hogar un sitio tan remoto. La explicación más breve sería decir que trataba de huir de la vida característica entre la clase media inglesa. Hoy, en nuestra sociedad, desprovista de formalismos, hacer tal cosa me parece una extravagancia, pero puedo asegurar a cualquiera que se haya hecho hombre después de 1920 que no puede hacerse idea de lo sofocante que era aquella vida, ni de las escasas salidas que se le brindaban a un muchacho cuyos horizontes habían sido transformados por las lecturas poéticas y que no podía hallar satisfacción en ninguna de las profesiones rutinarias. La Inglaterra que conocí estaba petrificada por sentimientos de clase y convencionalismos rígidos. Mi visión de la vida inglesa se hallaba además empañada por los recuerdos de mis años escolares, de manera que, en cuanto acabó la guerra y me licencié, partí a descubrir ambientes nuevos y más respirables. Traje conmigo una buena cantidad de libros, un poco de dinero y la esperanza de que sería capaz de mantenerme durante el tiempo conveniente para adquirir algo que me era muy necesario: una educación. Después, ya vería.

Aquí echo de menos laúdes y violines que tocaran una pieza que podría llamarse *Loores de España*. Pues me siento muy escaso de recursos para expresar en pocas palabras el peculiar sentimiento de tranquilidad y gozo que, casi desde el primer momento, me produjo esta aldea, su forma de vida y, sobre todo, la tierra, de un ocre intenso, como piel de buey. Debo dejar esto bien claro, ya que el lector no encontrará demasiados pasajes abiertamente laudatorios en este libro. Me limito a escribir lo que recuerdo haber visto, y doy

por supuesto que nadie va a encontrar en España un país modelo, como Suecia o Suiza, condicionado por el ritmo de sus máquinas, sino, por el contrario, un país que hasta la fecha ha insistido en conservar una cierta dosis de anarquía y rebeldía. Me es imposible decir hasta cuándo durará esta situación, pero es cierto que al sur de los Pirineos vive todavía una sociedad que antepone las más profundas necesidades del alma humana a la organización técnica necesaria para alcanzar un nivel de vida más alto. Es esta una tierra en la que crecen conjuntamente el sentido de la poesía y el sentido de la realidad. Ni uno ni otro engranan con la perspectiva utilitarista.

Únicamente resta otra cosa que me gustaría anotar en este prefacio: una observación de carácter sociológico. La aldea en la que tantos años pasé gozaba de un emplazamiento mejor que el de la mayoría de los pueblos andaluces. Casi todo el mundo obtenía lo suficiente para comer, aunque los niveles de alimentación, vestido y bienestar de las familias, a excepción de dos o tres privilegiadas, eran más bajos que los del campesino u obrero inglés más pobre. ¿Quiere esto decir que vivían en la miseria? Yo diría que, aunque no hay modo posible de medir la felicidad, estos labriegos, dotados de la rapidez mental de los habitantes de la ciudad, sacaban a la vida un considerable rendimiento. El escaso margen con el que habían de desenvolverse era causa de una cierta ansiedad en tiempos de sequía o mala cosecha, y aunque durante ciertas estaciones debían trabajar muchas horas, nadie cambiaba la aldea por la ciudad, a menos que algún infortunio familiar le obligara a hacerlo. Y cuando alguien emigraba a América, como sucedía de vez en cuando, era casi siempre con la intención de regresar tan pronto hubiera conseguido el dinero suficiente para vivir. La principal razón de este comportamiento estribaba en el hecho de que pertenecer a una comunidad cerrada aseguraba a cualquiera de sus miembros la posesión de su pequeño hueco, del cual ni siquiera llegaría a privarle su mal proceder. Eso era más que suficiente para contrarrestar el señuelo de las grandes ciudades, con sus cines, sus cafeterías y sus altos salarios. Con otras palabras: un incremento en el nivel de vida constituía un pobre sustituto de la pérdida del sentimiento de comunidad primitiva, y los campesinos españoles

eran suficientemente sagaces para caer en la cuenta de ello. ¿Es necesario mencionar las fuentes de una obra como la presente? Si es así, permítaseme decir que la exposición que hago de las creencias y costumbres locales ha sido extraída de notas que a su tiempo tomé, verificadas por Rosario, mi ama de llaves, nativa de la aldea y verdadera mina de información sobre todo lo relacionado con la misma. En otros sitios he utilizado fragmentos de diarios. Además, puesto que mis breves comentarios sobre la fundación de Almería no se ajustan a las versiones que ofrecen otras obras, me gustaría aclarar que los he obtenido al trabajar sobre la mejor y más reciente autoridad, E. Lévi-Provencal, en su *Histoire de l'Espagne Musulmane* (1942-50). Para mis páginas sobre prehistoria me he basado principalmente en las secciones que, firmadas por los más sobresalientes arqueólogos españoles, se encuentran en los primeros volúmenes de la gran *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, así como en varios ensayos sobre excavaciones y en *The Prehistoric Foundations of Europe*, de C. F. C. Hawkes, 1939. Asimismo, he consultado el admirable trabajo de don Julio Caro Baroja *Los pueblos de España* (1946) y unos cuantos libros sobre folklore español y materias afines. Doy estos nombres únicamente para mostrar que cuando ha sido preciso me he tomado el trabajo necesario, ya que, de hecho, la mayor parte de este libro proviene de mis propias observaciones y experiencias, alteradas por una mala memoria. Todo lo que pretendo es entretener a quienes gustan de viajar sentados en su sillón preferido y se divierten, en las veladas lluviosas, con lecturas sobre el modo de vivir de las gentes de remotas aldeas montañosas, en el clima sereno de la zona sur del Mediterráneo. Uno ve desde el aire estas aldeas, lee sus extraños nombres en el mapa y, si abandona la carretera principal, puede incluso toparse con ellas, pero su vida permanece siempre tan misteriosa como la de la muchacha de rostro inolvidable que uno ve durante un instante a través de la ventanilla de un vagón del tren. Aquí se describe una de esas aldeas. Quisiera dar las gracias a mi amigo don Modesto Laza Palacios por haber respondido a tantas preguntas como le hice sobre todo tipo de cosas. A míster Robert Aitken por informarme sobre norias y arados. Debo también profunda gratitud a mi amigo Guy Murchie, autor del fascinante

libro *Song of the Sky*, por haberme conducido en su coche en una gira por toda la región descrita en la presente obra. Algunos de los primeros capítulos han aparecido en *Der Monat*, publicada en Berlín, y en la *Anchor Review*, publicada por Doubleday en Nueva York, ambas bajo la dirección editorial de Melvin J. Lasky.

I. Llegada y descubrimiento

Fui a España por primera vez en septiembre de 1919. Acababan de licenciarme del ejército y buscaba una casa en la que pudiera vivir una temporada, lo más larga posible, con los ahorros de mi paga de oficial. Escasos eran mis estudios, ya que los conocimientos de la vida moderna que uno logra durante la enseñanza secundaria son muy pobres, y la guerra había dejado en mí el disgusto por las profesiones corrientes. Antes de decidir lo que iba a hacer, deseaba pasar unos años leyendo los libros que había reunido, inmerso en el modo de vida mediterráneo. No obstante, el hecho de que eligiese España en vez de Grecia o Italia no fue debido a ningún sentimiento especial hacia ella. Casi todo lo que sabía sobre ese país se reducía a que había sido neutral durante la guerra y, por tanto, imaginaba que la vida resultaría allí barata. Para mí esto era esencial, puesto que cuanto más consiguiera que me durara el dinero, más tiempo podría gozar del ocio.

Mis primeras impresiones tras desembarcar en La Coruña fueron descorazonadoras. Pasé unos cuantos días recorriendo Galicia y luego viajé a través de la meseta en un tren mixto que se detenía durante diez minutos en todas las estaciones. A medida que nos arrastrábamos por aquella infinita extensión amarilla me sentía penosamente sorprendido por la desnudez y la monotonía de la región. Ni un arbusto, ni un árbol, y las casas, construidas de adobe, eran del mismo color que la tierra. Si toda España iba a ser así, no veía posibilidad de establecerme en ella. Cuando llegué a Madrid comenzó a llover a cántaros. Además, caí en las garras de dos arpías, dueñas de una casa de huéspedes. Me exigían pagar cada comida por adelantado y no me quitaban ojo mientras comía,

arrebatándome el plato antes de que hubiera terminado, para engullir ellas los restos en la cocina. Sus ojos tenían el brillo acerado de quien no ha comido durante un mes. Comenzó a llover otra vez en cuanto llegué a Granada. Vi la Alhambra a través de una llovizna persistente y me pareció vulgarmente presuntuosa y enlodada, como una gitana sentada bajo un seto empapado. ¿Así que este era el fabuloso palacio oriental de las postales?

La gente también me desilusionó. Esperaba encontrarme con hombres envueltos en largas capas, con la daga al cinto, y mujeres en posturas goyescas, luciendo mantillas y peinetas. Lo que vi fue una raza sombría y paticorta que caminaba presurosa bajo los paraguas o charlaba estrepitosamente hasta las dos de la madrugada. Ni siquiera parecían amistosos. El único español con el que me relacioné fue el hijo del dueño del *corralón*[1] (la versión andaluza del *fondak* árabe) cercano a la estación, en el que me hospedé. Era inválido y, como no podía trabajar, pasaba las mañanas entregado a la autodidacta labor de aprender alemán: el idioma del futuro en su opinión. Me ofrecí a darle unas pocas lecciones, a cambio de las cuales me expresó que la esperanza de España descansaba en la maquinaria agrícola y en la industrialización, y que en pocos años ambas serían introducidas en el país por técnicos alemanes. Parecía ser un socialista, confiado en una cercana revolución mundial difundida desde Berlín.

Quienes hayan estado en Granada sabrán de la existencia de una elevada cadena de montañas, Sierra Nevada, situada inmediatamente al sur y con nieves perpetuas. Al otro lado de estas montañas, entre ellas y el mar, existe una franja de terreno bien regado y tachonado de aldeas, que lleva el nombre de la Alpujarra. Había elegido sobre el mapa esta región porque creía que, con toda probabilidad, hallaría en ella un lugar adecuado para instalarme, de manera que me preparé para ir allí. Compré uno de esos sombreros sevillanos de rígida ala negra, ya que imaginé que me haría menos conspicuo, metí unas cuantas cosas en una mochila y, en cuanto cesó de llover, me puse en marcha.

Mi plan consistía en hacer un recorrido hacia el oeste, en dirección a Málaga, y abordar la Alpujarra por el lado opuesto. También allí, en la Axarquía, encontraría aldeas encaramadas sobre

el mar y quizá fuera una de ellas la adecuada para mis propósitos. Pero no había tomado en consideración los problemas que el mapa planteaba. El único disponible era el *Mapa Provincial*, una hoja pequeña, pavorosamente coloreada y del tamaño aproximado de un pañuelo grande, destinada mayormente a servir a los oficiales como carta de referencia. Estaban marcadas las aldeas, aunque no siempre en su situación correcta, pero no aparecían las montañas y daba una idea estrictamente esquemática de los ríos y arroyos. No necesito hablar de las carreteras, pues pocas habían sido construidas en aquella época y la mayor parte de mi trayecto lo realizaría por caminos de mulas.

Después de almorzar me puse en marcha; dejé atrás un par de aldeas; comenzó a llover. La carretera era un ancho sendero —el pie se hundía hasta el tobillo en el barro, pues en aquella época ninguna de las carreteras andaluzas estaba pavimentada—, que se extendía ante mí y se perdía en un lejano horizonte de montañas. Sobre mi cabeza se movía lentamente un cielo de nubes esponjosas y a ninguno de los lados había otra cosa que una llanura ondulada y sin árboles, de un rojo ladrillo, plagada de polvo y de rastrojos. Dejé atrás unas carretas entoldadas tiradas por una recua de seis o siete mulas, a cuyo frente iba un burro. Los hombres voceaban y hacían restallar sus látigos, y los animales hacían más profundas sus huellas en su esfuerzo por arrastrar las ruedas en medio del barro. Cayó la noche; brillaron las estrellas inesperadamente. Los grillos comenzaron a cantar y al rato divisé las luces de Ventas de Huelma y pude oír el ladrido de los perros.

El *parador* era un sencillo edificio encalado, con una enorme entrada. Una vez atravesada esta, me encontré en un zaguán abovedado, blanco y espacioso, que empezaba en un *descargado* o sitio empedrado para descargar, a lo largo del cual se llegaba a las caballerizas, y entonces, formando ángulo recto con la entrada, se transformaba en una especie de cocina embaldosada. Colleras de mula y otros arreos de cuero colgaban de las paredes; al fondo había una chimenea de campana. Había allí dos mujeres, con pañolones rojos sobre sus ajados vestidos negros, que removían una marmita. A corta distancia de las mujeres, y sentados a lo largo de las paredes, estaban unos muleros en hosco silencio, a los que me

uní, sentándome en una silla desocupada. Esperamos. Por fin, y cuando ya había perdido casi toda esperanza de obtener algo que comer, sacaron una mesa baja, en la que se colocó un plato de arroz y *bacalao* y acercamos nuestras sillas. No había platos. Los hombres, con el sombrero firmemente encajado en la cabeza, afirmando así su igualdad ante cualquiera, al estilo de los nobles españoles que tenían privilegio ante el rey, fueron eligiendo su porción en la cazuela, y tras invitarme a mí y a todos los demás a hacer lo mismo, hundían en ella su cuchara con gran protocolo y comenzaron a comer. Así continuaron hasta consumir su ración. Entonces cada cual dejaba su cuchara sobre la mesa y, en cuanto terminaban los demás, se levantaba y la lavaba en la tinaja y volvía a meterla en la *faja* o cinturón de franela roja, donde siempre la llevaba. Por primera vez desde que desembarqué sentí afecto hacia la gente de este país, que sabía combinar de manera tan admirable la simplicidad con los buenos modales.

Tan pronto como terminó la cena los hombres liaron y encendieron sus cigarrillos, y tras echar una última ojeada a sus animales, se tendieron sobre los colchones de paja, que estaban apilados en un rincón de la habitación, y se cubrieron con mantas. Lo mismo hice yo, y descubrí que el patear y resoplar de las mulas y los burros constituyen un buen soporífero. Al primer resplandor del alba nos levantamos todos. Los muleros pusieron los arneses a sus mulas y, después de tomarse una buena copa de anís, emprendieron la marcha por la carretera principal, recta y pelada, mientras que yo tomaba un quebrado sendero que me desviaba hacia la izquierda. Tenía ante mí una larga caminata, pues me proponía cruzar la cadena costera y dormir en una aldea situada en el lado opuesto, denominada Sedella, en la que había oído decir que había una buena posada.

Mi camino avanzaba a través de un paisaje devastado hacía treinta años por un terremoto. Era un territorio accidentado, estéril, quemado por el sol, de color dorado pálido y moteado por irregulares chafarrinones de chaparros y cardos. Dejé atrás dos aldeas —poblados construidos con barro, miserables y ruinosos—. Al abandonar la segunda, me encontré con una persona. Era un joven medio imbécil que custodiaba una piara de cerdos negros y

que cuando le dirigí la palabra agitó los brazos en mi dirección e inició un parloteo incomprensible. A esas alturas, y pese al esfuerzo por seguir el mapa, estaba perdido. El sendero que seguía ascendía primeramente por una ladera de rocas peladas y pedrizas, salpicada de encinas enanas. En el valle pedregoso que se extendía a mis pies las hojas de los escasos chopos se habían tornado amarillas, y en la distancia, aquí y allá, se divisaban cortijos solitarios, cobijados tras las tapias construidas para defenderlos de los bandoleros. Hacía mucho calor y los esquistos de mica de las rocas altas brillaban amenazadores.

Cuando al cabo, y tras mucho trepar, alcancé la última cresta, me encontré en la Sierra de Tejada, un macizo de rocas estrato-cristalinas con casi dos mil metros de altura sobre el nivel del mar. El sol ya teñía el horizonte. Podía percibir las aldeas de la distante Axarquía, extendida a mis pies, sobre las que se elevaban ligeras columnas de humo que se disipaban rápidamente. A esta altura parecían salpicaduras de pintura blanca sobre el tenue rojo de las onduladas colinas que, a manera de dedos, surgían del bloque rocoso, para caer al mar en una sucesión de conos, ondas y redondeadas protuberancias. Más allá, muy distante, flotando en la neblina, descansaba la costa de África. Desde abajo, en la ladera, llegó a mi oído un tintineo de esquilas. Al asomarme vi, allí donde se desplegaba la escarpada ladera, unos rebaños de cabras y ovejas. Sus pastores, nítidamente definidos a la oblicua luz, caminaban detrás de los animales con las capas al hombro. Una persona más sensata se les hubiera acercado y hubiera requerido su hospitalidad para pasar una noche, pero yo estaba empeñado en alcanzar la aldea. Así, pues, comencé a salvar a saltos los afilados bordes y desmontes, para subir luego, serpeando a toda prisa, los últimos repechos. Rápidamente se hizo de noche, y al poco tiempo, lacerado, magullado y empapado en sudor, llegué a Sedella. Aquí me encontré con que la buena posada que me habían recomendado ya no existía. Me vi forzado a instalarme en otra, donde una vieja, refunfuñando por tener que interrumpir el sueño, me frió un par de huevos en aceite rancio y me mostró una cama en la que, hasta el amanecer, fui devorado por un ejército de chinches. ¡De manera que esto era España! Sentí que, al fin, empezaba a conocer el país.

La Axarquía es una región de colinas altas y redondeadas e intrincados valles donde se cultiva la vid. Aquí se cosecha la uva moscatel con la que se elabora el famoso vino dulce de Málaga. El mar se extiende a los pies de la Axarquía como un tapete de seda, pero los únicos árboles de la región son la higuera y el almendro, y yo buscaba una tierra mejor regada y más variada. De manera que, tras aguardar a que me zurcieran mis desgarrones, bajé a la carretera de la costa y torcí hacia el este, hacia Motril. Pero antes de llegar a este lugar, que domina la entrada a la Alpujarra desde su lado sudoccidental, fui víctima de un ataque de disentería.

Continuar la descripción detallada de mi búsqueda de una casa resultaría tedioso. La disentería deja la mente embotada para toda impresión; además, no es mi deseo entrometerme en un terreno que Graham Greene ha explorado de manera exhaustiva en el libro de sus viajes por México. Contentémonos con decir que durante las semanas siguientes me impuse la obligación de continuar mi camino, aguijoneado por el miedo a estropear demasiado rápidamente mi precario equilibrio bancario si me detenía a descansar y recibir tratamiento médico. De esta suerte visité las treinta aldeas, más o menos, de la Alpujarra occidental —las situadas entre Padul y Órgiva y las que se encuentran entre Cástaras y Trevélez, altas e inaccesibles— sin encontrar una casa adecuada que alquilar. Descorazonado y con mi dolencia en un estado cada vez peor, me encontré una tarde en una aldea de la cadena costera denominada Murtas. Aquí, en una posada llena de chinches en la que el único alimento consistía en un arroz aceitoso cocinado con el bacalao más nauseabundo, mi enfermedad llegó a su punto crítico. Era evidente la necesidad de hacer un alto en el camino, y al día siguiente encontré una posada tolerable, casi libre de insectos, en Ugíjar. Es Ugíjar una pequeña ciudad, situada al fondo de un valle poco profundo, capital administrativa o *cabeza de partido* de la Alpujarra occidental.

Esta región me agradó más. Órgiva está situada en una profunda depresión entre montañas, y las aldeas, medio ocultas entre los bosquecillos de naranjos y olivos de largas ramas, están cerradas y sin horizontes. La Alpujarra oriental, que se inclina hacia Almería más que hacia Granada, es más abierta. Ugíjar, con su valle de

álamos y sus rojos farallones, me pareció un lugar encantador. Hacia el norte pude ver, a lo largo del flanco de Sierra Nevada, una hilera de aldeas rodeadas de bosques de olivos y árboles frutales. Y evidentemente, dominaba el paisaje hacia el sur. Tras un día o dos de descanso me puse a explorar estas aldeas y rápidamente di con dos que contaban con casas de alquiler. Una se llamaba Mairena, y la otra, Yegen.

Mairena era una aldea habitada mayormente por gitanos. A pesar de mi admiración por Borrow, estas gentes suscitaron en mí escaso interés. Deseaba vivir entre españoles. Era también una aldea aislada, por lo menos a una hora de camino de cualquier carretera. Yegen, por otro lado, tenía una carretera, y esto le proporcionaba un aspecto más habitable. Se puede caminar de día o de noche a lo largo de una carretera sin mirar a dónde se va. Además, el lugar tenía algo que me resultaba atractivo. Era una aldea pobre, elevada sobre el mar, con un panorama inmenso a su frente. Sus casas grises en forma cúbica de un mellado estilo Corbusier, en rápido descenso por la ladera de la colina y pegadas una a otra, con sus techos de greda, planos, y sus pequeñas chimeneas humeantes sugerían algo construido por insectos. Contaba, asimismo, con abundancia de agua, que fluía a lo largo de la ladera por acequias de riego y descendía a veces a través de las calles y movía un par de molinos. Pero la casa también me había de agradar, y afortunadamente así fue. Era una casa de forma irregular e incoherente, flanqueada por dos casas más pequeñas, e incluía unas nueve habitaciones en la primera planta, así como dos espaciosas *azoteas* o áticos habitables. La planta baja, que se reservaba el dueño, se utilizaba para almacenes y establos. Pero la renta exigida —doscientas pesetas anuales— era más de lo que yo me podía permitir. En la idea de investigar más a fondo algunas de las aldeas que había dejado atrás —había una llamada Nigüelas que me atraía especialmente— y con la esperanza de encontrar algo más barato, eché de nuevo a andar hacia Granada, aquejado por mi dolencia, que alcanzaba sus peores momentos. Cuando regresé, quince días más tarde, la renta exigida por la casa de Yegen había descendido hasta ciento veinte pesetas, que en aquella época equivalían a seis libras en dinero inglés. La alquilé sin más.

El propietario, don Fadrique, la arrendaba en circunstancias trágicas. Su única hija acababa de morir y se iba a vivir con la familia de su esposa en las cercanías de Granada. Pero no podía entregarme la casa hasta el Año Nuevo. De manera que tenía que esperar casi dos meses hasta que me pudiera instalar, y decidí pasarlos en Málaga, donde mediante el descanso y una dieta estricta esperaba verme libre de mi disentería y, con ella, de la debilidad y desánimo que había hecho mi viaje tan penoso. Me puse en camino por la todavía inacabada carretera costera, compraba sobre la marcha queso, pan y naranjas y dormía en las playas. Como mi estado de salud no me permitía hacer largas caminatas, tardé cinco días en cubrir los doscientos nueve kilómetros.

En Málaga alquilé un aseado dormitorio, anteriormente ocupado por un marino noruego, cerca de la plaza de toros. Tras la dura vida de las aldeas era un placer encontrarse de nuevo en una gran ciudad mediterránea. Me pareció una ciudad de contrastes. En la cima de un desmoronado altozano devorado por la luz amarilla, en el castillo moro, pululaban mendigos y gitanos; habían excavado sus cuevas en los muros, y se dedicaban a despiojarse los unos a los otros, sentados al sol, envueltos en las tufaradas que desprendían los naranjos y los excrementos secos. Los chiquillos menores de doce años corrían desnudos. Luego, si uno bajaba hacia el Parque, a un tiro de piedra, la escena cambiaba por completo. Las *victorias* de la aristocracia madrileña paseaban arriba y abajo —por aquella época Málaga estaba de moda como estación de invierno— y los lustrosos y tintineantes caballos y las centelleantes ruedas correteaban bajo el entramado de los plátanos. Podía uno sentarse en cualquiera de los bancos de piedra y observar a los que pasaban. Las jóvenes de la clase media, tocadas con peinetas y mantillas de blonda negra, paseaban con andar de maniquí y recogían las admirativas miradas de los hombres con los que se cruzaban. El peinado podía resultar rústico o elegante, pero en todos los ojos había un brillo excitante y muchos de los rostros eran adorables.

Me dediqué un día o dos a la contemplación de la ciudad, pero luego sucedió algo desagradable. Siempre he sido descuidado con mi presupuesto, y a causa de algún error de cálculo las pesetas que esperaba recibir no llegaban. Durante más de una semana estuve sin

blanca. Mi patrona me daba todas las mañanas un trozo de pan y un tazón de café, y con esto y unas pocas naranjas que compré con mis últimos peniques me mantuve. Para hacer mi situación más exasperante, encontré en correos una carta de un viejo amigo de mi familia. Estaba pasando el invierno en Málaga, en el Hotel Regina, y me invitaba a instalarme en él como huésped suyo y, si el estado de las carreteras lo permitía, a hacer algunas excursiones en coche a Sevilla y otros lugares de las inmediaciones. Pero yo llevaba un traje negro de pana, alpargatas de cáñamo y un sombrero sevillano. Él era un hombre muy correcto —el vestido tenía en aquella época un significado casi religioso—, y con aquel atavío me era imposible presentarme ante él. Más aún, el miedo a encontrármelo accidentalmente llegó a convertirse en una obsesión tal que opté por salir todas las mañanas a pasear por la playa, más allá de los barrios pesqueros y del distrito industrial de Huelín, y pasarme los días junto al mar, sumido en un sombrío estupor. Sobre la arena grisácea las olas resonaban con melancolía, el humo de las fábricas se remontaba lentamente, como si el uno y las otras tuviesen en cuenta a los que tienen el estómago vacío.

Al fin llegó mi dinero. Pude hacer una buena comida y —cosa de similar importancia— comprar algunos libros. Cuando los hube leído, decidí que había llegado el momento de abandonar Málaga. Elegí unas cuantas cosas en una tienda de antigüedades y tomé el tren hacia Granada. Aquí, tras comprar algunas cerámicas más —la porcelana Fajalauza, con sus pálidos dibujos de pájaros y flores en azul, había alcanzado recientemente sus actuales colores crudos y sintéticos—, continué hacia Ugíjar, en autobús y mula.

La Navidad se había echado encima. Los muebles que había mandado construir a un carpintero estaban listos. Había traído de Granada mi maleta, de manera que tenía unos pocos libros para leer. Los últimos días de espera los pasé sentado bajo los naranjales, con un ejemplar de la *Ética*, de Spinoza, y cuando este se mostró demasiado absorbente, con la *Historia de Grecia*, de Bury. Los días de aburrimiento pasados en los campamentos y trincheras me habían llenado de ansia de saber, y las primeras tareas que me había impuesto para cuando me estableciera eran aprender algo de filosofía y estudiar griego por mí mismo. Me sentía avergonzado de

tener veinticinco años y no haber leído más que unas pocas novelas y algo de poesía.

II. La Alpujarra

Me trasladé a mi casa uno de los primeros días de enero. Ascendí la cuesta zigzagueante con los muebles —un *catre*, o cama extensible de tijera, una mesa, dos sillas, un cántaro, la china y la loza que había comprado en mis viajes, algunas mantas y utensilios de cocina— distribuidos en dos cargas de mula. Como ya he dicho, mi situación económica era crónicamente precaria. En ese momento tenía treinta libras en bonos de guerra y treinta libras en el banco, y las únicas sumas que podía esperar en el futuro eran quince libras todos los años, por Navidad, y diez libras por mi cumpleaños. El resto de los ahorros de mi paga de capitán y la gratificación se me había ido en libros o perdido en una mala inversión. A la sazón, España, a pesar de ser, pudiéramos decir, un país intrínsecamente barato, había prosperado durante la guerra y el cambio de la libra era desfavorable. Así, pues, si quería completar el mobiliario de mi casa y pasar en ella unos cuantos años pacíficos, tenía que practicar la más estricta economía. Para comenzar, debía encargarme de hacer mi comida y los trabajos caseros.

Ordené mis cosas en las habitaciones y me puse a pensar cómo organizarme para hacer todo esto. El agua era mi primera necesidad. Haciendo acopio de valor cogí el cántaro de barro y con él en la mano me fui a la fuente. Unas cuantas mujeres con pañuelos anudados a la cabeza y faldas cumplidas y entalladas me miraban y cuchicheaban. La conversación cesó en cuanto llegué y todas me miraban en silencio. Súbitamente se acercaron, me arrebataron el cántaro, lo llenaron de agua y todas a una lo llevaron a mi casa. Comprendí que había infringido de manera inexplicable las leyes de la aldea al tocar uno de esos objetos femeninos, y que

probablemente si me aventuraba a cocinar cometería casi una ofensa.

Esa tarde, al ir de un lado a otro de la casa barriendo y quitando el polvo, noté cómo desde las ventanas del otro lado de la calle me observaban unos rostros femeninos que desaparecían tan pronto los miraba. Esto me resultaba desconcertante. Cerré los postigos de madera —en toda la aldea sólo en dos casas había cristales— y proseguí mi trabajo, en la penumbra. Próximo el ocaso, subí a la terraza. Tal como he dicho, en lo alto de las escaleras, cubriendo parte de la casa, había un gran ático o *azotea*, que se utilizaba para almacenar grano y secar tomates y pimientos rojos. Se comunicaba con un *terrado*, o terraza, de greda lisa. Frente a mí se extendía un ancho panorama de montañas, valles, aldeas y, a lo lejos, el mar, como un fotograma de las maravillas del mundo en un libro infantil de geografía. Tras la casa se elevaba suavemente la montaña, en escalones de bancales cultivados, mientras que a mis pies, deslizándose por la ladera, se desplegaba la aldea: una aglomeración de grises superficies rectangulares que, vistas desde donde yo estaba, semejaban un cuadro cubista de Braque. El sol se ponía ya. Las cabras y las vacas volvían al poblado, las voces de hombres y mujeres se llamaban unas a otras cerniéndose en el aire como arroyos. Blancas palomas volaban en círculos. Absorto en este espectáculo llegó hasta mí un dulce aroma. Mirando a mi alrededor vi que cada uno de aquellos tejados grises tenía una chimenea y de todas ellas salía un penacho de humo azul, que uniéndose a otros penachos daba lugar a una tenue neblina que gravitaba sobre la aldea. Las mujeres preparaban la cena, y como combustible utilizaban ramas de romero, tomillo y espliego traídas a lomo de burro desde las cercanas colinas.

Estaba contemplando este panorama cuando de la trampilla de mi azotea surgió una mujer. Sus vestidos eran de un negro pardusco y llevaba un pañuelo también negro a la cabeza. Su edad resultaba totalmente imposible de adivinar. O mejor dicho, a medida que la fui observando llegué a la conclusión de que tenía dos edades. Una, la de su rostro, consumido y estriado como el de una campesina de cincuenta años, y otra, la de su cuerpo flexible y ágil y su mirada aguda y viva de mujer de menos de treinta años. Con la mirada baja

se acercó a mí y me explicó que su nombre era María, que era sirviente del propietario de la casa, don Fadrique, y que estaba dispuesta, si yo lo deseaba, a trabajar para mí. Tras una leve insistencia puso un precio —una peseta diaria más la comida— y la tomé.

Ahora podía dedicarme a vivir en mi nueva casa. Mis libros —dos mil— llegaron en un carromato desde Almería, y poco a poco fui comprando más sillas y mesas de artesanía local, expandiéndome por las demás dependencias de la casa. Acostumbraba a trabajar por las mañanas, pasear a primeras horas de la tarde y pasar el resto de ella leyendo en mi habitación o charlando en la cocina con María y sus amistades. De vez en cuando recibía visitas de cortesía de la gente bien o de los que querían pasar por tales, e invariablemente, y a pesar de que la lámpara de parafina daba una luz exigua para leer, me acostaba muy tarde.

No se puede vivir en una aldea española sin sentirse seducido por su vida. Durante la primera o las dos primeras semanas me miraban con la boca abierta en cualquier lugar donde fuera. Después, de una forma bastante súbita, era recibido con sonrisas y palabras de bienvenida. Llegaban a mi casa, merced a una fina costumbre andaluza, numerosos regalos: huevos, frutas y verduras, y al poco tiempo era invitado a bodas, bautizos y otros acontecimientos familiares. Me sorprendió ver la facilidad con que aceptaban mi presencia entre ellos. De vez en cuando, en aldeas menos aisladas, la gente me había preguntado si estaba buscando oro, pero en Yegen no se interesaron por mis razones para estar allí, y nada me preguntaron. ¿Era esto debido a una falta de curiosidad típica del campesino? Como explicación me parecía negativa en exceso. El tiempo había de mostrarme que la vida de estas gentes transcurría tan enfrascada en su aldea, que todo lo que sucediera fuera de ella o no fuera susceptible de ser explicado en sus términos carecía de sentido.

He descrito cómo llegué a instalarme en este lugar remoto. Procuraré ahora dar cierta idea de la vida de los aldeanos. Es mi propósito ocuparme de sus labores, sus costumbres, su folclore, sus festejos religiosos, sus alegrías y cuitas amorosas, sus tipos y caracteres, así como de otras muchas cosas. Pero ¿por dónde

comenzaré? Creo que para el lector será más fácil hacerse una idea si comienzo con una breve descripción de la región en que esta gente vive. Aquellos que no gusten de la geografía pueden saltarse algunas páginas.

La región conocida como la Alpujarra o las Alpujarras —pues se utiliza indistintamente en singular y en plural— consiste en un largo valle, que corre de este a oeste y está situado entre Sierra Nevada y la cadena costera. Este valle desemboca en dos zonas importantes: la occidental, centrada en torno a Órgiva, está regada por un río que llega al mar por Motril, mientras que la oriental, cuya ciudad más importante es Ugíjar, lo está por un río que da al mar a la altura de Adra. Estas dos zonas son muy distintas una de otra. La primera es escarpada y angosta y está rodeada por las crestas más altas de las montañas nevadas, mientras que la segunda, aunque respaldada por vertientes cubiertas de nieve hasta julio, es amplia y abierta, de un aspecto mucho más meridional. También, más hacia el este, existe una tercera zona del valle, regada por el río Andarax, que desemboca en Almería, pero como queda fuera del ámbito de este libro no me referiré a ella.

Algo habrá que decir sobre las montañas que circundan este valle. Sierra Nevada, tan abrupta y rocosa en su fachada norte, presenta hacia el sur un aspecto más uniforme y regular. Por esta razón ha sido posible terraplenarla y cultivarla hasta una altura de mil quinientos metros o más sobre el nivel del mar. Sus cimas, que sobrepasan los tres mil metros, superan a los picos más altos de los Pirineos. Sus aguas irrigan, en el sentido más literal de la palabra, unos setenta pueblos y aldeas del flanco meridional, además de los extensos y poblados llanos de Granada y Guadix que se extienden al norte. Pero desde la Alpujarra el aspecto de estas montañas no es impresionante. Debido a la combadura de la pendiente de sus cimas son invisibles desde abajo. Para verlas habría que escalar la cordillera costera, y entonces los ojos se encontrarían con una larga y ondulada línea blanca que desciende gradualmente hacia el este. No hay picos, sólo ligeras protuberancias y fallas sobre el uniforme cerro, y las estribaciones aparecen redondeadas como si fueran barriles.

Respecto a esta masa gigantesca de rocas en descomposición la

cordillera costera presenta un marcado contraste. A su extremo occidental, por encima de Órgiva, la Sierra de Lújar se extiende como una imponente masa de caliza triásica. Contigua, y hacia el este, está la Sierra de la Contraviesa, una cadena de rojas formaciones esquistosas suavemente moldeada, de una altura no superior a los mil doscientos cincuenta metros, pero redimida de la mediocridad por sus estribaciones y quebradas, que ofrecen el aspecto de una cortina chafada. A su fin, justo al sur de Yegen, está atravesada por el río Ugíjar, y más allá, extendiéndose hasta llegar a Almería, descansa la vasta extensión de montañas de Sierra de Gádor, sin agua y yerma, que alcanza una altura de dos mil trescientos metros sobre el nivel del mar. Estas son las montañas que veía desde lo alto de mi azotea cuando mi mirada cruzaba la atmósfera. Más adelante les dedicaré una descripción más completa.

Yegen descansa sobre la vertiente de Sierra Nevada y una carretera lo comunica con Ugíjar. Desde la colina que está sobre mi casa se ve cómo la carretera serpentea en suaves curvas a lo largo del flanco uniforme de las montañas. Primero deja atrás Válor, una gran aldea blanca en la que las naranjas dulces aún están en sazón, y unos cinco kilómetros más adelante alcanza mi aldea. Es un paseo agradable, con verdor incluso en lo más tórrido del verano, pues son doce kilómetros terraplenados en su totalidad y sembrados de árboles frutales, olivos y viñas en emparrado, y a su cobijo crecen el trigo, el maíz y las judías. Una vez pasado Yegen, la carretera bordea un farallón. A lo largo de dos o tres kilómetros no hay nada que ver sino rocas, plantas aromáticas y, abajo, un gran barranco. Súbitamente, a través de un amplio barranco, se divisaba Mecina Bombarón. Es este un pueblo grande, parcialmente encalado y con muchas casas grandes diseminadas entre bosques de castaños. Tiene un carácter completamente diferente al de Yegen, con un aspecto frío y nórdico, y goza de celebridad gracias a sus manzanas y patatas. Unos cuantos kilómetros más allá la carretera termina de repente en la ladera de la montaña. Un día se bifurcaría y el brazo izquierdo conduciría hasta el río, en Cádiar, a casi mil metros por debajo, y desde aquí a Granada, mientras que el otro ascendería todavía más alto, hasta los bosques de castaños y los herbosos riachuelos de Bérchules. Pero esto no habría de suceder hasta 1931.

Mientras tanto teníamos una carretera libre de tráfico rodado, por la que podíamos pasear.

Comparada con los pueblos inmediatos, Válor y Mecina, la característica geográfica de Yegen la constituía su oreada situación; sobresalía un poco de la montaña y se proyectaba —a una altura de mil doscientos metros sobre el mar— entre las zonas de naranjos y castaños. Económicamente, su característica es la pobreza. A pesar de que la tierra es buena y está bien regada, y aunque casi todas las familias poseen su parcela o bancal, carece del núcleo usual de gente acomodada, es decir, esa clase de gente que se afeitaba los sábados por la noche y los domingos se ponía zapatos y corbata. Por la misma razón carece de casas grandes con tejados de pizarras y muros de ladrillos. Toda su arquitectura es primitiva y bereber.

Supongamos ahora que en vez de seguir la carretera escalamos el camino de mulas situado inmediatamente sobre la aldea. Por este lugar el repecho de la montaña no es empinado. A pocos minutos de camino terminan los olivos y aparecen grandes castaños dispuestos como si de un parque se tratara. Por todas partes corren riachuelos. Durante el invierno fluyen por los barrancos, pero en verano el agua discurre por canales artificiales a lo largo de las crestas de las estribaciones. El árbol característico es el álamo. Contornea los cursos de agua, así como los irrigados sotos, cuya fina hierba invita a uno a tumbarse y hacer el papel de un pastor de Giorgione, hasta que descubre el fango. Estos álamos pertenecen a especies extranjeras, originarias de Virginia, y fueron introducidos durante el pasado siglo para ser utilizados como madera para la construcción. Tienen brotes aromáticos y viscosos y hojas en forma de corazón, y aun cuando jamás se les dejaba crecer demasiado, crean un delicado dibujo, como una labor de bordado, sobre la colosal vertiente de la montaña, escasamente diversificada. A la luz del atardecer se veían sus alineaciones, delgadas agujas que pugnaban por sobresalir allá, bajo el horizonte.

A unos trescientos metros por encima de la aldea se alcanza la acequia principal, cuyas aguas provienen de un lejano torrente de las montañas. En el acto desaparecían los árboles y comenzaba una extensión de roca grisácea salpicada de escabiosas. Todavía serían necesarias otras tres horas para alcanzar el paso que comunica con

la altiplanicie del otro lado. Pero ¡qué perspectiva si uno mira hacia atrás! Las arrugadas ondulaciones de las montañas inferiores, rojas, amarillas y violeta, se extienden como una alfombra que llega hasta el mar. El rumor del curso del agua ya no se puede oír, han cesado los ruidos del pueblo. Reina un completo silencio.

En lugar de escalar la montaña, uno puede abandonar la aldea lanzándose ladera abajo. Por aquí los senderos son más escarpados y están adornados con olivos de gran envergadura. Se hacen abruptos rápidamente. Al dejar las acequias, bordeadas durante la primavera por lirios púrpura y azules vincapervincas, se penetra en una región donde los violentos peñascos rojos se precipitan sobre las hondonadas. Aquí se erige Piedra Fuerte, una roca aislada que un día sostuvo un castillo moro y que en la actualidad da cobijo a una familia de gatos salvajes. En las hondonadas, de suave piedra arenosa, anidaban colonias de abejarucos que alanceaban el aire en su vuelo, creando dardos de color con su brillante plumaje verde y amarillo. Aquí crecían los naranjos con sus frutos amarillos. Había también chumberas. Cuando, finalmente, se llega al fondo de la hondonada, uno se topa con el arenoso lecho de un río cubierto de tamariscos y adelfas.

La aldea que posee esta fértil zona de terreno, rica en casi todo tipo de cultivos y de árboles frutales, es un lugar primitivo. Su población superaba escasamente el millar y para alojarse contaba con unas doscientas casas, o quizá alguna más, de dos pisos, construidas de tierra y piedra sin labrar y a veces —especialmente las mejores— con una tosca capa de argamasa. Los muros interiores están enyesados y encalados, si bien, como todos los *pueblos* de la Alpujarra que guardan la vieja tradición, el encalado no se emplea en el exterior. Los tejados están hechos con pesadas losas de piedras dispuestas horizontalmente y cubiertas con una gruesa capa de *launa* apisonada (una especie de arcilla esquistosa obtenida a partir de la descomposición del magnesio gris que cubre los *barrancos*). Su peso mantiene firmes los muros frente a los tornados que sufrimos durante los meses fríos del año. Algunas de estas losas, denominadas en este caso *aleros*, se disponían para proteger los muros en una zona de unos treinta centímetros a todo alrededor de la casa. El agua se drenaba de los tejados mediante canalones. Un

rasgo distintivo de este tipo de edificios es la *azotea* o ático, construida en una porción del *terrado* y abierta al frente. Durante los meses de otoño e invierno uno puede ver en ella mazorcas de maíz y ristras de pimientos rojos, berenjenas cortadas en rebanadas y tomates colgados a secar. Las casas en que no había azotea tenían por lo general en la primera planta una larga galería abierta que servía para el mismo propósito. Como es usual en las aldeas montañesas, las calles son estrechas, torcidas y empinadas. Y como las casas están encajadas unas en otras y, además, construidas sobre una vertiente, el efecto a distancia es el de una confusa aglomeración de cajas en ascensión hacia la cumbre.

Este estilo de arquitectura únicamente se encuentra en la Alpujarra, en Argelia y en el Atlas marroquí, si bien la casa con azotea, en la región seca sudoriental española, se retrotrae hasta la Edad del Bronce. Puesto que la Alpujarra fue colonizada durante la Edad Media por los montañeses bereberes, es de suponer que fueron ellos los que introdujeron este tipo de construcción. En cualquier caso, muchas de las casas de Yegen son probablemente de edificación mora, aunque reconstruidas.

Al igual que muchas de las aldeas de Sierra Nevada, Yegen se compone de dos barrios, construidos a corta distancia el uno del otro. El *barrio de arriba*, en el que yo vivía, comienza justamente debajo de la carretera y termina en la iglesia. Aquí hay un espacio nivelado de dos o tres acres de extensión —un tajo en la infinita vertiente— dedicado al cultivo, e inmediatamente, descendiendo, comienza el *barrio de abajo*. Los extraordinariamente fuertes sentimientos de vinculación a su lugar de nacimiento que tienen los españoles se manifestaban incluso en el caso de estos *barrios*, pues, aunque no había diferencia en su composición social, se daba entre ellos un decidido sentimiento de rivalidad. La gente hacía sus amistades principalmente en el barrio donde vivía, y si tenía que mudarse de casa eludía ir a vivir al otro. Tanto en la política como en las rencillas privadas, ambos *barrios* tendían a adoptar posiciones opuestas. Pero como no había obstáculos para la formación de matrimonios entre los dos, el sentimiento jamás se había hecho muy profundo, y desde luego no se podía comparar con el abismo que separaba un pueblo o aldea de otro.

Todos los que entraban en la jurisdicción de la aldea tenían en ella su casa, excepto las cuatro o cinco familias que vivían en Montenegro, a media hora de camino. En la época de los moros esto había sido una granja única, perteneciente a un árabe opulento de Mecina Bombarón llamado Aben Aboó, quien en 1579 había sido uno de los cabecillas de la rebelión contra los españoles, pero ahora estaba dividida en varias pequeñas propiedades. Así, pues, constituía lo que se denominaba un *caserío* o *cortijada* —es decir, algo más pequeño que un *lugarcillo* o *barrio*— y su independencia de la aldea estaba refrendada por el hecho de que dos familias de la aldea adyacente, Yátor, vivían allí. En virtud de una antigua costumbre, ningún «forastero» podía mantener o arrendar o trabajar la tierra de una aldea de la Alpujarra, aunque si era rico nadie iba a poner objeción alguna. En la Cuesta de Viñas, al este de la aldea, había habido durante la época mora una gran concentración de casas —lo que se denominaría un *lugar*—, pero había desaparecido sin dejar rastro. Cercano a su emplazamiento se encontraba un pequeño cortijo, administrado desde la aldea, y era esta la única granja en ocupación permanente dentro de los límites de Yegen, con la excepción de una granja de ganado perteneciente a mi casero, don Fadrique, a dos horas de camino en las montañas. Más adelante hablaré de él.

III. Amistades y descubrimientos

Me inicié en la vida española por mediación de María Andorra, mi sirvienta. Su madre había sido sabia y partera, de manera que establecí contacto con temas del folclore, de magia, con las costumbres aldeanas y cosas por el estilo que entraban ya en un rápido proceso de desaparición. María Andorra sabía todo lo referente a las hierbas utilizadas en la preparación de tintes y medicinas y era asimismo una excelente narradora de cuentos. Muchas de sus narraciones resultarían familiares al lector de Grim o de *Las mil y una noches*, pero por lo general había en ellas un punto de picardía u obscenidad. Excepto en la casta, asexuada Irlanda, los campesinos tienen una mentalidad chabacana, y me imagino que así se manifiestan siempre, por lo menos hasta que el investigador del folclore saca lápiz y papel.

De vez en cuando procuraba encauzar mi conversación con María hacia el tema de la brujería. Las *hechiceras* —me dijo— habían visto pasar sus días mejores. Desde antes, sus actividades habían registrado un singular declive. Su arte requería intimidad, y por esta razón se había visto desplazado por las obras de ingeniería. Pero me aseguró que de haber visitado Yegen unos pocos años antes, las habría visto flotar por el aire a la luz de la luna, encaramadas como lechuzas en los álamos, y volar hacia las eras en las que se celebraban sus reuniones. Su madre —aunque María no me lo dijo— había sido una notable hechicera, mientras que el molinero había sido brujo, y la misma María Andorra había asistido a unas cuantas de sus peregrinaciones, pues el molinero era un individuo pesado y chaparro, de más de sesenta años, sin la vivacidad que cabría esperar de una persona que todos los sábados

despegaba de su tejado como un helicóptero.

El símbolo del poder hechiceril era un mortero con su mano que pasaba de madre a hija. Como todas las familias los poseían —en la lista de las necesidades domésticas aparecían a continuación de la sartén y, en algún modo, antes que la marmita— no era fácil decir cuál tenía propiedades mágicas y cuál no. Quizá sólo los viejos morteros de madera, suplantados recientemente por el almirez de cobre, poseían la necesaria potencia. Sin embargo, y a pesar de la construcción de la carretera, todavía se utilizaban bastante, pues, aunque la costumbre de volar se había perdido, la preparación de pociones de amor continuaba siendo un floreciente negocio. En un mundo en transición, hasta las hechiceras han de adaptarse a las nuevas condiciones, y con el incremento del lujo y del vicio, que todo el mundo estaba de acuerdo en conceptuar como síntomas de los tiempos modernos, el arte de hacer filtros de amor había adquirido nueva importancia.

Mi sirvienta, hubiera o no heredado las artes de su madre, tenía un modo de ser insinuante y dinámico. Su apellido de Andorra —ella utilizaba su otro apellido, Moreno— significa «mujer que pasa el tiempo caminando», y de aquí, «mujer de la calle». Ese había sido el nombre de su madre y también —creo— el de su abuela, y le sentaba como hecho a medida. Todos sus movimientos eran rápidos y cimbreños y bajo sus deslucidas ropas negras —en nuestra aldea las casadas de más de veinticinco años vestían de negro— su cuerpo ondulaba como una serpiente. En algunos momentos, de absoluta exuberancia, parecía próximo a escaparse de sus vestidos. Bailaba bien, con una especie de sofocado vitalismo, y, después de alguna tarde excitante, cuando venían los gitanos, bien cargada de vino, tomaba parte en una o dos *malagueñas*, para terminar derrumbada sobre una silla en un estado de total laxitud. Su tragedia era su rostro. Aunque por aquella época escasamente superaba la treintena, sus facciones rugosas y los atavíos desgastados la convertían en una anciana, y descubrí la razón al cabo de un año o dos vividos en su compañía. Jamás permitió que el agua tocara su cara, pero todas las mañanas y tardes se la lavaba con un aguardiente que quemaba y resecaba la piel hasta dejarla como el perfil de una serranía hispánica.

No pasó mucho tiempo sin que conociera la historia de María. Su padre había muerto siendo aún joven, así que había sido educada por su madre. A los dieciocho o diecinueve años pasó a servir a la mansión de mi casero. La esposa de este, junto con algunos de sus hijos delicados de salud, prefería pasar la mayor parte del año en su casa solariega de las proximidades de Granada, donde los médicos eran mejores, de manera que fue prácticamente inevitable que María se convirtiera en manceba de don Fadrique. Durante algún tiempo el asunto se mantuvo en secreto, pero un día nació una niña, una enfermiza y escuálida muchacha llamada Ángela, que en la época en que llegué a la aldea contaba nueve años. A su nacimiento, mi casero cedió a María una casita contigua a la suya propia, mientras que su esposa, en un arrebato de cristiano perdón, llevó a la niña en sus propios brazos hasta la pila bautismal.

Don Fadrique era un hombre pequeño, frágil, con unos bigotes largos y tristes y unos ojos acuosos que sobresalían un tanto de las cuencas: un ejemplar de esa raza —parecía un langostino— que prospera en la región mediterránea y que tiene el temperamento melancólico de los físicamente anormales. Como reacción ante su debilidad había desarrollado unos modales secos y cautelosos, y una divertida y escéptica actitud hacia la gente y la vida. Si bien, como todos los alpujarreños, tenía un gran amor por la tierra. Tanto su corazón como su bolsillo dependían de su granja, en la alta montaña, y de sus bancales de maíz y viñas, y le aburría la vida ociosa y urbana que llevaba en la casa de su suegra, cerca de Granada. Su mayor placer consistía en sentarse en la cocina, sin afeitar, suelto el cuello de su camisa, con una chaqueta y unos pantalones raídos, y charlar con la *gente del campo*, mientras devoraba su desayuno favorito —un cuenco de *migas* o de gachas con arenques y después chocolate caliente.

María acostumbraba a hablarme de su aventura con don Fadrique durante las temporadas que su mujer pasaba en la aldea. Don Fadrique se levantaba temprano para ir a su granja, ensillaba su caballo y lo conducía fuera del patio, hacia un establo situado en lo alto de la calle. Después regresaba furtivamente a su casa y se pasaba una hora en la cama con ella. Por la forma en que me contó

esto caí en la cuenta de que para ella era el engaño el atractivo principal de la aventura. Poseía gusto campesino por la astucia y además era muy envidiosa.

Pero cuando conocí a la esposa de don Fadrique me quedé sorprendido. Doña Lucía era una exquisita criatura, hermosa, refinada casi al estilo japonés, apasionada, romántica y con una generosidad y bondad de corazón que sólo en contadas ocasiones he encontrado. Tenía además un aspecto trágico. Había visto morir a cuatro de sus hijos cuando aún eran muy pequeños, y ahora la única hija que le quedaba, una hermosa muchacha de diecisiete años, había muerto también y sólo le quedaba un hijo, un joven enfermizo y linfático. Su madre, en cuya casa pasaba tanto tiempo, era una mujer turbulenta, dominante y ruidosa, y su matrimonio distaba mucho de ser feliz. Más adelante le concederé mayor atención.

Solía yo ver con frecuencia a don Fadrique, pues, por un ardid que me había tendido, se había reservado una habitación en mi casa y a ella venía cuando quería y en ella se quedaba durante el tiempo que le apetecía. Su presencia en mi casa me molestaba, pero él personalmente me agradaba. Era un hombre educado y, desde luego, inteligente, con una moderada inclinación hacia la astronomía y la ciencia popular, pero no se encontraba cómodo si no vestía sus viejos trajes y charlaba con sus labriegos sobre cosechas y precios. Tenía un leve desdén hacia cualquier cosa relacionada con la vida urbana, con la superestructura de la civilización —incluyendo a la religión y los curas— y le agradaba tenerse por un realista. Sospecho que esta palabra oculta a menudo un impulso neurótico, la misma perversión desviada de la experiencia normal que oculta la palabra romántico. Su pasión por la sagaz concubina pueblerina, de cuerpo excitante y cara de gallina, formaba parte de esta actitud. Su apetito por la «realidad» constituía el anhelo de un hombre débil, pero refinado, que percibe la posibilidad de fortalecerse mediante el contacto con lo terrenal y rastrero. Una especie de complejo de Anteo.

María tenía una hermana llamada Pura, que, a menudo, venía y se sentaba durante horas en la cocina sin decir una palabra. Era viuda y poseía una pequeña porción de tierra que cultivaba con la

única ayuda de su hijo. Difícilmente podría uno imaginarse una criatura más ligada a la naturaleza: parecía un rábano arrancado de la tierra, con la arena todavía adherida a sus raicillas. Era rústica en todos los sentidos de la palabra: su cabello negro, salvaje y despeinado; su cara y su cuerpo, tan oscuros como el cuero viejo, y sus pechos, que pendían oscilantes y libres cuando se inclinaba —pues su blusa carecía de botones—, tan largos como ubres. Tenía un peculiar olor a tierra que quedaba en el ambiente después que ella salía de la habitación, y su rostro, aunque de rasgos hermosos, era tan vacío e inexpresivo como una vasija de barro. No era sino una criatura innocua sin otro interés en la vida que su propio retazo de tierra. A cualquier hora del día que uno pasase por allí, podía verla inclinada sobre su terruño con un pequeño azadón en la mano. De vez en cuando sufría ataques epilépticos, y su hijo, un muchacho silencioso y atezado, le pegaba para que le diera dinero con que comprar cigarrillos. Cuando esto sucedía, sus gritos, penetrantes y conmovedores, podían oírse en todo el *barrio*.

El anhelo de don Fadrique por vincularse a la tierra le impelió un día a forzarla. Una tarde fue a su casa —los únicos muebles eran un par de sillas rotas y una mesa— y la derribó sobre un colchón de pajas que hacía el oficio de cama. Ella no opuso resistencia, pero entretanto mantuvo un chillido monótono y prolongado, como el de un cerdo al ser sacrificado. Al cabo, él se abrochó los pantalones, se encogió de hombros y se marchó.

—Siempre pensé —puntualizó enigmáticamente a María— que tu hermana era una mujer silenciosa, pero cuando vas a su casa y le diriges la palabra, chilla.

No obstante, le hizo saber que estaba autorizada para coger aceite de oliva cuando pasase por su bodega. Como era muy avariciosa, esto la satisfizo. Había cumplido con su deber chillando, de manera que su honor estaba a salvo.

Existía en la aldea una vaga distinción de clases: los terratenientes, los labriegos y los pobres; pobres eran aquellas familias que poseían o tenían en arriendo sólo una o dos parcelas de tierra, y debían ganarse la vida trabajando, en parte, para otros. Los terratenientes, la «gente de categoría», como les gustaba oírse llamar, por lo general carecían de interés. El aburrimiento se había

adueñado de sus rostros como el polvo de las habitaciones desocupadas. Su posición social los había aislado y se alimentaban parasitariamente de los sentimientos y emociones de sus vecinos pobres, que vivían, sufrían y gozaban por ellos. Una de mis cruces en el pueblo eran las visitas del marido de la maestra, que en otros tiempos había sido maestro de música. Era un hombre de edad, con espesos bigotes grises y unos ojos redondos e inexpresivos jaspeados de blanco, que había nacido en el norte de España. Sentía profundamente la fatalidad de verse exiliado en una aldea bárbara, donde no había ni un café ni un *paseo*, y apenas se jugaba a las cartas. Para suplir estos esparcimientos me hacía interminables visitas en la presunción de que, como inglés, yo debía también sufrir por ello. Era una de esas personas —de ellas hay muchas en España— que creen que cuantas más veces se diga una cosa más cierta es, y, por eso, siempre que me visitaba su conversación era la misma. Tan pronto como agotábamos el tema de los dolores de cabeza de su mujer y su propio lumbago, comenzaba el tema tópico de las diferencias entre Inglaterra y Andalucía.

—¿Ustedes, en Inglaterra, no gozan mucho del sol?

—No, don Eduardo; muy poco.

—¿Siempre está lloviendo?

—Sí, casi siempre.

—¿Y hay niebla?

—Sí, hay niebla.

—Sin embargo, ¿pueden ustedes cultivar naranjas?

—No, hace demasiado frío para eso. Nuestras frutas son sólo las manzanas y las ciruelas.

—Y, naturalmente, aceitunas.

—Desafortunadamente, no. Las aceitunas necesitan sol.

—Eso sí que es raro. Siempre había oído decir que, gracias a las corrientes cálidas del golfo de México, eran ustedes capaces de cultivar plantas de climas meridionales.

—Ni una.

—Pero seguramente tendrán higueras.

—Sí, en algunos sitios; pero por lo general su fruto no madura.

—¡Ah!, de manera que higueras. Ya me imaginaba…, ¿y también tienen ustedes almendros?

—No, en absoluto.

—¿Cómo es eso? No hay tierra en que no se den los almendros. Incluso en Burgos, donde hace mucho frío, se cultivan.

—Pero en Burgos hay sol.

Entonces había un silencio durante el cual don Eduardo meditaba su próxima pregunta. Era un hombre que quería estar cierto de las cosas. Sus opiniones se consolidaban en dogmas rápidamente, ya que a fuerza de repetirlas enfáticamente las hacía verdad. Así, toda contradicción le molestaba y la menor sospecha de duda abría una fisura en el bloque de sólidas creencias que había ensamblado para su protección y seguridad. Por eso estaba dispuesto a luchar hasta el último cartucho por el asunto más insignificante, y cuando era derrotado volvía al ataque, unos minutos después, partiendo de las mismas posiciones.

—¿Por qué entonces —decía, fijando en mí sus ojos vidriosos—, si no pueden cultivar almendros, cultivan ustedes caña de azúcar? Todo el mundo sabe que ustedes, los ingleses, sólo consumen azúcar de caña.

No obstante, y a su manera, don Eduardo era un hombre ilustrado. Gustaba de censurar la ociosidad y falta de curiosidad de sus compatriotas y manifestaba que esta era la razón de su atraso. Se mostraba particularmente orgulloso del hecho de encontrarse siempre ocupado en algo. A pesar de estar casi ciego a causa de las cataratas, reparaba relojes de pulsera y de pared, y como había muy pocos relojes en la aldea —dos exactamente— pasaba los días desmontando y armando de nuevo un viejo reloj que había pertenecido a su padre. Su hija disecaba pájaros y hacía trabajos en rafia siempre que no estaba ocupada en las labores domésticas, mientras que su esposa tenía un álbum de flores secas con sus nombres primorosamente escritos, y la fecha en que las había recogido en el campo. En realidad se les podía considerar como una familia del norte de Europa.

Otro tipo característico era José Venegas, el tendero de la aldea. De joven había emigrado a Sudamérica, ahorró algo de dinero y regresó para abrir su tienda. Era un hombre gris y bondadoso, cuyas únicas ambiciones en la vida consistían en vender cada año un poco más de azúcar, arroz y bacalao seco, y que le llamasen don José. En

esto, sin embargo, topaba con la negativa de la aldea. Esas tres letras del don constituían el atributo de aquellos que podían ostentar, o bien un nacimiento distinguido, o una buena educación; el dinero, de por sí, no podía adquirirlas. ¿Para qué servía el dinero? Los más sabios de la aldea —y casi todo campesino español es sabio cuando supera los cincuenta años— estaban de acuerdo en que el dinero era el origen del *vicio*. Hoy por hoy, el mundo estaba lleno de vicio, y rememoraban aquellos tiempos felices en que incluso los ricos mezclaban harina de maíz o centeno con la de trigo para hacer el pan; cuando sólo tomaban café y chocolate unas pocas damas de edad, y ningún joven menor de treinta años hubiera osado fumar en público. Dilapidar el dinero en boato y ostentación resultaba permisible, pero gastarlo para un mayor bienestar constituía un vicio.

Federico, sin embargo, disentía de este modo de ver las cosas. Era el hijo de un exalcalde que había vendido las tierras comunes de la aldea —varios cientos de hectáreas de pastos de montaña y bosques de encinas— y se había embolsado parte del dinero. Como se decía, «se las había comido». Sin embargo, el dinero no duró mucho. Su hijo emigró a Argentina, donde pasó bastantes años como camarero en un club inglés, y había regresado con una carga de recuerdos nostálgicos.

—Las mujeres… ¡Oh!, el lujo… ¡Oh!, el vicio… Le digo que nadie que no lo haya visto puede imaginar lo que era aquello. ¡Sillones como colchones de plumas! ¡Verdaderas pilas de revistas ilustradas! ¡Agua caliente corriente en los lavabos! ¡Las calles olían como si fueran ríos de agua de colonia! No, no, los españoles no sabemos lo que es vicio. Vivimos como salvajes, como bárbaros.

A juzgar por el tono de su voz había vivido una vida alborotada en ultramar —chicas en todo momento, corbatas de seda, whisky, champús—. Mantenía la superioridad del vicio sobre la virtud con la persuasión de un epicúreo chino. Pero sus acciones eran diferentes. Trabajaba mucho, estaba soltero, nunca iba a los bailes, jamás hacía visitas. Si alguien quería verle, había de bajar hasta el terruño que cultivaba con la ayuda de un muchacho. Allí estaba él podando los emparrados de sus viñas, o arando tal vez —elegante, pulcro, con el pelo gris, unas antiparras de aretes dorados y una

camisa muy limpia—. Se detenía por unos momentos para charlar de su tema favorito y luego volvía furiosamente a su trabajo. Para este exponente del desenfreno, la vida era una prisa continua: al sencillo mundo del campesino había incorporado no sólo el porte y el refinamiento de un cosmopolita, sino también los hábitos presurosos de un camarero.

IV. La visita de Lytton Strachey

No llevaba mucho tiempo instalado en mi casa cuando supe que iba a tener visita. Mi amigo Ralph Partridge me escribió diciéndome que se proponía llegar a comienzos de abril y que vendría con él una joven llamada Carrington y un escritor de recién ganada fama llamado Lytton Strachey. Esta era la mejor noticia que me podía llegar, pues llevaba seis meses sin ver a ninguno de mis amigos y la soledad comenzaba a pesar. Pero tal vez antes de describir su visita deba explicar cómo los conocí.

Ralph figuró en mi regimiento durante la guerra. Habíamos estado juntos en Yprés y en Armentières y, después, en el Somme. Una vez firmado el armisticio, Ralph regresó a Oxford. Por aquella época era un hombre más bien indolente, dado a súbitos arrebatos de energía. Tenía una buena cabeza, que no utilizaba, y un cuerpo que, de empuñar una maza, le hubiera hecho pasar por Hércules. Con su bello torso, sus danzarines ojos azules y su ánimo jovial resultaba casi irresistible para las mujeres, y esto le venía muy bien, ya que las mujeres, y en particular las actrices y las coristas, constituían las únicas cosas que le interesaban de verdad. Con los hombres prefería la arrogancia. Me gustaba imaginar la posibilidad de que hubiera encarnado previamente a Agamenón, Marco Antonio, Gargantúa, un nabab de la Compañía de las Indias Occidentales y, finalmente, un joven aristócrata de la Regencia. En esta última encarnación había logrado pasar por los estadios normales de una educación inglesa, sin adquirir la más leve traza de sentimientos cristianos. Su carrera en la escuela y en el ejército le había imbuido un gran desprecio tanto hacia la cobardía como hacia el convencionalismo, cosas que se dan con frecuencia en la

mayoría de la gente.

Su comportamiento en Oxford viene a corroborar lo anterior. No trabajaba en absoluto, pero, de una manera harto indolente, se aficionó al deporte del remo. Le pidieron que remase con el equipo de Varsity Eight, pero se negó a ello porque le impediría viajar al extranjero. No obstante, consintió después en remar en el equipo de su universidad, y, al triunfar, accedió a competir como miembro del Ladie's Plate de Henley, con la única condición de que no se le obligara a entrenar. Cuando ganó el Christ Church —a pesar de que Ralph había pasado con una mujer la noche anterior a la regata— fue requerido para formar parte del equipo inglés en los juegos olímpicos, pero esta perspectiva no le atraía y se negó.

Poco después de que llegara a Oxford por primera vez, conoció a Carrington —a quien siempre se la conoció por su apellido— y se enamoró profundamente de ella. Carrington era una pintora, discípula predilecta de Slade, que en el último año de la guerra había conocido a Lytton Strachey durante un fin de semana en Sussex, y se sintió súbita y violentamente atraída por él. Strachey no le respondía sino en una forma vagamente benévola, pero ella se negó a dejarle cuando él, junto con otros amigos de Cambridge —entre los que se encontraban Maynard Keynes y Sidney Saxon-Turner—, alquiló Mill House en Tidmarsh, cerca de Pangbourne. Carrington se instaló con ellos en la casa, como ama de llaves. Ralph Partridge se unió al grupo poco después.

No puedo recordar cómo conocí a Carrington, pues aparte de Ralph teníamos otros amigos en común; pero recuerdo muy bien la primera vez que fui a Tidmarsh y conocí a Lytton Strachey. Fue uno de esos días pesadamente encapotados, típicos del estío inglés. Los árboles y la hierba estaban impregnados de un verde vigoroso, pero las nubes purpúreas impedían el paso de la luz y hacían tenebroso y lúgubre el interior de las casas. Carrington, con sus inquietos ojos azules y su cabello color de oro viejo cortado al estilo de un paje medieval —me sugería la imagen de uno de los ángeles, el cuarto por la izquierda, que tocan el laúd en la *Natividad* de Piero della Francesca—, vino hasta la puerta y me condujo al cuarto de estar. En el otro extremo de la habitación había una extraña figura tumbada en un profundo sillón de orejas. A primera vista, antes de

que mis ojos se acostumbraran a la penumbra, tuve la ilusión o, mejor dicho, creí ver en mi cerebro la imagen de un tenebroso y barbudo macho cabrío que me dirigía una mirada penetrante desde el fondo de una caverna. Luego vi que se trataba de un hombre que tomaba gradualmente el aspecto estilizado de un rostro del Greco. Sus ojos castaños y vivos se ocultaban tras unas gruesas gafas. Su nariz y sus orejas eran grandes y toscas y sus manos finas y sensibles traslucían un haz de venas azules. Lo más extraordinario era su voz, muy baja y que en ciertas sílabas alcanzaba tonos muy altos para hacerse casi imperceptible en los finales de frase, que a veces dejaba inconclusas. Nunca fui capaz de aguzar mis oídos para poder entender todo lo que decía.

El té estaba servido en el comedor: mantequilla de granja, miel, mermelada, pasteles caseros y bizcochos de pasas, en un juego de té de color rosa brillante. Carrington era una devota de Cobett, y su manera de decorar y regir la casa hacía resaltar no sólo el bienestar, sino la poesía de la vida en el campo. Su sensibilidad, tan inglesa, enamorada del campo y de todas sus cosas, dejaba una huella peculiar en todo lo que tocaba. Pero lo que más me sorprendió en ella fue la atención que rendía a Lytton. Nunca había visto a nadie estar tan pendiente de otra persona como ella estaba de él y de todos sus gestos y palabras, que recibía con una total reverencia. En una joven que en el resto de sus facetas se mostraba ferozmente celosa de su independencia aquello era algo extraordinario.

¿Cómo describir los primeros momentos de una larga amistad? Impresiones más tardías se funden con otras anteriores y las falsean. Además, me he de atener a la estructura de este libro, lo que requiere que me constriña a lo estrictamente necesario para incorporar de la forma más nítida la visita de Lytton Strachey a mi aldea remota y primitiva. Así, pues, explorando mi memoria, me parece recordar que, sentado a la mesa de té en aquella oscura tarde de verano, me sentía confuso por el contraste entre las tres personas que tenía delante, y me preguntaba hasta qué punto podía durar aquella peculiar relación (un matrimonio entre adolescentes y un padre adoptivo, que es lo que resultaría ser con el tiempo). Eran distintos en todos los aspectos: Ralph, con su aspecto de fortachón de Oxford, unos sucios pantalones cortos blancos, una camisa

indescriptible y, por si fuera poco, aquella manera estilizada de hablar que contrastaba con su risa rabelesiana, sus inquietos ojos azules y la voz de barítono con que cantaba jazz o baladas; Carrington, con sus sencillos vestidos prerrafaelistas, su sonrisa y su voz persuasiva, que ocultaba tantos sentimientos intensos y, por lo general, conflictivos; Lytton, elegante con su traje oscuro, gravemente remoto y fantástico, con algo de ese aire pulido y diletante de un cardenal del siglo XVI. No les unía similitud alguna de temperamento o educación, y los amigos londinenses de Lytton —molestos porque sus fines de semana en Tidmarsh resultaban estropeados por personas que ellos consideraban extrañas— no podían entenderlo. «Bloomsbury» constituía todavía un grupo pequeño, recoleto, unido tanto por una vieja amistad como por una filosofía privada, que mostraba una fuerte reluctancia a aceptar íntimamente gente cuya posición no fuera considerada satisfactoria.

Me enteré de la visita de mis amigos en febrero, con lo cual tuve que pensar en cambiar mis planes. Únicamente estaban amuebladas dos de las habitaciones de mi casa y necesitaría comprar más cosas de todo tipo y, en particular, más camas y ropa para ellas. Como mi saldo bancario había descendido a diez libras, escribí a un pariente y le pedí que me prestara una pequeña cantidad durante algunas semanas, el tiempo que tardaría mi banco en negociar algunos bonos de guerra, y contando con su asentimiento, le dije que enviara el dinero por giro telegráfico a Almería. Doy estos detalles personales, ya que de no describir la sucesión de desgracias y percances que precedieron a la visita de Lytton Strachey, la historia quedaría incompleta. Su llegada significó la consumación de las dificultades.

La distancia entre Yegen y Almería es de unos cien kilómetros. La cubrí en dos días, escogí los muebles que quería y me senté a esperar la llegada del dinero. Pero el tiempo pasaba y el dinero no aparecía. Estaba viviendo en una pensión para trabajadores, junto al mercado, y había gastado mi última peseta cuando llegó una carta de mi pariente con su negativa. No había nada que hacer sino regresar a Yegen y esperar allí a que llegara el producto de la venta de mis bonos de guerra. Gasté mis últimos peniques en un poco de pan y algunas naranjas y me puse en camino; pasé una fría noche

bajo una peña.

Apenas había llegado cuando caí presa de un duro ataque de gripe. A pesar de los cuidados de mi sirvienta María, no me encontré con fuerzas para levantarme hasta pasados quince días. Entonces, como mi banco me había enviado algún dinero, me puse en camino una vez más hacia Almería para traer los muebles. Esta vez tomé el autobús en Ugíjar y, tras colocar las cosas en un carretón, regresé por la misma ruta. Pero el retraso había resultado fatal. Un día después de mi regreso a Yegen recibí un telegrama por el que me enteré de que mis amigos estaban ya en Granada y se pondrían en camino dentro de un par de días. Contaban con que les encontrara allí y les acompañara a Yegen de regreso.

Esto me resultaba verdaderamente complicado. No les esperaba tan pronto y, debido a mi crónico descuido, me encontraba de nuevo sin dinero, aunque debía recibir alguna cantidad dentro de pocos días. Ni siquiera había llegado el carro con los muebles. Pero ya no podía retrasarme más, así que decidí ponerme en camino al día siguiente al amanecer. Tenía veintiocho horas para recorrer unos ciento quince kilómetros y cinco pesetas que me había prestado María para el viaje.

Durante la primera hora recorrí apenas un kilómetro monte abajo hasta llegar a la aldea de Yátor, un lugar pequeño y miserable, situado a la orilla de un ancho río arenoso. Al otro lado se elevaba un farallón de arenisca rojiza y blanda fantásticamente estirado, en cuya base crecían álamos, olivos, granados y tamariscos, y había un bancal en el que se cultivaban habas en aquella época del año. Al pasar, las mujeres, con refajos escarlatas y pañuelos de cabeza de vivos colores, que descansaban bajo los olivos con sus cántaros abandonados junto a los desmoronados muros, me hicieron sentir que me encontraba en algún país oriental, tal vez en Persia. Actualmente, Yátor es una aldea minera cuyos hombres pasan once meses del año en las minas de plomo de Linares, mientras sus mujeres e hijos se quedan para cultivar las parcelas de tierra. Estas mujeres son famosas por su belleza y por su libertad, y un chiste de los alrededores decía que el cura más feliz de la Alpujarra era el cura párroco de Yátor, que tantas mujeres hermosas tenía a su disposición.

Desde este lugar subí por una *rambla* o lecho seco de un río y, cruzando una cuenca baja, descendí hasta Cádiar. Es esta una aldea grande y próspera situada sobre el río que, hacia el oeste, va a dar al mar por Motril, marcando el punto central u ombligo de la Alpujarra. Después de Cádiar da comienzo la parte tediosa del viaje. Durante veinticinco kilómetros el sendero desciende por el valle en una franja estrecha y monótona delimitada por tamariscos y álamos. Dos ventas ofrecían al caminante vino agrio y anís, pero no había aldeas y el río debía vadearse una y otra vez. Alcancé la carretera principal y los viejos olivares de Órgiva. De aquí partía un autobús hacia Granada, pero como no tenía dinero para el billete seguí caminando otros diez kilómetros hasta Lanjarón, adonde llegué al anochecer.

Lanjarón es una aldea grande y blanca, casi una ciudad, extendida como una balaustrada a lo largo de una escarpada ladera. Los veranos son cálidos y cuenta con dos hoteles para acomodar a la gente que viene a curar su reumatismo y dolencias del riñón. Tiene también un castillo moro construido en lo que parecía ser un inaccesible pináculo, en un paraje situado debajo de la ciudad, hasta que fue ocupado en 1500 por Fernando de Aragón con la ayuda de su artillería. La selecta guarnición que lo defendía se entregó, a excepción del jefe, un negro, que se tiró desde lo alto de la torre y se mató. Mientras esto sucedía, la mezquita, en la que se había refugiado la población civil, fue volada y perecieron todos.

Cené en la posada y me tumbé en un colchón de paja durante unas pocas horas. Todavía tenía que caminar más de cincuenta kilómetros para llegar a Granada y necesitaba estar allí a las doce del mediodía si no quería que se me escaparan mis amigos. De modo que me levanté antes del alba y me fui a las líneas de tranvías de los suburbios de la ciudad y subí a uno. Me sentía débil, pues no me había recobrado totalmente de mi ataque de gripe, y, por única vez en mi vida, sufrí un desmayo. Una vez recuperado, corrí hacia el hotel, donde me enteré de que mis amigos se habían marchado media hora antes a tomar el autobús hacia Órgiva. Les di alcance cuando se disponían a subir al coche.

Regresamos a Lanjarón y, al cabo de un par de horas, nos instalamos en uno de sus hoteles. Era extraordinario ver a los

camareros, a las sirvientas con sus cofias, y el baño, blanco y vacío como un higiénico ataúd en su pequeño habitáculo. Extraordinario también estar sentado en un sillón de juncos, bebiendo coñac y charlando con mis amigos. Tras la vida que había llevado, la comodidad y las voces amigas operaban en mi sistema nervioso como el opio. Pero cuando hubimos agotado la primera explosión de comunicación mutua surgió el problema de cómo trasladar hasta Yegen a Lytton Strachey. Allí estaba, sentado, bebiendo, sin dar muestra alguna de entusiasmo. Al final acordamos alquilar, a la mañana siguiente, un carruaje que nos condujera hasta Órgiva y contar con dos mulas que nos recogieran allí para realizar el resto del viaje.

Elegimos las mulas y surgió entonces el problema de la ruta a seguir. La más corta —se ahorraba una hora— requería vadear el río Grande en vez de cruzar el puente. Según los muleros esto era factible, pero cuando llegamos al vado y las mulas entraron en las revueltas aguas, que les llegaban casi hasta la cincha, Lytton se echó atrás. Nada podíamos hacer, salvo almorzar bajo los olivos y regresar al hotel y acordar con los hombres un nuevo intento para el día siguiente.

La tarde transcurrió en un estado general de decaimiento. Los nervios de todos nosotros estaban en tensión. Ralph y Carrington habían regañado; Lytton se encontraba abatido, ya que, pese a sus vehementes deseos por conocer España, resultaba mayor su renuencia a incorporarse a esta expedición. Su estómago era delicado, los alimentos españoles no le sentaban bien y, además, no se encontraba de humor para aventuras. Pero Ralph, que tenía una gran lealtad hacia sus amigos, había resuelto visitarme y Lytton se había negado a quedarse en Granada, aun en el caso de que Carrington —en cuya capacidad tenía escasa confianza— permaneciera con él. Era característica en él esta dependencia hacia la protección masculina. Bajo sus modales de autodominio se ocultaba un hombre tímido que había organizado su vida de forma que jamás se viera obligado a hacer algo que encerrara alguna dificultad. Ahora, una de las cosas que no estaba dispuesto a hacer era dirigir la palabra a personas que se encontraran fuera de su particular esfera de intereses. De manera que, a pesar de haber

estado durante algún tiempo jugueteando con una gramática española, nadie le induciría ni siquiera a pedir en ese idioma una taza de café. En Francia se negaba a pronunciar una palabra en francés, a pesar de que, naturalmente, lo conocía bien y lo leía en voz alta con buen acento. Ni siquiera podía dar una orden a un criado inglés. En su propia casa, cuando quería té, se lo pedía a Carrington y ésta a la criada, y cuando estaba solo se pasaba sin él. Para eludir el riesgo de que le dirigieran la palabra en los trenes, siempre viajaba en primera clase, aunque anduviera mal de dinero. Tales eran las reglas que se había impuesto. Había planeado su vida, su carrera e incluso su apariencia desde temprana edad, y este plan requería que se atuviera estrictamente al pequeño círculo de personas en el que podía desplegar sus triunfales banderas y hacerse entender sin ningún esfuerzo. Sin duda las peculiaridades de su voz y entonación, así como su aversión a cualquier tipo de ostentación social, convertían su comunicación con el mundo en una gran dificultad.

Las recriminaciones echaron a perder aquella tarde en Lanjarón. ¿Conocía realmente la carretera?, me preguntó Ralph. ¿Podía confiarse en los muleros? ¿Habría camas y alimentos pasables cuando llegáramos? El traslado del gran escritor hasta mi aldea montañosa adquiría cada vez más la apariencia de una difícil operación militar. Carrington, atrapada entre dos fuegos, trataba torpemente de calmar los ánimos, y sólo Lytton permanecía callado. En cuanto a mí, jamás dudé de mi capacidad para ir a cualquier sitio o hacer cualquier esfuerzo físico que deseara, pero bajó el bombardeo de mis amigos me sentía absolutamente incapaz de asumir responsabilidades por otros.

Con el mismo talante irritado y molesto nos pusimos en camino una vez más a la mañana siguiente. Durante la primera hora todo fue bien. Rodaba el carruaje, el sol hacía brillar las hojas plateadas de los olivos y los pájaros ascendían y se hundían como lanzaderas entre ellos y los crecidos habares, pero tan pronto dejamos el carruaje y descendimos al valle fluvial comenzaron nuestras dificultades. Lytton encontró que no podía cabalgar a lomo de mula, pues sufría de almorranas, de manera que cada vez que el sendero cruzaba el río —cosa que sucedía cada kilómetro— tenía que trepar

penosamente sobre el animal para desmontar después. Esto nos retrasaba. No llegamos a Cádiar hasta poco antes del anochecer, y para entonces Lytton se encontraba tan exhausto que manifestó que no podía seguir adelante. Subimos a la posada y buscamos la mejor cama, pero un solo vistazo le hizo cambiar de opinión y decidió continuar.

El día llegaba a su fin tan rápidamente que no osamos tomar el corto y relativamente fácil camino de Yátor. Lo único que podíamos hacer era trepar en línea recta por la ladera de la montaña y alcanzar el final de la carretera principal, a unos setecientos cincuenta metros sobre nosotros. Fue una subida penosa, por un sendero empinado frecuentemente bordeado de precipicios, que nadie podría realizar montado a la jineta en una mula, como Lytton y Carrington tenían que hacerlo, sin sensaciones molestas. Lentamente, según ascendíamos, la luz desapareció. Una banda rosada se elevó en el cielo a nuestras espaldas y las hendiduras y pináculos adquirieron una sombría altura y profundidad. Las estrellas comenzaron a lucir cuando alcanzamos la carretera, y Carrington y yo nos adelantamos para avisar de nuestra llegada y hacer que nos preparasen la comida. Quedaban aún diez kilómetros, aproximadamente, de camino. Cuando, por fin, alcanzamos la aldea y vimos a la luz de las estrellas sus tejados lisos y grisáceos, la fortuita y diminuta llama de una pequeña lámpara de aceite que brillaba a través de un ventanuco sin cristales nos mostró que alguien velaba todavía.

No recuerdo gran cosa de los tres o cuatro días siguientes. Lytton estaba cansado y, por tanto, carecía de humor para charlar. Salimos a dar un paseo por la montaña y Carrington hizo algunas fotografías. En una de ellas, si no recuerdo mal, aparecía Lytton sentado a la jineta en una mula, barbudo, con gafas, muy alto y delgado, con su nariz roja y tosca y sosteniendo una sombrilla abierta. Incluso en Inglaterra constituía una figura extraña en una excursión campestre; aquí tenía un aspecto exótico, aristocrático, más oriental que inglés y, sobre todo, incongruente.

Sin embargo, la última tarde que pasamos juntos, alentado por la idea de que la visita llegaba a su fin, se relajó y casi llegó a estar animado. Cuando estaba de buen talante su conversación tenía un

gran encanto. El refinamiento y precisión de su mente se apreciaba mejor, por lo general, que en sus libros, ya que en estos subordinaba la sensibilidad del lenguaje y la espontaneidad de la frase a una pauta preconcebida. No era, como Virginia Woolf, un escritor natural, y ni siquiera en sus cartas se le arrebataba la pluma. Pero en la conversación sí era él mismo. Necesitaba —más que la mayoría de la gente— de un auditorio acorde y afectuoso, pero cuando lo conseguía se convertía en el más sencillo camarada, escuchando en la medida en que hablaba, haciendo comentarios penetrantes o caprichosos y creando a su alrededor un sentimiento natural e íntimo. Después, uno recordaba sus dudas y vacilaciones, sus negativas a dogmatizar, los vuelos de su fantasía, su voz alta y susurrante que se quebraba en medio de una frase, y se olvidaba de la mente organizada y definida que yacía bajo todo eso. Pero queda fuera de mis posibilidades trazar el bosquejo real de un carácter tan complejo que —quizá debido a un plan deliberado para hacerse entender por sus lectores— con tan poca fidelidad se retrata en sus obras literarias. Se observaban gran cantidad de rasgos discordantes: una femenina sensibilidad, un deleite por el absurdo, un gusto por la exageración y el melodrama, una madurez de juicio y también una cierta carencia de solidez humana y una fluidez hereditaria de su sangre que producía a veces un escalofrío en la espina dorsal de su interlocutor. Y parecía carecer de una manera casi indecente de todo sentimiento de lo normal.

No obstante, lo que mejor recuerdo de Lytton Strachey —pues aunque jamás fuimos íntimos y ni siquiera estuvimos en términos amistosos, tuve oportunidad de verle en su propia casa y en otros sitios durante muchos años— es la gran delicadeza en tono y modales cuando estaba con gente que le agradaba. Según oí decir, de joven había mostrado una vena amarga y satírica y cuando estaba indispuesto —cosa que sucedía con frecuencia— se mostraba irritable y puntilloso. Pero la amistad sacaba a la luz sus mejores cualidades. En su actitud cautelosamente hedonista hacia la vida había mucho que recordaba las enseñanzas de Epicuro. Su mundo, como el Jardín de aquel filósofo valetudinario, consistía en un pequeño grupo de personas cuidadosamente escogido, de cuya compañía gozaba. Algunos eran jóvenes bien parecidos, y

constituían promesas intelectuales guiadas y estimuladas por Lytton, que tenía algo de maestro. Otras eran figuras literarias, como Virginia Woolf, Maynard Keynes, Desmond y Molly MacCarthy y E. M. Forster. Fuera de este grupo hacía algunas incursiones a un campo más amplio —almuerzos con lady Oxford y lady Ottoline Morrell, banquetes en casa de lady Colefax e incluso en las casas ducales—, del que regresaba repleto de maliciosos e irónicos comentarios. Pero se mantenía dentro de esos límites. A pesar de que, como buen Strachey, tomaba un cierto interés por los asuntos públicos, se atenía a sus muy moderadas opiniones liberales. Yo saqué la impresión de que íntimamente pensaba que lo mejor era permanecer distante del mundo y de su incomprensible estupidez. A diferencia de Voltaire, a quien tanto admiraba, lo consideraba irreformable, y sospecho que fue esta actitud la que motivó la ira de Bertrand Russell y el que este, en una reciente intervención radiofónica, hablara de él duramente. Los dos, que se encontraban con frecuencia en casa de lady Ottoline, estaban configurados de tal forma que resultaba imposible el agrado o el entendimiento mutuo, a pesar de que compartían la misma actitud pacifista con respecto a la guerra.

Y llegó el día en que mis amigos debían partir. Vino un coche que los llevó a Almería, donde debían tomar el tren hacia Madrid. La visita había sido tensa para todos. Aunque sabía lo mucho que iba a echar de menos a Ralph y a Carrington, cuya presencia en mi casa, a pesar de todas las dificultades, había sido un gran placer para mí, respiré de nuevo al pensar que ya no gravitaría sobre mis hombros la responsabilidad de encontrar platos a propósito para la delicada digestión de Lytton. La brutal cocina de las aldeas españolas, con su énfasis en la tortilla de patatas, el bacalao y el aceite de oliva sin refinar, había hecho mi labor muy difícil. Y este alivio debía ser aún mayor para Lytton al marcharse de la aldea. Cuando, tres años después, Leonard y Virginia Woolf preparaban su viaje y estancia conmigo, les previno reciamente contra sus proyectos, declarando, con su chillona voz, que aquello era «la muerte».

V. Amor y política

Según pasaban los meses y se acrecentaba mi familiaridad con la aldea que había escogido como residencia, me sorprendía descubrir cuán independiente era aquel lugar. Ni siquiera nuestros terratenientes intercambiaban visitas con los de las aldeas vecinas, a las que raramente acudíamos, a no ser con ocasión de las fiestas anuales. De las dos más cercanas, Válor no gozaba de las generales preferencias, pues se consideraba que sus aldeanos eran gente que gustaba de darse tono, mientras que los de Mecina, chapados a la antigua, causaban hilaridad por sus vestidos y costumbres. Las únicas aldeas con las que manteníamos buenas relaciones eran aquellas situadas a alguna distancia, especialmente si se dedicaban a cultivos diferentes y se hacía algún comercio con ellas.

Naturalmente, no existían relaciones de noviazgo entre los miembros de aldeas vecinas. Era impensable que un hombre o mujer de Yegen se casara con vecinos de Válor o Mecina. Y si tal ocurría, el cónyuge debería ser oriundo de algún pueblo o ciudad remotos; pero, aun así, sólo dos casadas, aparte de la maestra de escuela, habían nacido en otro sitio. Una de ellas era la mujer de mi casero, doña Lucía, y la otra era la mujer del doctor, y ambas habían conocido a sus maridos cuando estos estudiaban en la Universidad de Granada. Aún más, sin contarme a mí, sólo había en la aldea dos hombres que no fueran «hijos del pueblo»: el cura y el secretario del Ayuntamiento, nombrado oficialmente, y ambos procedían de aldeas situadas a bastantes kilómetros. Se comprende, pues, que el sentimiento que tenían estos aldeanos de pertenecer a una comunidad cerrada —una «polis» griega o una tribu primitiva— estuviera extremadamente arraigado. Todos sentían que su vida

estaba ligada a la del pueblo en el que habían nacido; un pueblo que, con sus cargos municipales de libre elección, se gobernaba a sí mismo.

Por tanto, la política —y España es un país de mentalidad política— constituía uno de los temas favoritos de conversación. En cuanto uno oía palabras como *granuja, bribón, sinvergüenza*, sabía de qué iba la cosa. Pero no la política nacional. A pesar de que con el intervalo de pocos meses los periódicos hacían mención a crisis gubernamentales, a huelgas y tiroteos en Barcelona, nadie en Yegen le prestaba el menor interés. La única política que interesaba a la gente de la Alpujarra era la política de sus propias aldeas, y como esta no era tan simple como pudiera suponerse, daré de ella una breve explicación.

En aquella época España era una democracia parlamentaria en la que dos partidos, el liberal y el conservador, competían por el poder. Ambos representaban los intereses de las clases medias, y la única diferencia entre ellos radicaba en que, mientras el conservador se inclinaba por mantener la posición de la Iglesia, el liberal era ligeramente anticlerical. Puesto que los campesinos y trabajadores agrícolas no tenían ningún interés en tales asuntos, los dos partidos habían encomendado la organización de sus fuerzas a unos jefes locales, conocidos como *caciques*, que eran generalmente los más grandes terratenientes de cada distrito. Estos utilizaban su influencia —en mayor medida que lo habían hecho los caballeros ingleses— para persuadir a los campesinos de que votasen por su partido. Además, el *cacique*, respaldado por su maquinaria política, se convertía en un hombre muy útil para tenerle como amigo, pues podía prestar ayuda a cualquiera que tuviera dificultades, e incluso podía conseguir una evaluación más benigna de los impuestos sobre las tierras.

El *cacique* más importante de nuestra región era el diputado en Cortes por el partido conservador don Natalio Rivas: un rico terrateniente que gobernaba, como un rey, toda la Alpujarra, desde Granada a Almería; un hombre culto que había escrito un libro excelente sobre tauromaquia y gozaba de gran fama en la región y en Madrid. Su diputado en el *partido*, o distrito rural de Ugíjar, era un tal don Paco Almendro, que vivía en una casa nueva y grande de

Válor, y, en un rango inferior, quedaban los *caciques* de las diferentes aldeas. Antiguamente la mayoría de las aldeas habían tenido dos, uno conservador y otro liberal, que se turnaban en el control de los concejos, de la misma manera que los dos partidos guardaban su turno para formar gobierno en Madrid; pero no mucho antes de mi llegada este caballeroso acuerdo quedó roto y surgió una genuina rivalidad. Como resultado, los liberales quedaron totalmente sometidos en nuestro distrito rural. Gracias a las convincentes razones de don Natalio, los viejos terratenientes liberales se habían pasado al bando conservador, y el partido liberal ya no podía proporcionar *caciques* locales, excepto en aquellos casos, pocos, en que sus miembros influyentes se habían mantenido leales. Esto es lo que había sucedido en nuestra aldea y gozábamos por ello de una política realmente democrática en lugar de la dictadura paternal del más rico.

La causa de este peculiar estado de cosas radicaba en que mi casero, don Fadrique, quien había heredado de su padre la atribución de *cacique* liberal, había discutido violentamente con su cuñado, don Manuel, el *cacique* conservador. Eran los más ricos de la aldea y vivían uno en el *barrio* alto y otro en el bajo. Don Fadrique se había retirado a Granada, dejando en desorden los asuntos de su facción, pero con un número suficiente de partidarios como para competir en las elecciones. Desde luego, nada podía impedir que don Natalio fuera elegido para las Cortes por una gran mayoría, pero eran los cargos municipales los que interesaban a la gente de Yegen y quedaban algunos liberales para conseguirlos. No siempre se utilizaba o entendía la palabra «liberal». Los dos partidos eran conocidos simplemente como «nosotros» y «ellos» y, frecuentemente, por los nombres de los caciques. Y esto se debía a que nadie pensaba en términos de partidos nacionales, sino únicamente en facciones de carácter local.

Pocas semanas antes de mi llegada a Yegen, una discusión, sólo parcialmente relacionada con la política, había desembocado en gran tragedia. Había en el *barrio* alto un hombre llamado don Aquilino. Era ambicioso y se había propuesto suceder a don Fadrique como *cacique* liberal, mas para aspirar a tal posición debía poseer tierras, y él tenía muy pocas. Esta carencia de hectáreas lo

enconaba todo, pues sus abuelos habían sido, según los niveles de la aldea, unos terratenientes considerables. Él debía haber heredado la mitad de lo que ellos dejaron, pero tras su muerte se había iniciado un proceso en el que se mezcló la influencia política —o así lo creía él—, y la mayor parte de la propiedad fue a parar a su primo, don Manuel. Sentía por esto un odio intenso hacia su primo, y para ajustarle las cuentas le arrastraba a pleito tras pleito. Siempre perdía —era inevitable—, pero don Manuel había de pagar sus costas legales, y su primo estaba dispuesto a arruinarse con tal de hacer daño a su enemigo. Además, su abogado, liberal, movido por la inquina política, le hacía pagar la mitad de los costos.

En la casa de don Manuel, el odio contra el primo alcanzó pronto un grado febril. Con cada nuevo pleito veía disiparse su maíz, sus viñas y sus olivos. Rabiaba y desvariaba, exclamando, al igual que Enrique II con respecto a Beckett: «¿No habrá nadie que me libre de esta peste?». Y su *encargado*, que era también su hermanastro y hermano de leche, tomó sus palabras en serio. Una tarde salió, preparó su navaja y se apostó, a la espera del enemigo de su patrón, en un sendero solitario, en un barranco de la parte baja de la montaña.

Al poco tiempo llegó don Aquilino, con su hijo, un niño de nueve años, de la mano. En la otra mano llevaba un hacha. Estaba de buen humor, y cuando vio al hombre de don Manuel esperándole, comenzó a mofarse de él. «Vengo —le dijo— de ver aquella hermosa viña que tenéis allí. Preparaos a perderla, pues en unas pocas semanas será mía». Y le llamó por su apodo, Faldones, una cosa que en España resultaba muy ofensiva, pues los apodos jamás han de proferirse en la cara.

La respuesta del otro consistió en arrebatarle el hacha y darle un tajo que casi le seccionó el cuello por completo. El niño se escapó gateando por entre los matorrales y dio la alarma. El juez se presentó con una partida y arrestó al asesino.

Media hora más tarde, don Manuel, ignorando al parecer lo que había sucedido, fue a comprar unos sellos a la oficina de Correos, atendida por una sobrina de don Aquilino. «Dicen que Faldones ha asesinado a mi tío», le dijo la mujer. «Y muy a tiempo —replicó el *cacique*—. Se lo estaba buscando». La sobrina repitió estas palabras

al abogado liberal que vino a hacer la investigación y tanto don Manuel como su encargado fueron a la cárcel.

Sin embargo, no se es *cacique* en vano. El caso contra el uno fracasó por falta de pruebas, y Faldones, aunque sentenciado a una larga condena, fue puesto en libertad a los tres años. Pero el asunto costó gran cantidad de dinero, ocasionó remordimiento y aflicción y don Manuel regresó a la aldea destrozado. La familia de su enemigo sufrió aún más. La viuda de don Aquilino vendió lo que quedaba de las propiedades de su marido y se fue con sus cuatro hijos a Granada, donde puso una pequeña pensión para estudiantes. Pero la pensión fracasó. Ella y una de sus hijas murieron, mientras que las otras —demasiado hermosas para resignarse a la situación en que estaban— comenzaron a relacionarse con hombres y lentamente se hundieron en una vida disoluta. El hijo se hizo chófer, pero casi en su primera carrera la mala suerte le hizo atropellar y matar a un jornalero, por lo que fue a la cárcel, y después, al no estar asegurado, hubo de abandonar el país para no tener que mantener a la familia del difunto. Por una ironía de la ley, el conductor es responsable financiero de los daños que accidentalmente infringe, pero no así el que, deliberadamente, asesina.

El poder de los *caciques* llegó a su fin en 1922, cuando el general Primo de Rivera proclamó su Dictadura. Pocos defensores han tenido en España desde entonces, aunque quizá un sistema que durante cincuenta años proporcionó la paz al país bajo un régimen parlamentario podría reivindicar algunos méritos. El perdón del asesino, aunque se debiera a la influencia política, seguramente no estaba fuera de razón. Ni él ni su instigador eran hombres malos o violentos, y ambos, ciertamente, lamentaban lo sucedido. Habían actuado bajo el influjo de la provocación y de la ira. De hecho, en España casi todos los crímenes serios han sido de este tipo: el asesinato con premeditación, el envenenamiento subrepticio de la esposa, del marido o de la tía rica pero con demasiada salud, no son cosas que vayan de acuerdo con el temperamento español. Cuando, al final de la década de los veinte, en Barcelona se dio el caso de un asesino destripador, los catalanes pudieron, al fin, justificar sus deseos de ser considerados europeos, en el más profundo sentido de la palabra.

Esta trágica historia muestra cómo se entrelazaban en la España de aquellos días la política y los pleitos, llevando una cosa a la otra de manera inevitable, con el beneplácito de los abogados de la ciudad más cercana. Estos eran los vicios de una frugal sociedad campesina, ávida de tierra hasta la obsesión: el mismo papel que representaban el juego y la bebida en las ciudades andaluzas. Otro ejemplo más común de esta manía era el que ofrecía Cecilio. Se trataba de un próspero labrador de cuerpo enjuto, ojos chispeantes y larga nariz ganchuda. Gracias a una combinación de trabajo constante, tacañerías e intrigas políticas, él y su familia ascendían lentamente por la escala social. Dos generaciones más y podrían tener la esperanza de enviar a la universidad a un hijo, que, al regresar, se establecería como abogado y ostentaría el título de don. Su esposa, Asunción, era cómplice cabal en tales proyectos. Había casado sus dos flacas hijas con labradores un poco más acomodados que ellos, y con su alargada cara amarilla, su negro pañuelo de cabeza y su melindrosa conversación constituía el colmo del decoro. Como es común en España, donde el sentimiento feudal subsiste desde tiempos remotos —por cuanto el feudalismo es la respuesta natural a la inseguridad social—, doña Asunción contaba con la tutela de una cierta doña Matilde, una solterona, exmonja. Así conseguía, o pensaba que conseguía, prestigio. Una de sus hijas dormía en casa de la solterona, y su marido le aconsejaba en lo referente a la administración de su tierra. Entre ellos se verificaba ese continuo intercambio de dádivas —huevos, frutas, pollos, verduras— que hace tan placentera la vida de las aldeas españolas.

Pero Cecilio era el genio reconocido de la familia. Con su nariz de halcón, como de armenio o kurdo, y sus ojos taimados y febriles, era una especie de maligno Micawber, agitadamente optimista y absorto en perpetuas intrigas y planes para hacer dinero. O formando parte del ayuntamiento o conspirando contra él gozaba de una bien ganada fama de minar el lado en que se encontraba, para terminar pasándose al otro. No puedo decir cuántos ilustres gobiernos de Yegen derribó en el curso de los pasados veinte años, pero nadie confiaba en él. Además, era de carácter rencoroso. Aunque, por lo general, no se metía en líos jurídicos, era muy aficionado a excitar el sentido del agravio entre los ingenuos

campesinos, azuzándolos contra aquellos que le habían ofendido, urgiéndoles a demandar a estos ante los tribunales. Aun cuando el caso se perdiera les convencía para que apelaran, hasta que ambas partes quedaban en la ruina. Los abogados de Ugíjar, el pueblo más cercano, le tenían, por tanto, en gran estima: él les proporcionaba pleitos, y las adulaciones que ellos le prodigaban, al nutrir su presunción, le animaban a proseguir sus intrigas. Sin embargo, tenía una gran debilidad: era un borracho. Cuando bajaba, en su mula, al pueblo, lo probable era que regresara avanzada la noche, tambaleándose y sin aquel pequeño fajo de billetes que llevaba en su faltriquera al salir de casa. Al cabo las cosas se fueron complicando hasta tal punto que, a pesar de todos sus astutos planes, comenzó a menguar su fortuna; pero se interpuso un acontecimiento favorable: pilló un resfriado y murió. Su familia mostró el más profundo duelo, la nariz de Asunción se hizo un punto más aguda y fina que antes, pero todos se sintieron interiormente aliviados.

Mi cercana relación con esta familia se debía a mi amistad con su hijo mayor, Paco. Era un joven delgado, huesudo, de salud no muy robusta y bastante parecido a su padre. Su carácter, sin embargo, era diferente, pues resultaba de agradable trato y tenía la prudencia de su madre. Su intimidad con el extraño inglés que vivía en la casa de don Fadrique le proporcionaba el mismo prestigio que a su madre la amistad con la exmonja. Tal vez la palabra prestigio no sea la adecuada. Los españoles son gente servicial que gusta de inmiscuirse en los asuntos del vecino: cualquier ampliación de su campo de actividades que mezcle el placer con el propio interés les resulta agradable. De todos modos, se convirtió en mi amigo y consejero durante muchos años, y cuando la ocasión lo requirió, en mi más íntimo camarada. Juntos visitamos las ferias de las aldeas vecinas, hacíamos viajes al Marquesado —situado al norte, al otro lado de la cordillera— a comprar avena e íbamos a cazar perdices. Se habituó a visitarme todos los días durante unos minutos y yo pude gozar de su ingenio sosegado y de su *discreción* andaluza.

Dar bailes era una de mis diversiones principales. No están muertos los pueblos de Andalucía, y, excepto en agosto, en que los hombres pasan fuera toda la noche, en faenas de recolección, todas

las semanas había baile en una u otra casa. Los que daba yo eran muy populares, porque mi casa era grande. Todo lo que tenía que hacer era comprar una botella de anís y un paquete de tabaco y quedar de acuerdo con un tañedor de laúd y una pareja de guitarristas para que vinieran. Invitaba a unas cuantas familias y luego, cuando comenzaba la música y aquellos reiterados e insinuantes acordes flotaban en el aire, comenzaban a llegar las muchachas acompañadas de sus madres o hermanas casadas. Nadie se consideraba excluido; la puerta principal había de quedar de par en par, de manera que en poco tiempo podían traspasar el umbral hasta un centenar de personas. En el granero, que había convertido en cuarto de estar, apenas había sitio para moverse. Giraban y giraban de uno a otro lado las tiesas parejas, inexpresivos e impávidos sus rostros, tan rígidos y solemnes como si estuvieran en la iglesia, mientras los laúdes y las guitarras —los músicos se inclinaban sobre ellos como si les acariciasen— tejían en el aire sus hechizos: una música que insistía en los mismos temas, una música que se renovaba siempre con fresca insistencia. Entre los bailes se intercalaban canciones. Un *zagal* se sentaba en una silla baja e inclinaba la frente sobre sus manos. Entraban las guitarras y súbitamente brotaba como un chorro de agua una voz penetrante, como un lamento de estupor o desesperación, que se mantenía flotando en una sucesión de borbotones y trinos hasta desaparecer gradualmente en un débil gemido. Tal es el famoso *cante jondo* o *cante andaluz*, más conmovedor cuando lo canta la gente inculta del campo que cuando lo entonan los profesionales de las salas de fiestas.

Pero ¿dónde estaban los viejos bailes andaluces, los *fandangos*, las *sevillanas* y *malagueñas*? En los últimos doce años habían caído en descrédito. Cualquier mujer que hubiera llegado a los treinta y cinco años podría bailarlos, pero nadie lo hacía delante de otros. Los historiadores que encuentren interés en estos remansos notarán que la segunda década del siglo XX marca una absoluta destrucción de las artes y costumbres campesinas en la Europa meridional. En la cerámica, los colorantes alemanes sustituyen a los de origen mineral. Los usos locales, las costumbres, los bailes campesinos desaparecen. Irrumpe la uniformidad. Las carreteras construidas

para los vehículos de motor ponen fin a la vida autóctona de las aldeas y a los vestigios de una cultura que se remonta a los tiempos clásicos. Sólo en las iglesias se mantenían los rituales paganos.

Mejor dicho, todavía quedaban —por unos años— los gitanos. En España eran ellos los verdaderos conservadores. Sus vestidos eran los vestidos de cincuenta años antes; sus bailes y su música —con una o dos excepciones— eran los que en un tiempo fueron bailados y escuchados por todo español. Lo que distingue su arte del de los *gachés* o no gitanos es el sentido del humor, y a menudo su absoluta simpleza, que salvo en momentos de gran dolor o pasión hace de todo una chanza. Así, aunque conservaban las antiguas melodías, las únicas palabras que podían introducir constituían una jerga de obscenidades. En la aldea teníamos establecidas dos familias de gitanos: una, la de un cestero y su esposa —gente tranquila—, y la otra, la de un hombre más bien viejo, Federo, que lucía un fiero bigote negro y tenía una fragua. Su hijo, Ramón, un sujeto muy feo, le ayudaba, y con él vivía la esposa de Ramón, Matilde, dos hijas adultas y un muchacho. Como la mayoría de los gitanos, parecían vivir en la más abyecta pobreza. Sus únicas posesiones domésticas eran una sartén, unas trébedes y un par de piedras a modo de sillas. Por la noche se tumbaban todos juntos en un montón de paja. Pero su pobreza era engañosa: en realidad, no les iba tan mal y en cuanto tenían algún dinero de más se lo gastaban en una *juerga*.

Sobre Federo corría una historia divertida. Se había casado varias veces y siempre se había distinguido por sus celos. Por la época de su último matrimonio había en la aldea un sacerdote joven, que, recién salido del seminario e inflamado de ardor misionero, puso todo su corazón en persuadir a la joven gitana para que asistiera a la iglesia. A Federo, para quien tales motivos resultaban incomprensibles, se le metió en la cabeza que el sacerdote trataba de seducirla. De manera que fue a confesarse y, con gran despliegue de voces y gemidos, como sólo los gitanos saben hacer, le espetó la historia de cómo, hacía muchos años, había asesinado a un sacerdote que hacía proposiciones a una de sus mujeres. El Padre le absolvió, pero se quedó tan intimidado por lo que había oído que jamás dirigió la palabra a un miembro

femenino de aquella familia. Federo solía contar, o mejor representar, con mucho gusto esta historia cuando estaba borracho.

Su nuera, Matilde, solía darse una vuelta y sentarse en mi cocina. Era una joven dulce pero vivaracha, insustancialmente bella y de delicadas formas, como gitana que era. Su tragedia era no tener hijos. Hablaba con libertad de sí misma y su familia, si bien bajo la trama de sus palabras podía percibirse la reserva y el misterio gitano. Fría como el hielo cuando se refería a alguien que no fuera su marido, su conversación era siempre un cúmulo de obscenidades pronunciadas con una encantadora y luminosa sonrisa. Algunas tardes venía a mi casa con toda su familia. Yo sacaba las bebidas y ellos bailaban y cantaban. La actuación de su marido resultaba cómica y macabra; daba zapatetas y cabriolas salvajes, chasqueaba los dedos mientras sus ojos giraban de modo que sólo el globo del ojo resultaba visible. Las mujeres bailaban *sevillanas*, en tanto que Federo, tras trasegar tres o cuatro *copillas*, cantaba una *soleá* sobre la muerte y sus penas en el más melancólico de los tonos.

Casi todas las noches del año en que hacía buen tiempo, si subía uno a la terraza a tomar el aire, podía oír las notas de una guitarra, ya procedente de un baile en el *barrio* bajo, ya de los jóvenes que estaban de ronda. Se unían en grupos de dos o tres, se detenían delante de la casa de la muchacha a la que pretendían y tocaban una melodía. Aquel a cuya chica iba dirigida la serenata cantaba después una *copla*, o poema de cuatro versos, en su honor, y si a ella le placía su atención, subía y aparecía en la ventana. Pero si la chica le había dejado plantado, el joven cantaba una copla llena de insultos. Algo por el estilo pasaba la noche de San Juan. Durante la noche, los jóvenes decoraban las casas de sus chicas con ramas, flores y ramos de cerezas, pero si habían reñido ponían ortigas y cardos.

Naturalmente, cuando el trabajo se terminaba, el amor era la principal ocupación. Todo joven quería, o pretendía, acostarse con su *novia*, pero ninguno lo conseguía, porque la chica, de consentir, arruinaría su oportunidad de casarse. Así, pues, ellas jugaban con ellos a un tira y afloja, y sólo aquellas que tenían dinero podían estar seguras de la partida. Y como casi todas las bellezas de nuestra

aldea eran pobres, el amor se convertía, por lo general, en un juego tenso y prolongado. Los jóvenes cuyas familias poseían tierras se relacionaban con una de ellas, pero tan pronto como llegara el momento de sentar la cabeza sus familiares arreglarían un compromiso con una de las feas ricas. De manera que las pobres tenían que poner todo su empeño si querían prevalecer sobre los familiares y asegurarse su hombre, mientras que las herederas —es decir, aquellas que podían esperar una dote en tierra equivalente a un centenar de libras— podían permitirse el lujo de sentarse y esperar, aunque se vieran consumidas de envidia por los transitorios triunfos de sus rivales.

Si uno mantenía los ojos bien abiertos podía aprender mucho en los bailes. A pesar de todo su formalismo y sobriedad ocultaban tanto drama como una fiesta de Chelsea. Se podía percibir en el ambiente la tensión creada por los celos y la hostilidad en relación con aquellos chicos y chicas que no habían acudido a causa de los que estaban presentes. Surgían nuevas disputas y se iniciaban nuevas amistades, y siempre había una hilera de ojos que se aguzaban escrutando cada mirada y movimiento. El día siguiente se ocupaba en contrastar las observaciones y en analizar los cambios ocurridos.

Durante el último período de mi vida en Yegen solía ver mucho a una familia conocida como los Ratas. Eran un grupo muy especial. Rata padre era pastor; un hombre ingenuo de noble cabeza y dignos modales. De vestir un traje menos harapiento, se le hubiera tomado por un prócer, pero para su familia contaba poco, pues carecía de talento. Rata madre, que parecía un sapo, era una bruja y, por tanto, muy avispada, mientras que sus dos hijos eran notables guitarristas. Yo me sentía más atraído por las chicas. La mayor, Isabel (pronúnciese «Saber»), era una muchacha perspicaz que cantaba con mucha gracia, mientras que la más joven, Ana, tenía un sorprendente cuerpo de contorsionista, que ascendía en rizos perpendiculares cuando bailaba. Era medio gitana, pues Rata madre se había cuidado generosamente de que todos sus hijos tuvieran padres diferentes. El destino común a los pastores —esos marinos de las sierras ondulantes condenados a largas ausencias de su familia— es que sus esposas les sean infieles.

No recuerdo cómo se inició mi interés por los Ratas, pero un día Paco y yo decidimos salir con las dos chicas. Él eligió a Isabel, y yo, a Ana, y comenzó nuestro cortejo. El asunto resultó fatigoso desde el principio, pleno de falsos destellos de esperanza y súbitos desencantos, pues aunque las chicas —a las que nuestras atenciones daban gran prestigio— respondían en público, en el momento en que nos encontrábamos solos nos trataban fríamente. Pronto comprendimos que nos estaban utilizando para elevar su valoración y hacer surgir los celos entre los chicos de su misma clase, pero también descubrimos que, al cortejarlas, originábamos igualmente un provechoso alboroto entre las otras jóvenes. Me extrañaba que Stendhal, que tanto escribió sobre la estrategia del amor, jamás hubiera descrito el cortejo fingido desarrollado por dos personas con fines de publicidad amorosa. En general, no hay mejor manera de lograr el interés de un grupo de chicas que dedicarse a hacer el amor abiertamente a la más desenvuelta y atrevida de ellas.

Al principio pareció que Paco tenía un cierto éxito con Isabel. Era *muy salada*, notable por su ingenio y rápida en las respuestas. Así, pues, su cortejo se caracterizaba por largos duelos de réplicas, tan repletos de oscuras metáforas, proverbios y referencias locales que me era muy difícil seguirlo. Pero Ana era obstinada, y su única respuesta notoria hacia mí eran unos pocos movimientos ondulantes, tales como los de una cobra ante un flautista incompetente. De manera que pronto me cansé de ella.

No obstante, antes de que esto sucediera, hube de pasar por una prueba que describiré. Rata madre pasaba los meses de primavera en la montaña, en una pequeña choza de piedras situada junto a una corriente de agua y un álamo solitario. Allí hacía quesos de leche de oveja y con ellos se sustentaba, así como con las sabrosas cerezas negras silvestres que crecían bajo los castaños, y como alimento más sólido, unos panes amarillos de maíz que le preparaba y llevaba una de sus hijas dos veces por semana. Yo solía pasar por el lugar en mis paseos diarios, y entonces ella me ofrecía como refresco una hoja de morera con requesón reciente extendido sobre ella y un puñado de cerezas. Yo me lo comía, pero cuando le conté a mi sirvienta María lo que solía hacer, la invadió el espanto. La vieja Rata, me dijo, era una bruja peligrosa y lo más innocuo que

me daría sería una poción de amor que me pondría en cuerpo y alma en manos de su hija. Al observar que me reía de esto, llamó a Paco y a Asunción, y ambos me aseguraron que corría un grave peligro. Puesto que los hombres de la aldea se mofaban invariablemente de los cuentos de brujerías, considerándolos como necedades de viejas, me sorprendieron mucho las reconvenciones de Paco, hasta que comprendí que aquel escepticismo respondía a una mera pretensión viril, y que, en realidad, los hombres creían en todo lo que las mujeres hacían.

Al parecer la vieja madre Rata era la principal bruja de la aldea y la más versada en las artes nigrománticas. Había sido la cómplice principal del molinero cuando este volaba tan ligeramente por los aires, sobre los tejados de las casas. Además, ella era la guardiana de un tesoro de oro y plata abandonado por los moros y enterrado en la montaña, cerca de su cabaña. ¿Quién podría saber lo que sucedería a la persona que cayera bajo sus artes de encantamiento?

—Pero ¿es una *hechicera* —inquirí de María— dedicada a la magia blanca o una *bruja* dedicada a la magia negra?

Antes de contestarme, María me alejó de la chimenea y, mirándome muy fijamente, como si quisiera grabar en mí lo que me iba a decir, replicó:

—Es lo último que usted ha mencionado.

En todo caso, no parece que sea muy sensible a los hechizos y encantamientos mediterráneos, pues nada insólito me sucedió. La poción de amor preparada por Rata madre no surtió más efecto que la afirmación hecha por María.

Pasaban los días, las semanas, los meses. Ya leyendo, ya paseando o mezclándome en la vida de la aldea, jamás me encontraba sin nada que hacer. Atribuyo esto, en gran parte, a la alegría y vitalidad de la comunidad de campesinos entre quienes había organizado mi hogar. Este pequeño mundo autosuficiente tenía algo del entusiasmo por la vida y también del sentido de la medida y equilibrio que ostentaban los antiguos griegos. Cuando leí en Platón que estos consideraban sus ciudades y constituciones políticas como obras de arte y les atribuían cualidades no tanto morales cuanto estéticas, creí entender por qué esta aldea, no más pequeña que muchas de las repúblicas autónomas del Egeo,

resultaba tan satisfactoria para mí. Adecuada en cuanto a las dimensiones, contaba con la cantidad justa de tierra de regadío, distribuida de la manera más conveniente; contaba con el grado apropiado de aislamiento y sólida tradición como para que las cualidades vitales y humanas de sus habitantes se proyectaran en la medida de sus posibilidades. Una comunidad mayor, o menos aislada, hubiera abandonado la órbita campesina, que le permitía la autosuficiencia, para sumergirse en la vida de una nación moderna. Yegen conservaba su idiosincrasia.

También su situación física estimulaba la imaginación. Se alzaba a unos mil doscientos metros sobre el mar, sobre una suave ladera montañosa surcada por arroyuelos, moteada de rocas grises, coloreada con el verde de los álamos, de las mieses y de toda clase de árboles frutales, se agrupaba como una colonia de nidos de golondrinas colgados sobre el vacío. Mirando hacia abajo desde cualquiera de sus azoteas la ladera parecía precipitarse en rápidas gargantas rojizas que formaban un dédalo de *ramblas* o arroyuelos arenosos. El ojo se zambullía no en un valle encerrado entre montañas, sino más bien en una hoya recorrida y ondulada por valles.

El lugar daba la impresión de descansar en una gran elevación, sobre el resto del mundo. Grande era la soledad y el silencio, roto únicamente por los ruidos de la aldea y el rumor de las corrientes de agua. Se sentía cómo el aire le rodeaba a uno, vastas masas de aire que me bañaban de manera singular, como jamás había experimentado en otra parte. Montañas y nubes eran elementos capitales. Unos treinta kilómetros más allá, al otro lado del espacio transparente, emergían las cimas achatadas de la Sierra de Gádor, desnuda, azul o amarillo ocre, sin árboles, sin agua, y que cubría más de seiscientos cuarenta kilómetros cuadrados de terreno. En invierno, unos pocos pastores llevaban sus rebaños a pastar allí, y en la noche de Todos los Santos encendían fogatas para alejar a los malos espíritus. Años atrás habían llegado los mineros, hombres solitarios, de rostro áspero, que horadaban la entraña esquistosa en busca de cobre y plomo. Después se había establecido allí una familia de gitanos que secuestraba a los críos de las aldeas vecinas para chuparles la sangre. A partir de aquellos días la montaña se

había colmado de hechizos. A su derecha, a través de una brecha, podía divisarse un pequeño retazo de mar. Y más lejos, más a la derecha, se alzaba la cordillera costera, la Sierra de la Contraviesa, listada, pulida y plegada como un terciopelo ajado. Terminaba en otra gran montaña rocosa, la Sierra de Lújar, que se levanta sobre Órgiva.

Las nubes eran curiosas. A lo largo de los secos meses estivales, una mole de blancos cúmulos —de base plana, cúpula nevada y barrocos rebordes curvos— se situaba sobre la Sierra de Gádor, proyectando sobre las grises rocas triásicas una mancha oscura, como la sombra de un inmenso sombrero. Pero jamás llovía. Después, en invierno, aparecían las nubes que yo llamaba marsopas o ballenas. Se pasaban el día completamente inmóviles sobre la aldea y al llegar la tarde adquirían un color dorado o rojo sangre. Al parecer, se trataba de nubes altas, ancladas allí por las corrientes de húmedo aire marino que ascendían hasta coronar la gran sierra. Las nubes inglesas dibujan promontorios marinos o formas almenadas y cambian continuamente. Las nubes de la Alpujarra tienen una existencia individual y se mantienen en el mismo lugar durante semanas.

Pero la calidad más extraña y deleitable del clima de Yegen era su carencia de viento. Durante casi todo el año el aire se mantenía completamente tranquilo. Incluso en verano, cuando un fuerte viento marino soplaba día y noche sobre las estribaciones más bajas, sólo una pequeña corriente movía los álamos entre la medianoche y el amanecer. Los labradores tenían que aventar sus cosechas durante la noche, con la ayuda de faroles. Había una excepción: una vez al año, por lo general en enero o febrero, aparecía sobre la cordillera una línea aplanada de nubes grises. Era la señal para que todo el que estuviera en el campo regresara rápidamente a casa. Enseguida, al principio en ráfagas, después en una tremenda y prolongada arremetida, como si se hubiera roto algún dique en la cumbre de las montañas, el viento norte se lanzaba violentamente montaña abajo. Se abalanzaba por la ladera montañosa con la fuerza de un huracán, arrancando ramas de los árboles, haciendo temblar y estremecerse las casas y rugiendo de tal modo en las chimeneas que difícilmente podría uno escuchar sus

propias palabras. A pesar de que el aire se tornaba glacial, era imposible encender fuego. No se podía salir a la calle, a causa del peligro que representaban los cascotes desprendidos. Una vez, entrando por el establo de abajo, el viento irrumpió en el granero en el que me encontraba sentado, arrancó el suelo de cuajo y la ráfaga recorrió rugiendo toda la habitación. Pero era hermoso verlo. Desde las ventanas —pues era imposible permanecer en la terraza como no fuese a gatas— se veían, contra la tenue línea azul del cielo, los copos de nieve llevados por el viento en largas franjas horizontales desde las cumbres de las montañas; los atormentados olivos, mostrando el gris envés de sus hojas, se debatían y pugnaban por escapar de la corriente. Me acostaba. Ninguna otra cosa podía hacerse cuando soplaba aquel viento feroz como un tigre. De todos modos, dentro de veinticuatro horas cesaría tan súbitamente como había comenzado.

Los días de lluvia constituían otros tantos momentos intensos. Estábamos cerca de lo que podría llamarse una divisoria de aguas. En Almería, que tiene un clima semidesértico, sólo llueve cuando sopla el viento del este. En Granada, donde el estiaje es fuerte, la lluvia viene del oeste. Nosotros estábamos al término de la región granadina. En colosales moles esponjosas, por encima y por debajo de nosotros, las nubes púrpuras nos venían del oeste. Llovía durante días enteros, las carreteras desaparecían, los puentes se removían y se hundían. Luego las nieblas desaparecían y veíamos, a diversas altitudes bajo nosotros, cúpulas de nubes de diferentes formas y contornos, algunas densas y pesadas, otras meros flecos de niebla, como los peces y las plantas que aparecen en un estanque cuando se aclara el barro. Pero, tras un período seco, las primeras lluvias se esperaban con ansiedad. El agua entraba por todas las goteras que en el tejado abrieran las palomas y yo tenía que levantarme a media noche y, a la luz de una antorcha de esparto, tapaba con arcilla los agujeros. A través del negro aguacero, veía antorchas sobre otros tejados y, a su luz, unas figuras ocupadas en tapar goteras.

VI. El calendario aldeano

El calendario de una aldea del sur de Europa se establece por los trabajos estacionales de la tierra y por los ritos y fiestas correspondientes. En mi aldea el calendario estaba particularmente colmado, ya que, como los inviernos eran relativamente suaves y el agua de regadío abundante, se cultivaba una gran variedad de productos. El año comenzaba con la recolección de la aceituna, y como esto era mayormente tarea de mujeres, los bosques de olivos se veían invadidos por alegres partidas de chicas y matronas con blancos pañuelos de cabeza y vestidos multicolores y acompañadas de los niños más pequeños. Las chicas trepaban a los árboles, y si algún hombre se aproximaba demasiado, se las avisaba a gritos y apremiaba a que bajasen, pues ninguna llevaba bragas. Recogían las aceitunas en unas mantas extendidas sobre el suelo, después las vertían en unos serones y las llevaban a la almazara. Allí, un burro, dando vueltas en la semioscuridad del reducido espacio inferior, tiraba de una piedra cónica, que, al macerar las aceitunas, hacía saltar un chorro de aceite que iba a parar a las tinajas.

Mientras las mujeres se entregaban a este quehacer, los hombres podaban las viñas y los árboles, tras lo cual venía la siembra de cebollas y ajos (los únicos cultivos para el mercado) y la sachadura de los cereales. A comienzos de mayo se hacía la siega de la cebada y poco después comenzaba, en la costa, la del trigo. Se extendía por la ladera de una forma gradual y alcanzaba nuestra aldea en julio (cada cien metros de altitud originaba una diferencia de cuatro días), pero en las fincas situadas en lo alto de la montaña no comenzaba hasta septiembre. La mies se segaba con una hoz curva y corta. El segador empuñaba en su mano izquierda un haz de tallos

y los cortaba con la derecha por debajo de la espiga. La cosecha se recogía en cestones y se llevaba a lomos de burro hasta las eras. Si había luna, la cebada se segaba y recogía por la noche, ya que si se secaba demasiado los granos se caían.

En agosto, ya segado todo el grano, venía la *parva*, que es como aquí se llama a la trilla. Era el momento culminante del año, la verdadera cosecha. Las espigas, o *mies*, se extendían en unas eras circulares adoquinadas que punteaban la ladera de la montaña, por lo general en algún espacio abierto, sobre la roca, expuesto al viento. Se aparejaban dos mulas a la *tabla*, una pequeña plancha de madera dotada de dientes de hierro o cuarcita, y, balanceándose sobre ella, un hombre empuñaba las riendas. Otro hombre se situaba cerca, blandiendo un látigo, y las mulas, al trote, daban vueltas. Cuando se cansaban las reemplazaba otro par. Estas vueltas sobre la ladera de la montaña duraban todo el día: los conductores del trillo, sujetos a las riendas, como los carreteros; las mulas con la piel brillante, sudorosa. De vez en cuando el hombre lanzaba un grito y el látigo restallaba sobre el lomo de los animales. Después, cuando caía la oscuridad, comenzaban los preparativos para el aventamiento. Un grupo de hombres y mujeres se reunía en la era, se encendía un farol y alguien comenzaba a rasguear una guitarra. Inesperadamente surgía una voz en la noche, se cernía unos pocos segundos en el aire, apagándose luego. El trino de un ruiseñor contestaba desde los álamos cercanos.

Comenzaba a soplar el viento. Llegaba primero en pequeñas ráfagas, luego se extinguía y volvía otra vez. En cuanto parecía ser lo suficientemente fuerte, uno o dos hombres empuñaban sus largas horcas de fresno o *almez*, y comenzaban a airear el grano. Esto se prolongaba, a cortos intervalos, durante toda la noche. El viento soplaba más regularmente hacia el amanecer. Frecuentemente salía yo, a esta hora, de mi habitación, en la que había estado leyendo, y subía la pendiente para ver cómo iba el trabajo. La gran depresión montañosa parecía llenarse de luz burbujeante, como un tanque de agua; las sombras se tornaban de color violeta, después de color de espliego y finalmente desaparecían flotando, mientras yo, al subir y aproximarme a la era, veía la paja salir flotando, como una capa blanca sobre la brisa, y el pesado grano caer a plomo en montón,

como caían las monedas de oro sobre Danae. Entonces, sin nubes ni velos, aparecía el disco solar sobre la Sierra de Gádor y comenzaba a ascender rápidamente. Las figuras soñolientas se levantaban y se desperezaban; los hombres bebían un trago de su bota de vino, las mujeres recogían sus cestos de provisiones, y regresaban a casa. Dentro de media hora estarían de nuevo a la orilla del río, lavando la ropa.

Las estaciones más ocupadas eran el final de la primavera y el comienzo del verano. Las judías, cuyas flores perfumaban el ambiente por Pascua, una vez recogidas dejaban sitio a las patatas. Había que sembrar al mismo tiempo los tomates, los pimientos, las berenjenas, habichuelas, melones y sandías. Después venía la siega del trigo e inmediatamente había que levantar los rastrojos con el arado para sembrar el maíz, se recolectaban las lentejas, los garbanzos, las algarrobas, seguido todo ello por la gran celebración de la *parva*. Casi al mismo tiempo, las uvas, que crecían en los emparrados, se regaban, se recogían y se pisaban en los lagares, y se almacenaban todos los demás frutos de otoño. Los tomates, los pimientos y los higos se extendían en esteras sobre las azoteas, puestos a secar. Las castañas se vendían, y las cebollas, ajos y patatas se sacaban de la tierra y se vendían o almacenaban. La ceremonia de desgranar el maíz tenía su propio ritual. Un grupo de muchachos y muchachas se sentaban en la «azotea», formando círculo, con un jarro de vino y un plato de bollos o de castañas asadas al lado, y cuando una chica encontraba una mazorca de granos rojos golpeaba a todos los hombres ligeramente en la cabeza con su cuchillo; cuando era un joven quien la encontraba, abrazaba por turno a todas las chicas. Por «abrazar» se entendía poner los brazos alrededor de los hombros de alguien y darle palmaditas en la espalda. Jamás significaba besar. Besar es un acto tan serio que algunas chicas no permitían a sus novios que las besaran antes de casarse.

Mi aldea era casi autosuficiente. Las familias más pobres no comían nada que no se criara en la aldea, excepto pescado fresco, que se traía desde la costa a lomo de mula, en viaje nocturno, y bacalao seco. Los tejidos de algodón, la loza y la quincallería venían de las ciudades, pero los aldeanos tejían y teñían sus propios paños

de lana, sus mantas de algodón, sus pañuelos de seda y sus colchas. En otras palabras, la economía de una aldea de la Alpujarra no había cambiado gran cosa desde los tiempos medievales. Y los aperos de labranza eran aún más antiguos. Nuestro arado era muy parecido al romano, mientras que en la costa y en la mayor parte de Andalucía se utilizaba un tipo ligeramente diferente, con un mango recto, idéntico al que ostentan los vasos griegos. Este había sido, sin duda, el primitivo arado de toda la región mediterránea. Igualmente antiguo era el trillo —tanto Amós como Isaías hacen alusión a él— y en cuanto a nuestra hoz, era idéntica al tipo encontrado en las tumbas de Almería correspondientes a la edad del bronce. No ha de deducirse, sin embargo, que nuestro sistema agrícola era atrasado. Hacia 1930 se introdujeron unas cuantas aventadoras que funcionaban con petróleo y resultaron útiles, pero los demás aperos se ajustaban tan bien a las condiciones locales, que tengo mis dudas de que pudieran mejorarse. Como por aquella época yo estaba leyendo a Virgilio y esforzándome en desentrañar los doce volúmenes de *Golden Bough*, de Frazer, así como el Antiguo Testamento, estas pervivencias de la antigüedad me proporcionaban un placer especial.

La primavera, al igual que en la mayoría de los países, era la mejor estación. En la costa comenzaba en febrero o marzo, y se extendía como una mancha verdosa sobre las laderas de las montañas, llegando a nuestra aldea en abril. Brotaban las hojas de las higueras y las moreras, el trigo y la cebada crecían un poco más cada noche, los viscosos pimpollos del álamo se abrían y desplegaban sus pétalos finos y sedosos. Llegaban las golondrinas y comenzaban a construir sus nidos, y no mucho después se dejaban oír el cuco y el ruiseñor. Por encima de la aldea, toda la montaña se abría a la vida. Las familias que tenían en ella parcelas de tierra se trasladaban a sus *cortijos* —toscas cabañas de piedra, bajo los castaños— y comenzaba la elaboración del queso. Por todos los lados resonaban gritos, canciones, el rebuzno de los asnos, el canto de los gallos, el balido de ovejas y cabras.

A lo lejos, sobre el valle de Mecina, a dos o tres horas de camino, había una zona de carrascas dispersas; era todo lo que quedaba del *monte* o robledal que antaño cubriera la ladera más allá

del área del castañar. Poco más allá tenía don Fadrique su granja, con unas setenta cabezas de ganado, un rebaño de cabras y unas pocas ovejas. Solía yo ir de vez en cuando a aquel lugar con la excusa de estudiar ejemplares botánicos; columbinas, gencianas y saxífragas bordeaban el riachuelo, en cuyas glaciares aguas, que descendían de los neveros, podía uno tomar un baño. Aquí vivía Juan el Mudo, así llamado porque su padre era mudo, un hombre alto y atlético que se había casado con la garrida Araceli, la última doncella de doña Lucía, y trabajaba la granja, mediante contrato de aparcería, manteniendo, gracias a la influencia de su esposa, una íntima relación feudal con su señor. La mayor parte de la tierra estaba destinada a pastizales, pero sembraban algo de centeno, que recogían a finales de agosto. Don Fadrique tenía reservada una habitación, y cuando yo deseaba cambiar un poco mi vida en la aldea solía ir a la granja y ocupaba aquella pieza. Descubrí que no hay nada como romper unos días la monotonía y alejarse de los libros para retornar con nuevo brío. Durante el día, la soledad y el vacío del valle montañoso empapaban mi mente; buscaba flores —una vez encontré bajo una cascada el nido de un martín pescador—, miraba las águilas y los halcones, volando en círculos sobre mi cabeza, y después regresaba por la tarde a sentarme al lado de un fuego de troncos junto al silencioso Juan, el tranquilo y barbudo Felipe, vestido de harapos, y dos huraños pastorcillos, que no decían palabra. Cuando, después de pasar unos pocos días allí, regresaba a la aldea, tenía la impresión de volver a una capital.

Estos zagales, mejor cabreros, merecen describirse. Con frecuencia eran sorprendentemente guapos, con largas y onduladas guedejas que les caían sobre el cuello, y enjutos como olivos. Pero habían crecido en la soledad de los aislados cortijos, apacentando sus rebaños de cabras en los *secanos*, de manera que casi habían perdido la facultad de hablar. Cuando se les hablaba, contestaban con un soniquete difícil de entender y en voz tan alta que podía oírseles de colina a colina. Al escucharles me imaginaba que los cabreros de todas las tierras mediterráneas tenían un lenguaje común y que un zagal de las sierras españolas podía hacerse entender en las montañas de Sicilia o de Albania. En las raras ocasiones en que bajaban a la aldea, se mostraban tímidos y

huidizos, pero como su belleza les hacía atractivos a las chicas, tarde o temprano se casaban. Entonces comenzaba su purgatorio, pues sus esposas les eran invariablemente infieles. Si su carácter era fuerte, las golpeaban, pero por lo general eran hombres tranquilos e indefensos, y como para excusarse desarrollaban su capacidad de hablar y llegaban a ser buenos conversadores. Este era el caso de Felipe, cuya esposa, Victoriana, tenía una docena de amantes, entre los que se encontraba su patrón. Felipe tenía un rostro como el de Cristo, un carácter tan débil como el agua, y era la única persona en aquel remoto *cortijo* con la que se podía hablar.

Algunas de sus historias trataban de lobos. Mantenía que si uno se encontraba a un lobo solo y lo miraba fijamente a los ojos, el lobo huía, pero si había dos, lo único que se podía hacer era agitar un palo, gritar y desear lo mejor. Tirar a los lobos con honda los provocaba. Sin embargo, carecía de la suficiente valentía para poner a prueba su teoría. En la única ocasión en que había visto un lobo, había trepado a un roble, por si, como él decía, había otro a la espera. En aquella ocasión el lobo había huido. Últimamente, no había lobos. La tala del *monte* los había alejado, y durante varios años nadie había visto ninguno. Pero el último saltó una noche la valla del corral, y aunque no tocó el rebaño, mató al perro del pastor. Sin embargo, reaparecían ahora. Las disposiciones policiales que prohibían llevar armas de fuego les había dejado el paso libre, y el año pasado (1953) dos de ellos habían bajado hasta el mismo límite de la aldea, irrumpieron en un aprisco y mataron a todas las ovejas.

Los acontecimientos agrícolas del año se celebraban, como ya he dicho, con rituales apropiados. El primero de estos era el carnaval. Los jóvenes se disfrazaban, se ponían antifaces y organizaban una procesión. Junto a moros, gigantes y otras figuras de fantasía que paseaban o eran llevados por las calles, siempre había una litera en la que dos jóvenes, uno de ellos disfrazado de mujer, pretendían hacer el amor, con movimientos expresivos y palabras obscenas. Esto me parecía corroborar el punto de vista de Frazer de que el carnaval proviene de las saturnales romanas. Después, la gente encendía pequeñas hogueras en las azoteas y tostaba granos de maíz. Por la tarde había bailes. El último día se celebraba una

procesión de antorchas en la que era paseada en triunfo una piel de zorro (o en su defecto una piel de conejo) alrededor de la aldea y luego la enterraban enfrente de la iglesia, con ceremonias religiosas y un sermón burlesco. Es de suponer que este rito representaba el entierro del año viejo. Las ceremonias de Pascua tenían una intensidad peculiar. A partir de la mañana del Domingo de Ramos caía sobre la aldea un silencio que perduraba hasta el fin de la semana. Durante este tiempo nadie gritaba ni cantaba, y aún dejaba de oírse el sonido del mortero y el almirez, alegre preludio de toda la comida andaluza. La noche del Jueves Santo, la figura de Cristo crucificado era llevada en lenta procesión, con antorchas y candelas, hasta el calvario de piedra, situado entre los olivos, un poco más abajo de la aldea. En cada parada se cantaba en voz baja una *copla* triste. A la tarde siguiente había una procesión aún más lúgubre, en la que el cuerpo muerto de Cristo era llevado en silencio, en un ataúd de cristal, hasta la misma plaza, para luego regresar a la iglesia y ser enterrado. Esa noche un grupo de ancianas con antorchas de esparto caminaban, como en un *vía crucis*, alrededor de la iglesia, gimiendo y cantando *saetas* (no al estilo *flamenco* o gitano degradado en que se cantan las «saetas» hoy, sino en el más puro *cante andaluz* de Granada), mientras que en el interior de la iglesia las velas de la *capilla ardiente* se consumían alrededor del túmulo. A las diez en punto de la mañana del sábado, cuando el cura estaba diciendo misa, las campanas de gloria comenzaban a tocar, en señal de la Resurrección, y se bendecía el agua para todo el año. La gente regresaba de la iglesia con vasos de agua bendita con la que rociaban sus casas para mantener alejados los malos espíritus.

El ayuno había terminado, pero quedaba por representar la última escena del drama. Al amanecer del Domingo de Pascua el sacristán daba la llave de la iglesia a los jóvenes, quienes llevaban la figura de Cristo resucitado a la plaza situada en el extremo más bajo de la aldea. Se le representaba como un joven con vestidura verde y, como para asociarle con Adonis y Osiris y todos los demás dioses que han muerto para que los cereales vuelvan a brotar y la savia recorra una vez más los tallos, iba coronado de hoja. En la mano derecha le colocaban un ramo de flores y en la izquierda una

gavilla de cebada. La imagen quedaba situada sobre una plataforma en la humilde plaza de casas deslucidas, y los aldeanos —especialmente las familias más pobres— daban vueltas a su alrededor, mientras gritaban: «¡Viva, viva el Señor!». Después, a las nueve en punto, el párroco abría las puertas de la iglesia. El alcalde y todas las personalidades de la aldea estaban esperando y, cuando salía la Virgen, se colocaban en línea tras ella y formaban una procesión. Este era el momento dramático de las ceremonias de Pascua, que hasta el más simple de los cabreros podía entender: la Virgen, al encontrar la tumba abierta y vacía, salía en busca de su Hijo. A pasos cortos, en un completo silencio, la procesión bajaba por las calles tortuosas, con la rígida imagen de verdes ropajes meciéndose de un lado a otro, hasta llegar a la entrada de la plaza. El pequeño recinto estaba lleno de gente, todas las ventanas, atestadas de rostros de mujer; las azoteas bajas aparecían abarrotadas de hombres, formando contra el fondo celeste como una orla mellada de grullas y cigüeñas. Tan pronto como la imagen de la Virgen llegaba a estar frente a la de Cristo, le rendía reverencia tres veces; el párroco avanzaba unos pasos, le rociaba con agua bendita y le incensaba, y la imagen de la Virgen avanzaba vacilante hasta el borde de la plataforma en la que se encontraba Cristo. Entonces, cuando estaba sólo a dos pasos, los brazos de él, que se movían con cuerdas, eran levantados con movimientos bruscos hasta tocar los hombros de ella. Esta era la señal para romper el silencio. El tamborilero, un joven alto y enjuto, situado en una esquina de la plaza, levantaba sus manos por encima de su cabeza y, con el rostro contorsionado, las dejaba caer sobre el tambor. Todos gritaban: «¡Viva la Purísima! ¡Viva el Señor!». Sonaban las trompetas, los muchachos golpeaban unas láminas de hoja de lata, y los hombres de las azoteas lanzaban cohetes y disparaban sus armas de fuego. Recargarlas por la boca del cañón requería una gran agitación de brazos y baquetas, y aquellos movimientos nerviosos y los gritos le trasladaban a uno de Europa a África.

Y ahora se reorganizaba la procesión, con la bamboleante imagen de la Madre y la de su Hijo, y, al mismo paso de tortuga, regresaban hasta la iglesia. Sonaban los tambores y las trompetas y

las mujeres comenzaban a cantar. Lo que cantaban no era una letanía, sino una de esas coplas de cuatro versos, de las que todos sabían de memoria un gran número. Las voces de los muchachos, altas y penetrantes, dominaban a las demás. De nuevo los cohetes se elevaban siseando hacia el cielo, volvían a disparar las armas, hasta que, al cabo, entre estrepitosos hurras, la procesión, con las dos solemnes imágenes igual que marionetas, entraba de nuevo en la iglesia.

Por la tarde, los jóvenes de la aldea se reunían alrededor de los columpios. Los muchachos habían dedicado la noche anterior a erigirlos, frente a las casas de sus chicas, en la calle. Eran diferentes de los columpios que usan los chicos ingleses, puesto que en vez de un asiento llevaban un tablón suspendido longitudinalmente entre dos maromas, y un hombre y una mujer ocupaban sus plazas, cada uno en su extremo correspondiente. El balanceo continuaba por las tardes durante dos semanas o más, al son de una canción especial, y sólo la gente en edad de casarse estaba autorizada a tomar parte en la ceremonia, ya que ésta era un ritual para que las cosechas, que acaban de ser renovadas por la muerte y resurrección del Dios, se fortalecieran y crecieran.

El festival siguiente se celebraba el día de San Marcos, que cae el veinticinco de abril. Para el campesino español, San Marcos no es el autor de uno de los Evangelios sinópticos, fuente de las narraciones de San Mateo y San Lucas, y tema de muchos trabajos eruditos de los profesores de Tubinga, sino el santo patrón de los toros y de todos los animales de pasto. Así, pues, en ese día eran todos llevados a recibir la bendición. Detrás de su imagen de madera se formaba una procesión, en la que cada uno conducía su vaca, cabra, mula o asno, con un ramo de flores atado al cuerno o a la oreja, y los pastores y cabreros conducían sus rebaños delante de ellos. De manera que toda la población animal recorría las angostas calles hasta desembocar en la plaza de la iglesia, donde el párroco, dando vueltas a su alrededor, los bendecía e incensaba. Tan pronto como la ceremonia terminaba se distribuían unos bollos de pan, conocidos como *roscos*, uno por cada persona y animal. Constituían el don de una hermandad cuyos miembros sorteaban todos los años para saber quién debería proporcionar la harina para hacer los panes.

Una vez bendecidos por el párroco, se colgaban de los cuernos de las vacas y cabras y sobre las orejas de los burros, y la procesión regresaba por el barrio *bajo*. Se repartían otros *roscos* a los amigos y parientes, a los que se les deseaba buena suerte, y al final del día se daba de comer uno a cada animal. En nuestra aldea, con sus calles pinas y tortuosas, lo más pintoresco y pagano era esta procesión de toda clase de animales, adornados con flores y conducidos por sus dueños, ancianos, mujeres y niños.

El día primero de mayo no se celebraba, pero sí el tres de mayo, día de la Cruz, *La Cruz de Mayo*. A este día se le dedica en muchas partes de España una gran fiesta, en la que los niños levantan pequeñas cruces en las calles, las decoran con flores, y detienen a los transeúntes para pedirles una moneda; en nuestra aldea se celebraba con la matanza del diablo. Salían al campo cuadrillas, comían y bebían bajo los olivos y, una vez reconfortados, salían en busca del Enemigo Universal. Lo encontraban bajo la forma de una alta planta de lechetrezna, que se creía venenosa para los animales, y, una vez elegido el ejemplar, lo arrancaban de raíz, lo ataban a una cuerda y lo arrastraban por el campo y por las calles entre gritos de triunfo. Cuando se cansaban, lo ataban firmemente a un árbol y lo abandonaban. Mientras tanto, las casas se decoraban con ramas y flores, se sacaban de las arcas las colgaduras de seda de fabricación casera y, en la habitación principal, se levantaba un altar con una cruz de madera. Por la tarde se bailaba y bebía frente a él. El día de la Cruz era, de hecho, un sustituto creado por la Iglesia para reemplazar el día primero de mayo, con sus asociaciones paganas. Originalmente, la ceremonia celebraba la muerte y resurrección del espíritu de los árboles, de igual manera que la Pascua celebraba la muerte y resurrección de los cereales.

La fiesta siguiente que celebraba la aldea era el día de San Juan. La tarde anterior los jóvenes decoraban las puertas de las casas de sus chicas con ramas y les cantaban serenatas, y a la mañana siguiente, temprano, las muchachas iban a la fuente, se mojaban manos y cara en el agua y cantaban canciones. Por la tarde se ponían sus más lucidos pañolones y marchaban en masa junto con los jóvenes a comer las cerezas salvajes que crecían en la ladera de la montaña; después venía la fiesta de la Asunción, en agosto, en la

que se formaban grupos para ir a comer los higos en los *secanos*. En septiembre, el día de la Natividad de la Virgen, marchaban de nuevo a los campos a comer melones.

Todas estas fiestas que he descrito estaban asociadas con el crecimiento de las plantas y los árboles, la recolección de las frutas y la fertilidad del ganado. Les habían dado una apariencia cristiana, pero eran más antiguas que el cristianismo. Sólo la Pascua superponía al ritual de la vegetación una significación más profunda, ya que el drama que se desarrollaba era signo de que no sólo resucitarían de nuevo los cereales, sino también el hombre. En aquella semana Cristo y la Virgen trascendían a Adonis y Deméter. Pero el resto de nuestros ritos eran ritos paganos, y dado que la esencia del paganismo es la vitalidad, la mayoría finalizaban comiendo y bebiendo y haciendo excursiones al campo, que eran en realidad fiestas de galanteo. La aldea mostraba una tolerancia tan pequeña hacia las cosas tristes que mientras que el día de Todos los Santos era la ocasión para bailar, beber vino y asar castañas, el día de Difuntos, la fiesta de los muertos, se dejaba transcurrir con la única nota de un candil, o lámpara de aceite, que mantenían encendido durante toda la noche por cada uno de los muertos de la familia. No se hacían visitas al cementerio, como en otras partes de España, ni se depositaban coronas en las tumbas. Sólo el pueblo vivo era real; a los difuntos no se les recordaba mucho tiempo.

La última fiesta del año era la de Navidad. Todo el mundo iba a la *Misa del Gallo* o misa de medianoche, y después permanecía tranquilamente en el hogar. Era el solsticio de invierno. El único distintivo especial lo constituía la *zambomba*, ese desagradable y ruidoso instrumento. Consiste en un trozo de pellejo de conejo o de cabra atado tensamente a la boca de una maceta rota o de un trozo de tubo de desagüe: en la piel se inserta una caña y con la mano húmeda se restriega esta de arriba abajo, de manera que produce un sonido entre estridente y quejumbroso. La significación sexual es obvia y, sin duda, constituía en sus orígenes un ritual mágico para vigorizar el sol poniente. Por lo general, en Yegen eran jóvenes quienes las tocaban, y cuando había chicas delante lo hacían con un gusto consciente y entre carcajadas y risitas. Ahora, en las ciudades, se ha convertido en un juguete infantil.

Sin embargo, en Cádiar y otras aldeas la Navidad se celebraba al viejo estilo, con bailes que tenían lugar en el ático de las casas, al anochecer. Se encendían fuegos y los grupos de chicos y chicas asaban castañas y tocaban la zambomba y, después, bailaban y cantaban formando círculos, cogidos de la mano. Estos bailes eran conocidos como *remelilos* o *remolinos*. Se volvían a reunir en la fiesta de la Purificación de la Virgen, el dos de febrero, en la que se comían *rosetas* o granos de maíz tostados, y esto se prolongaba, en las noches en que hacía buen tiempo, hasta el carnaval. Hubo una época en que también en Yegen se hacían estos bailes, pero se interrumpieron porque se opinaba que resultaban peligrosos para los áticos.

Las semanas de la Navidad eran siempre hermosas y soleadas. Las violetas florecían en los bancales, así como una pequeña planta blanca parecida al carraspique. El viento permanecía en calma, como siempre. Después, las mujeres se iban a los bosques de olivos a recoger la última cosecha del año, y poco tiempo después comenzaban los vientos y las lluvias que marcaban nuestro invierno de dos meses. En las calles que corrían por debajo de mi casa florecía la hiedra, y su olor llegaba hasta mí cada vez que salía a tomar el sol.

VII. Escuela e iglesia

Mi aldea se interesaba muy poco por los beneficios de la ciencia. Podía haber tenido luz eléctrica, como Válor y Mecina, pero su indiferencia y apatía le habían impedido procurarse los servicios de la compañía eléctrica. También podía haber tenido teléfono, pero cuando se tendieron los cables a lo largo de la carretera rechazó la oferta de una cabina. ¿Para qué —se preguntó con bastante razón— iba a gastarse el dinero en una cosa que nadie iba a usar?

La asistencia a la escuela, sin embargo, constituía un asunto diferente. El Estado insistía en que debía haber una escuela, y la hubo, regentada por una maestra. Aquellos muchachos que no tenían que ayudar a sus familias pastoreando cabras, se reunían allí todas las mañanas para asimilar los rudimentos de una educación moderna. Aprendían de memoria una serie de himnos y oraciones, se familiarizaban un poco con las historias de la Biblia y, en cuanto a la aritmética, llegaban a dominar los números cardinales hasta el veinte y, si eran listos, hasta el cien. También se hacían con los nombres de los cuatro continentes mayores y las doce naciones principales, y aprendían a reconocer los animales más importantes, comenzando por el perro y el león. Esto se les facilitaba mediante una lámina de colores que colgaba de la pared, y que mostraba a una vaca junto a un caldero en el momento del ordeño, un cazador con su perro, un camello junto a una palmera, y un león devorando a un antílope.

Pero ¿y la lectura y escritura? En teoría formaban parte del programa, pero creo que únicamente como ideales cuyo alcance debía inspirar sólo a los chicos serios y estudiosos. En la práctica

estaban fuera de las posibilidades de todos. Era raro que en estas escuelas cualquier chico o chica llegara más allá de reconocer unas cuantas letras. De hecho, la generación más vieja de la aldea difícilmente contaba con más de tres o cuatro personas que pudieran leer una línea, a excepción de aquellos que llevaban el don o doña delante de sus nombres. Los jóvenes habían aprendido a leer porque en el servicio militar los sargentos les daban un curso de lectura y escritura. ¿Qué importaba, sin embargo, este *analfabetismo*, tan denigrado por periodistas y políticos? En nuestra aldea no había nada que leer, de manera que incluso aquellos que habían aprendido a hacerlo lo olvidaban pronto, debido a las escasas ocasiones que se les brindaban para poner en práctica sus conocimientos.

Pero, se preguntará, ¿no había periódicos? Sí, naturalmente, el médico y el tendero estaban suscritos a uno. Era una hoja de Granada que daba las noticias locales, pero que raramente mencionaba lo que sucedía fuera de España, a no ser el estado de la salud del papa o la celebración de algún servicio religioso en el Vaticano. De manera que la primera vez que vine a la aldea me encontré con que, cuando hablaba de la guerra en la que había tomado parte, la mayoría de la gente suponía que había estado luchando contra los moros. ¿Acaso no eran todas las guerras contra los moros? ¿No era esa raza falsa y traidora el enemigo universal? En cuanto a Inglaterra y Francia, eran términos vagos que expresaban países remotos, indeterminados, de los cuales llegaban figuras más o menos familiares, las de los errantes ingleses o franceses. Los ingleses tenían la reputación de estar interesados en las minas y poseer singulares poderes sexuales. Los franceses eran unas personas que siempre serían vencidas por los españoles. Pero nada se sabía de sus países. Cuando, tras pasar algunos años en la aldea, regresé a Inglaterra por breve tiempo, mi sirvienta María se lamentó, con un vago movimiento de su brazo, de que tuviera que viajar a través de toda esa *Europa de Francia*. La frase expresaba su incultura, la incertidumbre y la tristeza.

¿Qué importaba esta ignorancia? La gente de Yegen conocía todo lo que necesitaba para su prosperidad y felicidad, y nada ganaría conociendo más cosas, salvo unas cuantas frases pedantes.

Dentro de los límites prescritos por su forma de vivir, eran sensibles y civilizados, y llevaban sus asuntos mejor que muchas comunidades mayores. Como campesinos y católicos españoles, los habitantes de Yegen tenían a sus espaldas una vieja tradición, y sucedía frecuentemente que cuanto menor era la educación escolar que tuvieran, más vívida era su conversación, puesto que entonces hablaban de lo que realmente conocían.

A veces, sin embargo, cuando pensaban que sabían algo, podían resultar muy tediosos. Así, cada dos por tres, me topaba con gente vieja a la que se le había metido en la cabeza que los españoles hablan español, los ingleses, inglés, y los franceses, francés; de la misma forma que cada especie de pájaros tiene su propio canto o trino peculiar. De manera que cuando se enteraron de que yo era inglés, presumieron que sólo podía hablar mi propia lengua e incluso cuando me oían hablar español cerraban sus oídos y decían: «No puedo entender lo que dice este hombre». Puesto que no hay obstinación tan grande como la obstinación española, persistían en su actitud, aunque, manteniéndome dentro de los límites del vocabulario campesino, hablara de una manera fluida y con un acento aceptable. Como don Eduardo, estarían dispuestos a luchar hasta el fin antes de ceder en sus opiniones.

Del centenar, aproximadamente, de caseríos y aldeas que tachonan la fértil Alpujarra —contando desde Padul y Motril, en el oeste, hasta Ohanes y Dalías, en el este—, Yegen era, empleando la expresiva frase española, uno de los más abandonados. Esto no se debía a su tamaño —puesto que su población oscilaba alrededor del millar— ni a su pobreza —puesto que casi todos tenían algo de tierra—, sino al hecho de que contaba con poca gente de medios. En esto contrastaba tanto con Válor como con Mecina Bombarón, dos aldeas aristocráticas que ya ostentaban este carácter en la época mora. Aunque no eran ni tan grandes ni tan importantes como otras varias de la región, cada una de ellas había proporcionado a los insurgentes un rey, durante las revueltas de 1568.

Me imagino que Yegen ha sido siempre una aldea en la que predominaron las familias humildes. Sus colonos bereberes la habían construido en cuatro *barrios* distintos, dos de los cuales quedaban a una cierta distancia de los otros dos, con una mezquita

situada en el lugar en que se encuentra la iglesia en la actualidad, en la única zona disponible de terreno llano. Cuando llegaron, los cristianos abandonaron los barrios adyacentes y establecieron su residencia en los dos que hasta hoy subsisten, encima y debajo de la iglesia. Llegaron unas veintiuna familias, es decir, un centenar de personas. Sus descendientes se multiplicaron hasta que, por los años de 1880, cuando la plaga de filoxera destruyó las viñas, se inició una emigración a Sudamérica que redujo la población a la mitad. Desde entonces había vuelto a incrementarse, hasta alcanzar en 1920 el máximo de habitantes que la tierra podía sustentar.

El carácter de abandono de nuestra aldea se mostraba, entre otras cosas, en su actitud hacia la religión. No la habían alcanzado las doctrinas anticlericales ni, mucho menos, las ideas anarquistas que prevalecían en Almería ni las socialistas de Granada, pero entendía su vida religiosa con un cierto descuido e indiferencia. Un considerable número de aldeanos jamás confesaba ni iba a misa; sin embargo, todo el mundo se adhería con entusiasmo a los distintos servicios y procesiones que se realizaban en honor de la Virgen. La mayoría de las tardes dominicales, al iniciarse el crepúsculo, se celebraba a lo largo de las calles una procesión del rosario. Los mayordomos llevaban un estandarte y les seguían hombres y muchachos en hilera, con cirios, y la gente de las casas que bordeaban el camino encendía lamparillas en las ventanas. Si alguien se cuidaba de contribuir con unas pocas pesetas, la procesión se detenía delante de su casa y cantaba una *copla* a la Virgen. Las *novenas* de la iglesia gozaban también de gran asistencia. Tenían lugar al anochecer. Los músicos —un guitarrista y un tañedor de laúd— se sentaban en el coro, y, junto con los muchachos, cantaban, tras las letanías y los himnos, *coplas* del tradicional *cante jondo*. Las familias más pías, incluyendo aquellas que raramente iban a misa, erigían altares en sus casas e invitaban a sus amigos a comer pasteles y a unírseles en el rezo del rosario. Después de los funerales tenía lugar la *novena*, rezo que se celebraba en la casa del difunto, prolongándose durante nueve noches, y al que acudían todos sus amigos y parientes.

Donde se notaba realmente la laxitud era en la misa del domingo. Las mujeres, con mantillas o velos negros, llenaban el

crucero de la iglesia, mientras que al fondo se situaba un grupo de hombres que hablaban y charlaban y, en ocasiones, hasta fumaban durante la ceremonia. Otros se quedaban fuera, en la plaza, y consideraban que habían oído misa si se cuidaban simplemente de mirar por la puerta y santiguarse cuando escuchaban el tañido de la campanilla que anunciaba la Elevación. Los perros entraban y salían, los chicos jugaban, y existía una atmósfera general de indiferencia. Cuando más adelante hice algunas investigaciones en torno a la historia religiosa de España durante el siglo XVI, me topé con que muchos contemporáneos se quejaban de la existencia de comportamientos similares. Desde luego, considerando esta época de fe según las pautas modernas, sus costumbres resultaban extremadamente irreverentes, pues la gente bailaba en la iglesia, comía y bebía, reía y charlaba y tomaba rapé, y las capillas se convertían en lugares en los que el amor se daba cita. Esto me sugería que, considerando la indiferencia religiosa del siglo XIX, Yegen no había revertido a la laxitud, sino que, por el contrario, había conservado las formas descuidadas de un período anterior, fundadas en la familiaridad y confianza. Yegen era un lugar medieval, también a este respecto.

Cuando llegué por primera vez a la aldea, el párroco era un tal don Horacio. Era un hombre muy feo, pero con esa fealdad que tranquiliza, pues parece natural y humana. Lucía una gran dentadura de oro, que brillaba y centelleaba cuando sonreía, y resultaba tan genial y simpático que todas las mujeres le adoraban. Según la gente, esto se debía a que había pasado muchos años en Cuba, donde los curas se mezclaban más con el pueblo que en España, y hacían menos ostentación de su dignidad. En cualquier caso, se comportó conmigo de una manera muy atenta, y cuando le dije que era protestante consideró esto como un asunto de pequeña importancia y, dándome golpecitos en la espalda, me dijo:

—No se preocupe, hombre. Venga a misa y ya verá como no le hace daño. Pero tenga en cuenta una cosa. No diga a la gente que usted es protestante. La gente del campo es muy ignorante y no comprendería.

Al preguntar sobre este aspecto, encontré que algunos de ellos pensaban que los protestantes tenían rabo.

Don Horacio solía enviar al sacristán en mi busca tan pronto como las campanas cesaban de tocar. Cuando yo llegaba a la iglesia, él mismo me conducía hasta el trono del obispo, situado al lado del altar. Era esta una situación delicada. A mis pies descansaba un mar de rostros de mujer, ojos de mujer, manos de mujer ocupadas en todas esas complicadas cruces —*santiguadas* y *persignadas*— que son peculiares de Andalucía. Sus poseedoras se sentaban con las piernas cruzadas en esteras separadas, extendidas sobre el suelo, con sus rostros enmarcados en negras mantillas de blonda y velos, y sus ojos, oscuros e inexpresivos, dirigidos hacia mí. Al fondo de la iglesia estaban los hombres, no más de una docena, que miraban con la mayor indiferencia.

—No se preocupe de arrodillarse o santiguarse —me decía don Horacio, dirigiéndose a mí, en la mitad del servicio, cuando percibía mi preocupación—. Siéntese y póngase cómodo.

Después de la misa venía el sermón. El párroco se subía al púlpito y divulgaba el texto. En esta ocasión la prédica giraba en torno a la abnegación de José y el amoroso cuidado que había tenido de su esposa e hijo. Inmediatamente todos los rostros femeninos dejaban de mirarme y se orientaban hacia él; yo, al contemplar los cuellos inclinados hacia atrás, los ojos escrutadores y las bocas abiertas de aquel auditorio imaginaba estar frente a un nido de pajarillos que esperaban que sus padres los alimentasen. Pero la mayoría de los hombres del fondo, a quienes el sermón les hubiera hecho mucho provecho, se habían marchado.

Concluido el servicio, don Horacio me cogía del brazo y me preguntaba qué me había parecido. Yo musitaba un juicio.

—Eso está bien, hombre. Eso está bien. Veo que ya es usted medio católico. Nuestra religión está muy bien y, en cualquier caso, es la única apropiada para los españoles.

A pesar de que todas las mujeres adoraban a don Horacio, jamás hubo el más leve susurro de escándalo, hasta que se enamoró de la cuñada del médico. Solía ir todas las tardes a casa del médico a jugar al triquitraque. Este médico era un hombre bajo y desagradable que hablaba de una manera tan gutural que difícilmente podía entendérsele. Era extremadamente corto de vista, y parecía un jabalí. Aunque nunca había estado en el ejército, se le

conocía como *el capitán*, en honor a su padre, que había sido comandante. Estaba casado con una mujer tan gigantescamente gorda —*como un colchón de grande*, tal como decía mi María— que jamás salía a la calle, pues sus pies no la sostendrían sobre los guijarros. Como la mayoría de las mujeres gordas, era cordial, y tenía una hermana soltera, Cándida, que era casi tan gorda como ella y, aunque no muy joven, tan plácida y afable.

El aburrimiento y la familiaridad, tal como dice el proverbio, son malos consejeros. Al poco tiempo, don Horacio estaba desesperadamente enamorado y su amor se veía correspondido. Los dos acordaron huir juntos. Alquiló un coche, que esperó en la carretera y Cándida recibió un billete en que se le notificaba que él aguardaba allí. Pocas semanas después don Horacio abandonó la aldea y jamás regresó.

Al cabo de unos años me lo encontré en un café de Granada. Con la encantadora sonrisa de sus dientes de oro, pasó su brazo sobre mi hombro, se sentó junto a mí y, sin más, comenzó a preguntarme cómo estaba doña Cándida. Cuando le respondí que estaba «bastante bien», comenzó a ponderar su belleza, su dulzura, su gracia angelical y bondad de corazón, como si ella constituyera el galardón más preciado de toda la rica y poblada Alpujarra.

—¡Qué derroche! —exclamó—. ¡Qué derroche! ¡Allí está, languideciendo, sin nadie que la aprecie!

Después de la desgracia de don Horacio estuvimos algún tiempo sin párroco. Un hombre corpulento y con cara de toro, que vivía, peor que en pecado, con una mujer gorda y grasienta que tenía una posada en Mecina, venía en una mula todos los domingos y decía misa. Estas aldeas remotas eran el lugar de destierro para los desgraciados. Después, el obispo trató de enviarnos un titular, pero las mujeres, que deseaban el regreso de don Horacio, le rodearon en la carretera y le pusieron en fuga tirándole piedras. Pasaron unos años antes de que llegara don Indalecio. Era un hombre mayor, de gran contorno y estatura, pero sufría tanto de la gota que raramente salía de la cama. La gente decía, no sé con qué fundamento, que bebía. Se trajo a su ama de llaves, familiarmente conocida como Pan Blanco. Este apodo escondía una historia ocurrida muchos años antes, cuando Pan Blanco, joven que vivía en una aldea cercana,

estaba comprometida para casarse. Pocos días antes de la ceremonia, fue a confesarse con don Indalecio, quien por aquel entonces era también muy joven. Don Indalecio se enamoró de ella y puso todo su empeño en conseguirla a cualquier precio. El párroco lo habló con su madre, a quien dijo que se suicidaría si no podía tener a la chica, y ella se comprometió a hablar con la muchacha.

—María —le dijo—, quiero hacerte una pregunta. ¿Qué preferirías comer durante toda tu vida, pan negro o pan blanco?

—Pan blanco —dijo la muchacha.

—Me alegro que seas tan sensata —replicó la madre del párroco—. Ahora, lo que tienes que hacer es romper tu compromiso, que está muy por debajo de tus merecimientos, y ponerte a servir a mi hijo como ama de llaves.

Así lo hizo, pero su novio, enfurecido, cargó su revólver y disparó un tiro al cura; no alcanzó aquel grande y negro cuerpo, pero fue capaz de acertarle en un dedo. Como prueba de la veracidad de la historia se señalaba el hecho de que al cura le faltaba un dedo.

Vi por última vez a este párroco en enero de 1933. Tras haber estado postrado en la cama durante meses, se levantó penosamente para acudir a la fiesta de la aldea. Los cohetes subían al cielo, se hacían salvas y la alegría general subía de tono. Tambaleándose sobre sus andas, avanzaba nuestro patrono, el Niño Jesús. Detrás venía don Indalecio, dando traspiés entre las hileras de cirios, con su enorme y negro corpachón, que destacaba entre la multitud, apoyando pesadamente una mano en el hombro de Pan Blanco.

Sin embargo, no pretendo dejar la impresión de que todos los párrocos de la Alpujarra se sintieran atraídos por las mujeres. Tanto don Prudencio, de Válor, como don Domingo, de Ugíjar, eran sacerdotes modelos, y como ellos había, sin duda, otros muchos. Por ende, y como justificación de aquellos que no lo eran, conviene aclarar por qué el celibato sacerdotal no ha sido siempre tan estrictamente observado en España como en los países del norte. Originalmente, si Marcel Bloch está en lo cierto, esta regla se estableció a causa de la creencia popular de que una misa celebrada por un sacerdote cuyo cuerpo hubiese sido mancillado por la

relación sexual, perdía eficacia; pero los españoles no aceptaron esto, a causa de la influencia del punto de vista musulmán, según el cual el sexo no constituía impureza espiritual alguna. De manera que sus sacerdotes se resistieron a los preceptos del Sínodo de Letrán, y hasta la primera mitad del siglo XVI casi todos, por regla general, mantenían una concubina o *barragana*, con la que contraían matrimonio. A pesar de que tras el Concilio de Trento la disciplina se hizo más severa, los versos populares nos muestran que al comienzo del siglo XIX no era raro el sacerdote que vivía en concubinato. ¿A quién le importaba? Los aldeanos españoles admiran al sacerdote que es casto si en los otros aspectos les parece un hombre honrado, pero no piensan lo peor de otro que muestre sus instintos naturales. Bajo los reproches de los protestantes, el miedo al escándalo se ha convertido en la actualidad en una manía de la iglesia católica, pero de hecho, en cualquier país sincero, y España lo es, la influencia del sacerdote no depende de su libertad con respecto a este o aquel pecado, sino de su carácter general. De manera que en la época de la que estoy hablando, los curas de aldeas andaluzas no se desprestigiaban necesariamente si mantenían a un «ama de llaves». Por el contrario, había mucha gente que estaba así más tranquila cuando sus hijas iban a confesar.

El estado del cementerio me pareció más sorprendente que las faltas privadas de nuestros párrocos. Cuando se cayó el muro que lo rodeaba no se pudo encontrar dinero para repararlo, y los perros solían penetrar en el recinto, escarbar en las tumbas recientes, desenterrar los cuerpos y comerlos (la roca estaba demasiado próxima a la superficie y no se podían cavar tumbas profundas). En España, por lo general, los cementerios están bien cuidados, y esta despreocupación oriental es algo que jamás he notado en ningún otro sitio.

No teníamos sacerdote, carecíamos de médico (pues don José había abandonado su profesión), y nuestra fiesta anual era la más pobre de la comarca. Yegen era una aldea sin prestigio. En Láujar y Berja, en Padul y Órgiva, la gente solía preguntarme por qué me había ido a vivir a un lugar tan remoto, cuando podía haber elegido los encantos y diversiones de la civilización en algún pueblo más grande. Pero había una cosa que no nos podían negar: poseíamos el

mayor manantial de la región. Y el agua de mejor sabor. Los españoles, como frecuentemente se ha señalado, aprecian en el agua no sólo la abundancia, sino también el sabor. Su paladar, tan basto por lo general para apreciar el vino, es de una exquisita sensibilidad cuando saborea el líquido natural. El sabor de la nuestra, como si tras el goteo de la nieve derretida hubiera estado reposando su calidad en las rocas estrato-cristalinas de las profundas fisuras y cavernas subterráneas, era particularmente satisfactorio, y los muleros de Almería, en donde el agua, cuando no es salina, es gorda e insípida, hablaban con elocuencia del placer que les producía beber un vaso de nuestra agua.

El agua manaba bajo una roca situada en lo alto de la aldea y corría hasta un profundo estanque. Cuando uno se situaba en el borde del mismo y miraba hacia abajo, veía brillar en el fondo los guijarros, entre fragmentos de cerámica de colores y largas hierbas verdosas que ondulaban suavemente y sin cesar, de un lado a otro, como en trance hipnótico. Las empenachadas ramas del culantrillo enraizado en los muros rocosos pendían sobre el agua, y la calma y quietud del lugar contrastaba extraordinariamente con la poderosa corriente que, partiendo del estanque, se precipitaba por la rampa de un molino sobre la muela.

Estos molinos de agua de las aldeas montañosas andaluzas son de un tipo peculiar y muy primitivo, pues sus ruedas están montadas en sentido horizontal en vez de verticalmente, y se mueven por la oblicua percusión del agua contra unas cuantas aspas rígidas dispuestas como paletas. La muela se mueve sobre el mismo eje en una cámara más baja, lo que simplifica mucho el mecanismo y constituye una gran economía de espacio y dinero. Todo el molino se encuentra situado en un pequeño edificio de dos pisos, levantado contra la empinada ladera de la colina y con una altura no superior a unos cuatro metros. Se supone que estos molinos hicieron su aparición en España durante la época visigoda o bizantina (entre 550 y 620 d. C., la mayor parte de Andalucía estuvo gobernada por un exarca griego), ya que, a pesar de que los romanos tenían noticias del molino de agua —uno de ellos lo describe Vitruvio—, su innato conservadurismo o el abundante contingente de mano de obra esclava de que disponían, les hicieron preferir los antiguos

métodos de trituración en molinos de mano. Este tipo de molino pasó de Galicia a Irlanda, donde lo encontraron los vikingos, que lo difundieron hasta Noruega y las islas de la costa escocesa, mientras que en España fueron los laboriosos árabes y bereberes los que desarrollaron y extendieron su uso.

El agua de nuestro *nacimiento* movía dos molinos, mientras que otro brazo de agua alimentaba la *fuente* y proveía mi casa. Además, por debajo del molino superior, y partiendo de él, corría el arroyo en el que las mujeres lavaban la ropa. La colada constituía la principal ocupación de la mitad de la población femenina; muchas mujeres casadas la hacían todos los días del año con buen tiempo. Gozaban con el vigoroso ejercicio, el chapoteo del agua, el aire libre y, sobre todo, con el comadreo que convertía el *lavadero* en una forma especial de club. Cualquier hombre que se aventurara a pasar por allí se convertiría en el blanco de sus pullas y sería rechazado. También les gustaba que las camisas de sus hijos y maridos estuvieran inmaculadamente limpias y blancas, aunque las desgastasen al lavarlas. Como no se utilizaba nunca el agua caliente, se veían en la necesidad de lavarlas y enjuagarlas varios días seguidos, y, en los intervalos, las extendían en una jofaina de poco fondo, al sol. Cuando la ropa estaba muy sucia, se hacía lejía de la madera de fresno, y una vez que se había restregado repetidamente la ropa, se ponía a remojo en ella. También hacían una especie de pasta, aunque sin aceite de oliva o sosa cáustica, que llevaban al *lavadero* en una jofaina. Los pobres la usaban en vez del jabón, que todavía estaba considerado como un lujo. De hecho, hasta unos veinte años antes, incluso los ricos habían utilizado esta pasta para su higiene personal.

La noción de limpieza entre los aldeanos españoles consistía en cambiar la ropa interior frecuentemente. Como mucho, se bañaban un par de veces al año. De vez en cuando, con el calor del verano, los niños y los jóvenes se bañaban en una de las dos grandes *balsas* ahoyadas en la ladera de la montaña, en lo cimero de la aldea; pero el agua estaba fría y se pensaba que el baño podía resultar perjudicial. El hecho de que a mí me gustara bañarme en las balsas se consideraba como un fenómeno extraordinario, y cuando las mujeres de los *cortijos* veían que me iba a desnudar, su curiosidad y

su modestia las ponía en gran aprieto. Sin embargo, unos metros más abajo de la aldea, y en el sendero de mulas que llevaba a Yátor, había un manantial que alimentaba un diminuto estanque de agua tibia, conocido como el baño de las mujeres. La tradición decía que había sido utilizado para ese propósito durante la época mora. De vez en cuando, una pandilla de chicas iban a él, con la sensación de ser enormemente audaces, y entre múltiples chillidos y risitas ahogadas, quedándose en ropa interior, se sentaban una a una en el agua. Un cabrero que espiara desde detrás de un arbusto situado en la cima de la montaña, podría ver únicamente una figura vestida con un pantalón de lienzo grueso y burdo, y sentir la emoción de saber que la chica no llevaba más ropa debajo. Cuando las chicas caían en la cuenta de que alguien las miraba, irrumpían en gritos y chillidos, como una banda de estorninos, hasta que el joven huía avergonzado. En aquella época todas las mujeres, hasta las más pobres, llevaban medias de algodón, y la vista casual de un pie o un tobillo desnudos bastaban para hacer latir más deprisa un corazón de hombre. Posteriormente, hacia 1927, irrumpió la moda de las faldas muy cortas, y resultó normal el que, cuando una chica se inclinaba o arrodillaba para fregar el suelo, dejase visible una parte de su blanco muslo. Nadie la criticaba o hacía comentarios.

Naturalmente, las prostitutas eran una institución: cada aldea tenía dos o tres. Una muy sincera que vivía a unas pocas puertas de mi casa, se llamaba Máxima. Mi primer recuerdo de ella data de cuando era soltera, de unos treinta años y ya, como los españoles decían, cargada de cinco o seis hijos. La necesidad de darles de comer la obligó a adoptar hacia el amor una actitud mercenaria. Era una criatura de buen natural, que jamás pronunciaba una mala palabra ni exponía *mala doctrina*, como decía don Eduardo, y por esta razón era tratada con gran amabilidad por las más respetables familias, a cuyas casas acudía a fregar los suelos y, cuando no tenía comida, a mendigar pan o aceite. Estas limosnas se daban a quienes las necesitaban. Otra mujer que practicaba este oficio era la Prisca. Era una mujer lista y elocuente que sabía leer y escribir, y por ello era muy reclamada para redactar cartas de amor, en las que, por lo general, deslizaba alguna obscenidad o atrevimiento. Tenía maneras profesionales, un aspecto de gran desparpajo, como una enfermera

consciente de su saber y utilidad a los demás, y esto, y su absoluta carencia de humildad, era la causa de que las mismas mujeres respetables que con tanta libertad trataban a Máxima, se mantuvieran siempre a distancia de la Prisca. Tenía dos hijas, dos futuras bellezas. Cuando su padre, el primer amante de la Prisca, trató de meterlas en un orfanato, ella se las llevó a Granada, donde con el tiempo llegaron a ser las queridas de dos ricos tenderos. Las hijas de Máxima, por el contrario, se pusieron a trabajar como sirvientas y se casaron con jornaleros.

Una muestra del humilde estilo de vida de nuestra aldea era que el precio que ponía la Prisca a los muleros que venían de la costa, sus mejores clientes, era una peseta, y se elevaba, con la comida incluida, a dos pesetas por toda la noche. Máxima, cuyos clientes eran los jóvenes de la aldea, era aún más moderada en sus condiciones. Como estos mozos raramente tenían dinero contante y sonante, pagaban en especie, y el precio habitual era de dos huevos, y cuando no era el tiempo de la puesta de las gallinas, sólo uno. Anoto estas particularidades de la economía aldeana con la esperanza de que un día algún erudito historiador, al extraer este libro de los anaqueles de una biblioteca de Nueva Zelanda o Tierra del Fuego, le pueda servir para cubrir las lagunas de sus conocimientos sobre el cambio de los niveles de precio durante las últimas décadas de una civilización pasada. Quizá, si se detiene a pensar, llegue a la conclusión de que las bombas de cobalto destruyeron un modo de vida que, aunque rudo y primitivo, merecía la pena conservar.

VIII. La feria de Ugíjar

Nuestra villa más cercana era Ugíjar: un nombre difícil de pronunciar hasta que uno consigue acostumbrarse. Se podía llegar a ella en unas dos horas y media de camino, por carretera, pero era más rápido y agradable tomar el atajo. Aldea abajo, se llegaba al Puente, un puente natural que, desde la verde terraza del repecho montañoso, sombreada de olivos, llevaba hasta los pelados y quebrados *secanos* del otro lado. Este puente o cuello de tierra era un lugar dramático, pues tenía menos de seis pies de anchura y, a ambos lados, se precipitaban los rojizos farallones arenosos hasta alcanzar las quebradas situadas a unos cien metros por debajo.

Estos *secanos* —tierra seca y sin regadío— se merecen una pequeña descripción. Al parecer, durante el cuaternario, la gran oquedad situada entre Sierra Nevada y la cordillera costera estuvo ocupada por un lago. Las lluvias arrastraron las calizas triásicas y las margas rojas que cubrían las primeras estribaciones de estas montañas, hasta depositarlas en el fondo del lago, a una profundidad de más de cien metros. Posteriormente, el caudal del lago se abrió camino hacia el mar, y la fuerza de los torrentes originó profundas cárcavas en su lecho seco. Pero el suelo de este lecho —una fina arena arcillosa— tenía la particularidad de que, a pesar de que se desintegra fácilmente con el agua, sus granos eran tan cohesivos que permitían la formación de farallones perpendiculares e incluso arqueados, que alcanzaban una altura de algún centenar de metros. De manera que las cárcavas excavadas en lo que ahora era un terreno ondulado y profundo, tenían paredes escarpadas, frecuentemente esculpidas y acanaladas por el agua en formas muy curiosas. Por la extremidad oriental de la Alpujarra, al

subir desde Almería hasta la meseta de Guadix, se contemplan farallones formados de este modo y que se elevan hasta alcanzar unos trescientos metros, y su perspectiva septentrional desde Alhama es la de un laberinto de superficies rojas y ocres y verdosas, excavadas en conos y quebradas y completamente desprovistas de vegetación; el panorama es uno de los más fantásticos y alucinantes de Europa.

Sólo el ojo del geólogo puede distinguir paisajes como estos de aquellos formados por espesos estratos de loess. Este es el término que se aplica a los depósitos de arena arrastrada por el viento en el borde de los desiertos, pero los antiguos geólogos lo ampliaron, e incluían en él los depósitos aluviales del tipo que he descrito. Ahora el loess es una de las formaciones creadoras de historia. En países de escasas lluvias da lugar a tierras estériles, pero origina también el fértil valle del Mississippi y los paisajes extraños y horizontes lunares de Honan, donde se desarrolló la primera civilización china. Según Marcel Granet, los puentes naturales originados por esta formación, a veces entre dos cárcavas (excavados por las aguas entre los farallones hasta casi unir dos torrentes), jugaron un papel importante en la delimitación de los reinos feudales que precedieron al imperio, proporcionándoles defensas naturales. La naturaleza de este terreno estimuló también la práctica civilizadora del regadío, pues mientras que el loess en su estado natural es estéril, una vez desmenuzado y regado resulta particularmente fértil. Esto es igualmente cierto con respecto al terreno aluvial de la ondulada comarca de Yegen. Debido a la escasez de agua, este territorio es infecundo, pero hacia el este aparece dispuesto en bancales, regado y con emparrados. Aquí se cosecha la uva de piel basta, de Almería, que se exporta a Inglaterra.

El camino a Ugíjar corre a lo largo de una de las estribaciones de este territorio profundo. Cuando brillaba el sol, el paseo era alegre y placentero. El terreno aparecía pelado; se veían algunas plantas dispersas de espliego o de retama, unos nervudos penachos de hojas de esparto, y, de vez en cuando, una alcaparra que pendía sobre un bancal o se bamboleaba sobre la pared escarpada de una barranca. Sus enormes flores, de color rosa y blanco, irisadas de estambres y anteras, y sus duras y espinosas hojas, estaban nutridas por raíces

que horadaban la tierra abrasada, hasta alcanzar la humedad, a más de treinta metros de profundidad. En estas colinas se cultivaron, hace tiempo, viñas (no las que crecen en parras, que necesitan riego, sino las que crecen en vides, para vino), pero la plaga de filoxera había acabado con ellas, y ahora nada se cultivaba. Un pequeño bosque de pinos piñoneros constituía el único rastro de una pretérita actividad forestal.

Continuando el descenso, se cruzaban finalmente dos anchas *ramblas*, o cauces. Estas *ramblas* eran la ruta natural para los animales de tiro, y hasta que se construyó la actual red de carreteras, la reata de mulas o burros que avanzaba lentamente a lo largo de un arenoso lecho fluvial constituía una de las escenas características del país, así como un símbolo de su modo de vida oriental, de espaldas al tiempo. Ugíjar está exactamente al otro lado de la segunda *rambla* —como el agua suele fluir por ella, la llaman *río*—. Es un lugar pequeño, limpio, hermoso, rodeado de naranjales. Sus casas están techadas con tejas, hay media docena de tiendas y una plaza de mercado, así como un *parador*, del que todos los días, al amanecer, parte un autobús hacia Almería, que dista casi cien kilómetros. En octubre se celebra una *feria* o mercado de ganado en el lecho fluvial. La villa me interesaba por otra razón. Es casi seguro que se trata de Odysseia, latinizada luego como Ulyssea, y que Estrabón cita como que poseía un templo dedicado a Atenea, en cuyos muros Ulises, en uno de sus viajes, habría dejado como exvotos sus escudos y los espolones de sus naves. Aunque está a poco más de treinta kilómetros tierra adentro, en una región accidentada, hay una excelente razón para que Ulises dejara allí recuerdo de su paso (suponiendo que en sus viajes hubiera llegado a España): las arenas del río son ricas en oro. En 1929, una compañía francesa se quedó tan impresionada por la cantidad de oro que encontrara, que propuso la construcción de un lago artificial, en las cercanías, para extraerlo con máquinas. Quizá pueda encontrarse algún rastro de esta leyenda en el hecho de que la Virgen de Ugíjar, la Virgen de los Martirios, es objeto de culto para los pescadores de la costa. En las tormentas invocan su nombre casi tan frecuentemente como el de la Virgen del Mar de Almería y Adra.

Cuando me sentaba a leer en mi biblioteca, podía escuchar los

gritos de los *arrieros* y buhoneros en las escarpadas y estrechas calles, y solía tratar de averiguar lo que vendían. Uno de los vendedores era un viejo que llevaba unos pliegos toscamente impresos, con romances en los que se relataban los crímenes famosos de la época: cómo un padre había apuñalado a su hija porque creía que tenía un amante, y cómo descubría, ya demasiado tarde, que la persona con la que le había visto era su hermano, que acababa de regresar de América; cómo un hombre había matado a hachazos a su cuñado por seducir a su esposa, y cosas por el estilo. También aquí había romances piadosos que narraban singulares milagros: un bandolero que se había convertido porque una cruz de madera le hablaba y vertía lágrimas; un muerto que había vuelto a la vida tras ser rociado con agua bendita, y, tras confesar el lugar donde tenía escondidos los alimentos que robó, volvía a la tumba de nuevo. Eran los últimos restos de las leyendas que con tanto éxito habían sido tratadas por los dramaturgos del siglo XVII. En una ocasión, llegaron dos hombres que traían un lobo adulto metido en una jaula de madera, amarrada al lomo de una mula. Al parecer, había en Sierra Morena hombres que se ganaban la vida capturando lobeznos y criándolos. Cuando se hacían adultos los llevaban de aldea en aldea, recogiendo las monedas que ofrecía la gente que se apiñaba para verlos, y sumas más crecidas recaudadas a los pastores y propietarios de rebaños, a quienes convencían de que habían atrapado al animal en los alrededores. Era extraordinario ver la fiereza de la bestia en cautiverio; difícilmente podía moverse en su estrecha jaula; sin embargo, cuando la gente la importunaba con pajitas, la fiera mostraba los colmillos y gruñía con una ferocidad aterradora.

Una tarde de invierno, María entró en mi habitación con muestras de gran excitación. Habían llegado los *títeres* e iban a dar una representación. Salí y me encontré con que lo que ella llamaba títeres era en realidad una compañía de actores ambulantes. En nuestra aldea no se entendían las palabras «teatro» y «actores», de manera que todas las representaciones dramáticas se llamaban títeres. La obra iba a ser representada en un establo. He de aclarar que, en las aldeas de la Alpujarra, las plantas bajas de las casas se usan siempre como establos o graneros, mientras que las

habitaciones están en el primer piso. El establo escogido por los actores era suficiente para dar cabida a unas cien personas, y en uno de sus extremos se había erigido, aprovechando tablones y bastidores, un escenario pequeño y raquítico. Cuatro lámparas de parafina lo iluminaban y había telón y todo. Pero ¡qué telón! ¡Era una tela fina de algodón, y pendía desmayadamente de una cuerda! Cada vez que era necesario correrla había que utilizar una escalera. Un muchacho se subía a ella y, tras deshacer varios nudos y ataduras, corría el telón. Cosa de poca monta. A las siete en punto el local estaba lleno y, tras la prolongada espera que es habitual en los teatros españoles, tan pronto como el director de escena, en este caso el actor principal, juzgó, mediante repetidos atisbos desde una esquina del escenario, que la impaciencia del público había alcanzado su punto culminante, comenzó la representación.

Sólo había tres actores: un hombre, una mujer y un chico. Para mi desilusión, no representaron una obra, sino una serie de pequeños episodios que ilustraban la vida en Asturias de la clase media de la capital; endebles imitaciones del endeble *fin de fiesta* de los teatros de Madrid, que no suscitaron el más mínimo interés entre el auditorio. Naturalmente la representación era en verso, intercalando recitados a base de una retórica tan elaborada que pocos de los presentes podían seguir. Para mi sorpresa, uno de estos iba dirigido a mí —«el famoso y mundialmente conocido *inglés*, patrón de todas las artes y especialmente de la más noble, más refinada y más culta de todas, generalmente llamada Tragedia»—. Al avanzar la representación, los golpes y porrazos que daban en las puertas los chicos y mozos que se habían quedado fuera y pensaban que debían ser admitidos sin pagar, se hicieron ensordecedores. Los actores se detenían una y otra vez en mitad de sus diálogos y protestaban ante estas interrupciones, apelando al honor y *caballerosidad* y, finalmente, a la *vergüenza* de la aldea. «¿Habrá que decir que este es el único punto de la sagrada tierra de nuestros padres en el que no se honra a las artes?». Todo en vano, puesto que el único que podía oírles era el auditorio, sentado, con apariencia de estoica incomprensión en los rostros, como si estuvieran en la iglesia, hasta que, al final, sin que nadie lo lamentase, la representación llegó a su fin.

Esa tarde envié una invitación a los actores, solicitando el honor de su compañía durante la comida del día siguiente. Vinieron. Además de los tres actores de la noche anterior se presentó también un hombre tétrico, cadavérico, de tez cetrina y con un pañuelo negro y desvaído atado alrededor de su cuello desnudo: era el trágico. El día anterior había sufrido un ataque epiléptico y esto había impedido a la compañía montar la pieza habitual, obligándola a recurrir a algunos episodios ligeros. La actriz principal también estaba ausente: se había quedado en una posada, a un día de camino, presa de los dolores del parto. Los actores lamentaban amargamente la barbarie de nuestra aldea y su indiferencia hacia las artes. No sólo censuraban los gritos y los golpes en la puerta que les habían impedido continuar la representación, sino que, además, habían tenido que aguantar un burro en sus camerinos. ¡Un burro! Jamás, ni siquiera en las Hurdes, se habían visto insultados de ese modo. Desde luego, el nivel cultural que ofrecía nuestra aldea era una desgracia para la nación.

Tras la comida, me pidieron que les permitiese ofrecerme una muestra mejor de su arte. El trágico se levantó. Componiendo el gesto y con un estilo campanudo, recitó unos fragmentos que resultaron increíblemente altisonantes. Sin poderlo evitar, me vinieron a la mente los consejos que Hamlet dedicara a los actores. Los comediantes continuaron en su empeño, pero nada resultaba menos cómico que sus artificiales palabras, plagadas de recónditas alusiones. Después le llegó el turno al muchacho. En realidad tenía talento, pero sus mayores no cesaban de atosigarle, interrumpiéndole a cada momento. Seguro que, muy pronto, su natural vivacidad y capacidad para la imitación quedarían anuladas por la jerga rimbombante del resto de sus compañeros, que ellos consideraban como la cima del arte.

Cuando nos sentamos a tomar el coñac le pregunté al trágico cómo había dado en escoger tal profesión. Me dijo que había sido carpintero en Algeciras y que ganaba un buen sueldo —desde luego mucho mejor que el que ahora ganaba—, pero había abandonado aquel oficio para ser actor. A pesar de las durezas e ignominias de la vida de actor, jamás se había arrepentido de aquella elección.

—Un carpintero —manifestó— puede verse más altamente valorado por el populacho, pero, después de todo, las artes tienen una nobleza que lo compensa todo.

Cuando partieron les acompañé hasta la carretera, como muestra de mi respeto hacia su profesión. Después, y tras unos cuantos discursos más, se marcharon. La nueva actriz principal llevaba el telón del escenario sobre su cuerpo, a manera de chal, y el trágico llevaba a cuestas el resto de los accesorios en un fardo negro.

Dos semanas más tarde recibí una invitación para ir a verles actuar en Cádiar, a unas dos leguas. Habían reservado asientos de primera fila para mí y mi compañía —no necesito decir que no me permitieron pagar las entradas—, y cuando entramos en la sala —una bodega en esta ocasión— los cuatro actores bajaron a recibirnos con gran pompa. ¿Acaso no éramos las personas que, más que nadie en el país, honrábamos a las artes? Pero además éramos ingleses. Era bien sabido que no hay país en el mundo en el que las artes sean más honradas que en Inglaterra. Regresé con la impresión de haber hecho un viaje al *Siglo de Oro*, pues no de otro modo vivían y se comportaban las compañías de actores ambulantes en tiempos de Lope de Vega.

Las fiestas del pueblo eran la diversión principal del año. La de nuestra aldea, que se celebraba en enero, era pobre, aunque no la peor para mí. Sus imágenes pequeñas y de poco valor, su banda de música que desafinaba, los cohetes que siseaban y estallaban, pero que raramente caían en cascadas luminosas, tenían un especial patetismo. Pero tanto Mecina como Válor celebraban espléndidas fiestas, con *columpios*, con puestos para vender cintas, pañuelos y broches, así como guirlache y caramelos, y constelaciones completas de vertiginosos cohetes de cola dorada. Válor organizaba también una batalla de Moros y Cristianos, en la que se disparaba gran cantidad de armas, se hacía un ruido ensordecedor y generalmente resultaban heridas varias personas.

No obstante, la más importante festividad de la Alpujarra era la *feria* de ganado de Ugíjar. Se celebraba en los primeros días de octubre, en las afueras de la población, en el lecho seco y pedregoso del río. Se reunían caballos y mulas de todos los alrededores. Con ramas verdes se construían puestos de dulces y bebidas, y los

gitanos, con sus espesos bigotes y largas patillas, sus sombreros sevillanos y sus fajas de franela roja, paseaban o mostraban a los compradores la andadura de sus animales. El cuadro era sobriamente alegre: mientras caballos y mulas eran paseados al trote de un lado a otro, las roncas voces de los vendedores ambulantes pregonaban el precio de sus mercaderías, y grupos de hombres y mujeres se sentaban bajo los naranjos a merendar, con un aspecto entre reservado y solemne. A sus pies el río, con su aurífera arena, corría plácidamente entre los álamos y las adelfas de flores rojas, mientras que al fondo, casi oculto entre las trémulas hojas, emergía un telón de suaves pendientes rojas en las que se podía observar, a unos diez metros del suelo, una hilera de cuevas. Se desconocía su antigüedad y quién sabe —pensé— si Ulises no habría pasado una noche en alguna de ellas.

El último día de *feria* se celebraba la fiesta de la Virgen de los Martirios, la Patrona de Ugíjar. Era una Virgen diminuta, rechoncha, de rostro oscuro, casi negro, y con un vestido escarlata tachonado de lentejuelas doradas. Dado su color, la gente pensaba que era gitana, y por eso, como es natural, los gitanos y los pescadores de la costa le rendían un culto especial. Había muchos *gitanos* por estos lugares. Mairena, encima de Ugíjar, era un centro de gitanos, así como la aldea vecina, Laroles. Estos lugares guardan la entrada del paso alto de La Ragua, que sobre Sierra Nevada conduce al Marquesado, una región en la que la cría de caballos está muy extendida. La Alpujarra proporcionaba un mercado seguro de mulas y burros, y los gitanos, utilizando este paso, los traían desde las ferias de Guadix y Fiñana para venderlos. La gran feria de Ronda era también importante, y cuando se celebraba, las carreteras que conducían hacia el oeste se veían pobladas de hombres oscuros, del color del cobre, tocados con negros sombreros cordobeses y luciendo al cuello pañuelos de colores, precedidos por los animales que conducían. No se detenían en las posadas. En cada aldea había una familia de su propia raza que les brindaba albergue.

La procesión de la Virgen de los Martirios era algo impresionante: la imagen salía de la iglesia entre el arrebatado repicar de las campanas y el estruendo de cohetes y salvas. Treinta

hombres sostenían la plataforma, alegremente decorada, y la cola del vestido, tachonada de lentejuelas. Todos los curas de las aldeas vecinas estaban presentes. Según una antigua costumbre, cada aldea del *partido* de Ugíjar tenía derecho a llevar el paso durante parte del recorrido. La ruta estaba dividida en sectores, los costaleros aguardaban en formación, firmes, y cuando la Virgen se aproximaba a cada grupo de los que esperaban, el mayordomo que guiaba la comitiva con su báculo de cabeza de plata gritaba: «Yegen» o «Mairena», y los hombres de la aldea en cuestión ocupaban su puesto bajo el paso. Sin embargo, a veces, quienes llevaban a la Virgen se negaban a abandonar su puesto, y se iniciaba entonces una discusión a gritos, en la que se intercambiaban insultos y golpes, hasta que el mayordomo lograba imponer su autoridad. El cortejo era largo: inmediatamente después de la imagen iban los sacerdotes, cuyas figuras voluminosas, naturalmente, resaltaban aún más con sus ropajes litúrgicos. Seguía después la Guardia Civil, con sus rostros curtidos y sus uniformes de gala, y, finalmente, las autoridades municipales de Ugíjar y sus aldeas dependientes, riendo y charlando, cada pueblo con su estandarte correspondiente. Detrás venía la gente que había hecho promesa de acudir a la procesión. Las mujeres iban descalzas generalmente, pero con medias, por pudor. Cuando, coincidiendo con la aparición de las primeras estrellas, la procesión completaba su recorrido y la Virgen regresaba a su santuario, todas las campanas se lanzaban al vuelo, ascendían los cohetes al cielo y se disparaban salvas. Luego se hacía la calma. Rápidamente todo el mundo salía de la iglesia. Las calles se atestaban de mulas con rojas gualdrapas, y en cada una cabalgaban dos o tres personas que intentaban llegar a sus aldeas lo antes posible. Algunas emplearían tres horas de viaje, e incluso más, hasta poder reposar en sus camas.

IX. Albañiles y animales

En mi jardín maduraban los albaricoques y los melocotones, y había un naranjo que daba frutos todas las primaveras. Aunque esto no significa que los inviernos fueran benignos. Sin embargo, sólo supe que nevara una vez y no puedo recordar haber visto hielo; el aire era fresco y penetrante y se tornaba frío rápidamente al anochecer. Por la noche las estrellas brillaban con un fulgor inusitado, y las distantes montañas surgían nítidamente por encima de la penumbra circundante. La latitud de nuestra aldea podía ser la de Túnez, pero estaba situada a más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

De manera que calentar la casa resultaba un problema importante. En la cocina había un hogar, pero en mi cuarto de estar, que era también biblioteca, sólo contaba con una *mesa camilla*. Este mueble, clásico, así como los ritos domésticos que en torno a él se hacen, requieren alguna explicación. Imagínense una mesa redonda, con un brasero de ceniza situado en su base. Extiendan sobre ella un tapete de franela roja que llegue hasta el suelo por todos sus lados y sitúen, sentadas a su alrededor, tres, cuatro o seis personas, arrebujándose con las porciones de paño que a cada uno corresponda. Vístanlas con chaquetas o con toquillas echadas suavemente sobre los hombros y dejen que sus rostros se miren —sea en un juego de cartas, cosiendo o perfectamente quietos, rompiendo el silencio únicamente de vez en cuando con algún plácido comentario—. Tendrán entonces la imagen de lo que es la vida de familia durante la mitad del año en cualquier pueblo o aldea de este país.

A veces se me ha ocurrido pensar que una de las causas de la

decadencia española durante el siglo XVII puede radicar en esta mesa redonda. Se talaron los bosques, escaseó la leña, se difundió la idea de la vida en casa y se extendió también la costumbre masculina de apiñarse, en cómoda plática, con sus mujeres —la tía de la esposa, su madre, los hijos mayores—, en vez de estarse junto al fuego, con las piernas extendidas, y sentadas ellas en cuclillas sobre los almohadones de la *estrada*. Alrededor de la *mesa camilla* la vida familiar se espesaba, se hacía más densa, más orientalmente burguesa; la lectura cesaba en la afectada atmósfera de harén, y los clubs o cafés, que hasta hace poco fueron sitios sórdidos, mal iluminados, ofrecían la única expansión y evasión. España se convirtió en el típico lugar estancado, el imperio otomano de Occidente inmerso en sí mismo, situación de la que únicamente saldría en el ciclo actual. Los únicos que se beneficiaban con esto eran las parejas de novios, quienes, una vez aceptado el joven y admitido en la casa, podían entrelazar dichosamente sus manos durante horas, por debajo del tapete de franela.

Tras unos meses de experiencia de este mueble, cuyo brasero tenía que ser removido y atizado cada media hora, y que se hiciese lo que se hiciese siempre desprendía gases tóxicos, me decidí a buscar un método mejor para conseguir calor. Así que obtuve de don Fadrique permiso para utilizar el granero en el que almacenaba sus garbanzos secos y el grano. Era una habitación alargada, de forma irregular, situada a unos seis metros sobre el jardín y el huerto, de gruesos muros de tierra apisonada, orientada hacia el campo. El albañil abrió ventanas, para sacar el mejor partido de esta perspectiva, y construyó una chimenea, que ocupaba uno de los extremos de la habitación. Colgué, de pared a pared, una pesada cortina roja, para impedir el paso de las corrientes. De esta manera me procuré una habitación dentro de otra habitación, en la que, durante las noches más frías, se podían sentar cuatro personas y comer junto a un buen fuego.

La manera como encendían fuego en este país poseía una belleza peculiar. El combustible sólido consistía en pequeños leños de roble traídos de las montañas, pero había un combustible más ligero para encender el fuego, a base de *bolinas* y *piornos*, apelmazadas almohadillas de retama seca o enebro, así como matas más

pequeñas de romero, espliego y jara. Cuando se ponía un *piorno* en el fuego y se acercaba una cerilla, surgía una llama viva y creciente que lamía la chimenea y lanzaba su luz y calor al techo y las paredes. Las otras matas daban un olor aromático, y todas dejaban una ceniza blanca sobre la mesa, en el pelo, en las pestañas. Esto era un fastidio, pero jamás pude resistir el placer de verlas arder.

Este rincón de la chimenea está asociado con algunos de mis más felices recuerdos de aquellos años en Yegen. Cuando regresaba, cansado y entumecido, de alguna larga expedición, se encendía el fuego y se preparaba la comida, mientras me lavaba y cambiaba de ropa. Me aguardaba el correo y un ejemplar de *Nation* —aquel antecesor del *New Statesman*— y, con mi café, me ponía a leer la correspondencia y comenzaba a contestarla. La silla en la que me sentaba perteneció a un viejo barbero, y la había comprado en Almería; no era elegante, pero sí cómoda, y se adaptaba tan perfectamente para leer y escribir que acabé por sentir hacia ella un verdadero afecto. El fuego llameaba cuando yo lanzaba un *piorno*, y veía en las llamas los rostros de los amigos distantes. En todas las modalidades de felicidad se da un elemento de *añoranza*, ya que la mente se centra mejor sobre aquello que echa en falta.

La chimenea del granero no fue la única mejora que introduje en la casa. Años después, situé otra en el extremo opuesto de la vivienda. Allí había una habitación pequeña, llamada la *pañoleta* a causa de su forma triangular, desde la que se dominaba toda la aldea. El sol del atardecer daba en sus ventanas, y la vista de las azoteas grises, las mujeres en ellas, las chimeneas humeantes, las blancas palomas volando en círculos, los lánguidos olivos y las nubes pisciformes, de color escarlata, que flotaban inmóviles, ponían una melancólica nota *quattrocentista*. Pero, además de estos cambios, todos los años necesitaba que un albañil trabajase en la casa durante unos días. Estas casas, situadas en la ladera de la montaña, estaban siempre en proceso de deslizamiento, y las grietas que en ellas se abrían convenía repararlas con yeso. La palabra española para nombrar las reparaciones caseras o la construcción de cualquier cosa es *obra*. Uno tiene una *obra*, uno está *de obra*, y tal ocupación es tan frecuente, tan común y, he de añadir, tan barata, que la palabra *obra* resulta suficiente para expresarla.

El albañil de la aldea se llamaba José Agustín. Era un hombre mayor, muy dado a la botella. Su mujer le había abandonado para trabajar en las fábricas de algodón de Málaga, y él se había peleado con su familia. Vivía solo, con un hijo adolescente, y hacía sus comidas en la posada. Era una persona hosca, insociable, con una voz bronca y cejas muy espesas, y como albañil tenía el defecto de que no se podía confiar en él. Prometía comenzar su trabajo un determinado día, se trasladaban todos los muebles al extremo opuesto de la casa y no aparecía. Se presentaba una semana después, a las seis de la mañana, con sus cubos y escaleras, y, como no podía esperar un momento, había que apresurarse a dejar limpias las habitaciones antes de que se pusiera a picar las paredes y a llenarlo todo de polvo. Hacía bien su trabajo, y si uno se cuidaba de llamarle siempre *maestro* y ofrecerle abundante *aguardiente* o *anís*, cumplía bien el encargo. Cuando se necesitaba algo de tipo artístico, como la construcción de una chimenea con molduras de yeso o una repisa decorada, allí brillaba José Agustín, porque provenía de una larga ascendencia de albañiles y estaba orgulloso de su destreza. Cuando se hizo viejo, el *maestro* adquirió rarezas y comenzó a tener delirios de grandeza. Me decía que se le había encomendado la construcción del Palacio Nacional para la Exposición de Sevilla, pero que había declinado la oferta. Él no iba a dar la cara por nadie, no faltaba más. También me decía que había sido elegido por un comité de arquitectos para añadir a la Alhambra nuevas habitaciones al *estilo moro*, pero ¡que no!, que no iba a hacer nada de eso. «Ya pueden ponerse de rodillas y suplicarme, ¡que no!, digo que *no me da la gana*. No lo voy a hacer, porque no se me antoja». Y en realidad, creo que aunque le hubieran ofrecido una ocupación importante, la habría rechazado, aunque no fuera más que para dejar bien patente su superioridad.

Al final dejó de trabajar y se pasaba los días bebiendo en su casa o dando largos paseos solitarios. Una vez me topé con él en lo alto de la montaña, por encima de donde crecen los árboles, caminando por el yermo pedregoso detrás de un burro. Hundida en el pecho la cabeza, murmuraba incoherencias. Pasó a mi lado sin dirigirme la palabra, sumido en pensamientos de grandes planes arquitectónicos que los gobernantes del país le habían encomendado, pero con los

que, no, él no quería tener nada que ver. Su hijo, que le sucedió como albañil, era también de un temperamento curioso, muy dado a la botella y aficionado a hacer chistes de mal gusto sobre sus clientes. Se ofendía con gran facilidad, y, cuando esto acaecía, soltaba las herramientas y se iba sin terminar su trabajo, dejando la casa en confusión y desorden.

Antes de José Agustín había habido otro albañil, llamado Frascillo. Todavía vivía. Era un anciano de facciones delicadas y barba blanca, pero ahora se dedicaba a trabajar su propia parcela de tierra o como jornalero. A veces le encargaba el cuidado de mi jardín, cosa que hacía muy mal, pero yo gozaba con su conversación. Era un hombre listo, que sabía leer y escribir con soltura y hablaba con una particular elegancia, enunciando muy claramente las palabras y utilizando un vocabulario más rico de lo que era habitual en la aldea. Algunas de sus frases eran tan oportunas como floridas. Pero había en él algo de extraño, que en la aldea llamaban *misterioso*. Vivió solo con su hija y jamás permitió que nadie atravesara el umbral de su casa. Quizá, dado que era un hombre de sentimientos refinados, se avergonzaba de su pobreza.

Su hija Paquita era una muchacha alta y de notable hermosura, pero sufría ataques de locura. Cuando esto sucedía se convertía en una ninfómana. Abandonaba la casa por la noche y subía a las eras en las que dormían los segadores de la costa, para acostarse con ellos. También se acostaba con su padre. Este decía a la gente que había adoptado esta medida con la esperanza de curarla de su locura, pues había oído en alguna parte que una relación incestuosa actúa como una purga y libera la mente de sus obsesiones. Pero no la curó. Lo más grave fue que ella tuvo un hijo absolutamente desquiciado, que hubo de ser enviado a un manicomio. Cuando su padre murió, Paquita se fue a Granada, donde se lio con un hombre tras otro. Se internaba en el asilo cuando sufría sus ataques de locura y salía otra vez cuando los superaba. En todas las ciudades andaluzas existe una población flotante de mujeres de este tipo, cuya única esperanza para la vejez radica en tener un hijo que las ampare. Paquita vive todavía en Granada —la vi el otro día vendiendo periódicos—, pero no tiene hijos.

Su único familiar, aparte de su padre, era su hermano José,

conocido generalmente por el apodo familiar de *Pocas Chichas*. He de decir aquí, en consideración a los que se interesen por estas cosas, que casi todos los campesinos españoles tienen apodos que pasan de padres a hijos. Ocupan el lugar de los apellidos, que (excepto en el caso de la gente rica) no se conocen y sólo figuran en los documentos legales o de identidad. La única cosa que diferencia estos apodos de los apellidos es que no pueden ser utilizados en presencia del interesado. Hacerlo sería cometer una imperdonable falta de tacto. Y cometer este desliz con *José Pocas Chichas* habría sido particularmente deplorable, pues su apodo le ofendía. Era listo y atractivo y, sin embargo —él lo debía saber—, estaba afectado por la misma rareza de su familia. Esta se expresaba, entre otras cosas, en su afición hacia la poesía. Un buen día regresó de Barcelona, donde había estado trabajando en una fábrica, con un ejemplar de las obras de Góngora en el bolsillo. Lo traía para enseñármelo, junto con unos cuantos folletos sobre vegetarianismo, al que se le concede un verdadero culto en el litoral mediterráneo, pero no pude hacerme una idea del provecho que le había sacado. Sin embargo, pronto afloraron sus aspiraciones literarias. Estos casos no son raros entre la clase trabajadora del sur de España. Los andaluces son gente con un sentido natural del arte y de la belleza, y aunque el cantar y tocar la guitarra ofrecen algún medio de expresión, hay otros cuyas inclinaciones se dirigen hacia la poesía, y no pueden olvidar que la literatura y su servidor, el periodismo, ofrecen buenos premios. Todos los periodistas provincianos de España comienzan como poetas. Así sucedió con el pobre José, a quien se le metió en la cabeza que la única manera de superar la baja estima en que le tenía la aldea estaba en escribir artículos. Jamás escribió ninguno, pero su convicción de que podía hacerlo le impedía trabajar con eficacia su pequeña parcela de tierra y le condenaba, junto con su esposa e hijos —pues, pese a haberse visto despreciado por las chicas, había logrado casarse—, a una desesperada pobreza. Todavía sueña con que yo pueda ayudarle a colocar sus artículos, que aún no ha escrito.

Además de la población humana de nuestra aldea, había que contar con los animales. A cualquier hora del día en que uno paseara por las calles, difíciles y pedregosas, podía oír una voz

chillona llamando *miso, miso, misiiico*. Era una mujer que, desde la puerta de su casa, llamaba a su gato. Muchas mujeres dedicaban buena parte del día a esta ocupación, pero los gatos jamás acudían. Conocían bien la hora en que solía pasar el pescadero con sus *capachos* repletos, y no necesitaban de ninguna llamada.

Una de las opiniones más fomentadas por los ingleses es que, mientras ellos son muy devotos de sus animales, y serían capaces de arriesgar su vida por salvar a un perro o a un gato, o por proporcionar un poco de saludable ejercicio a un zorro, el extranjero, y particularmente el español y el italiano, no gusta de los animales y los suele tratar con crueldad. Puedo decir que resultaría muy fácil demostrar lo contrario. Observen un pastor español con su rebaño de cabras u ovejas. Todas conocen su voz, responden a sus gritos y le siguen. Y él tiene un nombre para cada una de ellas. Comparen esto con la manera en que estos animales son conducidos a lo largo de la carretera en Inglaterra o con la rudeza y tosquedad con que frecuentemente se maneja el ganado. Sus pastores y conductores conocen al ganado, si acaso, por sus marcas comerciales, pero no por sus rasgos individuales. Sin embargo, el español respeta a sus animales y muestra con ellos una gran paciencia. No tiene prisa por regresar a tomar el té, de manera que puede dedicarles una gran cantidad de tiempo.

Lo mismo pasa con las aves de corral. En nuestro utilitario país, o bien son consideradas como máquinas de poner huevos o como trozos de carne inmadura que han de confinarse en jaulas para que puedan engordar. Esta idea repugna a la mentalidad española, pues la considera denigrante para la dignidad del animal. Se puede matar un animal o emplearlo en el trabajo, pero no se le puede privar de su dignidad de criatura viva sin perder algo de la propia. Recuerdo una mujer anciana y muy pobre que tenía una gallina mimada y que se excusaba por no ponerla en el puchero cuando dejara de poner huevos, diciendo que era «muy noble». Nadie consideraba absurda esta manifestación, ya que la «nobleza» es la cualidad que hace respetable al hombre, y los animales y los pájaros pueden también alcanzar esta cualidad.

Sin embargo, en España el perro no es un animal noble como en Inglaterra. La razón es que en las aldeas y barrios populares

españoles, los chiquillos lo atormentan de tal modo que el animal crece cobarde. Así se le pierde respeto. No obstante, los hombres, sin llegar a hacer ostentación de ello, están frecuentemente tan vinculados a sus perros como las mujeres a sus gatos. No les harán fiestas, pero los admitirán como compañeros. Si uno ve en España tantos perros y gatos medio muertos de hambre es simplemente porque la gente pobre no tiene suficientes alimentos que darles. El verdadero amor por los animales es un sentimiento que sólo puede desarrollarse cuando se ha logrado un cierto nivel de vida. Pero al tratar a los pequeños tenderos de las ciudades, se observará cómo entre ellos se da un cariño por los animales tan apasionado como en cualquier otra parte, especialmente entre solteronas y matrimonios sin hijos. Cualquier indiferencia hacia el mantenimiento de animales domésticos que uno pueda observar en familias más grandes se debe a que en el hogar español la vida se centra en torno a los hijos, que absorben la mayor parte del amor y de las atenciones disponibles. Esto sugiere que el culto hacia los animales de que nos enorgullecemos los ingleses puede no resultar tan lisonjero para nuestros más delicados sentimientos como nos imaginamos. De todos los pueblos europeos, somos el que menos se cuida de sus hijos. Esta ha sido nuestra fama desde los tiempos de Chaucer, y todavía es así. Somos egoístas, nos gustan nuestras diversiones y pensamos que los animales domésticos dan menos problemas.

No obstante, la cuestión tiene otra faceta, y la ilustraré mediante una historia: Plácido e Isabel, joven matrimonio, con cuatro o cinco chicos, vivían en una gran pobreza. Poseían unas cuantas parcelas y un burrillo, con cuya ayuda Plácido solía incrementar el salario que ganaba como campesino recogiendo y vendiendo leña. Pero un día el burro se cayó y se rompió una pata. Era un desastre, pues no podían comprar otro, y me fui a verle por si podía ofrecerle alguna ayuda.

Encontré a Isabel, amamantando un bebé y rodeada de varios niños sucios, al borde de las lágrimas.

—Nada se puede hacer —me dijo—. Nada. Tenemos que deshacernos del burro. Se me parte el corazón, pues se ha criado con los chiquillos y es casi como uno de la familia. Un animal tan

pequeño… Jamás ha mostrado la menor malicia. El más pequeño de los niños puede jugar con él. Me parece, de verdad, que me preocupa más el *animalico* que todos nosotros.

Le pregunté qué quería decir con lo de «deshacerse».

—Oh, sólo eso —me contestó; y, ante mi insistencia, explicó que lo tirarían por el borde del barranco por el que se arrojaban los animales muertos o agonizantes. Quedaría con dos o tres patas rotas y se moriría o los buitres acabarían con él.

—¿Pero cómo podéis siquiera pensar tal cosa? —exclamé—. Imaginad lo que sufrirá. Debéis matarlo primero.

—Oh, jamás podríamos hacerlo —replicó—. ¿No le he dicho que se ha criado en nuestra casa, entre la familia? Pobre animalito, nunca podríamos tratarle de ese modo.

Averigüé que nadie en la aldea había matado jamás mulas, burros o vacas. Los cerdos podían ser sacrificados, y también los cabritos y corderos, pero los otros animales eran arrojados al barranco o atados a un poste hasta que se morían de hambre. Tal era la costumbre, y en su defensa se acudía a la justificación de que nadie podía matar a los animales criados en la casa. Sopesé tales circunstancias, y como soy muy aficionado a los burros, me acerqué a Federico, el herrero, y le ofrecí una suma de dinero por matarlo. Por regla general, los gitanos no se estremecen por matar animales y comen con gusto carne de burro, que después de todo es el constituyente principal de las salchichas españolas; pero le parecía que la opinión de la aldea se volvería contra él si aceptaba, de manera que se negó. Todo lo que pude obtener de Plácido fue la promesa de que tiraría el burro por un verdadero precipicio para que se matara instantáneamente, aunque dudo si la cumplió. Las costumbres de la aldea tenían su forma de imponerse por sí mismas.

La misma repugnancia a hacer las cosas desagradables pero que creemos humanitarias es la causa de la gran cantidad de gatos y perros perdidos que hay en las ciudades españolas. Cuando la gente se cambia de casa y no puede llevarse los animales, los deja abandonados a su suerte en la calle. Muchas personas muestran aversión incluso a matar los gatitos y los cachorros, y cuando nuestro jardinero actual, un hombre rudo, pero de muy buen corazón, tiene que deshacerse de una camada de gatitos no puede

comer ni conciliar el sueño durante la mitad de la noche. El otro día, sin ir más lejos, se plantó ante nosotros un gato extraviado, y como a mí no me gustaba y en la casa ya había más animales de los que podíamos mantener, sugerí que lo matara el veterinario. Esto provocó las protestas de nuestros sirvientes españoles. «¿Por qué no lo llevamos a Málaga —dijeron— y lo dejamos allí suelto? El pobre animal puede encontrar a alguien que le ofrezca un hogar». Mi susceptibilidad inglesa se opuso a esto, si bien, hasta que se establecieron las pensiones de vejez, así tratábamos a nuestras personas ancianas e indeseadas. Únicamente pretendemos evitar el sufrimiento a los animales.

Sin embargo, uno se topa con casos de verdadera brutalidad. Un día, estando en Yegen, un perro se cayó de un tejado y quedó en la calle con las patas rotas. Los chicos le ataron un cordel y le arrastraron alrededor de la aldea, mientras ladraba lastimosamente. Los mayores observaban en silencio, pero nada hacían. El acontecimiento no resultaba excepcional, sino más bien característico. Ante la muerte y el sufrimiento se opera en algunos españoles un cambio misterioso. Tales cosas obtienen de ellos algo así como un profundo beneplácito, como si sus propios instintos de muerte se desataran y obtuvieran una satisfacción vicaria. No es sadismo ni amor a la crueldad, sino una especie de fascinada absorción por lo que consideran el momento culminante de la existencia. En su *History of the Peninsular War*, Napier observa que, aunque los españoles tienen más virtudes y menos vicios que otras gentes, resulta que sus virtudes son pasivas y sus vicios activos. Es un punto de vista cuya consideración merece la pena.

Los andaluces no comen ni perros ni gatos aun cuando estén muy hambrientos, pero en Extremadura están considerados como alimentos deliciosos. Una mujer de Alcántara, que es aficionada a los gatos y sería capaz de matar uno, me dijo que había comido estofado de gato y que resultaba más sabroso que el de conejo o liebre. Los extremeños comen también martas, comadrejas y zorros, y dicen, aunque yo no lo creo, que una pierna de zorro frita es la cosa más deliciosa que imaginarse pueda.

Pero es que son un pueblo de ganaderos y cazadores, antepasados de los *gauchos* argentinos, que meten en el puchero

cualquier bicho que se les ponga a tiro. El único animal que tienen vetado es el lobo. Los gitanos comen ranas, serpientes y lagartos, o animales de granja que hayan muerto de muerte natural. Cerca de Jerez hay una aldea cuyos habitantes, hasta hace pocos años, pasaban las noches cazando los camellos salvajes que corrían por las marismas de la desembocadura del Guadalquivir. En cuanto a pájaros, todos se comen en el sur de España, y la lista incluye águilas, búhos y halcones. Lo único que rechazan son las gaviotas, los cuervos y los buitres, así como la sagrada golondrina y la cigüeña. Corre el dicho de que *pájaro que vuela, para la cazuela*, y desde luego que lo ponen en práctica. En Yegen, sin embargo, y quizá debido a que no se pasa hambre en realidad, nadie se mete con los pájaros pequeños. Los deportistas se sienten satisfechos con meter en el morral un conejo o una perdiz y quizá alguno de esos tordos rechonchos que, al final del otoño, se reúnen a comer sobre los olivos. En raras ocasiones tocaban las palomas, propiedad de mi casero y que anidaban en el palomar del tejado de mi casa. Su carne gustaba poco, y sólo se las mantenía para aprovechar los excrementos como abono.

Ya he dicho algo sobre los pájaros y los animales de Yegen, de manera que terminaré este capítulo con unas palabras sobre los gusanos de seda. Se mantenían en cajoncitos de mimbre suspendidos del techo de habitaciones o áticos limpios y bien ventilados, alimentándolos con hojas frescas de morera. Estos gusanos son tan voraces que desde cualquier punto de la casa se podía oír el rumor de sus bocas en actividad. Cuando estaban a punto de hilar se introducían en las cajas ramitas de *Bolina*, una suerte de almohadilla de retama muy solicitada por los panaderos para el horno, y en ellas sujetaban sus capullos y después se les cubría con trapos para que permanecieran en la oscuridad. A causa de su extraordinaria sensibilidad, los gusanos de seda no son fáciles de criar. Un ligero, pero súbito, cambio de temperatura les hará inflarse y exudar una sustancia lechosa que al poco rato acabará con ellos. No pueden soportar el mal olor. Por ejemplo, es tan grande su antipatía hacia el olor del pescado frito que unas pocas vaharadas que se filtren por la puerta de enfrente bastan para que se tornen de un color amarillo y se mueran, mientras que sólo se

ven un poco menos ultrajados por el olor del estiércol de cerdo o los excrementos humanos. También pueden resultarles nocivos los ruidos fuertes, si se producen en el período en el que hilan, ya que cuando se alarman los insectos vuelven vivamente la cabeza y entonces cortan el hilo. Así, pues, si por casualidad se desata en junio una tormenta de truenos, hay que mantener el ruido continuo golpeando rítmicamente una lata para que los truenos no les perturben.

Los gusanos de seda se crían satisfactoriamente en la Alpujarra, donde se aclimatan a la suavidad y frescura del aire y a la alimentación de hojas de morera. Si la hoja no tiene las propiedades exactas y el grado de humedad requerido, los insectos desarrollan un hongo intestinal que acaba con ellos. Por esta razón las aldeas de Sierra Nevada han descollado desde el siglo XI por su producción sedera. Existía la costumbre de reservar una cierta cantidad de seda destinada a fabricar, en la localidad, pañuelos y colchas, pero los mejores capullos se enviaban, a lomos de mula, a las fábricas de Almería y Granada para su devanado. Cuando, a comienzos del siglo XIX, se cerró la última de estas fábricas, la exportación de seda quedó interrumpida durante una temporada, pero en 1869 un industrial francés, de Lyon, estableció una nueva fábrica en Ugíjar, y dio empleo a un centenar aproximado de personas, hasta que, en la década de 1920, la invención de la seda artificial le obligó a cerrar. Hace muy poco, con el restablecimiento del mercado de la seda natural, la fábrica se ha abierto de nuevo.

X. Creencias y rituales

Solía entretenerme recogiendo *coplas* o canciones populares y anotando en un cuaderno creencias y costumbres de tipo folclórico. Puesto que ningún cuadro de la vida aldeana española resulta completo si carece de la narración de este tipo de cosas, hablaré un poco sobre las más sorprendentes.

Comenzaré por añadir un poco más a lo que ya he dicho acerca de las *hechiceras*. Se consideraba que poseían una naturaleza distinta de la que tenían los demás seres humanos, y que, se quiera o no, pasaba de padres a hijos. Otro nombre, el de *los lanudos*, a diferencia de las *brujas*, se reservaba a quienes se les consideraba cristianos, aunque de un tipo más bien ambiguo y tibio. Evidentemente, en algún momento se efectuó una limpieza general en las artes de la brujería, puesto que las *hechiceras* tomaron de las *brujas*, o magas negras, sus poderes para volar. Estas no existen ya en nuestra comarca, y aquellas no adquirieron su malicia ni su ponzoña. Debe atribuirse este mérito a la ilustrada actitud de la Inquisición española, que consideraba a las magas como histéricas y rehusaba perseguirlas.

Hasta que la construcción de la carretera puso punto final a sus actividades, las *hechiceras* y los *hechiceros* solían volar por los aires en las noches oscuras y en los días neblinosos, y a su paso se podía oír una dulce música. Las opiniones diferían en cuanto a si se untaban con una manteca preparada de acuerdo con una fórmula secreta, y despegaban desnudas de los tejados, o si se lanzaban sin ninguna ayuda farmacéutica, vestidas con cortos camisones blancos, pero existe el acuerdo general de que cuando abandonaban la tierra pronunciaban una fórmula mágica. Era esta la tradicional de *Guía,*

guía, sin Dios y Santa María. También se decía que les agradaba llevar niños consigo. De hecho, se verá que jamás tomaban parte en las reuniones en las eras, a menos que estuvieran embarazadas o en época de destetar a un niño, ya que sólo en esas circunstancias los *hechiceros* se sentían atraídos por ellas. En estas reuniones, naturalmente, danzaban y hacían el amor, y se decía que había un joven de Trevélez que cuando era niño fue llevado por una hechicera en uno de sus vuelos, y que recordaba todo lo que había pasado. Estando yo una vez en esa aldea traté de hablar con él, pero no pude dar con nadie que supiera su paradero o que hubiera oído hablar de hechiceras. Esto fue así, probablemente, porque estaban a la defensiva. Trevélez, que se levanta a una altura de más de mil quinientos metros sobre el mar y que es —creo— la aldea más alta de Europa, tenía una gran reputación en cuanto a hechicería (existe una relación matemática que relaciona el número de hechiceras en España y la altura sobre el nivel del mar) e incluso se dice que los famosos jamones que vienen de allí y solían venderse en Fortnum y Mason, deben su sabor peculiar a los hechizos lanzados sobre ellos.

Otra opinión sobre el vuelo de las hechiceras era la mantenida por una mujer muy vieja y tuerta llamada Encarnación, que muchos años después trabajó para mi mujer, tiñendo lana. Se obtenía un tinte de azafrán particularmente hermoso a partir de una planta conocida como *torviscón* —su nombre botánico es *Daphne gnidium*—, hirviéndola con corteza de granada y paja de cebada. Pero la costumbre de utilizar tintes domésticos había desaparecido, y quedaba poca gente que conociera el secreto. Esta vieja apergaminada decía que, aunque el mortero y el almirez, pasados de generación en generación, constituían el símbolo inconfundible de la *hechicera*, lo que utilizaban para volar era el huso para devanar la lana. Poniéndolo sobre sus cabezas, se levantaban las faldas hasta taparlo y entonces se elevaban en el aire. En la época de su madre era también habitual que una muchacha iniciada en las artes de la *hechicería* le diera a su joven una bebida que lo convertía en burro, montando luego sobre él desnuda o, mejor, con las faldas sujetas alrededor de su cabeza, y así cabalgaba apaciblemente por el aire durante toda la noche. Pero estas cosas pertenecían al pasado, a aquellos días en que todo álamo tenía una parra enroscada a su

tronco, cuando los pobres no carecían de aceite ni de pan, pues los carretones no se llevaban los alimentos a las ciudades, y si hoy en día uno necesita de tal bebida tiene que hacerse con una receta médica que la prescriba.

Tenía yo deseos de saber si la gente de la que se decía que era *hechicera* se consideraba a sí misma como tal. No se podía formular la pregunta directamente, pues hubiera sido una descortesía. Había que tantear. La conclusión a que llegué después de muchos rodeos en mis conversaciones fue que ninguna de las mujeres consideradas hechiceras tenía conciencia de sus poderes ocultos, mucho menos de su ocasional capacidad para volar. Todas pensaban que la hechicera era otra cualquiera. Esto contradice la teoría de Margaret Murray de que la hechicería es un culto deliberado, descendiente directo del culto a los dioses paganos y abierto rival del cristianismo. Pero ¿tiene esta teoría alguna base real? La creencia en la hechicería jamás fue más sólida que cuando el culto a los dioses paganos estaba más generalizado, como puede comprobar cualquiera que lea el *Asno de oro*, de Apuleyo.

Teníamos otras supersticiones más o menos interesantes. Existía, por ejemplo, la creencia, común en toda Andalucía, de que cuando una mujer tenía nueve hijos seguidos, el noveno gozaba de gracia especial. Esta se mostraba a partir de los seis años, y cuando el chico crecía se convertía no sólo en persona de grandes dotes, sino también en un ser afortunado. Tales personas ostentan singulares poderes de curación. María me contó que cuando iba a destetar a su hija, una hinchazón en su pecho cortó la subida de leche. Entonces acudió a uno de estos hijos novenos —a la sazón de doce años— y este pasaba la mano por su pecho tres veces al día durante tres días. Esto la curó.

Las personas que llevan el nombre de María son también afortunadas, y se acude a ellas en caso de enfermedad, y también para quitar el mal de ojo. Es este un riesgo al que están especialmente expuestos los niños hermosos. Cuando se «mira» a una de estas criaturas pierden su gracia y comienzan a marchitarse. El remedio es que el padre salga antes del amanecer y recoja una brazada de *torviscón*, del que, al igual que la lechetrezna se dice que tiene fama de pertenecer al diablo. El *torviscón* se envuelve en un

paño, de modo que no reciba los rayos del sol, y una chica, que debe ser virgen y llamarse «María», «acuna» en él a la criatura. Esto es, coloca la planta en un cesto de esparto, pone en él al niño y levanta el cesto en el aire. Una vez hecho esto, tres mujeres llamadas María (ahora ya no es necesario que sean vírgenes) entran en la habitación en la que la criatura descansa solitaria, sin que nadie las vea. La toman en sus brazos y la ponen en el suelo sobre el *torviscón*. Después, llaman al sacerdote para que rece una oración. El ritual concluye esparciendo la planta sobre la cama: si se seca, la criatura se recuperará, pero si permanece húmeda, el niño se debilitará y morirá. La creencia en el mal de ojo, y en este su remedio, estaba tan extendida en Yegen y, desde luego, en toda Andalucía, que mi criada me dijo que en los últimos quince años había tomado parte en estas ceremonias en cincuenta ocasiones por lo menos. Las personas que lanzan el encantamiento son viejas y mal parecidas, gitanos por lo general.

Los hombres y las mujeres que por una u otra razón tenían *gracia* se veían requeridos en situaciones muy variadas. Por ejemplo, cuando algo se echaba en falta y se pensaba que había sido robado, se recurría a una especie de juego de mesa. Tres mujeres, en posesión de tal gracia, tomaban un tamiz y lo sostenían horizontalmente entre ellas mediante tres pares de tenazas de chimenea. Se hacía girar al tamiz y se le formulaban entonces las preguntas. «¿Lo cogió fulano de tal?». Cuando se mencionaba el nombre del ladrón el tamiz se detenía. Se encuentran referencias sobre este método de adivinación, llamado a veces coscinomancia, en el ensayo del escritor griego Luciano sobre el charlatán llamado Alejandro. Por lo visto, gozaba de mucho predicamento entre los paflagonios.

En *The Golden Bough* (*La rama dorada*) Frazer habla de ciertos encantamientos dirigidos a promover el crecimiento de la vegetación, conocidos con el nombre de Jardines de Adonis. En Yegen existía algo de este tipo, pero orientado, al igual que en la época del paganismo, a fines amorosos. La planta utilizada en estos rituales era la *albahaca* dulce, cuyo nombre botánico es *Ocimum basilium*. Es una planta herbácea con hojas de color verde pálido, una flor blanca, pequeña, y un fuerte y penetrante aroma. Los

árabes la trajeron de la India, donde estaba consagrada a Krishna, y pronto se convirtió en una planta común, simbolizando el amor y, en particular, a la mujer joven. Creo que, en sus orígenes, tenía un significado puramente sexual. Cuando en su *Paradisus in Sole*, Parkinson nos dice que «agitada suavemente proporciona un aroma agradable, pero cuando se la estruja y machaca criará escorpiones», estaba traduciendo en términos literales un aserto que se pretendía metafórico.

En mi aldea las jóvenes tenían la costumbre de cultivar esta planta en macetas, y cuando llegaba el día de San Juan le regalaban una de ellas a su joven o *novio*. Mantenían las macetas en sus balcones, y si una chica no tenía *novio*, los jóvenes que quisieran cortejarla subían por la noche, cortaban una ramita de la planta y se la colocaban detrás de la oreja. Al día siguiente pasearía por los alrededores de su casa llevando así la ramita, para que ella pudiera verlos. Esto se hacía también con los *claveles* (una planta traída de Italia en el siglo XVII). Si nadie robaba la maceta de una chica, esta se sentiría desdeñada. Otra cosa que podía hacer el joven era pedir a la chica el clavel blanco que lucía en el cabello; si ella se lo daba, él, a cambio, le entregaba un clavel rojo, y así se hacían *novios*. En otras ocasiones él le pedía que le lavase un pañuelo limpio con una flor estampada o bordada en él, y si ella lo hacía era señal de que le aceptaba. De manera que cuando uno encuentra estas y otras flores —la rosa, la hierbabuena, la balsamina y, posteriormente, el *alhelí*— mencionadas en la poesía renacentista española e italiana, ha de tener en cuenta que su aparición no sólo se debe a la belleza que tipifican, sino a que ostentan un significado y ocupan un lugar en los rituales amorosos. Una de las cosas que hemos perdido actualmente —quizá en Inglaterra no la tuvimos jamás— es el sentido de que los actos más importantes de la vida, y en particular los del noviazgo, tienen su ritual.

En Yegen carecíamos de las *xanas*, o ninfas acuáticas, que existen en el norte de España, pero teníamos el *duende*. Se trata de un elfo o, duende doméstico que se entromete en las cosas de la casa, poniendo trabas o prestando su ayuda, escondiendo las cosas o haciéndolas aparecer. Lo peor es cuando resulta ser un *poltergeist* (trasgo) y obliga a la gente a irse a vivir a otro sitio. Pero dudo que

alguien de nuestra aldea creyera realmente en él. Se ha convertido en una figura demasiado retórica como para tener existencia objetiva, especialmente porque no se le puede ver. Sin embargo, la palabra puede utilizarse en un sentido diferente. En Andalucía, la gente dice de alguna persona o cosa que ostenta algún poder misterioso o, mejor, que durante un corto espacio de tiempo puede concitarlo, que *tiene duende*. La expresión se puede utilizar, por ejemplo, para un torero que ha provocado una tormenta de aplausos mediante una sucesión de milagrosos pases con la capa. O también para un *cantaor de flamenco* que, en el transcurso de una *juerga*, sobrepasa en tal medida su capacidad ordinaria, que sus oyentes se sienten transportados. Es decir, el *duende* personifica el espíritu dionisíaco que entra en acción, y, como se trata de España, lo hace de una manera sombría. En este sentido nos cuenta García Lorca lo que decía un famoso *cantaor* gitano, Manuel Torres, que toda la música y cante que «tiene negros sones» tiene *duende*. Otra frase del mismo tipo es la de *tiene ángel*, que constituye una forma idiomática de decir «tiene encanto o gracia». De la misma manera que una persona puede tener *buen ángel*, puede tener *mal ángel* —una persona siniestra— y puede ser incluso *desangelada*. Además, puede tener *buena* (*o mala*) *sombra*. Todas estas expresiones, traducibles sólo parcialmente, implican la creencia en un poder sobrenatural o *mana*[2] (lo que los moros llaman *baraka*) que habita en las personas y afecta a sus caracteres y capacidades, exceptuando la frase *tiene duende*, que sugiere una posesión meramente temporal y ocasional, pues el *duende* sólo se manifiesta en momentos de gran tensión. Sin embargo, en Yegen no utilizábamos esta frase, sino que en su lugar decíamos: *tiene solitaria*. La *solitaria*, la tenia, se concibe en este contexto como una especie de duende interior, algo así como un *leprechaun*[3], que permite al cantante alcanzar ese «algo» que en su canción constituye lo conmovedor e inquietante. Esta expresión también se utiliza en Málaga.

Algunas creencias de tipo folclórico son tan celosamente guardadas, que uno puede vivir durante años en un sitio sin tener la más leve sospecha de las mismas. Puedo dar un ejemplo de esto mediante un descubrimiento que hice muy poco antes de abandonar la aldea. Había salido a dar un paseo hacia un valle lejano, más allá

del límite de los cultivos, y me tumbé para beber de un arroyo. De repente, me di cuenta de que algo se movía muy cerca de mí. Alzando la cabeza vi un gran perro gris, al que por un momento tomé por un lobo, erguido a unos pocos metros y mirándome fijamente. Al regresar a casa le conté a mi criada esta pequeña aventura y ella, con un aire muy serio, dijo: «¿Por qué no le preguntó qué quería?». Resultó que creía que las almas de los muertos que no podían encontrar descanso —*las almas en pena*— se convertían en perros u otros animales que vagabundeaban hasta poder revelar a alguien lo que les inquietaba. Podía suceder, por ejemplo, que durante su vida hubieran robado a alguien y escondido el dinero, y no podrían estar en paz hasta restituirlo.

Una tarde, sentado en la terraza de mi casa, escuché un apagado siseo, profundo como la bocina de un guardagujas, aunque más chillón; gradualmente se le unieron otros sones, procedentes de otros lugares de la aldea y de las colinas de los alrededores, hasta lograr que me sintiera acosado por un ejército de sonidos lúgubres y extramundanos. Al preguntar lo que pasaba, me dijeron que se trataba de la *cencerrada*. Cuando un viudo o una viuda anunciaban su intención de casarse, los mozalbetes de la aldea se echaban a la calle con cuernos y caracolas que hacían sonar estrepitosamente. Esto se repetía durante semanas con una intensidad que crecía día a día hasta que tenía lugar la boda. La infortunada pareja había de soportar asimismo los *pregones*, palabra que según el diccionario significa «proclama pública». Los jóvenes y los chiquillos se reunían en la calle para repetir versos, en su mayoría obscenos y groseros, aconsejando a cada una de las partes no casarse con la otra. He aquí un ejemplo de uno de los más inocentes:

No te cases con José,
que serás muy desgraciada.
Y cásate con Fernando,
que serás afortunada.
—¿Quién se casa?
—Gavilán.
—¿Con quién?
—Con la Trinidad.

—¡Pues que siga la cencerrá!

Los antropólogos nos dicen que los cuernos y las caracolas representan el espíritu del marido o de la mujer difuntos, que trata de impedir el nuevo matrimonio del cónyuge, o bien que su utilización responde al deseo de mantener alejado al espíritu en cuestión. Sea lo que sea, en realidad la *cencerrada* era una verdadera prueba. El ininterrumpido sonido de los cuernos desquiciaba los nervios de la pareja comprometida y los pregones eran el golpe de gracia. En dos ocasiones, por lo menos, durante el tiempo que estuve en la aldea, parejas que ya tenían las amonestaciones anunciadas en la iglesia rompieron su compromiso ante la insoportable situación. Las viudas, en particular, temían tanto la publicidad que raramente se casaban de nuevo. En vez de ello, si provenían de familias pobres y no tenían posición para mantenerse, se iban sencillamente a vivir con su hombre. Así se ahorraban no solamente el trompeteo de los cuernos y los *pregones*, sino también el terrorífico alboroto y tumulto que acogía a las parejas cuando salían de la iglesia, y que continuaba ante la casa bajo la ventana del dormitorio durante toda la noche.

La *cencerrada* se mantiene todavía en vigor en la mayor parte de España, y no sólo en las aldeas aisladas. Recientemente me he topado con ella en ciudades pequeñas. Ha sobrevivido al destino de la mayoría de las costumbres folclóricas, así como la necesidad que sienten las pequeñas comunidades de romper los moldes de vez en cuando. Así se explica la indecencia y chabacanería de los *pregones*, en tan gran contraste con la habitual gravedad y reserva de los campesinos españoles. La *cencerrada* constituye un paréntesis de impunidad, como el carnaval y las saturnales romanas; las inhibiciones se relajan, pues no existe responsabilidad personal sobre lo que se dice y hace. Es la aldea como un todo la que habla, y, por tanto, no existe ofensa alguna ni ocasión para el rencor. Y, naturalmente, los *pregones* carecen de vejación personal; a pesar de su rudeza, sus insultos siguen una pauta general y tradicional.

En toda aldea española, la mayor concentración de antiguas costumbres y supersticiones se verifica en la noche de San Juan. Al llegar la medianoche, San Juan bendice todas las cosas que existen

sobre la tierra: los campos, las cosechas, los árboles, las hierbas montaraces, los ríos y las fuentes. Bendice el agua especialmente, y su bendición proporciona propiedades milagrosas a *la flor del agua*. En algunas zonas de España se trata de una hierba acuática cuya posesión proporciona felicidad, pero en Yegen era el agua misma y, particularmente, la superficie del agua, en la que, como ya he indicado, las aldeanas se lavaban las manos y la cara antes del amanecer. Hablando con propiedad, creo que la cosa se debía de referir al rocío, que en los viejos tiempos se consideraba como una aspersión de las estrellas. En la provincia de Soria y en Navarra hay aldeas en las que las muchachas se tumban desnudas en el rocío.

Los preparativos para el momento culminante comenzaban la tarde anterior. Los jóvenes pasaban las primeras horas de la noche «haciendo sus rondas» —esto es, sus serenatas—, pero tan pronto como la posición de Antares sobre el Cerrajón de Murtas señalaba la medianoche y el vigor de los influjos mágicos, marchaban a los campos a recoger ramas y flores, y especialmente ramos de almendro y de cerezo, para decorar las ventanas y balcones de sus muchachas. La razón de este proceder lo explica el siguiente verso:

El día de San Juan, madre,
cuaja la almendra y la nuez.
También cuajan los amores
de los que se quieren bien.

Mientras esto sucedía, las chicas se sentaban en sus casas y trataban de adivinar quién sería su futuro marido. Una manera de hacerlo era cascar huevos crudos en el agua y contemplar, a través de un pañuelo de seda, la forma que tomaban. Entonces aparecía la cara del joven. Otra forma era pelar alcachofas silvestres y echar al fuego las hojas. O, contando diez estrellas en diez noches sucesivas, antes de la de San Juan, las estrellas lograrían hacerles soñar con su futuro esposo. También las primeras palabras oídas en la calle al amanecer revelarían el secreto. Mientras tanto, las mujeres de más edad estaban en los campos recogiendo hierbas medicinales. Entre la medianoche y el amanecer, los poderes malévolos que afligen la tierra pierden su poderío, y pueden recogerse las plantas

medicinales, irresistibles para cualquier enfermedad, las hierbas mágicas que dan vida eterna y felicidad y revelan los tesoros escondidos. La más importante de estas es la *hierba del sillero*, una pequeña rosa de roca cuyo nombre botánico es *Fumaria glutinosa*. Su faz, redonda y amarilla, como el disco del sol, la convierte en la planta sagrada del día de Helios. En otras partes de España se prefiere la hierba de San Juan y la artemisa.

Si las primeras horas de la noche de San Juan se consideran como un período estacionario, en el que todas las cosas sobre la tierra suspenden su aliento y de lo alto descienden las bendiciones, la salida del sol era el triunfo. Como se decía en toda España, salía bailando. Pero en nuestra aldea se daba una perspectiva más curiosa y primitiva. Se creía que una joven que pusiera un pañuelo de seda sobre sus ojos y mirara el amanecer vería por un momento el sol y la luna uno encima del otro. Estaban *luchando*, lo que no es sino un eufemismo para decir que estaban copulando. Probablemente a esto se refieren los Salmos cuando dicen que el sol aparece como un desposado al salir de su cámara nupcial, y en el *Faerie Queene* (libro I, canto V) hay una famosa estrofa en la que se encuentran ecos de la misma idea, en el lenguaje de la mitología pagana. Por la unión del sol y la luna en la noche de San Juan se verifica la renovación de toda la Naturaleza.

Tales eran los ritos de San Juan en Yegen y en la mayor parte de España, pero en algunas comarcas se observaban otros absolutamente diferentes. Como en el caso de la provincia vecina, Málaga. Aquí la ceremonia capital consistía —y aún persiste— en colocar al lado de las puertas de las casas, al amanecer, *peleles* rellenos con paja, que ostentaban frecuentemente un significado sexual o báquico. Colocaban unos falos hechos con longaniza en la posición adecuada, y hacían cuerpos femeninos de hinchados vientres con calabazas verdes o curadas y los decoraban con ristras de higos. A su lado se colocaban jarras de vino. Otros peleles se colgaban de maromas tendidas a través de la calle, y por la tarde se les daba fuego y se les quemaba con gran estrépito de fuegos artificiales caseros y gritos de insultos y obscenidades. Al mismo tiempo se quemaban montones de vestidos viejos, y toda la operación recibía el nombre de «la quema de Judas». Al comenzar

la tarde, los jóvenes se habían marchado al campo llevando con ellos cestas de *roscos*, o rollos de pan en forma de anillo, especiales para esta ocasión, y blancos quesos.

Uno se pregunta cuál es la razón de la diferencia de ritual. Mi amigo don Julio Caro Baroja me dijo que la costumbre de «quemar a Judas» se observa en todo el norte de España durante el sábado de Semana Santa. En algunas zonas de Navarra y Castilla la Vieja es asimismo habitual colgar un pelele innominado, que representa el viejo espíritu de la vegetación, del árbol sagrado de San Juan, y quemarlo luego. Parece que en Málaga, repoblada con gentes que procedían de Castilla la Vieja, se confunden las dos costumbres, mientras que los otros ritos se han olvidado. Creo que aquí ha sido la influencia mora la que ha resuelto la cuestión. Los musulmanes españoles observaban en el día de San Juan la costumbre de estrenar vestidos nuevos y salir al campo, donde encendían hogueras y danzaban. También comían platos especiales de verduras y colgaban los higos masculinos, envueltos en pajas, sobre los arboles femeninos para fertilizarlos. Posiblemente quemaran peleles también. De todo ello podemos concluir que la expulsión de la población morisca no fue tan completa como sugieren los documentos.

Terminaré estos apuntes sobre los rituales mágicos con uno que tenía lugar en nuestra aldea durante el Sábado Santo. Tan pronto como tocaba la campana de Gloria, marcando el momento de la resurrección, las mujeres piadosas salían y recogían guijarros de los riachuelos y acequias. Se los llevaban a casa, rezaban a cada uno un padrenuestro, y los guardaban cuidadosamente en un papel. Si algún día amenazaba la tormenta y avanzaba sobre la aldea, subían a la terraza y arrojaban una piedra en la dirección de la tempestad y otra a cada uno de los lados de ella, haciendo la figura de una cruz. Así, la tormenta se alejaría. Si se toman en cuenta las creencias de ciertas aldeas de las inmediaciones de Soria, este miedo a la tormenta proviene originariamente de la creencia de que un fuerte viento puede dejar embarazadas a las mujeres. Las mujeres de estas aldeas se esconden ante tales vientos, o protegen su virginidad arrojando piedras recogidas en Sábado Santo. Pero las tormentas también dañan las cosechas, y entonces se acude a una ceremonia

más elaborada y oficial, habitual hasta hace muy poco en algunas partes de España (Asturias, Castilla, Sevilla, Guadix). El sacerdote salía de la iglesia revestido, llevando los Evangelios en una mano y el hisopo con el agua bendita en la otra. Leía luego algunas oraciones y pronunciaba un exorcismo, mientras que varios hombres, a su alrededor, le sujetaban firmemente de los faldones para impedir que al demonio de la tormenta se le fuera a ocurrir arrastrarle con un golpe de viento. En algunos sitios el exorcismo finaliza lanzando una piedra rociada de agua bendita. Sin embargo, este ritual exige una condición: el sacerdote ha de ser virgen. Si no lo es, tanto él como la aldea sufrirán las consecuencias.

La descripción de una aldea española queda incompleta si no se hace mención a su poesía popular. Como es sabido, tal poesía mantiene su vitalidad en toda España. Se expresa en breves estrofas independientes, de tres o cuatro versos, denominadas *coplas*. El origen de estas coplas es muy remoto —quizá tan remoto como los instrumentos agrícolas y las ceremonias mágicas—, si bien no nos han llegado ejemplos de las mismas anteriores al siglo XI. Digo que están vivas porque no sólo se cantan en la casa, en los campos y en los viajes, sino que se inventan y se crean otras nuevas. Cualquiera que esté suficientemente sumergido en el ambiente puede improvisar una.

No obstante, quizá no sea correcto tratarlas como si fueran poemas. Hasta que los folcloristas no comenzaron a recogerlas, existían muy pocas versiones escritas. Generalmente se cantaban; del mismo modo que Sancho Panza disponía de una ilimitada cantidad de proverbios, en la actualidad son muchas las personas que almacenan en su cabeza un sinfín de *coplas* y pueden cantar días y días sin repetir ninguna. En Andalucía cantan según el estilo oriental conocido como *cante jondo* o, más vulgarmente, *flamenco* —un estilo muy ornamentado de quiebros y apoyaturas, y un acompañamiento con intervalos desconocidos en la música occidental—. El viajero del norte, cuyas orejas acusan el impacto de lo que suele considerar como un maullido desagradable, supone de una manera bastante natural que esta forma de cantar tiene un origen morisco o arábigo. Casi con toda certeza es, sin embargo, más antiguo y proviene de un tipo primitivo de canción y música

mediterráneas.

No me extenderé más sobre la copla, porque el tema es muy amplio. He escrito sobre ella con mayor extensión en mi libro *The literature of the Spanish people*, y tengo en preparación una antología de estas pequeñas canciones en la que se dará una explicación más amplia. Por el momento sólo pretendo dejar claro que, en Yegen, las coplas servían de fondo constante a la vida diaria. Apenas había un momento del día en el que uno, sentado en la azotea, no oyera cantar a alguien. Ascendía una voz al aire de los vastos campos, se apagaba, se iba y los vientos, trayéndola y llevándola, le daban una calidad impersonal, casi sobrehumana. Parecía un grito incorporal, una queja errante, parte de la naturaleza, como el ruido de una catarata o el canto de un pájaro invisible en un pino, que no podía asociarse con ningún ser humano. Quienes sólo han oído el *cante jondo* en locales cerrados o en la radio no pueden hacerse una idea de cómo resulta oído a distancia y al aire libre.

Las canciones de los chiquillos eran también deliciosas, si bien en un sentido muy diferente. Las mejores eran aquellas que cantaban en juegos del tipo de «naranjas y limones». Consistían en fragmentos de baladas del siglo XVI ensamblados sin demasiada consideración en cuanto al sentido, que finalizaban en pasajes incongruentes absolutamente infantiles. Algunos de estos fragmentos superaban en belleza a cualquiera de los *Mother Goose*, y ello, creo yo, se debe a que, si bien la mayor parte de su material procede de poesía escrita por adultos, la selección y el engarce de las coplas son obra de niños. Las chiquillas, que eran las principales mantenedoras de la tradición de los bardos, conservaban también —sospecho que con alguna instrucción por parte de sus mayores— dos baladas completas. Una se llamaba el *Romance de Catalina de Granada*. De una manera muy dramática se describen en ella las torturas impuestas por sus padres a una muchacha mora convertida al cristianismo. A lo largo de cuarenta pareados desgarradores —cada uno de los cuales, para prolongar la agonía, va seguido de un refrán— asistimos al sufrimiento de la pobre Catalina, que muere de hambre y sed. La otra era una balada, que comienza: *Dónde vas, buen caballero*, y relata cómo un noble buscaba a su esposa, cuando su fantasma se le apareció, diciéndole que estaba muerta. Le

describió el suntuoso funeral y le aconsejó que se casara de nuevo. Tampoco este era tema muy alegre, pero lo que le hacía exclusivo de los niños era su melodía, insistente e inolvidable. Los ingleses la conocen, pues es la de «Clementine». Durante la fiebre del oro de 1849 en California, los mineros americanos e ingleses llegaron a estar tan cansados de oírla cantar a sus camaradas mexicanos un día tras otro que la parodiaron. La canción es tan pegadiza que, sin duda, en la actualidad ha de haberse extendido por todo el mundo, desde Turquía al Japón.

Concluiré estas breves notas sobre las canciones de los niños con un poema al caracol:

Caracol, col, col,
saca los cuernos al sol.
Te daré una miguita de pan
para que avíes de almorzar.

Lo interesante de este verso, cantado por todos los chiquillos de España, es que en Yegen se utilizaba todavía para hechizar al caracol. Al dejar de llover, las mujeres y los niños salían, al atardecer, con linternas para recoger los grandes caracoles romanos que se alimentaban con hierba, y entonces cantaban la canción. Probablemente lo que se pretendía con ella era embaucar al caracol con la linterna para que, tomándola por el sol, pensara que había llegado el momento de levantarse y mostrarse. Pero las palabras superaban la intención, pues son los seres humanos y no los caracoles los que salen al romper el día.

El bautismo, el matrimonio y la muerte constituyen los tres acontecimientos más importantes en la vida de los españoles. El primero era en nuestra aldea un asunto sencillo. La madrina llevaba al niño a la iglesia y hacía todos los preparativos, mientras que el padrino pagaba los gastos de la fiesta y baile que tenían lugar después. Los padres quedaban marginados; los padrinos dominaban la situación. Si el sacerdote era guapo o tenía *buen ángel*, traería al niño buena suerte, mientras que la sal colocada en sus labios le hacía *salado* o gracioso. Al regresar a la casa de los padres, la madrina decía: «*Comadre*, aquí está tu hijo. Me diste un moro y te

devuelvo un cristiano». Entonces comenzaba la fiesta, con vino, anís, buñuelos y, si la familia se lo podía permitir, dulces y bizcochos.

Al matrimonio le precede el noviazgo o compromiso. En las aldeas era mucho más informal que en las ciudades. El joven «se declaraba» a una muchacha mientras bailaban. Si le aceptaba, se convertía en su novia y, a partir de entonces, no podía bailar con ningún otro. Puesto que en las aldeas no había *rejas*, se permitía al novio entrar todas las tardes en casa de los padres de ella, se sentaba a su lado y ambos conversaban en presencia de otros, pero en susurros. Naturalmente, *los novios* se peleaban con frecuencia, iniciándose otros noviazgos, y sólo cuando el joven había terminado el servicio militar y ahorrado suficiente dinero para casarse acudía a los padres de su novia para pedir formalmente su mano. La muchacha compraba los muebles con el dinero del novio, pero se esperaba de ella que aportara la cama y ropas de cama. Si eran pobres, la cama era una carriola y el colchón estaba relleno de paja de centeno o de hojas secas de maíz.

El acto decisivo consistía en que los jóvenes *tomaran los dichos* en la casa del párroco. Esto constituía el verdadero contrato matrimonial. Seguían las amonestaciones y luego la boda. Resultaba esta más barata si se celebraba por la mañana temprano. Cuanto más se celebraba, mayores eran los estipendios del cura. «Los ricos» se casaban después del anochecer, para poder irse a la cama a toda prisa en cuanto terminaba la breve recepción. Sin embargo, cuando el matrimonio tenía lugar por la mañana, era seguido de una comida en la que las dos familias se sentaban frente a una cacerola de pollo, y por la tarde había una fiesta. La novia y el novio dirigían el baile mientras que los cantantes improvisaban *coplas* en honor de la novia, chanceándose, de vez en cuando, del novio. Las mujeres casadas de más edad proporcionaban por lo general la nota sombría. Se llevaban aparte a la novia, le avisaban del peligro de «cargarse de hijos» y le ofrecían sus discretos consejos sobre cómo evitarlo. No obstante, otras mujeres le decían que los chicos eran un *fruto de bendición* y, por tanto, dignos de ser deseados en cantidades moderadas. Al sonar la medianoche —en sentido figurado, pues en nuestra aldea no había relojes y mucho menos uno que pudiera

sonar— los recién casados marchaban a su casa.

En la vida de la mayoría de las personas hace su aparición, en un momento u otro, una grave enfermedad. Si el doctor sacudía la cabeza, los parientes cercanos hacían votos por la recuperación del paciente: caminar descalzos en la próxima procesión, ofrecer una trenza de su cabello, e incluso —si bien no lo recuerdo en nuestra aldea— vestir el hábito de esta virgen o aquel santo durante tantos meses o años, o hasta que cayera hecho harapos. Algunos cristos y algunas vírgenes eran mucho más eficaces que otros a la hora de curar enfermedades. En la Alpujarra, la gente acudía habitualmente al Jesús del Gran Poder, a pesar de que su santuario e imagen estaban en Sevilla y no en Granada. La patrona de Granada era la Virgen de las Angustias, naturalmente más apropiada para asuntos desesperados.

Cuando llegaba la muerte, el cuerpo se enterraba con premura, al día siguiente. A las muchachas se les amortajaba de blanco, con una corona de flores en la cabeza y un ramillete entre las manos enlazadas; otras personas eran vestidas con sus mejores ropas y calzadas con sus zapatos de cuero (un par duraba toda una vida, pues sólo se los ponían para ir a misa) y así ataviadas descansaban en el ataúd. La familia y los vecinos pasaban toda la noche, víspera del funeral, sentados junto al difunto. Ya no se utilizaban los cantos fúnebres, si bien las mujeres estaban autorizadas para mostrar su dolor rompiendo en violentos lamentos y plegarias por la persona desaparecida. A esto se le llamaba *dar la cabezada*. Toda viuda o hija que no lo hiciera sería considerada como carente de sentimientos, mientras que de los hombres se esperaba que supieran controlarse. Al cementerio se le llamaba *la tierra de la verdad*. Cuando el otro día pregunté a mi ama de llaves el porqué, me replicó con gran sentimiento: «¡Cómo, esta es la única verdad que existe! Cuando le entierran a uno, se acabó. Toda nuestra vida es una ilusión». Rosario es una mujer jovial y de mentalidad pagana, con pocas preocupaciones en el mundo, pero cuando le pregunté, dio la eterna respuesta española: «La vida es una ilusión, porque termina». En este país el pensamiento de la muerte consume la vida, y tan pronto se supera la intoxicación de la primera juventud, comienza a minar el gusto por el placer.

Media hora antes de que se formase el cortejo se reunía la gente en casa del difunto y expresaba su condolencia a los parientes cercanos con alguna frase formal: «Le acompaño en el sentimiento» o «Que descanse en paz». Después, el ataúd —llamado burlonamente «la guitarra» o «el violín»— es llevado a hombros hasta el cementerio, en cuya capilla mortuoria se celebra el oficio de difuntos. Los pobres, que no podían pagar los gastos normales, eran enterrados en tumbas poco profundas situadas en una parte del cementerio denominada la *tertulia* o *la olla*, mientras que los ricos quedaban afianzados en nichos de albañilería, llamados columbarios, y que forman parte de la herencia romana. En muchos sitios, los pobres eran enterrados desnudos porque sus familias no podían sacrificar las sábanas que les cubría, pero en Yegen iban vestidos con su propia ropa y los llevaban al cementerio en el ataúd de la parroquia, siendo depositados en la tumba a través del fondo, abatible. Tras el funeral venían nueve días de luto riguroso, en los que la familia y los amigos se encontraban todas las tardes en la casa del difunto, turnándose en los rezos. Esta costumbre ha caído en desuso en las ciudades andaluzas, aunque pervive en muchas aldeas.

Todas las razas aguzan su ingenio cuando de la muerte se trata, y los aldeanos y trabajadores españoles aluden a ella con algunas frases bastante expresivas. De los huérfanos dicen: «No les ha quedado sino el día y la noche y el agua en el jarro»; mientras que una pobre mujer cuyo marido haya muerto se dolerá: «No es que le eche mucho de menos, pero se llevó consigo la llave de la despensa». En la lucha por la mera existencia, los más finos sentimientos cuentan muy poco. Para los más pobres incluso el dolor es un lujo.

XI. El escocés solitario

Cuando miraba hacia el gran espacio que se abría ante mí, podía ver, con mis anteojos de campaña, a unos quince kilómetros en línea recta, un pequeño punto blanco. Era una granja conocida como el Cortijo del Inglés, y en la que vivía un inglés, o mejor un escocés. De vez en cuando el cartero me entregaba por equivocación sus cartas y así supe que su nombre era Mac Taggart. Exceptuándome a mí, era la única persona de habla inglesa que vivía en la Alpujarra, y quizá la primera que haya vivido allí. En cualquier tarde del año podía yo ver el penacho de humo que surgía de su casa y que anunciaba la preparación de su comida.

Su historia —me la contó un español que lo conocía bien— era bastante extraña. Unos veinte años antes, ya casado y con familia en Escocia, había ido en viaje de negocios a Orán. Allí se encontró con una muchacha española llamada Lola —unos dicen que en un prostíbulo; otros, que servía en un hotel como camarera—, de la que se enamoró. Ambos marcharon juntos, y tras una estancia en Madrid, ciudad que a ambos disgustó, llegaron a la aldea de la mujer, un lugar situado en lo alto de una colina, que ni siquiera tenía carretera, llamado Murtas. Resultó que ella pertenecía a una de las familias más pobres y tenía un tropel de hermanos y hermanas indigentes que necesitaban ayuda. Esto hubiera podido desalentar a la mayoría de los hombres, para rondar a la muchacha, pero a Mac Taggart pareció no importarle, pues alquiló la mejor casa disponible y se estableció en ella. Más tarde, como le agradase aquella vida, compró una granja y algo de tierra a unos tres kilómetros y se estableció en ella con su chica.

Murtas es una aldea situada debajo de la cumbre de la Sierra de

la Contraviesa. Tiene poca, por no decir ninguna, agua de riego, pero es famosa por sus higos y almendras. Mac Taggart se hizo con algunos cientos de hectáreas plantados de higueras y almendros, y se los entregó a dos de los hermanos de su amante para que los cultivaran en régimen de aparcería. Les proporcionó unas casuchas y el resto de la familia, incluyendo varios chicos pequeños, se fue a vivir a casa del escocés, donde comían de su mesa. Únicamente quedó excluido de la lista de beneficiarios el hermano mayor, pues por una razón o por otra no se encontró sitio para él.

Mac Taggart era un hombre al que gustaba la bebida. Desde Almería le llegaban con regularidad cajas de whisky, y era pródigo en su hospitalidad. Todas las tardes daba fiestas para sus amigos, en las que bebían y jugaban a las cartas; fiestas que solían durar hasta después de la medianoche. Acudían unos cuantos de los hombres importantes de la aldea, y como en la vida española era rara la casa particular donde se pudiese beber gratis, su granja se convirtió pronto en una especie de taberna con barra libre. Él mismo se emborrachaba con gran regularidad, y en octubre, cuando acostumbraba a bajar a la feria de Ugíjar, terminaba tan ahíto de vino que tenían que amarrarlo a su caballo y llevarlo a su hogar.

Desde luego, todo esto resultaba altamente escandaloso. Los españoles tienen muy mala opinión de la borrachera, pues priva al hombre de su dignidad. Sin embargo, las acciones de un extranjero no cuentan realmente. Se reían del escocés para no envidiarle (cualquiera que rompe un tabú es naturalmente envidiado), y acudían en tropel a su casa para aprovecharse del milagroso manantial de bebidas que había brotado. En realidad estaba corrompiendo la aldea, pero como los aldeanos gustaban de ser corrompidos y el mismo cura condescendía de vez en cuando a tomar parte en la fiesta, nadie sentía que se hiciera daño alguno. Hubiera sido de locos no aliviar de su sobreabundancia a un *inglés* rico y manirroto.

La verdad es que Mac Taggart no parecía darle importancia a la forma en que tiraba su dinero. Su amante tenía fama de mujer honesta, pero permitía a su familia que le desplumara. Sus hermanos, los que llevaban la granja, le engañaban —según se decía— de la manera más descarada, y con una excusa o con otra se

guardaban la parte de los beneficios que le correspondía. Facilitaba todo esto el hecho de que él jamás aprendió más que unas pocas palabras de español, y Lola nunca aprendió inglés. Entre ellos se habían inventado una lengua chapurreada —o más bien dos— con la que se comunicaban entre sí. A sus alegres compañeros les hablaba simplemente en inglés, a grandes voces, acompañadas de gestos y ademanes, y la bebida le daba la ilusión de que era entendido. Dado que no se trataba con la colonia británica de Almería y ningún amigo de su propia raza le visitaba, terminó por no tener comunicación real con nadie.

Así vivió durante muchos años, hasta que sucedió algo terrible. Existía la historia de que guardaba un fajo de billetes en una caja bajo su cama, y el hermano mayor de su mujer, resentido por ser el único que no había obtenido ventaja alguna, se propuso robarlo. Encontró un cómplice en uno de los concejales de Murtas, asiduo participante de las fiestas vespertinas. En ellas había jugado fuerte y se había endeudado, y ello le dio también motivo de queja. Sin embargo, en el último momento, Lola tuvo noticias de lo que se fraguaba y se lo dijo al escocés. Este avisó a la Guardia Civil, que preparó una emboscada, y cuando el hermano mayor subía por la ventana, furtivamente, a la luz de la luna, le mataron a tiros. El concejal, que se había rezagado, fue llevado a prisión y en su juicio se airearon muchas cosas escandalosas, todos los chismorreos de la aldea. Fue la primera vez que Mac Taggart tuvo noticia de la consideración en que le tenían sus vecinos.

Estos acontecimientos le impresionaron profundamente. Despertó de su sueño de borracho, que le hacía creer que vivía en buena camaradería, con la rapidez y la violencia de una persona que ha sido objeto de una conversión religiosa. En un momento cambió todo su estilo de vida y sentimientos, convirtiéndose en lo opuesto a lo que había sido. Su anterior confianza se tornó en una profunda susceptibilidad hacia todos, excepto su amante, de manera que dio por terminadas sus báquicas fiestas, se negó a ver a sus antiguos camaradas y se encerró en su casa. Un hombre que había trabajado para él me dijo que a partir de entonces raramente salía antes del ocaso, y repleto de whisky daba un paseo entre sus almendros y disparaba al aire su revólver. Quizá se imaginara estar

advirtiendo a los futuros ladrones. No obstante, sus excentricidades ya le habían hecho famoso con anterioridad. Una de estas excentricidades consistía en castigar cualquier cosa que le incomodara. Si su sombrero salía volando, lo colgaba de un árbol diciendo: «Ahí estarás hasta que aprendas modales». Si en su abrigo aparecía una mancha, su destino sería el árbol igualmente. Una vez sucedió que su caballo vaciló y estuvo a punto de caer, por lo que lo encerró sin alimento durante tres días, «para darle una lección». Ahora, me imagino, estaba «dando una lección» a la gente de Murtas por haber tratado de robarle.

Estas historias me llenaron de curiosidad por conocer a mi excéntrico vecino escocés. Así, pues, un día le envié un mensaje proponiéndole, si era de su agrado, encontrarnos una tarde en mi paseo hacia su granja. La réplica fue verbal: allí le encontraría. Cecilio, el hermano pequeño de Paco, planeaba ir a Murtas para ver unos jamones, de manera que pensé que resultaría ventajoso marchar con él. Acudir a lomos de mula daría mejor impresión. Así que una mañana, con la primera luz del día, nos pusimos en marcha.

Nuestro camino transcurría recto por debajo de la aldea, sobre el puente y a través de las peladas pendientes hacia la Rambla Seca. Desde aquí superamos unas ligeras colinas rocosas, cubiertas de brezo, jara y espliego, y descendimos de nuevo al río. Al otro lado, en los repechos más bajos de la Sierra de la Contraviesa, descansa la aldea Jorairátar. Vista desde la terraza de mi casa parecía un lugar paradisíaco, con sus casas nacaradas arracimadas en un bosque de olivos, gris y fresco. Al comenzar la tarde, sus chimeneas, unas cien, lanzaban sus penachos de humo, tan enhiestos, hacia el cielo, que parecían estar suspendidos de él. Sin embargo, la impresión era muy diferente cuando uno se acercaba. Los olivos de largas ramas, regados y escasamente podados, según el modo de cultivo practicado en la Alpujarra, en bancales rocosos escalonados, era lo único grato de la aldea, porque esta en sí era un lugar derruido, con espacios vacíos salpicados de paredones en ruinas y edificios destartalados que en un tiempo estuvieron habitados por gente de posibles, pero que en la actualidad habían sido abandonados al descuido y a la pobreza.

Cecilio tenía cosas que hacer, por lo que me senté junto a una fuente a esperarle. Tras la fuente se alzaban una roca enhiesta y dos inmensos olivos, pero la mayoría de las casas de la plaza estaban en ruinas. Las moscas bullían sobre las piedras, el sol caía a plomo y flotaba en el aire un acre olor a orina y excrementos, mientras que, como en un contrapunto, de la polvorienta y desmoronada obra de albañilería brotaba una pincelada escarlata de flores de granado que en su forma y color conferían al ambiente una nota absolutamente oriental. Mientras estaba sentado, con la paciencia que España le enseña a uno, pasaban mujeres con sus cántaros bajo el brazo, muchachas descalzas y con sus blusas raídas, otra llevando un niño cubierto de llagas, un anciano con un burro. Desde una ventana de marco cuadrado, frente a mí, una anciana de rostro apergaminado y arrugado como las colinas me miraba fijamente con sus ojos diminutos e inmóviles. La clásica pobreza andaluza. Sólo los olivos parecían hablar de días mejores, en los que uno se podía imaginar los templos paganos surgiendo de los cascotes y solemnes procesiones de muchachas tocadas con guirnaldas de flores ascendiendo por sus escaleras de piedra. Pero Jorairátar, que tiene poca agua de riego y donde la tierra es un latifundio, jamás pudo haber conocido una prosperidad real, ni siquiera cuando se explotaban allí algunas minas.

Mi compañero regresó y proseguimos nuestra marcha. Habían pasado las horas mientras estuve sentado junto a la fuente y se acercaba el mediodía. Nos detuvimos a la sombra de un olivo y nos sentamos a comer: una botella de vino, una tortilla de patatas, fría, y algunas cerezas.

Cecilio tenía un carácter completamente distinto al de su hermano Paco. Era un hombre desenfadado, indiferente al dinero y de poca inteligencia. En todas las ciudades y aldeas andaluzas se dan siempre una o dos personas que ostentan una escasa aptitud para las cosas prácticas, pero parece que han venido al mundo únicamente para cantar *coplas*. Cecilio era una de ellas. Desde el momento en que nos pusimos en camino hasta que regresamos a casa el día siguiente, jamás dejó de cantar durante más de cinco minutos, y su repertorio era tan amplio que difícilmente se repetía. A veces le incitaba con la primera línea de alguna *copla* de mi

agrado, e inmediatamente se ponía a cantarla.

En la orillita de la mar
suspiraba una ballena,
y en sus suspiros decía:
Quien tiene amor, tiene pena.

El hecho de que la palabra *ballena* fuera en realidad una corrupción de *sirena*, no evitaba el que a mí aquello me pareciera la última palabra sobre la ineludibilidad del amor: hasta las ballenas lo sabían.

O cantaba aquella otra canción de amor:

—Pajarito de la nieve
dime, ¿dónde tienes el nido?
—Lo tengo en un pino verde
en una rama escondido.

Pero sus canciones favoritas eran las que hablaban de un amor desgraciado:

A las dos de la mañana
yo me quisiera morir
por ver si se me acababa
este delirio por ti.

Aunque no tenía *novia* ni estaba enamorado, las cantaba con mucho sentimiento.

Durante una hora o más trepamos sin interrupción por la Sierra de la Contraviesa. Es esta una antigua cadena de montañas, moldeadas por la erosión en suaves curvas de rocas esquistosas y brillante mica. En su ladera meridional hay plantaciones de viñas que producen el mejor vino blanco de la comarca, pero en las pendientes norteñas, que ahora atravesábamos, está salpicada de almendros e higueras. El camino serpenteaba por estribaciones aplanadas y ásperos barrancos, y no nos topamos con nadie. Las

únicas criaturas vivientes que se cruzaban a nuestro paso eran los verdes lagartos que salían disparados apenas nos acercábamos, así como la pequeña cogujada, la *totovía*, que canta unas cuantas notas lastimeras desde una piedra y luego vuela en círculos como la alondra. Debe su nombre a la palabra «todavía», que se supone repite.

Al cabo nos adentramos en la tierra del escocés y vimos frente a nosotros su granja, un edificio blanco y bajo erigido junto a una antigua higuera. Me monté en la mula y cabalgué hacia él.

Nos esperaban. El cauteloso rostro femenino que espiaba desde una ventana y desapareció, el silencio que siguió a nuestra llamada a la puerta, los presurosos pasos de la muchacha que vino a abrir, todo mostraba que algo fuera de lo normal estaba sucediendo. Me hicieron pasar. Al volverme hacia el recibidor entreví a una sólida mujer de mediana edad vestida con ropa oscura de buena calidad, situada tras una puerta abierta. Era la señora de la casa que se había acercado a echarme un vistazo, conocedora de que las convenciones escocesas no permitirían una presentación. Sus redondos ojos negros me contemplaron fijamente, si bien sus labios permanecieron firmemente cerrados: lo que vio en aquel cuarto de minuto la proveería sin duda de bastantes puntos de comparación entre mi persona y la de su dueño y señor.

En una pequeña habitación amueblada al elegante estilo de la clase media baja española, con sillas que parecían desafiar a cualquiera a sentarse en ellas, una camilla con un tapete de blonda que decía «demasiado limpio para usarse» y una alacena toscamente tallada con nudos y volutas, se sentaba un hombre de rostro muy enrojecido y bigotes grises al estilo de los ingenieros de minas. Llevaba un cuello almidonado y vuelto y vestía un traje verde de lana con las marcas de un plegado reciente. Su cabello era negro grisáceo, y sus movimientos, tensos y deliberados, como si tuviera que pensarlos previamente. Ocupaba tan obstinadamente el espacio en el que se sentaba que se me ocurrió que habría sido un buen tema para una naturaleza muerta de Cézanne.

Comencé la conversación con algunas palabras de excusa —que yo era su vecino, que esperaba no molestarle y cosas por el estilo—, pero, ante mi sorpresa, no respondió palabra, sino que permaneció

sentado, con sus ojos azules fijos en mí y una expresión de recelo y desaprobación en su rostro.

Súbitamente dio unas palmadas y gritó: «Ana». La muchacha, que evidentemente estaba al otro lado de la puerta, entró.

—Trae al niño («Bring the baby»).

A punto estaba de preguntarme, muy desconcertado, quién podría ser este joven miembro de la familia, cuando regresó la muchacha trayendo una botella de whisky, dos vasos y una garrafa de agua. Entonces recordé lo que me habían contado. Por «baby» quería decir *bebe*, la tercera persona del singular del presente de indicativo del verbo beber.

Se excusó por carecer de soda.

—Ese maldito Miguel no la ha traído. Siempre está diciendo que la va a traer, jura por todos sus santos que la traerá la próxima vez… *Mañana, mañana*, eso es lo que me dice. Pero no la trae. La gente de este país es muy poco digna de confianza, míster Bremen. No se puede depender de ninguno de ellos.

Le dije que a mí no me parecía eso.

—Pues espere hasta que haya estado aquí tanto tiempo como yo. Ya verá. ¿Habla usted su idioma?

Le dije que sí.

—Una gran equivocación, en mi opinión. Cuando llegué aquí, les dije: «No penséis que me voy a poner a aprender vuestra preciosa jerga, pues no lo voy a hacer». Y jamás lo he hecho. Pero les entiendo perfectamente; sí, les entiendo. Mejor de lo que se entienden ellos.

Era evidente que había bebido. Pese a sus esfuerzos, su resentimiento se expresaba en cualquiera de los temas que comenzaba. Para mantener la conversación dentro de límites no comprometedores le pregunté sobre su granja.

—¡La granja! —exclamó en un tono de profunda ironía—. De manera que le han dicho que tenía una granja. Bien, los árboles crecen y dan su fruto en el momento debido, como los buenos libros indican, pero lo hacen sin la solicitud de aquellos cuya labor debería ser tenerlos a su cuidado. *Mañana, mañana*, todo el día fumando cigarrillos, echando la siesta. ¡*Dormez-vous bien, señor*! No es extraño que el propietario no tenga beneficios.

Llenó los vasos y volvió a enmudecer. Tampoco yo dije nada.

—Me gustaría conocer su opinión sobre cierto asunto, míster Bremen —inició de nuevo la conversación—. Tal como lo veo, el mundo ha dejado de ser lo que era. Incluso en mi época declinó grandemente la moral. Mire esas colinas: cuando los moros estaban aquí, todas tenían regadío y eran atendidas y cultivadas pacientemente, ahora sólo crecen almendros. La gente de estos alrededores es pobre porque no trabaja. ¡Que les toque la lotería, eso es en todo lo que piensan! ¡Contrabandear! ¡Obtener algo sin esforzarse! Usted lee libros, míster Bremen; me gustaría saber si puede explicarme por qué ha sucedido esto.

Repliqué que nada podía decir, pues en la aldea en la que yo vivía la gente trabajaba mucho y la tierra estaba tan bien cultivada como lo había estado siempre.

—¿De verdad? —dijo, y comenzó a llenar su pipa.

Después, con una entonación diferente en su voz:

—Quiero preguntarle una cuestión más personal. Me pregunto si tiene dificultades en hacer que le respeten en este país.

Con bastante tacto le dije que jamás me había parado a pensarlo.

—Permítame decir —replicó— que está cometiendo un grave error. Hay que pensar en eso. En este país o respetan a un hombre o le tratan como a una porquería. No hay punto medio. Como británico considero conveniente procurar ser respetado siempre que estoy en el extranjero.

Hubo otro silencio prolongado. Lentamente sorbimos nuestro whisky.

—Estos llamados españoles —comenzó de súbito— jamás podrían equipar y situar en alta mar una gran armada como aquella que navegaba todos los años al Istmo de Panamá. No, ni siquiera me los puedo imaginar intentándolo. Han perdido su vigor, y nada les queda de su pasado orgullo y coraje.

—Los tiempos han cambiado —le dije.

—Desde luego, y los pueblos y las razas. Esto no es más que una pequeña aldea, en la que vivo, un diminuto lugar perdido como el que podría encontrar en muchos sitios de Escocia. Pero he encontrado aquí mucha degeneración, sí, una profunda

degeneración. Y una ignorancia aún más terrible. Es una regla fija: en el curso de mis viajes, siempre he hallado que dondequiera que vayan los curas les sigue la degeneración y la ignorancia. Supongo que no es usted católico.

—No. Protestante.

—Choque la mano. Hace doscientos años esta gente nos hubiera quemado a los dos. Ahora todo lo que quieren es nuestro dinero. ¿Se ha topado alguna vez con la obra del doctor Butler sobre el ocaso de las civilizaciones?

Le dije que sí.

—Entonces comprenderá lo que le quiero decir. Pero lo raro, lo extraño, es que estos individuos no tienen ni noción de los abismos en los que han caído. Cuando les digo que un pequeño cañonero de la armada británica podría hacer añicos su bendita aldea, sonríen y no dicen nada. Tienen una opinión muy alta de sí mismos.

—¿Ha visitado otras partes de España? —le pregunté.

—He estado en Madrid, un sitio bastante pobre. No tiene ni comparación con Edimburgo. Y he vivido aquí. Y no he sentido tentaciones de viajar a ningún otro sitio de este país.

—¿Pero le gusta vivir aquí?

Entonces volvió el recelo a su rostro y me miró sin contestarme.

—A *mí* me gusta mucho —le dije.

—¿De veras? Bueno, no voy a discutir que hay peores lugares en el mundo que estas montañas. De todos modos algunos dirán que están retiradas. Aquí un hombre puede ser él mismo.

De repente surgió un chillido de la otra habitación, varias sillas sonaron al caer y unas cuantas voces femeninas gritaron. Se oyó el rumor de pasos apresurados por el pasillo.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Sin moverse, replicó:

—Españoles. Esta es la forma que tienen de divertirse. No quiero enterarme.

Luego continuó:

—Me mantengo alejado de sus asuntos y espero que hagan lo propio con respecto a los míos. Es la única manera de ir tirando en este país.

Hubo otro silencio. Miraba la colina recalentándose al sol, el

ennegrecido tronco de un almendro recortándose contra el cielo, las oscuras y satinadas hojas de una higuera. Me parecía una lástima pasar un día tan maravilloso bebiendo whisky y escuchando a un escocés medio loco. Con la cabeza algo alterada me levanté y dije que tenía que regresar. Mi anfitrión no hizo nada por detenerme. Mi invitación para que fuera a visitarme a Yegen no obtuvo respuesta. Esquivando mi mirada, se pasó la mano por el cuello. Era demasiado evidente que estaba contando los momentos que faltaban para que yo me fuera y él se encontrara libre para volver rápidamente a su propia habitación —no aquel recibidor desastroso — y dar palmadas para que la mujer gorda le liberara del maldito estorbo, mientras que la muchacha plegaba su traje verde y lo guardaba en el arca. Entre tanto le derramarían en los oídos el diluvio de murmuraciones que Cecilio les habría proporcionado en la cocina y que él solo entendería parcialmente. Así se habían revolcado los caballeros borgoñeses en el lujo oriental de sus harenes de Barbastro, diciendo quizá las mismísimas cosas sobre los habitantes moriscos que el escocés me había expresado. Siempre fue una costumbre que quienes aman a España la ultrajen.

Según íbamos por el camino, le pregunté a Cecilio cuál había sido la causa de aquel ruido.

—Oh, un conejo se soltó en la cocina —contestó— y cazarlo costó una escandalera. Creo que querían molestar al *inglés*. Parece que no le tienen en mucha consideración.

—Acaso la señora de la casa se habrá molestado al no haberme sido presentada; lo consideraría como una desatención.

—Sea lo que sea —replicó—, mostraron muy poca *educación*. Por lo menos deberían haber guardado las apariencias delante de mí.

Esta fue la última vez que vi a míster Mac Taggart. Unos doce años después, me enteré que había muerto. Los herederos escoceses reclamaron la propiedad, y su amante y toda su familia, que no habían ahorrado nada, se vieron reducidos a la miseria. Evidentemente no le habían sacado tanto como se decía.

El sol descendía cuando el camino dio un quiebro y vimos Murtas allá abajo, en el pliegue de las colinas. Una grisácea aldea de apiñadas casas achaparradas, de cuyas chimeneas surgía,

perpendicular, el humo. Me fui a dormir con Cecilio en casa de un primo suyo. Al tumbarme aquella noche en mi petate pensé en la última vez que había estado en este lugar. Fue una tarde de octubre de 1919, exhausto y debilitado por la disentería. Tras comer un poco de arroz y bacalao seco me derrumbé en un colchón de paja extendido en la cocina, despertándome una hora después ante el ataque de un ejército de chinches. Incapaz de dormir, me levanté y me senté temblando en los campos, sintiendo todo el peso de mi enfermedad. Por la mañana se habían negado a encender el fuego para hacerme café.

XII. Los alimentos y los fenicios

El gran *cortijo* o granja de los llanos andaluces es un descendiente directo de la villa romana. Tiene las mismas dependencias y habitaciones, exceptuando únicamente los baños calientes situados alrededor de un espacioso patio. La planta baja alberga las almazaras, las cubas del vino y las despensas, y a veces, también, los establos. La planta superior se reparte entre las habitaciones del propietario, cuando se digna hacer una visita, y la vivienda del administrador. Sobre la monumental puerta de entrada hay un nicho para una imagen sagrada, y sobre la casa se erige un *mirador* o torre. Esta disposición es la que se ha seguido, en la medida de lo posible, en las más pequeñas granjas de la Alpujarra y en las casas solariegas de las aldeas. Y esta era la distribución de la mía. Tenía las habitaciones principales y la puerta de entrada hacia la calle, mientras que el hombre que trabajaba para mi casero vivía al otro lado del patio. Sin embargo, como esta puerta sólo podía abrirse con una pesada llave, yo utilizaba la puerta trasera, por la que se descendía, mediante unos cuantos escalones, de la cocina al patio. Aquí estaban situados los establos, la tahona, la vaquería, el porche cubierto, con sus bancos de piedra para uso de los mendigos y la entrada al jardín.

Al granjero con quien yo compartía este patio se le conocía como el *tío Maximiliano*. Era un anciano de voz estentórea y un lenguaje cargado de obscenidades y blasfemias. Ni siquiera el respeto que debía a doña Lucía era suficiente para moderar su lenguaje. Su esposa era la *tía Rosario*, una mujer delgada, insignificante y suave, prematuramente envejecida por el trabajo y por haber traído al mundo media docena de niños. En su juventud

había sido la belleza de la aldea, y por eso le habían dado el apodo de la «Reina». Esto y su carácter apacible y gentil le habían valido el puesto de sirvienta de la madre de don Fadrique, y al mismo tiempo el de amante de su padre —ambos oficios iban juntos en las familias de los caciques—. Después fue dada en matrimonio al ganadero, quien por su condescendencia fue puesto al cargo de las propiedades de don Fadrique en la aldea, explotándolas en aparcería. Juan el Mudo y Araceli, que por aquella época llevaba la granja de la montaña, debían su puesto a unas circunstancias prácticamente similares —el matrimonio de una criada de confianza con un ganadero—, y a la muerte del tío Maximiliano ocuparon su lugar.

Una de las más útiles creaciones de la Iglesia católica ha sido la institución de los padrinos. En las comunidades rurales esta relación contribuye a consolidar los lazos de sangre formados por concubinato entre el terrateniente y quienes para él trabajan. Así, don Fadrique era el padrino de los niños menores de la tía Rosario, y él y el tío Maximiliano se trataban siempre de *compadre*, mientras que para los niños aquel era *el padrino*. Y cuando se casó con doña Lucía, esta se convirtió automáticamente, por lo menos de una manera nominal, en su *madrina*. Con esto —la omisión del don— se disminuía la diferencia de rango y se pasaba a constituir, hasta cierto punto, una familia única. Es decir, tenemos aquí una versión de la *familia* romana, o grupo de servidores, en la que se preserva el rango principal: la sangre del amo corre por las venas de la mayoría de ellos. Sus hazañas amorosas y su matrimonio legal se habían puesto al servicio de sus intereses económicos, como se ve en la actualidad, y a escala prodigiosa, entre los caíds del Gran Atlas. Y esta familia extensa, junto con la clientela que la rodea, forma el núcleo de ese sistema de clan que en todo tiempo ha jugado un papel tan importante en la vida española. Como cosa útil en sí misma, la creación espontánea de una sociedad que desconfía de sus propias instituciones formales ha preparado el terreno para ese pequeño despotismo, tan vituperado, llamado caciquismo: el gobierno del hombre importante de la localidad, o *cacique*. El impulso para actuar de esta forma surgió del deseo del español de fortalecerse mediante una red de relaciones humanas. El rico y

poderoso necesita clientes respetuosos para con sus intereses: el pobre necesita de un protector, y así se ha creado un gran número de pequeños clanes, manteniéndose por la necesidad de defensa mutua contra los peligros y asperezas de la vida española. Dado que este es un país en el que los motivos puramente egoístas merecen poco respeto, el grupo ha de vincularse, en la medida de lo posible, mediante lazos morales y religiosos, es decir, por los matrimonios, el padrinazgo, las relaciones extramatrimoniales y la amistad personal. De esta forma las obligaciones mutuas se ven sancionadas por una cierta inviolabilidad.

Siempre que yo abría la puerta de la cocina y miraba al patio veía a la tía Rosario y a sus hijas ocupadas en sus labores domésticas, y si lo hacía por la tarde oía la voz ronca del tío Maximiliano profiriendo juramentos obscenos. A pesar de su lenguaje, era bastante buena persona, y sus imprecaciones se dirigían más al aire que le rodeaba que a alguien en particular. Pero no era un hombre comunicativo. Solía sentarme de vez en cuando junto a su chimenea e intentaba hablar con él, pero a pesar de que debía tener cosas muy interesantes que contarme del pasado, de los días en que los lobos bajaban hasta la aldea, cuando las viñas se enroscaban en los álamos y el vino era tan barato que regaban con él los jardines, jamás logré sacarle una palabra. Su noción de la conversación consistía en una aserción estridente y vociferante de su propia existencia. ¡Cuán diferente era su carácter del tío Miguel Medina, el administrador de mi casero, un hombre sobrio, severo y reservado que bien podría haber nacido en las llanuras de Castilla la Vieja!

Como antes he dicho, la única entrada práctica de mi casa cruzaba la cocina. Era esta una habitación más bien pequeña, con un hogar abierto, una hilera de fogones de carbón, situados hacia el interior de un entrepaño de tejas, y un fregadero de piedra. Los aparadores de nogal oscuro empotrados en la pared suavizaban su aspecto, y fuera de ella estaban el horno del pan y los retretes. Los romanos, como sabe cualquiera que haya visitado Pompeya, establecían una íntima asociación entre la preparación del alimento y la evacuación del cuerpo, y en las antiguas casas españolas el retrete todavía se sitúa junto a la cocina. El nuestro —aunque

carecía de agua— era un lugar original y hasta poético. El asiento era de mármol finamente veteado y su agujero tenía una bien ventilada salida a un *corral cerrado*, a unos seis metros por debajo. Cuando soplaba el viento, entraba por la abertura con una fuerza extraordinaria y producía un sonido quejumbroso, haciendo inutilizable el lugar. La mayoría de las casas de la aldea no tenían retrete de ningún tipo; la gente bajaba simplemente al establo y buscaba un sitio vacío entre las mulas y los cerdos.

No muy distante de la cocina estaba la despensa, un sitio muy importante. Todos los otoños colgábamos de su techo de cien a ciento cincuenta kilos de uva fina, que se mantiene fresca hasta abril, aunque se vuelve cada vez más dulce y rugosa. También guardábamos varios cientos de caquis, fruto de dos árboles que crecían en el jardín; recogidos después de las primeras heladas, maduraban lentamente y se comían con una cuchara cuando estaban suaves y tiernos. También se guardaban aquí los membrillos, así como las naranjas, los limones y las manzanas, y botes de mermelada de naranja, de cereza y de higos verdes, cuyo modo de preparar yo le había enseñado a María. Y siempre había uno o dos de los famosos jamones de la Alpujarra, que se conservan a lo largo del verano si se les frota con sal cada semana o cada quince días. Luego venían las hortalizas: tomates secos y berenjenas, cortadas en rebanadas y tendidas en los estantes, los pimientos colgados del techo, las orzas con aceitunas curadas en casa y albaricoques secos e higos; los garbanzos, las lentejas y otras legumbres se guardaban en espuertas. Y, subiendo las escaleras, en la azotea, se guardaban las cebollas, pues *olla sin cebolla, es baile sin tamboril*. Nada de esto se podía obtener en la tienda, sino que debía guardarse almacenado durante todo el año o comprárselo a un vecino a precio más caro.

Me olvidaba de la miel. Esta había que obtenerla de un colmenero que vivía cerca del Cortijo Colorado, a una hora o más de camino. Llevaba sus colmenas a lomos de una mula, subiendo y bajando por la montaña para aprovechar el tomillo, el espliego y el romero y otras flores aromáticas a medida que crecían. Todas las primaveras le hacía yo una visita en burro y volvía con dos *arrobas* en dos *orzas* o ánforas. A veces, al atravesar un solitario barranco,

uno se topaba con sus colmenas, alrededor de veinte cántaros de barro, lastrado cada uno con una piedra. Era esta una vecindad que convenía evitar, pues las abejas españolas son mucho más furiosas que las inglesas.

Sólo comíamos carne de vez en cuando, siempre que se mataba un cabrito. Poca gente la comía, excepto en días de fiesta; sin embargo, el pescado llegaba desde la costa en mulas casi todas las noches del año: sardinas, boquerones, jureles y pulpos, y el hombre que lo traía lo vendía de puerta en puerta. Únicamente en verano escaseaba, de acuerdo con el verso que dice:

En los meses que no tienen erre,
ni pescado ni mujeres.

Este adagio se explica porque consideraban que el pescado en verano, al estar criando, es insalubre; y si un hombre hace el amor con su esposa, se encontrará debilitado para el largo día de trabajo que le espera. Esto es, al menos, lo que la gente dice, si bien la verdadera razón radica en que mientras la sementera requiere la asistencia mágica de un lecho matrimonial lujurioso, la recolección ha de llevarse a cabo en un estado de pureza ritual. Por la misma razón, las mujeres no han de recoger plantas o flores, ni tocar el maíz ni los aperos ni, si es posible, cocinar cuando tienen el período. Si se lavan las manos o la cara caerán enfermas, y si intentan hacer pan, la masa no esponjará.

Los méritos o deméritos de la cocina española merecen encontradas opiniones. Mi experiencia es que, en su más humilde nivel, presenta unos cuantos platos admirables y dos o tres deplorables. El plato que más me gustaba en Yegen se llamaba la *cazuela*, por la vasija en la que se cocinaba. Consistía en un guiso de arroz, patatas y verduras frescas cocinado o con pescado o con carne y sazonado con tomates, pimientos, cebollas, ajos, almendras ralladas y de vez en cuando azafrán. Para prepararlo se rehogaba el arroz y alguno de los otros ingredientes en aceite de oliva, añadiendo agua cuando el guiso adquiría un color dorado. Luego se echaban las patatas y las verduras frescas, y tras una cocción de veinte minutos, el resultado era una especie de revuelto que se

tomaba con cuchara. A continuación, en cuanto a méritos, colocaré la famosa *paella*, el plato regional de Valencia. Mariscos, pollo, pimientos y arroz constituyen los principales ingredientes, pero no admite patatas. Se cocina en una especie de sartén plana y muy grande, hasta que absorbe todo el agua, y luego se toma elegantemente con un tenedor.

A un nivel bastante más bajo se sitúan los platos vegetarianos: la *olla gitana*, la *ropa vieja*, los potajes de lentejas y judías, las habichuelas verdes con huevo, diversas clases de tortilla, y al nivel ínfimo de la lista el plato regional de Castilla, que lleva el nombre de *puchero*. Es un hervido no muy distinto del *pôt-au-feu* francés, cuyos ingredientes esenciales son carne de cerdo, pedazos de *tocino*, patatas, nabos y garbanzos. El garbanzo, del que tomó su nombre Cicerón, es una bala amarilla que explota en el interior del cuerpo produciendo varios centímetros cúbicos de gas. Si la cocinera conoce su oficio, procurará que la carne hierva hasta que no le quede sabor alguno y que el tocino, de color blanco amarillento, esté rancio. Cuando un español come este plato siente que ha vindicado el vigor de su fibra; que no ha degenerado aquella raza de hombres que conquistaron un continente con un puñado de aventureros, que llevaban día y noche aquellos cilicios de pelo de animales que se pegaban a su carne y que desafiaban los mosquitos del Pilcomayo y del Amazonas.

Nuestras hortalizas eran tan variadas que podíamos hacer buen número de combinaciones en la preparación de algunos platos. Podíamos regalarnos con ensaladas durante casi todo el año, y en el verano sorbíamos esa deliciosa sopa salada, el *gazpacho* andaluz. El gazpacho de invierno tomaba la forma de un huevo escalfado flotando sobre una mezcla de agua, vinagre y aceite de oliva, entre pequeños pedazos de pan. Un plato humilde, que apenas costaba dos perras, y que a mí, cuando estaba cansado, me resultaba un primer plato agradable. Pero ¿cómo habré podido olvidarme del más característico de los alimentos españoles: el *bacalao*? Entrad en cualquier tienda de ultramarinos de la península y veréis una hilera de objetos aplanados, con forma de cometa, de color blanco sucio, colgando como despojos momificados del cinturón de un guardabosques, o como ropa desteñida y sucia suspendida de una

cuerda atada al techo. Este pescado, al cocerlo, desprende un olor parecido al de la leonera en el zoo, pero cuando se cocina bien y es de buena calidad resulta tan delicioso como nutritivo y alimenticio. Constituye el alimento tanto de ricos como de pobres, pero como, para mi desgracia, los pobres en Yegen eran la gran mayoría, el *bacalao* que vendían en la aldea era de la peor calidad. Además, María, cuyo talento natural se dirigía a las hierbas medicinales y a las plantas de tintura, estaba poco versada en el arte culinario.

Eran famosos nuestros jamones curados en la nieve, que se comían crudos, y de vez en cuando podíamos comprar conejos, liebres y perdices. Se cree que España debe su nombre al conejo (*sapan*, en fenicio), pero en la actualidad son escasos. Desde que los bosques fueron talados el conejo carece de refugio contra los halcones, que se multiplicaron en las sierras españolas a expensas de los pájaros y animales que solían vivir en ellas. Pero cuando se conseguía alguno de estos conejos era delicioso y más magro y tierno que sus parientes del norte. Nuestras perdices pertenecían a la especie roja, eran voluminosas y muy abundantes en las colinas secas y en los barrancos, pero resultaba difícil acercarse a ellas para dispararlas con escopeta. Por lo general se las cazaba de una manera antideportiva, con señuelo, sin tener en cuenta la época de cría, lo que daba lugar a una curiosa y poco edificante exhibición del comportamiento de las aves. Cuando el señuelo era una hembra y el macho que se aproximaba era derribado y muerto, el pájaro enjaulado danzaba, gorjeaba y aleteaba con un aire gozoso y triunfante. Pero cuando el señuelo era un macho, caía en un profundo abatimiento y permanecía silencioso.

No he mencionado dos platos desconocidos en la cocina occidental, si bien en épocas más primitivas fueron bastante comunes. El primero de ellos, las *gachas*, es una masa de harina de trigo cocida en agua, que en Inglaterra solía denominarse papilla. Constituye el principal alimento en las granjas montañosas y en los campamentos de pastores, que lo comen durante meses y meses, tres veces al día, mezclado con leche. En las aldeas se toman las gachas con sardinas fritas, tomate y pimientos. El segundo plato lo constituían las *migas*, una especie de gachas fritas con aceite de oliva, con ajo y agua. Se pueden hacer con harina de trigo o de

maíz, o con migas de pan. Los pobres las comen con las invariables sardinas, el más barato e insulso de los pescados mediterráneos y frecuentemente el único que llegaba a nuestra aldea, mientras que a los ricos les gustaba echar chocolate caliente sobre ellas. Mi casero, como ya he dicho, las tomaba con chocolate y pescado frito, bien mezclado.

Casi todos coinciden en cantar las excelencias del pan español. La hogaza es un pan muy metido en harina, pero tiene un sabor y una suavidad como el de ningún otro pan en el mundo. Me imagino que esto se debe a que el grano madura por completo antes de ser cosechado. Además de las hogazas teníamos *roscos*, o rollos en forma de anillos, y *tortas*, que son bollos aplanados hechos con harina de trigo, azúcar y aceite. Los pobres, y los ricos también, de vez en cuando comían pan de maíz, y en las granjas de la montaña se comía pan negro, de centeno. Para los pastores tiene la ventaja de que no se endurece.

En mi aldea se observaban estrictamente algunas curiosas costumbres con respecto al pan, observadas igualmente en toda Andalucía. Antes de cortar una nueva hogaza, se debía trazar la señal de la cruz sobre ella con un cuchillo. Si la hogaza o *rosca* caía al suelo, el que la recogiera debía besarla y decir: *Es pan de Dios*. A los chicos no se les permitía golpearlo, ni maltratarlo, ni desmigarlo sobre la mesa, e incluso se consideraba ofensivo que alguien ofreciera a un perro las cortezas duras. Una vez pinché una hogaza con mi cuchillo y la gente reprobó mi acción diciendo que «estaba pinchando el rostro de Cristo». De hecho, el pan era sagrado, y esto, de acuerdo con el doctor Américo Castro, no constituye, como sería de suponer, una inferencia del culto del Sacramento, sino una idea tomada de los árabes. Por otro lado, se desconocía la mantequilla. *Manteca* quiere decir manteca de cerdo, así como grasa sazonada con ajo, muy utilizada por los trabajadores de la costa, que la comen junto con el pan. Se explica esto por el hecho de que carecíamos de vacas lecheras. Se dice que ni aun en el norte de España hubo vacas hasta la época de Carlos V, y se trajeron entonces en virtud de la influencia flamenca. En Andalucía se crían desde hace pocos años. En el siglo XIX las familias ricas de Málaga solían importar de Hamburgo barriles de mantequilla salada, y por

eso se las conocía como *la gente de la manteca*. Constituía un lujo que señalaba una situación social, como hoy el tener coche.

En nuestra aldea se comían muchas plantas salvajes, así pues, me referiré a unas cuantas. Cualquiera que haya visitado en primavera el sur de España habrá probado el espárrago, delgado y amargo. Jamás se planta en los huertos, sino que se recoge de una planta alta y espinosa que crece en todas las laderas de las montañas del sur de España, siempre que no estén muy lejos del mar. En Yegen se los comprábamos a los hombres que venían vendiéndolos por las calles. Otra planta también muy común en todos los sitios es el hinojo. El conocido en Italia, de largas raíces comestibles, es desconocido en España. Nosotros comíamos la hoja y el troncho de la especie silvestre. Constituía un ingrediente común y, en mi opinión, agradable de las sopas y *ollas*. Otra planta que recomiendo mucho es la *colleja*, cuyo nombre botánico es *Silene inflata*. Se recogen los retoños jóvenes antes de que se produzca la florescencia, y se comen en tortilla. Para las ensaladas, las mujeres utilizan la *cerraja*, esto es, las hojas jóvenes de la *vinagrera*, o acedera francesa, y de la achicoria.

A riesgo de resultar tedioso, añadiré que en la costa y en los llanos del interior la gente es muy dada a los cardos. Por ejemplo, los tallos jóvenes de ese cardo espléndidamente dorado, el *Scolymus hispanicus*, en español *tagarnina*, se toman en guisos, a pesar de que hay gente a la que produce sarpullidos, mientras que la cabeza y las raíces del cardo lechero, *Silybum marianum*, fueron muy utilizadas en Andalucía como alimento durante el hambre que siguió a la guerra civil.

Mucha gente en Yegen tenía una especie de neurosis hacia la comida. Gran número de mujeres de la clase más baja parecían sentir antipatía hacia los alimentos, y preferían que se les ofreciera una taza de café antes que una buena comida. Otras se avergonzaban de que alguien extraño les viese comer, y si se veían obligadas a hacerlo en público, se sentaban en una esquina, de cara a la pared. Una vez conocí a una familia de buena situación, de ascendencia en parte gitana, en la que cada uno de los miembros cocinaba su propia comida y comía en mesa diferente, de espaldas a los demás. Tales sentimientos son hasta cierto punto lógicos en un

país donde muchos andan en escasez y donde comer se convierte en una especie de desafío y extravagancia. Las ancianas, en particular, manifiestan a este respecto esa especie de gazmoñería que en otros países se reserva para el sexo.

La regla general, excepto entre los ricos, era que el cabeza de familia comiera el primero, él solo. Esto no lo hacía en una mesa de comedor, sino en una *mesilla* situada frente a él, al estilo oriental. Sus hijos comían en el suelo, en cuclillas, alrededor de una cazuela o sartén, mientras que las mujeres de la casa comían al final, los restos, y de prisa. A veces, sin embargo, había varios hombres adultos en la misma familia, y entonces comían de un plato común puesto en una mesa situada entre ellos. Esta era también la costumbre establecida en ventas y posadas, y cuando se celebraba una fiesta campestre entre amigos. Según el novelista Juan Valera, las clases altas andaluzas comieron de esta manera hasta la mitad del siglo XIX. Naturalmente, como ya he dicho, este modo de comer tenía también su etiqueta. Todos seleccionaban su parte y se la iban comiendo hasta que la línea de partición que la separaba de la parte del vecino desaparecía. Entonces, aquellos que tenían gustos delicados dejaban la cuchara, permitiendo que los de apetito más amplio acabaran con su parte.

Con respecto a los vestidos se daban una o dos costumbres extrañas. Los hombres llevaban durante los meses de invierno una *bufanda* que, incluso cuando hacía bueno, les cubría la boca. Cuando se les preguntaba por qué hacían esto, respondían que resultaba peligroso dejar pasar el aire frío hasta los pulmones. Yo siempre sospeché que era por otra razón diferente, y que la costumbre era una reminiscencia mora. Las tribus Tuaregs del Sahara, que conquistaron España en el siglo XII, tenían la costumbre de llevar siempre la boca tapada para evitar que se introdujeran los espíritus malignos.

Los sombreros eran un importante elemento del vestir; conferían dignidad. Cuando llegaba un visitante, se quitaba el sombrero en la puerta como signo de cortesía, pero había que rogarle inmediatamente que se lo pusiera. Si el visitante veía que se llevaba la cabeza descubierta, se negaría a hacerlo, de manera que encontré aconsejable tener siempre el mío a mano cuando se anunciaba la

visita de alguien. Así le evitaba a mi visitante el apuro de actuar descortésmente o de exponerse a un resfriado. El miedo a esto hacía que los hombres de Yegen jamás se quitaran el sombrero hasta el momento de irse a la cama. La gran revolución social de los últimos años veinte estuvo representada por las faldas cortas de las muchachas y las cabezas descubiertas de los jóvenes. La ruptura que tal cosa representaba con el pasado se comprenderá si uno estudia el papel de los sombreros en la historia de España. Para dar un ejemplo, cuando Carlos III ordenó la prohibición de los sombreros de ala ancha, el pueblo de Madrid se sublevó, el rey tuvo que huir a Aranjuez y el ministro que había proclamado el decreto tuvo que abandonar España. La reacción del monarca fue expulsar a los jesuitas, que habían mantenido el fetichismo popular del sombrero de acuerdo con sus designios.

No pasaba todo mi tiempo en casa, leyendo y hablando. También solía viajar. Puesto que tenía poco dinero para autobuses y me gustaba caminar, viajaba, por lo general, a pie. De esta manera llegué a puntos tan lejanos como Murcia y Cartagena, exploré las montañas de mi aldea y de la comarca. En verano, a veces bajaba hasta el mar.

El punto costero más cercano a Yegen es Adra, un pequeño puerto situado en la desembocadura del río que discurre por la mitad oriental de la Alpujarra. El camino más agradable para llegar hasta allí era seguir la *rambla* que se iniciaba inmediatamente por debajo de la aldea. A trompicones se bajaba por el arroyo hasta que este se convertía en un amplio lecho, bordeado de álamos y adelfas, tamariscos y *Vitex agnus-castus*. Este último es un arbusto con un tallo de flores azules parecidas a las de la *buddleia*, y de cuyas hojas se dice que tienen la propiedad de hacer casto a quien las come. Sin embargo, no puedo dar fe de esto, pues jamás supe de nadie que hiciera el experimento.

Tras superar una aldea llamada Darrical, el río penetra en una garganta. El camino de mulas lo elude, pero a pie, y si a uno no le importa tener que vadear y tropezar, es fácil atravesarlo, siempre que el río no lleve mucha agua. Solía tomar este camino. Al otro lado se erguían, escarpados, los acantilados hasta una gran altura. La roca estaba plagada de agujeros y cuevas en los que anidaban las

palomas torcaces, los grajos y los halcones, así como las garduñas y los gatos monteses. Era un lugar muy solitario. El agua corría y se despeñaba entre las adelfas, y la franja de cielo azul en lo alto parecía otro río.

La adelfa es la planta más sorprendente del Mediterráneo meridional. Se la encuentra junto a todas las corrientes de agua, en las *ramblas* secas y en los *barrancos*. En este marco sus corimbos de flores de color rojo parecen grotescos y siniestros. Las adelfas solemnizan aquellos cementerios en los que el agua está soterrada y el caudal es demasiado débil para emerger y fertilizar el ardiente suelo. Además, su sabor es amargo y sus hojas son venenosas tanto para el hombre como para el ganado. *Como la adelfa amarga*, dice una *copla* española al tratar de describir la amargura de un amor no correspondido, y no hay, en verdad, imagen más apropiada.

Adra es una blanca ciudad situada en un mar verde de caña de azúcar. Aquí el pulso de la vida es distinto. El aire es lánguido y pesado, la vegetación es pujante y lujuriosa, y una pequeña y esbelta planta, la *Oxalis cernua*, una acedera originaria de Sudáfrica, cubre las lindes y las orillas de los campos con sus pálidas flores amarillas. En la larga calle principal podía olerse el abandono. Paredes desconchadas, moscas bullendo por doquier, enjambres de niños medio desnudos, tufo a orina y excrementos. Y allí, donde terminan los campos, más allá de la última línea de cañas empenachadas, yacía el mar. Monótono, sin mareas, golpeando y golpeando sobre su orilla arenosa; hermoso como la adelfa.

Un año bajé a Adra con un joven amigo, Robin John, hijo del pintor. Dormimos en una pequeña choza de cañas, en la orilla de la playa sobre la que crecía, lo recuerdo, una enorme planta de calabaza. Durante el día nos bañábamos, observábamos a los pescadores halar sus redes barrederas y teníamos siempre los ojos abiertos para las pescadoras. Por las noches oíamos el punteo de una guitarra y el lamento del *cante jondo*, mientras la luna ascendía sobre el horizonte marino como otra calabaza. De las zanjas y albercas surgía un coro de ranas, como en protesta por tanta lujuria y vicio.

Adra tiene una larga historia. Al parecer, fue una factoría griega (su nombre primitivo, Abdera, sugiere una fundación jonia) tomada

luego por los cartagineses en el año 535 a. C., cuando se hicieron con las rutas marítimas españolas, arrebatándoselas a los fenicios. Los cartagineses la convirtieron en una colonia dedicada a la salazón del pescado. Sus monedas muestran un templo cuyos pilares son atunes. Su principal exportación, además del pescado salado, era la famosa salsa *garo* (en latín *garum*), tan alabada por los autores griegos y romanos. Se obtenía a partir de las huevas de caballa y de los intestinos del atún, batido todo con huevo y puesto en salmuera, tras lo cual se dejaba en remojo durante varios meses en una mezcla de vino y aceite.

El barrio comercial de Adra se sitúa a lo largo de la carretera de la costa y termina en el puerto. La ciudad antigua, que ocupa el lugar de la ciudad árabe —la ciudad cartaginesa estaba un poco más allá, hacia oriente—, está situada sobre una colina baja al borde del delta del río. Exceptuando unos cuantos cascos y monedas púnicos y las tumbas de dos niños judíos muertos durante el reinado de Augusto, nada se ha encontrado de sus tres mil años de historia, si bien el santuario de la Virgen del Mar, reconstruido tras su destrucción por los piratas en 1610, perpetúa de una manera casta los ritos de Astarté-Afrodita. A diferencia de Grecia y Sicilia, en España es la Virgen la que ha absorbido lo que constituyó la antigüedad pagana. Pero remontando la escarpada pendiente de la montaña, que en esta parte es tan pelada y desnuda como si estuviera hecha de metal, se goza una vista panorámica absoluta. El delta verde, verde, la ciudad blanca, blanca, y desde ella, extendiéndose, el mar, tan tranquilo y tan brillante, y tan moderno, como si Picasso lo acabara de pintar.

Si uno avanza desde Adra hacia el oeste siguiendo la carretera de la costa, encuentra una torre vigía cada pocos kilómetros. Algunas son cuadradas, hechas de una especie de cemento, y muy antiguas. Tito Livio se refiere a ellas con el nombre de *turres Hannibalis* y dice que fueron construidas por los cartagineses, pero según el profesor Schulten muchas de ellas pertenecen a un período anterior, a Tartessos. Las torres redondas, más numerosas, fueron construidas por los árabes, pero mantenidas en uso por los cristianos hasta el final del siglo XVIII, para prevenir los movimientos de los corsarios. Cuando se atisbaban barcos

sospechosos se encendían fogatas en ellas y la milicia montada, conocida como *la caballería de la costa*, acudía rápidamente al punto de peligro. La frase *Hay moros en la costa* se convirtió en un proverbio.

Unos quince kilómetros más allá está La Rábita, que, como su nombre indica, fue una vez monasterio de derviches musulmanes. Por aquí desciende desde las colinas, sinuosa como una serpiente, una ancha *rambla* seca, y a unos cuantos kilómetros más arriba se sitúa la pequeña y pulcra ciudad de Albuñol. Su aspecto actual data de finales del siglo XVIII, pues como todos los pueblos de la Sierra de la Contraviesa, estuvo desierto durante casi doscientos años, tras la expulsión de los moriscos, en 1570, porque los ataques de los corsarios africanos hacían la costa inhabitable. A unos cuantos kilómetros de la ciudad está la gruta llamada Cueva de los Murciélagos, en la que se descubrió en 1857 un notable enterramiento neolítico. Hablaré de esto más adelante.

Albuñol es un centro del comercio local de vino y almendra, y de ahí parte una carretera que supera la sierra y llega hasta Órgiva y Granada. El autobús de Granada a Almería solía utilizar esta ruta, haciendo el viaje en unas diez horas. Recomiendo este camino a quienes dispongan de coche. Cuando en febrero florecen los almendros, la *rambla* de Albuñol constituye una hermosa vista, y el ascenso hasta casi los mil quinientos metros con el mar a los pies resulta estimulante. En la cumbre hay una venta conocida como la Haza del Lino, así como rastros de lo que una vez fue un gran bosque de alcornoques.

Cerraré este capítulo con un relato curioso, y creo que único. Un día, en Yegen, fui a la tienda de la aldea a comprar algunos cigarrillos y al recoger la vuelta me encontré con algunas monedas desconocidas. Al examinarlas en casa vi que se trataba de monedas púnicas e íberas. Es decir, eran monedas de las ciudades púnicas e íberas, acuñadas bajo la república romana, y, por tanto, las primeras en acuñarse en España, si exceptuamos las de las ciudades griegas de Cataluña. Cuando regresé a la tienda y pregunté si tenían más, sacaron unas veinte o treinta. Una oferta de comprarlas a peseta la pieza dio lugar a que otras personas me ofrecieran veinte monedas más. Lo interesante de la cuestión era: ¿de dónde habían

salido? ¿Habían circulado tranquilamente en las inmediaciones desde el momento en que fueron acuñadas o provenían de algún tesoro? Tras unas cuantas investigaciones topé con un hombre que recordaba que uno de sus antepasados, al morir, había dejado una colección de viejas monedas, y que su familia, al no saber qué hacer con ellas, decidió gastarlas.

En 1940 envié estas monedas al Ashmolean Museum, para que fueran examinadas, y doné las que aún no figuraban en él. Las autoridades del museo editaron un memorial en el que se decía cómo habían llegado a mi poder. La colección incluye monedas de seis o siete ciudades íberas y púnicas de Andalucía, entre ellas algunas de Adra.

XIII. La visita de Virginia Woolf

En la primavera de 1923, Leonard y Virginia Woolf vinieron a visitarme. Me encontré con ellos en Granada, en casa de unos amigos míos, los Temples, que querían discutir con Leonard el asunto de las colonias africanas, y después de pasar un par de noches allí nos fuimos a Yegen en autobús y mula. Esta vez el viaje fue agradable, sin ninguna de las dificultades que marcaron el tránsito de Lytton Strachey tres años antes, y resultó evidente que fue del agrado de ambos.

Cuando recuerdo a Virginia durante aquellos días, y particularmente en el cuadro que me ofrecía en el tranquilo retiro de mi casa, su belleza es lo primero que acude a mi mente. A pesar de que en cuanto a simetría su cara resultaba excesivamente larga, sus huesos eran finos y delicados; sus ojos eran grandes y grises, o de un azul grisáceo, y tan claros como los del halcón. Durante la conversación relucían de una manera quizá algo fría, mientras que su boca se plegaba irónica y desafiante; cuando permanecía en reposo, su expresión era melancólica y casi aniñada. Cuando nos sentábamos por las tardes bajo la campana de la chimenea, al calor de los leños, y ella extendía sus manos hacia el fuego, todas sus facciones revelaban su personalidad de poeta.

Hay escritores cuya personalidad se asemeja a su obra, y hay otros que al saludarles y conocerles resultan totalmente distintos de ella. Virginia Woolf pertenecía decididamente al primer grupo. Cuando uno pasaba con ella media hora en la habitación, podía creer fácilmente que había sido ella quien, como decían, había garrapateado con tinta púrpura, en la casa de verano de Rodmell, aquel fresco y chispeante artículo recién aparecido en *Nation*, y sólo

cuando se la veía reflexiva y soñadora se la podía reconocer un poco más lentamente como la autora de *To the Lighthouse*. Una de las razones de esto estribaba en que su conversación, especialmente cuando estaba algo animada, se parecía a su prosa. Hablaba tal y como escribía, de una forma igualmente íntima, de modo que en la actualidad no puedo leer una página de *The Common Reader* sin que su voz y su entonación se me hagan presentes de una manera irremediable. Ningún escritor puso tanto de sí mismo en sus libros como ella.

Sin embargo, no hablaba en un tono literario. Lo hacía de un modo fácil y natural, en un inglés puro y coloquial, utilizando a menudo, como muchos de sus amigos, un tono ligeramente irónico. Como se recordará, la ironía juega un papel notable e importante en sus escritos. En ellos adquiere un tono alegre y juguetón, casi chistoso a veces, pero en su conversación esa ironía se hacía personal, tomaba una forma femenina, casi coqueta. Inclinándose hacia un lado y un tanto rígida en su asiento, se dirigía a su compañero en un tono de chanza, y le gustaba que le contestaran de la misma forma. Pero cualquiera que fuera su estado de ánimo, parecía que contaba en todo momento con todos los recursos de su inteligencia. Se dejaba sentir su claridad cristalina, pero no la claridad del lógico, sino la de un caleidoscopio que, a cada movimiento, compone una figura diferente con el mismo juego de piezas. Mucho después, cuando según creo preparaba su obra *The Waves*, me habló de que su mayor dificultad estribaba en saber dejar de escribir a tiempo. Había estado leyendo, según me contó, una vida de Beethoven y había resultado admirable su capacidad de proyectarse hacia su meta, mediante la revisión y corrección constantes de temas que se resistían a emerger a la superficie. Imagino que para ella corrección quería decir agitar el caleidoscopio y crear un nuevo y más apropiado pasaje.

Tal vez porque Virginia carecía del sentido del novelista para ver las posibilidades dramáticas de un carácter y se interesaba más por la textura de la mente humana, era muy dada a hablar con las gentes para sacarles cosas y documentarse sobre ellas. Me hizo muchas preguntas, inquiriendo en las razones que me habían hecho ir a vivir allí, qué pensaba sobre esto o aquello y cuáles eran mis

ideas sobre el oficio del escritor. Yo era consciente de que ella me estudiaba de forma crítica y de que tanto ella como Leonard intentaban decidir si yo daba muestras de alguna clase de talento literario. De ser así, ellos deberían publicar mis cosas. Pero no debe pensarse, ni por un momento, que ella me trataba de modo paternal. Al contrario, su deferencia hacia las opiniones de un joven sin experiencia y con un punto de arrogancia, en cuya casa ella estaba viviendo, era bastante sorprendente. Discutía conmigo de literatura, defendiendo a Scott, Thackeray y Conrad de mis ataques, oponiéndose a mi alta opinión de *Ulysses*, sobre la base de que las obras de arte no deben ser tan aburridas, y escuchando humildemente las críticas que hice a sus propias novelas. Esto era lo mejor de «Bloomsbury», que se negaban a situarse sobre el pedestal de su propia superioridad. Y su visita fue seguida por una sucesión de cartas muy características, en las cuales prolongaba los temas de nuestras discusiones.

Quiero acentuar la cordialidad de Virginia en esta ocasión y las molestias que se tomó para aconsejarme y animarme, porque las inconsideraciones que surgían en su conversación —cuando estaba sobreexcitada hablaba demasiado superficialmente— han hecho que muchos pensaran que carecía de toda simpatía. Por aquella época yo era demasiado inexperto para mi edad y más bien serio. El aislamiento en que vivía me había convertido en egocéntrico, y como todas las personas hambrientas de charla, yo era muy hablador. Ella, por su parte, era una escritora de gran distinción, muy cerca de la plenitud de su carrera. Sin embargo, tanto ella como su marido, no sólo disimularon la impaciencia que debieron sentir con frecuencia, sino que en su trato conmigo me hablaron al mismo nivel intelectual. Por supuesto, hay que añadir que ellos creían que debían animar a todos los jóvenes escritores y captar a los mejores de entre ellos. Virginia tenía un hondo sentido de la continuidad de la tradición literaria y consideraba su deber transmitir lo que había recibido. También se percataba, intensa e incómodamente, de la existencia de una joven generación que algún día se alzaría contra ella y la juzgaría. Tal vez pensó entonces que mi extraña manera de vivir y mi pasión por la literatura significaban que yo tenía alguna cosa que dar de mí. Si así fue, sin

duda ella y Leonard decidieron, unos cuantos años después, que se habían equivocado.

Mientras trato de evocar, sentado aquí, los recuerdos dispersos de aquellos quince días, se me presentan con gran viveza unas cuantas escenas. Recuerdo el rostro de Virginia a la luz del fuego, el tono alegremente burlón en que hablaba, y el estilo fácil y amistoso de Leonard. En aquellas ocasiones Virginia hablaba en tono vivaz, aunque un tanto frío, muy femenino, y su voz parecía adornarse con la seguridad en su propio talento. Si se sentía un poco animada podía lanzar una cascada de palabras semejantes a las notas improvisadas de un gran pianista, sin la afectación —nacida del encanto de su maestría verbal— que a veces se sorprende en el estilo de sus novelas. Leonard, por su parte, era muy firme, muy masculino —gran fumador de pipa, vestía siempre de «tweed», y podía dirigir una conversación hasta el final sin perder el hilo—. Poseía lo que en Cambridge llaman una «mente clara». Además —y esto me impresionó más que nada— podía leer a Esquilo en la lengua original.

Luego, recuerdo a Virginia como una persona totalmente diferente, corriendo por las colinas, entre las higueras y los olivos. Se me aparece como una dama inglesa criada en el campo, esbelta, escrutando la distancia con ojos muy abiertos, olvidada por completo de sí misma en la fascinación por la belleza del paisaje y por la novedad de encontrarse en un lugar tan remoto y arcádico. Parecía, aunque se conservaba serena, excitada como una colegiala en vacaciones, mientras que las facciones serias y sardónicas de su marido tomaban un aspecto casi infantil. Durante estos paseos hablaban de ellos mismos y de su vida en común con una clara franqueza —no tener secretos para los amigos era otra de las características del «Bloomsbury»—; entre otras cosas, recuerdo a Virginia hablándome de lo incompleta que se sentía en comparación con su hermana Vanessa, que educaba una familia, gobernaba una casa y aún encontraba tiempo para pintar. Aunque dudo que perdiera alguna vez este sentido de su propia inadecuación, de no ser, en todo el sentido de la palabra, una persona de carne y hueso, era práctica y sabía cocinar y gobernar una casa mejor que la mayoría de las mujeres, llevando a la vez una intensa vida social

que a veces le exigía esfuerzos superiores a los que podía soportar.

Los que no eran invitados a las veladas del «Bloomsbury» solían decir que las personas que asistían a estas componían una sociedad de mutua admiración, donde se promocionaba la obra de cada cual. Esta acusación, que ha sido repetida recientemente, es sencillamente falsa. Virginia Woolf admiraba grandemente las novelas de E. M. Forster, que le parecían dotadas de un sentido de la «realidad» que quizá faltaba en las suyas, y admiraba también los ensayos de Roger Fry sobre arte, tanto como su conversación tan maravillosamente viva y estimulante. Pero tenía una pobre opinión de las biografías de Lytton Strachey, aunque se sentía muy atraída por su personalidad y alababa la finura y sutileza de su inteligencia y su gusto como crítico. Recuerdo que una tarde, cuando estaban en Yegen, surgió el tema de su *Queen Victoria*. Tanto Virginia como Leonard se pronunciaron abiertamente contra la obra, diciendo que era ilegible. Aunque no me gustaba su estilo monótono y esponjoso, que me daba la sensación de andar sobre un piso de linóleo, la acusación me pareció absurda: legible sí lo era. Pero ellos sostuvieron que no habían podido terminarla. Lytton, por su parte, admiraba profundamente la mayoría de las obras de Virginia, pero no podía leer a Forster, a pesar de la gran amistad que con él tenía. Recuerdo que decía de este, después de hojear su pequeña guía de Alejandría, *Pharos and Pharillon*, que era una lástima que se hubiera dedicado a la novela cuando su verdadera inclinación era la historia. Asimismo, le disgustaba tanto la obra como la persona de Roger Fry.

Virginia hablaba mucho de T. S. Eliot, al que veía con mucha frecuencia entonces. Le alababa calurosamente como hombre, y admiraba su gran inteligencia, pero no parecía muy convencida de la calidad de *The Waste Land*, que por aquel tiempo publicaba la Hogarth Press. Como yo, tenía una pobre idea de D. H. Lawrence. La aburrida túnica de profeta que se ponía, la descuidada y sentimental avalancha de escritura que salía de su pluma oscurecía la extraordinaria frescura de penetración que algunas veces aparecía en una o dos de sus novelas y relatos. Tampoco sus admiradores habían contribuido a sostener la fama de Lawrence, porque, como suele ocurrir en estos casos, se dejaban impresionar

por su peores libros —aquellos que llevaban su «mensaje»— y no por los mejores. Pero Virginia era capaz de cambiar de opinión, y, cuando años más tarde se encontró con la publicación de *Sons and Lovers*, escribió un artículo sobre el libro, tal vez no muy preciso, pero sí muy elogioso. ¿Ha habido alguna época, podría preguntarse, en que los escritores hayan admirado a más de uno o dos de sus contemporáneos?

Para apreciar el brillo coloquial de Virginia había que verla en su círculo de amigos. Algunos tenían la costumbre de reunirse semanalmente, después de cenar, bien en casa de Virginia o en la de su hermana Vanessa; y por lo general invitaban a alguien de la joven generación, razón por la que acudí yo varias veces. Los ases eran Roger Fry, Duncan Grant, Vanessa Bell, Clive Bell, Lytton Strachey, Maynard Keynes y, ocasionalmente, una o dos personas como Desmond Mac Carthy y Morgan Forster, los cuales, según creo, no se consideraban a sí mismos miembros del «Bloomsbury», si bien después los trataban en un plano de igualdad. Los preparativos de las reuniones eran informales, aunque todo el mundo sabía que lo que perseguían era una buena charla. De acuerdo con ello, y al contrario de los literatos de la época, eran muy sobrios y no bebían más que café.

Muy pronto me percaté de que estas tertulias tenían realmente la naturaleza de un concierto. Se podía decir que la partitura estaba dada previamente, porque siempre surgían los mismos temas: la diferencia entre la generación joven y la vieja, la diferencia entre el pintor y el escritor y cosas por el estilo. Los intérpretes tenían la suficiente soltura gracias a las reuniones semanales mantenidas durante años, discutiendo sobre estos temas que pudieran parecer no demasiado originales.

Cada uno de ellos había aprendido el papel que debía desempeñar para producir el mejor efecto general y, además, el medio de estimular y dar la entrada a los otros. Se podía decir que los solos instrumentales (cuerdas), corrían a cargo de Virginia Woolf y Duncan Grant: se podía estar seguro de que, en el momento apropiado, podían producir una pieza de elaborada fantasía, contradiciendo las serias y persistentes afirmaciones de los otros instrumentos. Roger Fry empujaría las cosas hacia adelante en

alguna de sus líneas provocativas favoritas; Vanessa Bell, la más silenciosa del grupo, dejaría caer una de sus *mots*, mientras que Clive Bell, desempeñando el papel de bajo, mantendría un movimiento general de animación. Su función en el conjunto era la de incitar y provocar en Virginia alguna de sus famosas ocurrencias.

Lo que se sacaba de una de estas veladas nocturnas, si se le otorga fe a mi inexperto juicio, era una conversación tan inteligente y tan —pese a los repetidos ensayos— espontánea, como creo que nunca se había dado en Inglaterra anteriormente. He conocido a otros buenos conversadores, algunos de ellos quizá similares a cualquiera de estos, pero siempre ofrecían actuaciones solitarias. Lo que las noches de «Bloomsbury» ofrecían eran conciertos en los que cada cual hablaba para presentarse y sacar de los demás lo mejor que llevaban dentro. Imagino que tan sólo la práctica continuada entre personas que participan de una misma concepción de la vida y que se sienten satisfechas de las acciones de sus amigos tanto como de las suyas propias, puede producir algo parecido.

Para un escritor joven, incluso un somero conocimiento de gente semejante suponía una educación, aunque tal vez no un estímulo. Ellos tenían sus reglas establecidas: honestidad, inteligencia, gusto, devoción por las artes y refinamiento social. Ninguno de ellos permitió jamás que en sus escritos dominara la vanidad o la amistad, ni los prejuicios políticos o religiosos, y no eran de la gente que cree compensar sus propias debilidades y deficiencias atacando a los demás. Sin embargo, es necesario admitir que vivían —no individualmente, que no hubiera importado, sino colectivamente— en una torre de marfil. Maynard Keynes tenía sus raíces fuera de allí, lo mismo que Leonard Woolf, en el mundo de la política, y Roger Fry era un hombre demasiado activo y dado a la cosa pública como para dejarse confinar. Pero los otros eran prisioneros de su propia tela de araña de amistades mutuas, de su modo de vida conformista y de su más bien estrecha y —como ellos mismos sostenían— retorcida filosofía de Cambridge. Virginia Woolf, todo hay que decirlo, siempre supo de la existencia de la mecanógrafa que hace la cola para comer en un salón de té barato y de la anciana que solloza en un vagón de tercera, pero también ella estaba demasiado atada a su grupo por su nacimiento, sus aficiones

sociales, sus deseos de lisonja y alabanza, y solamente podía echar una ojeada distante e incómoda al exterior. Su sentido de la precariedad de las cosas, que da toda su seriedad a su obra, procedía de su vida privada, de la impresión por la muerte de su hermano Toby y de su experiencia de la locura. Pero el «ethos» de su grupo y, por supuesto, su entera y culta educación victoriana, la separaron de la cruda visión de la naturaleza humana que un novelista necesita y le hicieron desarrollar una concepción poética y mística de las cosas que resulta, por lo menos en mi opinión, demasiado subjetiva. Cuando uno relee sus obras, percibe la facilidad y la belleza de muchas de ellas, así como un cierto sonido amortiguado, una calderoniana impresión de que la vida no es más que un sueño, cosa que produce una cierta insatisfacción. Porque para convencer a alguien de que la vida es sueño primero hay que demostrarle, y con bastante claridad, que lo que se pone ante él es la vida.

Mirando hacia atrás, pienso hoy cuán fácil resulta ver que la debilidad inherente a la espléndida floración de la cultura inglesa surgida en el «Bloomsbury» estriba en estar demasiado atada a una clase y a un modo de vivir ya periclitantes. Ya en 1930 estaban condenadas. Sus miembros se sentían demasiado seguros, demasiado felices, demasiado triunfantes, demasiado persuadidos de la superioridad de su filosofía parnasiana para poder extraer nuevas y frescas energías de la reciente e inquietante época que se iniciaba. Habían escapado al choque que supuso la primera guerra alemana, unos por ser inútiles para el servicio militar y otros porque se unieron a la fila de los pacifistas, y ni unos ni otros habían tomado en serio las advertencias de los profetas que anunciaban que el presuntuoso mundo racionalista en que vivían estaba seriamente amenazado.

El que debiera haber sido su mejor momento ya mostraba los caracteres del anacronismo; incluso Virginia Woolf —la de mentalidad más abierta de todo el grupo, después de Maynard Keynes— estaba limitada por una profunda duda sobre la realidad de todo, menos de la literatura (tal vez como consecuencia de sus ataques de locura). Pero supongo que si la bomba de cobalto no lo destruye todo, las edades futuras se sentirán interesadas por estas

gentes, que representaban algo que siempre produce nostalgia: *un ancien régime*.

Llevaron las artes de la vida civilizada y de la amistad a un punto muy alto y su obra refleja esa civilización. Seguramente dos de ellos, por lo menos, Virginia Woolf y Maynard Keynes, poseían esos raros dones imaginativos que reciben el nombre de genio.

Fue —pienso— en el verano de 1923 cuando David Gamett, generalmente conocido por Bunny, y su mujer, Ray Marshall, vinieron a pasar una temporada conmigo. Conocí a Gamett en Londres, cuando tenía una librería en sociedad con mi amigo Francis Birrell, pero no me sentía muy atraído por él. Ahora estaba aquí en su luna de miel.

En aquella época era un hombre menudo, de cabellos rubios, de edad aproximada a la mía, con hombros bastante anchos, ojos muy azules y pausado modo de hablar. Cuando se dirigía a alguien tenía la costumbre de hacer girar su cabeza con un deliberado movimiento a lo Thurber, un movimiento giratorio, a la vez que hacía que sus ojos miraran profunda e intensamente a los ojos de su interlocutor hasta que este quedaba hipnotizado por aquellos dos lagos insondables. Luego, después de dejar pasar un intervalo de tiempo que parecía sumamente largo, comenzaba a mover sus labios para intentar decir algo, sonriendo como si se burlara de su propia torpeza. Al principio, esta su extraña manera me inquietaba, pero a medida que pude conocerle mejor llegó a gustarme. Diré, para empezar, que poseía todas las cualidades fáciles y agradables del extrovertido. Nunca se sentía molesto, siempre tenía los pies sólidamente asentados en el suelo y había algo del sosiego campesino en su estilo, de manera que si uno lo hubiera visto por primera vez en un bar hubiera pensado que era un granjero o el médico local. Un mejor conocimiento de su personalidad demostraba que poseía un astuto sentido común, un profundo sentido del humor, especialmente en lo referente a las extravagancias de sus amigos, y una naturaleza generosa e independiente. Con estas cualidades y la seguridad de sí mismo del hombre que da por descontado que gusta a todo el mundo, se llevaba muy bien con gentes de toda clase y condición, sin tener nunca que forzarse para agradar, lo que le permitía hacerse con

gran número de amigos. Los hombres encontraban en él un compañero de lo más agradable —experto en pesca, en navegación deportiva, en natación, en carreras—, mientras que su mirada hipnótica ejercía un poderoso efecto entre las mujeres, permitiéndole desempeñar con considerable éxito el papel de un don Juan. En resumen, era un tipo de hombre muy inglés, aunque cruzado de alguna forma con ruso, como si las traducciones de su madre hubieran jugado en su gestación un papel semejante al de las varas peladas de Jacob sobre el ganado de Labán.

Su esposa, Ray, era una mujer menuda y morena, con un cierto aire de esposa india. Poseía talento para el arte —recuerdo que Roger Fry solía alabar sus tallas en madera—, pero era tan silenciosa que durante mucho tiempo no pude formarme una idea de cómo era. Cuando comenzaba a hablar, los músculos de su garganta se contraían como para impedírselo y, finalmente, tenía que forzar sus palabras para que salieran trabajosamente de entre sus dientes. Había algo en su aspecto que recordaba a un pequeño y tímido animal —una ardilla, posiblemente—, pero, cualquiera que fuera, encantador. Vivía dentro de su propio mundo secreto, y no hacerle caso era la manera de, al final, entrar en contacto con ella. Bunny, que acababa de publicar *Lady into Fox* y estaba dotado de cierta animalidad en sí mismo, parecía haberse sentido atraído por ese aspecto de ella, pues ambos pasaron mucho tiempo en mi casa mirándose mutuamente, profiriendo pequeños ruidos, pero sin hablarse apenas, de forma que uno terminaba por olvidar su presencia.

La última vez que vi a David Gamett fue durante los últimos años de la guerra. Me habían dicho que tenía un puesto importante en el Servicio de Inteligencia, con varias dependencias cerca del Strand y numerosas secretarias, pero cuando vi a aquel hombre guapo, bien vestido, con un paraguas de seda bajo el brazo y su mata de finos cabellos bajo su sombrero negro del Foreign Office, me quedé asombrado. Parecía totalmente un ministro. Sin embargo, pronto me di cuenta de que era una versión inglesa del viejo Hemingway: lento, humorista, divertido de su propia importancia externa, y por dentro era igual. Con la edad y el cargo oficial había aprendido una cosa: contar bien una buena historia. Pero, ahora

que lo pienso mejor, siempre lo había hecho así cuando se le había dado tiempo para ello.

He pasado por alto una visita que hizo a Yegen mi amigo John Hope-Johnstone. Robin John, por entonces un guapo muchacho de diecisiete años, se reunió con nosotros y se quedó durante algún tiempo, viniendo luego su padre, Augustus. Llegó en abril y se quedó hasta finales de junio, y pintó mucho durante su estancia; pero no puedo describir su visita porque yo no estaba entonces allí. Me había ido a Inglaterra y me lo encontré a mi vuelta, en Madrid. Sidney Saxon-Turner, un amigo de Virginia Woolf y de Lytton Strachey, también nos hizo una breve visita, así como mi amigo Franky Birrell, que llegó a Órgiva con su anciano padre, que había sido secretario general de Irlanda en 1915; después de esperar dos noches en la posada —un lugar muy primitivo, donde no había ni retrete— ambos volvieron a Granada al no recibir contestación mía. Yo estaba fuera.

Paso ahora a contar un episodio de otro tipo. Hacia 1927 o 1928, cuando yo estaba viviendo en Londres, alquilé mi casa a un joven novelista llamado Dick Strachey, sobrino de Lytton Strachey, que más tarde habría de demostrar admirable talento escribiendo libros infantiles. Vino aquí durante su luna de miel y tuvo una dolorosa aventura, que contaré porque arroja una gran luz sobre las supersticiones locales.

Caminaba un día por la salvaje y abrupta zona de *ramblas* y *barrancos* situada debajo del pueblo cuando vio a tres hombres toscamente vestidos, que lo llamaban desde lejos. Su primer pensamiento fue reunirse con ellos para pasar un rato y practicar su español, pero luego se le ocurrió que podrían ser bandidos. España era entonces famosa por sus bandoleros, que se llevaban las víctimas a sus cuevas, las maltrataban y las retenían secuestradas, hasta recibir un rescate; una mirada más atenta a aquellos individuos hizo que Dick se sintiera intranquilo. Por eso decidió dar la vuelta, y como andar es un método muy lento de avance y él quería moverse más rápidamente, echó a correr. Pero los gitanos —pues eso es lo que eran— también saben correr y pronto lo alcanzaron. Le rodearon con sus cuchillos desenvainados y con feroz expresión le gritaron una palabra que no comprendió:

«*Mantequero, mantequero*».

Un *mantequero* es un monstruo feroz, formado externamente como un hombre normal, que vive en deshabitados parajes salvajes y se alimenta de grasa humana o *manteca*. Al ser capturado lanza un alarido gimoteante y agudo y, salvo cuando acaba de darse un banquete, está delgado y macilento. Hasta donde yo podía entender, la gente de Yegen, de talante escéptico, no creía ya en ellos, pero los gitanos, que por naturaleza son conservadores, creen en todo. Y en este caso, no podía existir duda. ¿Qué otra cosa podía ser aquella criatura vagabunda, delgada, de cabellos rubios y voz aguda, que no hablaba ni una palabra de lengua humana, que vivía en los barrancos y había emprendido la huida al ser sorprendida? El primer impulso de los gitanos fue matarle sin más, haciendo luego un ungüento mágico que sirviera para curar las verrugas y dar fecundidad a las mujeres con su sangre, pero el más viejo de ellos, que había cumplido una pena de prisión por homicidio y era más precavido y prudente, dijo retorciéndose los negros bigotes: «No, hay que guardar estrictamente las formas legales y llevar a este ser al *justicia* u oficial municipal más próximo». Ataron las manos del pobre Dick a su espalda y se lo llevaron, dándole de vez en cuando un empellón con el cuchillo, hasta la casa del *alcalde* de Yátor, que estaba a pocos kilómetros de distancia.

Este, afortunadamente, estaba sentado en su casa hablando de un asunto judicial con un vecino.

—¿Qué pasa, José? —dijo al ver a los tres gitanos en fila, junto con un desconocido maniatado.

—¿Qué demonios habéis hecho?

El más viejo de los gitanos se quitó lentamente su negro sombrero cordobés, y con aire de dignidad replicó, fijando sus inexpresivos *ojos gitanos* en el alcalde:

—*Señor alcalde*, con su permiso, le traemos un *mantequero vivo*, le hemos encontrado escondido en los *barrancos* buscando sangre humana. ¿Quiere usted mismo encargarse de él o prefiere que nos lo llevemos por ahí y le cortemos el cuello?

El alcalde siguió preguntando y Dick, tembloroso, tuvo un estallido de elocuencia y, haciendo acopio de todo el español que sabía, declaró, según me dijo después, ser pariente a la vez del rey

Jorge V y del «Cervantes inglés». El alcalde, muy impresionado por el discurso —aunque sería difícil saber cuánto entendió de él— mandó que fuera desatado, le dio la mano y le presentó toda clase de excusas, enviándole luego a Yegen con una escolta. Después se volvió hacia el gitano, que creía haber hecho un servicio a su país librándolo de un monstruo caníbal, y después de reñirle severamente, mandó que fuera encerrado. Uno o dos días más tarde el desgraciado fue enviado esposado al puesto de policía de Ugíjar, llevándole sus guardianes por una ruta indirecta a través de Yegen. Allí, según las órdenes expresas del alcalde, fue conducido al patio de mi casa para que el distinguido inglés que se decía pariente de Cervantes lo viera y comprendiera que «había justicia en España». Pero Dick estaba ya harto de gitanos y se negó a asomarse siquiera a la ventana. Tan pronto como le llegó el dinero que había pedido, se marchó a Inglaterra.

El *mantequero* o *sacamantecas*, como también le llaman en algunos lugares, es conocido en toda España. Justamente este mismo año, un amigo mío que está haciendo una investigación sobre el tema, descubrió que en Torremolinos todas las muchachas creían en él. Una de ellas, incluso, dijo que su hermano, que cuidaba ovejas en la serranía de Ronda, había sido atacado por uno en el verano último, pero se lo había podido quitar de encima con su honda. Como se puede suponer, estas grandes y desiertas sierras son una tierra apropiada para criar esta clase de seres sobrenaturales. En las ciudades, sin embargo, la práctica de la transfusión de sangre ha llevado a la creencia de otro tipo de *mantequeros*, que es una persona como las demás. Se trata de un hombre inmensamente viejo, inmensamente rico, un vicioso marqués que roba a los bebés para que le inyecten su sangre y así rejuvenecer y poder cometer nuevas villanías. Y esa clase de gente existe realmente. En 1910 fue hallada una familia de gitanos que vivían en la parte más alta de la Sierra de Gádor, dedicados a robar bebés, cuya sangre bebían caliente, mientras se vertía de la piel o de la yugular. Según parece, los colgaban de un árbol y los despedazaban. Una *curandera* había dicho a una mujer de esta familia, llamada la Leona, que no sólo se curaría de su tuberculosis si hacía esto, sino que viviría para siempre —o por lo menos,

mientras dispusiese de sangre de niños que beber—. Y casos semejantes se han dado en diversos lugares del país. Hasta hoy día hay *curanderas* que recomiendan la sangre humana como único medicamento para determinadas enfermedades mortales. ¿Quién sabe si no hay algún *mantequero* oficioso que se dedica a proveer de ella?

Una reciente colaboración aparecida en el *Sunday Times* (septiembre de 1954) demuestra que el origen del *mantequero* es muy antiguo. H. J. Tarry dice que la palabra procede del persa *mardkhora*, comedor de hombres, una criatura con cabeza humana, espinas de erizo, cuerpo de león y cola de escorpión. De este modo aparece en la *Persica*, de Ctesias, y en la *Historia natural*, de Aristóteles. Luego, debido a una lectura defectuosa del texto griego, se convirtió en el latino *mantichora*, a partir del cual se extendió a los idiomas de Europa occidental. David Garnett, que tal vez tuvo la fortuna de no ser confundido con uno de ellos, cita la descripción que se hace de estos seres en el *Bestiario*, de Topsell, donde se dice que tiene «tres filas de dientes, rostro de hombre y cuerpo de león», mientras que A. Colin Cole le presenta como un emblema familiar en heráldica y da de él una imagen con barba y sombrero, que reproduce el *Sunday Times*. Si el retrato es verídico, tenían más parecido con el «Cervantes inglés» que con su sobrino, que andaba siempre sin barba y sin sombrero.

Para terminar con el folclore diré, concluyendo el capítulo, una palabra sobre los *sabios*, las *curanderas* y los *niños dormidos*. El *sabio* o *sabia* es un hombre o mujer que cura al hacer hechizos o al ungir con saliva y que, a veces, tiene el poder de predecir el tiempo. Julian Pitt-Rivers, en su clásico estudio sobre un pueblo andaluz, *The People of the Sierra*, describe a uno de ellos y yo no necesito añadir nada a esta descripción porque nunca me encontré a ninguno en la Alpujarra. Teníamos, sin embargo, curanderos o curanderas, que vienen a ser lo mismo. Curaban mediante hierbas medicinales y, a veces, se especializaban en una línea determinada, como, por ejemplo, los dolores de estómago de los niños. Otros se dedicaban a curar huesos. Aunque tuvieran sus propias técnicas y su conocimiento de las hierbas, casi siempre les asistía en su trabajo alguna *gracia* particular. Una curandera podía ser melliza o novena

hija, tendría seis dedos en una mano, habría nacido en Viernes Santo o habría gritado en el vientre materno. Estas curanderas se encontraban en los pueblos de cierto tamaño, mientras que en los pueblos más pequeños o en las aldeas eran sustituidas por las *hechiceras* o parteras. En cuanto a los niños dormidos, que eran simplemente un tipo especial de curanderos, había uno en Mecina Bombarón. Se trataba de un niño de unos doce años que caía en trance y al despertar contaba a su madre su sueño. Ella, entonces, lo interpretaba. Uno podía consultarle para saber quién había robado una gallina o si la novia le era fiel, y, como es natural, también sus poderes dependían de una gracia especial. Su madre conocía las plantas medicinales y sanaba los miembros dañados mediante cataplasmas y masajes.

Otro tipo de curandera, la *motera*, es digno de mención, aunque existía tan solo en las grandes ciudades, como Sevilla. Su especialidad eran los asuntos eróticos. Poseía un depósito de cantáridas o moscas españolas, el único afrodisíaco que es eficaz con toda certeza y lo aplicaba mediante masaje a los órganos genitales de los hombres que sentían la necesidad de tal estímulo y estaban dispuestos a pagar el precio que ella pedía. Pero incluso aplicada de esta manera es una droga muy peligrosa, y Fernando el Católico, que en 1505 se había casado con una mujer joven, murió al serle aplicada. De haber conseguido un heredero varón, la historia de España y de Europa hubiera sido muy diferente, y de aquí, supongo, surge la fama de la *motera*.

XIV. Las altas montañas y Guadix

Los veranos en Yegen eran largos, lentos, monótonos, y aunque no excesivamente calurosos, plenos de una luz implacable. No corría ni un soplo del aire puro de las montañas. Todos los días eran iguales. Sentado en mi sillón de barbero en un rincón de mi hogar, con un libro y una taza de café sobre la mesa, oía descender por el cañón de la chimenea —como si la aldea se alzara sobre una isla en medio del cielo— una serie de sonidos lentos y adormecedores: el ladrido de los perros, el rebuzno de los burros, el zumbar de las abejas, el arrullo de las palomas, una voz cantando en la distancia o, a veces, el rasgueo agudo, bruscamente interrumpido, de una guitarra. Las contraventanas estaban semicerradas para que las moscas no entrasen. En aquel calor y oscuridad la mente se disolvía y tenía que esforzarse para seguir el libro —que en 1921 podía ser *Por el camino de Swan* o la *Correspondencia*, de Flaubert—. Luego, unas veces sí y otras no, subía hasta el tejado para ver si algo nuevo ocurría. No, no ocurría nada. Tan sólo un turbión de aire ondulante y oleadas de calor frente a las montañas de color ocre amarillento y violeta.

Mi alcoba daba al campo abierto. Una sencilla ventana, cerrada por una *reja* de hierro y que llegaba hasta el suelo, dejaba entrar el aire nocturno y el ruido de la cascada al precipitarse en el fondo del *barranco*. Un ruiseñor cantaba, los grillos mantenían su estrépito, y mientras me sentía flotar entre el sueño y la vigilia imaginaba que estaba escuchando un coro de voces en el sonido del agua, cuyas palabras podría captar si escuchaba con atención. Me despertaba y encontraba al sol volando como un pájaro por el cielo, y entonces comprendía que debía huir de esta sucesión de días inmutables y

visitar las altas montañas.

En el mes de junio era demasiado temprano. Las colinas todavía estaban inundadas de agua o cubiertas de nieve. Pero en julio, cuando subían los pastores, ya eran habitables. Después de realizar unas exploraciones preliminares, encontré una pequeña cueva protegida del feroz viento de la noche en un valle alto llamado El Horcajo, a la que se podía llegar en burro. Todos los veranos después de aquel descubrimiento subía allá con mantas y provisiones para pasar una o dos semanas en esa combinación de aburrimiento y animación que producen las excursiones en solitario a las montañas.

En El Horcajo había dos o tres *cortijos*, situados a una altura de más de dos mil metros sobre el nivel del mar, en los que se siembra el centeno en septiembre y se recoge en el agosto siguiente. Los campesinos suben con su ganado desde Trevélez en julio, y durante los dos meses que viven allí se alimentan casi exclusivamente de leche cuajada, quesos frescos y *gachas*, que es una especie de sopa de harina de trigo, leche de oveja y un poco de ajo. Por una pequeña cantidad de dinero me dejaban compartir su *rancho*, y aunque la comida era espartana, el aire de las montañas me daba tal apetito que comía a gusto. Los cortijos eran pequeños y primitivos. Las paredes estaban hechas de piedras sin cementar, ennegrecidas por el humo. Los techos eran de tierra y no había más muebles que un par de sillas y una mesita. A pesar de ser oscuros y sin ventanas, las moscas estaban perpetuamente zumbando en las paredes, y en el momento en que se empezaba a comer se instalaban en tales cantidades sobre la mesa y la comida que no se podía evitar tragar unas cuantas. Sin embargo, la pureza del aire y de las aguas hacía que todo esto pareciera menos repugnante de lo que hubiera sido a niveles más bajos. Más arriba de El Horcajo, los pastores reunían todas las noches a las ovejas en el aprisco y cocinaban su única comida a la entrada de la cueva. Pasaban los inviernos en el Campo de Dalías, una gran llanura pedregosa situada entre la Sierra de Gádor y el mar, y subían aquí durante los meses cortos del verano, mientras que sus mujeres se quedaban en uno de los pueblos vecinos. Por regla general, los pastores españoles son gente agradable y sociable, ya que su vida solitaria les hace

agradecer cualquier oportunidad de conversación, pero aquellos hombres eran rudos y brutales, por lo cual no había que descartar la idea de que pudieran robar a cualquier viajero indefenso. Ello se debía, pienso, a su carencia de una experiencia de vida comunitaria, pues en el Campo de Dalías vivían tan aislados como en estas montañas.

Inmediatamente por encima de El Horcajo se alza el Mulhacén, la cima más alta de Sierra Nevada. Está situada a tres mil cuatrocientos setenta y ocho metros sobre el nivel del mar, siendo la mayor altura europea a excepción de los Alpes y el Cáucaso. Para llegar a él hay que subir a pie por un valle cubierto de fino césped y gencianas azules y luego por una pendiente muy inclinada que lleva hasta una morrena que albergaba dos *lagunas*. Un glaciar en miniatura surgía de la laguna más alta, protegido por un circo escarpado de rocas, y trozos de él flotaban rotos en las aguas, como «icebergs». Desde allí se inicia un fácil ascenso hasta la cima, desde la cual se pueden contemplar, en frente y a los pies, profundos precipicios y pendientes pizarrosas.

Existen unas cuarenta de estas lagunas, alineadas a una altura de unos tres mil cien metros, todas las cuales, según la creencia de los campesinos y de los pastores locales, son de una profundidad insondable y se comunican con el mar, que está a más de cincuenta kilómetros. Se pretende que esto se puede probar por la afirmación —por supuesto, falsa— de que cuando hay un temporal en el mar las aguas de las lagunas se encrespan y emiten ruidos semejantes a los producidos por la artillería. Debido a esto se las conoce como *ojos del mar*, y aunque, como dice Américo Castro, la palabra *ojo* se deriva de una palabra que significa a la vez ojo y manantial, el término (muy empleado en España para dar nombre a los grandes manantiales, como, por ejemplo, los Ojos del Guadiana, en La Mancha), es evidentemente erróneo. Una de las lagunas más grandes, la de Vacares, posee un misterio especial. En sus profundidades se encuentra un palacio que, como todo lo raro e inhabitual en el sur de España, fue construido por un rey moro, y en él habita una hermosa mujer que sufre un insaciable deseo de acostarse con hombres. Esto la mueve a arrastrar a las profundidades a toda persona de sexo masculino que cometa la

insensatez de bañarse en la laguna. Como esto debe ser bastante raro, se aparece a los pastores y cazadores de cabras monteses en forma de pájaro blanco, que les atrae al borde del agua helada y luego les empuja dentro. Pero no se limita a estas cosas, sino que cuando oscurece sale del agua bajo su real forma voluptuosa y, si se encuentra a un viajero que, sorprendido por la noche, duerme bajo las rocas, se acuesta junto a él y, después de agotarle con sus caricias, lo lleva a su mansión subacuática con objeto de procurarse un ulterior solaz. Por esta razón ningún pastor se queda por estos lugares después del atardecer.

En mi primera visita a El Horcajo puse a prueba esta leyenda. Deseando ver levantarse el sol desde la cima, subí hasta la laguna con mi saco de dormir y pasé una noche muy fría. Pero ¡ay! —o quizá, felizmente— ninguna princesa de ojos de hurí apareció ni se deslizó entre mis mantas. Tirité de frío solo y sin compañía hasta el amanecer. Más tarde, cuando estaba de pie en la cima y el sol subía como una bala de cañón sobre las sierras distantes, la costa entera de África, desde el estrecho de Gibraltar hasta Orán, apareció ante mi vista, y en la parte opuesta pude ver el valle del Guadalquivir hasta Sierra Morena. Después descendió la ola de calor.

Un paseo de unas cuantas horas por las cimas lleva hasta el Picacho de la Veleta, más abrupto, pero un poco menos alto que el Mulhacén. Allí todos los años, el día quince de agosto, festividad de la Virgen de las Nieves, se celebra una romería y se dice una misa. Desde que construyeron una carretera desde Granada hasta un lugar justamente bajo la cima, una multitud de gentes de la ciudad y turistas asisten a ella y durante una hora o dos despiertan a la montaña solitaria con sus risas y sus animadas conversaciones. Luego se marchan, dejando atrás las botellas vacías y los papeles de los bocadillos. Un poco más allá, en un valle que lleva a Dílar, esta Virgen tiene una ermita desde la cual vigila las nieves y rescata a quienes se encuentren en peligro, y no muy lejos del lugar se alza un dolmen cuyo valor estriba en ser el único monumento prehistórico de la zona. Después, la Sierra Nevada desciende bruscamente a una cresta baja y terrosa, el Suspiro del Moro, y allí termina.

Un mes de septiembre, un poco antes de las primeras lluvias, me

entró la locura de hacer el viaje desde Granada hasta mi casa, andando, en un solo día. Salí de la ciudad a las tres de la madrugada, llegué al pueblo de Güéjar Sierra al amanecer y encontré un bar abierto, donde tomé un vaso de café. Desde allí hasta la depresión de la laguna de Vacares hay una subida casi continua y próxima a los dos mil quinientos metros, y al encontrarme envuelto en una nube en la cima tuve la suerte de poder ver la laguna bajo su aspecto más solemne y misterioso: un bloque de hielo flotaba todavía en su superficie y un cuervo graznaba en la niebla que se rasgaba y cerraba a mi alrededor. No había rastro, sin embargo, de pájaro blanco alguno, pese a que me senté al borde del agua a tomar mi almuerzo de pan e higos secos. Luego, al descender a El Horcajo, pude comprobar que los pastores se habían marchado y, tras perder mi camino durante un rato en la niebla, llegué al castañar de Bérchules hacia las seis de la tarde. Allí tomé café y jamón con huevos, emprendí la ruta normal al oscurecer y llegué a casa a las diez de la noche. Fue un largo paseo —unos noventa kilómetros—, pero en las montañas uno puede caminar sin detenerse nunca.

Como tengo cierta experiencia de las montañas españolas me gustaría ofrecer al caminante aficionado unos cuantos consejos. Lo mejor es utilizar calzado con suela de cáñamo, y no botas de cuero, porque resbala con más dificultad y también —y este es un punto importante— pesa menos. La cuestión es encontrar un calzado que esté bien cosido a la suela. El mejor son las botas de lona especiales para los deportistas. De otra forma se corre el riesgo de que las llamadas *alpargatas* se descosan en la cima de una montaña y el excursionista se vea en la situación de bajar descalzo. Es cierto que, si uno camina por los valles altos de la Sierra Nevada con un calzado así, se mojará los pies, pero esto no debe preocupar demasiado porque se secan enseguida. También debo decir que mejor que una mochila es llevar *alforja*, como las que usan los campesinos de la Alpujarra para meter la comida, debido a que esta cuelga flojamente y no presiona sobre la espalda empapándola de sudor como la mochila. Si no se puede conseguir una de estas *alforjas*, se puede usar una bolsa de viaje. También es necesario recordar que en estas latitudes el calor es mucho más intenso que

en los Alpes.

Los ornitólogos, entomólogos y botánicos encontrarán muchas cosas interesantes en estas montañas, que, aunque en belleza y variedad no se pueden comparar con la de la Serranía de Ronda, tienen casi el doble de altura. Entre los pájaros destacan, por supuesto, las familias del halcón y del cuervo. Abundan varios tipos de águilas, águilas barbudas, halcones, buitres, cuervos, grajos y cornejas, como ocurre en todas las sierras andaluzas, aunque ignoro de qué se alimentan, pues debido a la falta de cobijo hay muy pocos animales pequeños. Tarde o temprano, sospecho, todas las aves predatorias españolas se mueren de hambre. Entre las mariposas hay varias clases azules que no se encuentran en otros lugares, una apolo que tiene manchas profundamente amarillas en lugar de rojas, y la más hermosa, de color bermellón, la *Zygaena ignifera*; en cuanto a otros insectos, solamente puedo decir que se encuentran en gran cantidad mariquitas, las cuales, empujadas por alguna fuerza misteriosa, caen en los torrentes en tales cantidades que los vuelven de color carmesí. Y hay que cuidar en dónde se sienta uno, porque en unas rocas convenientemente aisladas de la nieve inmaculada se encuentran las pulgas más feroces que se pueda imaginar. En lo referente a la botánica puedo hablar con algo más de autoridad, porque, aunque no soy más que un aficionado, soy amante entusiasta de las flores y desafío todas las dificultades de las descripciones botánicas para descubrir sus nombres. Por eso puedo recomendar Sierra Nevada a coleccionistas concienzudos, ya que ofrece un gran número de flores, la mayor parte alpinas, que no se encuentran en ningún otro sitio. Un rápido repaso a la obra de Lázaro e Ibiza, *Compendio de la flora española*, nos descubre que veintitrés plantas tienen como nombre específico el de *nevadensis*, a la vez que otras treinta se encuentran solamente en Sierra Nevada y alrededor de cien crecen en las montañas vecinas, sin que aparezcan en otras partes del mundo. Para citar unos cuantos ejemplos: existen cinco clases de gencianas, entre ellas la *Gentiana boryi*, desconocidas en otros lugares; un bonito pensamiento *Viola nevadensis*; un arbusto de malva, *Lavatera oblongifolia*, y una madreselva, *Lonicera arborea*, que crece en forma de árbol hasta la altura de siete u ocho metros y que solamente se ve en el Líbano. Entre las verdaderas plantas

alpinas se encuentran una amapola blanca y dos ranúnculos del mismo color que florecen al borde de la nieve, un hermoso astrágalo de sedosas hojas grises y grandes flores violetas, y una pequeña planta plateada de flores amarillentas (la *Artemisia granatensis*), que se encuentra a alturas de más de tres mil metros. Tiene un fuerte aroma y, bajo el nombre de *manzanilla real de Sierra Nevada*, alcanza un precio muy alto en las farmacias, porque de ella se hace una especie de infusión. Otra planta notable de estas alturas es la *Plantago nivalis*, llamada por los pastores *estrellita de la nieve*, debido a que forma pequeños cojines plateados sobre el césped verde.

La planta, en mi opinión, más notable de todas, la *Herinacea* (o *Erinacea*) *pungens*, recibe en español el nombre de *piorno azul*. No es exclusiva de Sierra Nevada, pues crece en las montañas calizas del sur de Francia y puede encontrarse en casi cualquier pendiente pizarrosa o en cualquier cumbre del sur de España que tenga más de mil quinientos metros. Es una planta de la familia de la flor del guisante, que forma grandes, intrincados y extremadamente espinosos acericos y su inflorescencia es de un azul violeta profundo que, al marchitarse, pasa por una serie de tonos azules pálidos, de manera que parece que produce flores de dos o tres clases y colores distintos. Cuando se la encuentra por vez primera, formando pequeñas islas de azul en el austero baldío pedregoso, produce un gran encanto. Pero no es posible cogerla; sus espinas son demasiado punzantes.

Otra planta de especial belleza es la peonía andaluza, *Paeonia coriacea*, que es la más bella de las tres o cuatro especies europeas. Aunque aparece en las pendientes más bajas de Sierra Nevada, se la puede ver mejor aún en la zona costera entre Granada y Antequera. En esta región florece con gran fuerza en la cima de las montañas; en la primera semana del mes de mayo brotan unos tupidos ramilletes de hojas verdes y flores de color rosa, con su parte central dorada. Brota entre las grietas de las pizarras y ofrece al botánico con sentido estético uno de los espectáculos más regocijantes que pueda contemplar en Europa. Finalmente mencionaré, para los que gustan de los fuertes contrastes, a la *Putoria calabrica*. Es esta una enredadera de raíces leñosas,

perteneciente a la familia de las rubiáceas, que cubre las rocas con sus flores estrelladas de color rosa, cuyas hojas, al pisarlas, producen un olor tan repugnante y fuerte que un solo trocito de ella obligará a cualquier persona a salir de una habitación.

Además de las expediciones veraniegas a las altas montañas solía atravesar la cordillera por donde tiene menos elevación, para llegar a la meseta del Marquesado, situada en el otro lado. El paso que normalmente tomaba era el puerto del Lobo —otro nombre mal aplicado, pues la palabra árabe de la que deriva es *loh*, que significa tabla, y el puerto es un trozo de tierra estrecho y llano—. Situado a una altura de unos dos mil metros sobre el nivel del mar, se abre a las mulas de carga solamente de mayo a octubre, aunque un hombre a pie podía pasarlo durante los meses de invierno si no le asustaba el riesgo.

El lugar, sobre todo en los días de niebla, era triste y monótono. Subía uno gradualmente a lo largo de pendientes pizarrosas, redondeadas, sin aristas y casi sin vegetación. Entre las piedras, una pequeña planta gris, con sus hojas plegadas como manos en oración, parecía esperar algo que no llegaba nunca. Al llegar por fin a la cima uno se encontraba sobre una pequeña y estrecha llanura donde se alzaban varias cruces de madera. Eran de pobres vendedores que con sus delgadas ropas de algodón habían cruzado la cordillera para vender sus sardinas y *boquerones* en los pueblos del otro lado, y habían sido sorprendidos por la nieve o el viento helado: aparecían luego sus cuerpos con los ojos comidos por los cuervos. Por entonces, poco antes de mi llegada al país, un grave crimen se había cometido en aquel sitio. Dos guardias civiles iban escoltando a un par de gitanos, con sus mujeres y niños, de Guadix a Ugíjar, y en lo alto del puerto se detuvieron a tomar un bocado. El cargo que pesaba contra los gitanos era muy pequeño, ya que solamente habían robado una mula, lo cual, en aquellos tiempos tranquilos, no suponía más que unas cuantas semanas de prisión. Los guardias, que eran hombres bondadosos, quitaron las esposas a sus prisioneros para que pudieran comer y beber más fácilmente. De repente, la más vieja de las mujeres, poseída del odio ancestral de los gitanos contra la policía, se lanzó por detrás sobre uno de los guardias y lo acuchilló. El resto de la banda rodeó al otro guardia y

lo mató también. En el frenesí de su ira mutilaron los cuerpos de los guardias y una de las mujeres le cortó los genitales a uno de los muertos y los llevó consigo como trofeo. Pero su triunfo no duró mucho tiempo. Al cabo de un par de días todos fueron detenidos. En el juicio que se celebró en Ugíjar, la mujer que había incitado al crimen a sus compañeros fue condenada al garrote, y el resto fueron condenados a prisión.

Un camino más largo, pero más interesante, para llegar a Guadix es cruzar un paso más elevado, el Puerto de Rejón o de Bérchules, situado inmediatamente encima de Mecina Bombarón. Yo, para acortar el camino, solía pasar la noche en el cortijo de don Fadrique. Luego, al salir el sol, emprendía la marcha valle arriba, haciendo investigaciones botánicas mientras subía, y por último llegaba al espolón. En aquel aire ligero y vibrante las peñas sobre la línea del horizonte semejaban caravanas de animales de carga que viajaban eternamente sin llegar nunca. Durante los veranos de 1922 y 1923 este puerto fue famoso por los ladrones que lo frecuentaban. Eran pastores temporalmente parados, que robaban a todo el mundo que pasaba y que maltrataban a la gente si no encontraban todo el dinero que esperaban. Antes de que fueran capturados hicieron algunos botines considerables, ya que muchos hombres eran enviados desde sus pueblos a los pastos de verano con un fajo de billetes para comprar corderos y ovejas. En una ocasión encontré a tres de estos ladrones, pero me di cuenta de lo que preparaban, me acerqué hasta un tiro de piedra de ellos y luego di media vuelta y escapé. En otra ocasión, cruzando el puerto del Lobo a la luz de la luna, a mi regreso de Inglaterra, me encontré con un hombre solo que intentó detenerme, pero me escapé antes de que pudiera acorralarme. En estas montañas era útil tener un buen par de piernas cuando uno viajaba solo y sin armas, como yo.

La perspectiva hacia el norte de la cima del puerto del Lobo es sorprendentemente oriental. Inmediatamente debajo se extiende una llanura ancha y amarillenta, totalmente desnuda y rodeada de montañas arrugadas y de color ocre, y en medio de ella corre una línea verde oscura como tinta derramada de un tintero, que es el oasis formado por el río de Guadix y sus afluentes. Se podía pensar que se estaba mirando hacia Damasco desde el monte Hermón.

Descendiendo se encuentra, a unos mil quinientos metros, una aldea de color de tierra, donde hay unas minas de hierro que hasta hace muy poco fueron propiedad de una compañía inglesa. No puede haber lugar más triste para vivir, sin un solo árbol a la vista, pero a poco más de tres kilómetros se levanta, aislado y amenazador sobre la cumbre de un otero escarpado y desnudo, uno de los mejores edificios del Renacimiento español. Se trata del castillo de La Calahorra, construido en 1510 por un arquitecto italiano, Michele Carlone, de Génova, para Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Zenete.

La historia de este castillo tal vez es digna de contarse. Rodrigo de Mendoza era un hijo bastardo del gran cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, que tanto hizo por poner en el trono de Castilla a Isabel. Después de ser legitimado por el papa, Rodrigo recibió de su padre, como mayorazgo, los llanos de Zenete, y la reina le hizo merced del título de marqués. Las grandes hazañas realizadas por él durante el sitio de Granada y la familia a la que pertenecía hicieron de él uno de los nobles más importantes de su tiempo. Cuando visitó Italia, el papa Alejandro, tal vez recordando su vieja amistad con su padre, le prometió en matrimonio a Lucrecia Borgia, y aunque la operación no resultó —el matrimonio del hijo de un cardenal español con la hija de un papa español hubiera sido excesivo—, Rodrigo, que como su famoso abuelo, el marqués de Santillana, tenía un agudo sentido estético, se quedó en el país el tiempo suficiente como para sentirse entusiasmado por la nueva arquitectura clásica. Al volver a España trajo con él al mejor arquitecto italiano que encontró, y construyó el castillo de La Calahorra en un dramático paisaje, al pie de Sierra Nevada, tan desolado que ni él, ni ninguno de sus descendientes se sintieron con ganas de ocuparlo. El edificio combina de modo muy notable los estilos español e italiano. Desde fuera sus ceñudas murallas y sus macizas torres cilíndricas son profundamente impresionantes, pero tras la verja de hierro y la puerta interior se encuentra un palacio de puro estilo Renacimiento, con portales y balaustradas talladas exquisitamente en mármol de Carrara. Fue el primer edificio renacentista construido en España, con la posible excepción del castillo de Vélez Blanco, situado a poco más de cien kilómetros al

noreste, que el marqués de los Vélez levantó más o menos al mismo tiempo, siguiendo los planos de un arquitecto español. Pero de este castillo tan sólo se conserva hoy su parte exterior, porque su interior fue desmontado en 1903 y llevado piedra a piedra a los Estados Unidos.

Hoy La Calahorra es propiedad del duque del Infantado, que es el jefe de la familia Mendoza y uno de los mayores terratenientes del país. Pude ver el castillo en 1924, cuando estaba más o menos abandonado, pero ahora, aunque ocupado por un casero, está cerrado al público. Tras este hecho se esconde una leyenda. Hace uno o dos años se extendió el rumor de que el duque estaba a punto de vender sus portales tallados y sus chimeneas, justamente como su compañero de nobleza había vendido los de Vélez Blanco, pero el gobierno se enteró a tiempo y prohibió el desmantelamiento. Desde entonces, el representante del duque en Granada dejó de dar permisos para verlo. Incluso le fue negada la entrada a un funcionario de la Academia de Bellas Artes. Sin embargo, los duques ya no tienen la influencia de hace cincuenta años y se espera que pronto el edificio sea declarado monumento nacional y abierto al público.

La llanura del Marquesado no está tan desnuda como parece desde el puerto del Lobo, ya que todos los años da una pequeña cosecha de cebada, que normalmente crece hasta una altura de cincuenta centímetros como máximo. En julio, las amapolas adornan la llanura con su color carmesí —la amapola tiene en España el intenso color de la sangre— y las alondras cuelgan del aire y forman un techo de sonido vivo y exultante. Sin duda medran en las frescas noches propias de las alturas, porque las alondras que se encuentran más comúnmente en Andalucía son las crestadas, que viven en las rocas y no vuelan alto, y la calandria, que vuela a mucha altura y canta de manera menos extática y más ponderada. Al contrario de la alondra, la calandria, de espíritu más terrestre, puede vivir y cantar en una jaula. Más adelante, cuando se continúa hacia Guadix, se encuentran de pronto precipicios escarpados. Es el valle del río: flanqueado por rocas rojas, bien regado, plantado de moreras y álamos, tuerce lentamente hacia el norte.

Guadix es la romana e ibérica Acci, transformada por los árabes

en Wadi Ash al trasladar el asentamiento de la capital unos cuantos kilómetros al sudeste. La antigua ciudad —sobre la que hoy se cultiva— era el asentamiento principal de un pequeño clan ibérico que adoraba al dios solar Neto, o Netón, que fue más tarde asimilado a Marte. En los tiempos de Aníbal adquirió cierta importancia debido a sus minas de plata. En ella se encontraba también un santuario a Isis, probablemente la forma romanizada de la diosa Luna ibérica, y una inscripción recientemente descubierta menciona una ofrenda, hecha a esta divinidad, de cincuenta y tres perlas, treinta y dos esmeraldas, un carbunclo, un jacinto, dos diamantes y dos meteoritos. Otra ofrenda constaba de veinte esmeraldas y ciento diecinueve perlas. Compárense estas cifras con los ocho mil diamantes, ciento cuarenta y cinco perlas, setenta y cuatro esmeraldas, sesenta y dos rubíes y cuarenta y seis zafiros que adornan a Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza, y se verá que las prácticas religiosas de los españoles no han cambiado tanto como podría esperarse. Si en algo han cambiado ha sido en que se han enfriado un tanto, pues no conozco a ningún Creso andaluz tan pródigo en sus ofrendas a la virgen de su ciudad natal. Guadix, en aquellos tiempos, debió de ser un lugar importante, porque hacia el año 70 de nuestra era, los cristianos fundaron en ella su primera misión en España. San Torcuato y sus seis compañeros, que, de creer una leyenda, no totalmente increíble, fueron elegidos por San Pablo para evangelizar el país, desembarcaron en Urci, cerca de Almería, y se extendieron por los alrededores. Los distritos mineros parecían atraerles —quizá porque los esclavos que trabajaban en ellos les eran propicios—, y San Torcuato se estableció en Guadix, mientras su joven compañero, San Cecilio, predicaba el Evangelio en Illiberis, es decir, Elvira o Granada. Por esa razón, el obispo de Guadix ocupa hoy en día un lugar preferente entre los obispos españoles. En relación con San Torcuato se cuenta un milagro: un olivo que crecía a la puerta de la basílica cristiana se cubrió de flores la víspera de su santo y al día siguiente —el primero de mayo — dio sus frutos. Un milagro pequeño y tranquilo, muy adecuado al austero temperamento ibérico. Porque hasta entonces la riqueza de Andalucía consistía en sus olivos, y el primero de mayo fue consagrado al espíritu del árbol y a los ritos de la procreación.

Personalmente, yo prefiero milagros de este tipo a los que aparecen más tarde, en los cuales la santidad de una persona se decide no tanto por sus actos como por el hecho de que su cadáver despida olor de rosas y de violetas de Parma un mes después.

Guadix es un pueblo sucio, ruidoso y multitudinario, con malas posadas y una gran población de gentes muy pobres. Tiene una catedral de piedra arenisca roja, construida en el siglo XVIII al estilo de la de Granada, y una plaza con soportales que alguna vez fue hermosa, pero que recientemente ha sido reconstruida y estropeada. Hay varios palacios de la nobleza, entre ellos el del marqués de Peñaflor —un enorme e interminable edificio construido sobre una prominencia del terreno, con tantas habitaciones y ventanas como un monasterio tibetano, y que ahora está apropiadamente dedicado a seminario—. Me enseñaron también el palacio donde vivía con su amante un marqués tan arruinado por sus extravagancias que, de creer lo que me dijeron, no podía comer más que bacalao con patatas y no tenía más sirvienta que una vieja acartonada que iba a su casa diariamente. Pero uno no puede creer siempre lo que cuentan. En el espíritu popular andaluz, un marqués es una figura semimitológica que, prodigiosamente rico en un tiempo, se arruina por completo debido a su pasión por las mujeres y el juego, viéndose reducido a la más extrema indigencia.

Hay algo de duro y de sórdido en Guadix, que penetra en uno al entrar en la ciudad. Como es escala obligada para mucha gente que viaja, en ella hay siempre gitanos, mulas, caballos y burros por todas partes, y filas de camiones estacionados en su entrada. La tierra, seca, produce un polvo fino, por lo cual sus hombres tienen el aspecto de no lavarse nunca, escupen con frecuencia y tienen una voz áspera y ronca. En invierno hace frío debido a que está situada a más de mil metros de altura, y en el verano hace calor, por las secas llanuras y las montañas que la rodean. Cuando un viejo cuenta que debido a la finura de sus aguas son famosos sus melones, parece que se está leyendo un libro de viajes a Oriente. Porque, sí, ciertamente, el lugar es oriental. Con sus álamos y sus moreras en el valle del río, con sus áridas estepas y el murallón de montañas cubiertas de nieve, podría ser un pueblo cualquiera de la meseta de Anatolia. Hasta la gente, con sus rostros estólidos y pétreos, parece

turca.

Característico de Anatolia es también el barrio de Santiago, o barrio de las cuevas, que se encuentra justamente más allá del castillo moro de la Alcazaba. Alberga más de la tercera parte de la población de Guadix, que tiene casi treinta mil habitantes, y es, desde luego, la principal y única razón para visitar la ciudad. Las cuevas están recortadas en las escarpadas laderas, por donde cae el agua y que cierran estrechamente el valle del río, que es de la misma formación aluvial de blanda arenisca arcillosa que la comarca quebrada de Yegen. En otro tiempo recibió el nombre de loess, pero, recientemente, el geólogo alemán Drasche le ha dado el nombre de *Guadix formation*. Sin duda su propiedad más útil es que puede cortarse como queso. En ellas pueden ser talladas cuevas de tres o cuatro habitaciones completas, con chimenea, alcoba y armarios. Hay algunas cuevas en Guadix que tienen dos plantas, y en Benalúa se dice que hay una que tiene tres. Después de ser cavadas son encaladas por dentro y se hace la instalación de luz eléctrica, se suelan con baldosas y, como su temperatura es casi constante durante todo el año, ofrecen la ventaja de ser cálidas en invierno y frescas en verano.

Una cueva habitable es menos costosa que hacer o comprar una casa. Una pequeña puede costar cinco libras; una grande alcanza las setenta libras, y una de lujo, de dos plantas, con balcón y teléfono, unas quinientas libras. Muchos obreros y jornaleros cavan sus propias casas durante los meses de invierno, cuando están sin trabajo, y luego tienen la satisfacción de poseer una casa apenas sin gastos, teniendo que pagar tan sólo una pequeña renta. Para su conservación deben ser observadas una o dos precauciones. Si, como sucede a menudo, la fachada presenta señales de desmoronamiento, se debe construir un refuerzo de ladrillos y mortero. Si se encuentra una veta de arena se la debe detener con yeso. El techo debe tener forma arqueada y la terminación de sus paredes debe hacerse con una hoja de palma mojada en cal. El material de que están hechas es suave y fácil de cortar, pero con el tiempo la superficie de las paredes se endurece de tal manera que es imposible introducir un clavo.

Lo que es especialmente pintoresco en las cuevas de Guadix, que

las distingue de las cuevas de Almanzora y de otros pueblos de Almería, procede del hecho de que la escarpadura en la que han sido recortadas ha sido labrada por la erosión del agua hasta formar una serie de conos, pináculos y hondonadas, rojos y amarillos, que componen un paisaje lunar. La tierra es árida, excepto en los lugares donde crecen las chumberas, y las cuevas, a veces, están amontonadas unas encima de otras, de manera que el cerdo o la cabra de una familia está atado a la chimenea del vecino. El barrio de las cuevas cubre una zona de unas doscientas sesenta hectáreas. Vagando por estos extraños suburbios, donde a veces se planta una viña para formar un porche emparrado, donde se pasa a veces por una cueva donde hay una taberna o una escuela, o una tienda, se tiene la sensación de estar en otro mundo. Particularmente a la luz de la luna el efecto es inesperado. Pero entrar en una de estas cuevas, pasar una tarde con una de estas familias, dormir en una de sus camas como yo he hecho, hace olvidar que uno se encuentra en una casa española normal. Estos trogloditas están muy orgullosos de sus casas, que son bastante más ordenadas y limpias que muchas otras de la ciudad.

Sin embargo, no es fácil pasear tranquilamente por el barrio. La razón es que por cada persona mayor que vive en las cuevas hay hasta tres o cuatro niños. Además, estos niños corren como salvajes, en pandillas, sin nada mejor que hacer que seguir y atropellar a cualquier forastero que por allí asoma. Yo, con mis ropas de obrero, no atraía más que a una docena más o menos, pero si aparece algún turista extranjero puede ser asaltado por un enjambre de alrededor de un centenar, que gritan y molestan. He notado que estos niños tienen una voluntad asombrosa de supervivencia. La mortalidad infantil es extraordinariamente baja entre ellos, y cuando recientemente se derrumbó una cueva, debido a las fuertes lluvias, murieron, en una familia, los padres y los abuelos, pero los diez niños fueron extraídos indemnes. Es típico.

Los diversos libros de viajes que he leído, tanto en francés como en inglés, sobre Guadix dicen que el barrio de cuevas está habitado por gitanos. Esto demuestra únicamente la incapacidad de los visitantes extranjeros para creer que la gente trabajadora pueda vivir en habitáculos tan extraordinarios. De hecho, diecinueve de

cada veinte personas que las ocupan son españoles. Lo mismo se puede decir de las aldeas o *barrios* de cuevas que he visto en todo el sur de España, con la única excepción de las del Sacromonte de Granada. Sin embargo, hay algunos gitanos que habitan en las cuevas de Guadix, y para encontrarlos hay que subir por las hondonadas más estrechas, hasta que se llega a las excavaciones más pequeñas y toscas, cerca de la cima. Al llegar se lanzan de repente encima de uno media docena de criaturas harapientas con atosigantes ruegos de limosna. Cuando los vi por primera vez estaban medio desnudos, porque las gitanas, en sus propios barrios, no se preocupan en absoluto de vestirles y, por razones de economía, ningún niño de menos de trece años lleva ropa. Pero hoy, un pequeño folleto, editado por el Patronato Social del Sagrado Corazón, nos informa que el barrio ha sido purificado y ahora prevalecen la modestia, decencia y buena conducta. En efecto, todos los jóvenes y niños que se ven ahora en el barrio están mejor vestidos y más limpios que antes.

La mayoría de las aldeas de los alrededores de Guadix están compuestas de cuevas habitables: las de Purullena, en la carretera de Granada, son especialmente pintorescas. Hay una en Benalúa que tiene balcón en la planta superior decorado con geranios, y otra, que no he visto, he oído decir que tiene un patio interior. Todas, menos las más pobres, tienen luz eléctrica y, algunas, agua corriente y teléfono. Sin embargo, no todo el mundo se aviene a vivir en ellas. Las opiniones están muy divididas en lo que respecta a vivir en las cuevas, y la gente se mantiene obstinadamente en sus puntos de vista. Los que tienen inclinaciones troglodíticas dicen que las cuevas son a la vez más baratas y más sanas que las casas corrientes y que es una buena cosa poder usar el mismo número de mantas en la cama durante todo el año. Pero los que están en contra, aunque conceden esto, arguyen que es impropio de seres que caminan erguidos y tienen la facultad de hablar, vivir en un agujero en la tierra, igual que un animal. Los partidarios de la dignidad humana piensan que deben mantenerse firmes a toda costa frente a los utilitarios, a pesar de que la Iglesia se ha declarado a favor de los últimos.

Guadix no es una ciudad feliz. La mayor parte de la tierra

regada del valle es propiedad de grandes terratenientes y esto está considerado, bastante correctamente, como un error. El campesino con hambre de tierras tiene el derecho moral a poseer algo de terreno fértil que le dé para vivir. El descontento fue causa de muchos horrores durante la guerra civil. Una banda de jóvenes terroristas se adueñó de la ciudad y todas las mañanas aparecían las calles apartadas llenas de cadáveres, hasta que, después de cinco meses de anarquía, el gobierno republicano sacó fuerzas suficientes para reaccionar y ejecutar a los asesinos más notables.

Entre los asesinados se contaba el obispo de Guadix, que, después de permanecer encarcelado en un barco durante cierto tiempo, fue arrojado todavía vivo —se dice—, junto con su compañero, el obispo de Almería, en los pozos de Tabernas. Sin embargo, hoy el obispo de Guadix ha hecho más por elevar el nivel de vida y la decencia de esta ciudad que cualquier otra institución. Al convertir su palacio en fábrica de felpudos de esparto ha podido emplear a más de seiscientos hombres y mujeres, con un nivel salarial bastante justo, arreglando las cosas de tal manera que, durante las temporadas de desempleo, la fuerza laboral puede ser ampliada hasta tres mil personas. De esta manera su fábrica se ha convertido en un ejemplo de cómo se puede resolver el problema de las pequeñas ciudades andaluzas, azotadas periódicamente por el desempleo agrario. Pero sería un error creer que este hombre admirable goza de un agradecimiento general. Tan fanático es el sentimiento anticlerical en el sur de España que un conocido mío, a pesar de haber militado durante la guerra en el bando nacionalista y tener una buena posición económica, me dijo que el obispo había hecho con la fábrica un excelente negocio, tanto para él como para su familia. Yo solamente puedo decir que las nuevas escuelas construidas por la Iglesia en el barrio de cuevas y los limpios vestidos de los colegiales demuestran que si ha habido ganancias en la factoría de esparto, el dinero ha recibido un buen destino.

No puedo dejar Guadix sin hablar de los notables escritores que ha producido. El primero de ellos fue un poeta árabe conocido generalmente con el nombre de Shushtari. Nació en el barrio persa de la ciudad hacia 1212, y después de recibir la excelente educación entonces accesible a los hijos de la clase media, pasó a ocupar un

cargo oficial. Sin embargo, su predisposición verdadera era la poesía, y los poetas de aquella época eran disolutos. Él debió serlo de modo especial. Vivió en Granada, Loja y, por último, en Marruecos, trabajando posiblemente en algún cargo gubernamental y escribiendo sus poemas, vivos y picantes, sobre danzarinas, efebos y fiestas de bebedores, a imitación de los poemas que había puesto de moda el más genial de los trovadores árabes, Ibn Guzmán. Louis Massignon, en cuya obra me inspiro al hablar de este poeta (véase su artículo en *Al-Ándalus*, volumen XIV, 1949), le compara con Verlaine.

Cumplidos ya los treinta años, conoció el gran acontecimiento de su vida. Repentina e impetuosamente se convirtió a la religión, y después de un período de iniciación, que parece tuvo lugar en una *zawiya* de Granada, fue confirmado en su vocación por el famoso místico y filósofo sufista Ibn Sab'in. Después de hacer voto de pobreza ingresó en una de aquellas confraternidades monásticas flexibles que creó el movimiento sufista.

A partir de entonces la poesía de Shushtari dio un nuevo y, a los ojos occidentales, extraño giro. Concebía a Dios como una fuerza o emanación masculina que impone su sello e imagen sobre el alma pasiva y femenina que se abre para recibirle. El alma debe abandonarse completamente y dejar todo deseo de cosas terrenales, sin otra meta que la unión con el inefable. La embriaguez que debe sentir es semejante a la que se siente en una orgía. Un comercio de este tipo entre estados espirituales y eróticos fue durante un tiempo casi un lugar común entre los místicos musulmanes, de los que pronto pasó a los cristianos, pero Shushtari mostraba su originalidad en el uso de un lenguaje crudo y plebeyo, plagado de argot y de términos obscenos. De esta forma, por supuesto, seguía la tradición poética de Ibn Guzmán. La poesía clásica árabe, que había nacido en el desierto, se había hecho ya demasiado remota para la vida habitual de los habitantes de las ciudades y acabó siendo reemplazada por un tipo de verso más coloquial, procedente de las cancioncillas populares cantadas en los mercados. Este estilo alcanzó su plenitud en España; debido a que las dinastías marroquíes que habían gobernado este país desde 1100 eran bárbaras, el declive del poeta cortesano dejó lugar para el trovador

o juglar. Naturalmente, este proceso tuvo asimismo influencia sobre la poesía devota. Del mismo modo que en el siglo XVI los poetas religiosos de Castilla tomaron las canciones populares de amor y les dieron una significación piadosa, así los poetas sufistas tomaron la poesía erótica de los juglares y la utilizaron para expresar la idea de la unión extática con la divinidad. Pero Shushtari era algo más que un poeta sufista. Era un derviche que, como San Francisco de Asís, dedicó su vida a la pobreza, y la gente a la que predicaba la salvación era la hez de las ciudades: ladrones, borrachos y prostitutas. Es natural que, como el Islam es una religión que nada tiene de gazmoña, pudiera hablarles en su propio idioma.

«Una vez tuve un amante. Ven a mí —le dije—; encontrarás lo que quieras en mí y más. ¿Qué hizo? Me cogió en sus redes…, me arrancó los vestidos…, me pegó, tomándome entre mi carne y mi sangre…, hasta mi secreto rincón cerrado. Arrastrándome de las orejas, me dijo: "Ahora, por tu propio bien, debes abrir esa cerradura…". La abrí, me poseyó y después le poseí yo a él. Recorrí y visité todo su ser. Y ahora soy como una tortuga en el camino, solo, sin rival ni compañía».

Shushtari vagó por toda África cantando por los mercados y convirtiendo a los borrachos y a las prostitutas a las formas más sublimadas de embriaguez y de hacer el amor. Llegó a Egipto, donde parece haber luchado contra San Luis y sus cruzados, y después llegó hasta Siria. Al volver en 1279 a Egipto con una caravana de peregrinos, murió cerca de Port Said. Sus poemas se cantan todavía en todo el Oriente, sobre todo en los monasterios Shadili, como medio para entrar en éxtasis.

¿Pero qué tiene que ver, puede uno preguntarse, este poeta de Wadi Ash o Guadix con España? Tras la caída del califato de Córdoba, el intelectual o derviche de nacimiento español era más familiar en todas las partes del mundo de lengua árabe y, a menudo, aún más en Siria o en Egipto que en Occidente. La inmensa región que se extiende entre el Senegal hasta los montes Atlas, Bokhara y Sind fue tan internacional en sus sentimientos como la cristiandad medieval, y es allí donde todavía hoy se recuerda su nombre. Pero Shushtari ejerció también influencia en Europa. El místico y filósofo mallorquín Raimundo Lull o Lulio

escuchó recitar sus versos y movido por ellos escribió su *Libro del amigo y del amado*. Tres siglos después, San Juan de la Cruz compuso sus poemas en la ciudad donde el poeta árabe había nacido y con los mismos temas erótico-religiosos. De este modo, Shushtari es un eslabón en la cadena que se alarga hasta nuestro tiempo.

El siguiente escritor de Guadix que alcanzó fama fue Antonio Mira de Amescua. Aunque poco leído, ya que nunca se ha realizado una edición completa de sus obras, es uno de los más interesantes dramaturgos menores de principios del siglo XVII. Se sabe poco de su vida. Nació alrededor de 1574 de la unión ilícita entre un hidalgo de cierta posición y una hermosa mujer cuyo nombre, Beatriz de Torres y Heredia, sugiere que haya podido ser gitana. En 1601 recibió las órdenes sagradas y, mediante la influencia de su padre, obtuvo una capellanía en los Reyes Católicos, en Granada, y posteriormente, una canonjía en la catedral de Guadix. Tenía un carácter arrogante, violento e imprevisible; se sabe que tiró de las orejas a una maestra en las escaleras de la catedral, que discutía con sus compañeros canónigos y que fue recriminado por su obispo debido a sus prolongadas ausencias en Madrid. Esta falta de estabilidad y esta violencia de temperamento se traslucen en sus obras. Era un romántico —porque lo que ahora se llama barroco era el romanticismo de la época— y lo absurdo y la extravagancia de sus argumentos pasan de todo límite. Pero su lenguaje es vigoroso y ejerció marcada influencia sobre Calderón. Los cambios repentinos y violentos en algunos de sus personajes, que pasan de la santidad a la maldad, y luego de nuevo al arrepentimiento, parecen haber tenido un atractivo especial para Calderón, que adaptó y mejoró también muchos de los giros y clisés estilísticos de Mira. Este murió en Guadix en 1644 y fue enterrado en la catedral.

El último escritor accitano de quien debo hablar es Pedro Antonio de Alarcón, un conocido novelista cuya vida transcurrió entre las fechas 1833 y 1891. Además de algunos libros de irregular valor, escribió una admirable novela corta, *El sombrero de tres picos*, que ha logrado fama mundial. Sobre esta novela montó Diaghileff, en 1919, un ballet con música de Manuel de Falla, decoración de Picasso y coreografía de Massine. El molino donde se supone que se

desarrolló el cuento, inspirado en una vieja leyenda, todavía se puede ver en la carretera entre Esfiliana y Alcudia. El otro libro que Alarcón escribió sobre Guadix es *El niño de la bola*, que, aunque tiene un argumento dramático apto para el cine, es una de las novelas más aburridas que se hayan escrito nunca. No me explico cómo la tradujo Robert Graves.

Alarcón es también el único escritor que escribió un libro sobre la Alpujarra. Recorrió el país a caballo en la primavera de 1872, iniciando su recorrido en Granada y hablando sólo con los *caciques* locales. En Yegen pasó la noche, como huésped del padre de don Fadrique, en la casa que yo más tarde alquilé. Pero como relato sobre la región, su libro desilusiona. Como demuestran sus novelas, estaba enteramente falto del don de la observación, por lo cual tenía que rellenar las páginas con descripciones estereotipadas de escenarios de montañas al estilo romántico, amables pasajes a la manera de Sterne y largas descripciones de la sublevación morisca de 1569-1570, condensadas de alguna historia contemporánea. Es claro también que, aunque nació y se educó en Guadix, jamás tuvo la curiosidad de montar en una mula y cruzar el puerto del Lobo, del cual él habla en el mismo tono que un escritor moderno pudiera hablar de los pasos de la meseta del Pamir. Me parece que esto es típicamente español. Ni un metro de la América Central o del Sur hubiera sido explorado ni una sola colonia hubiera sido fundada en la costa si los conquistadores no se hubieran visto empujados por la pasión del oro. Aunque son capaces de grandes esfuerzos cuando es necesario, los españoles (con la excepción de los naturales de las provincias lluviosas del Cantábrico) son preferentemente sedentarios y amantes de la ciudad.

XV. Un capítulo de historia

Ya he escrito todo lo que he podido recordar de mi vida en Yegen hasta la primavera de 1924, en que volví a Inglaterra, y he dado la mejor descripción de que soy capaz de los hábitos y costumbres de mis vecinos. Todavía tengo que escribir sobre cómo eran Granada y Almería en aquella época y describir los cambios acaecidos cuando volví a mi casa, en 1929. Pero este libro tiene también el propósito de hablar de esa peculiar región de España que lleva el nombre de la Alpujarra. ¿No sería el cuadro más completo si contara su fondo con un esbozo sobre la historia y prehistoria del país? El tema —sobre todo en lo referente a la prehistoria— tal vez no sea demasiado apasionante, pero tiene para el lector inglés un interés mayor del imaginable, porque las gentes del sur de España fueron quienes poblaron y civilizaron nuestra isla. Hasta para quienes encuentran confusos y aburridos los restos culturales de aquellas razas nómadas y sin nombre del Neolítico y de la Edad del Bronce, el hecho ha de despertar su interés.

Para empezar desde el principio diré que los primeros restos del hombre que se encuentran en la Alpujarra pertenecen al Mesolítico. Esta época corresponde a aquel largo y poco conocido período que siguió a la última glaciación del norte de Europa. En los refugios rocosos de la costa entre Adra y Málaga se pueden encontrar pequeños utensilios de pedernal de la clase llamada microlitos, que datan de aquellos tiempos. Antes se solía pensar que eran obra de los capsienses, una raza africana que se había visto obligada a emigrar hacia el norte debido a la desecación del Sahara. Pero hoy ya no parece tan cierto. Todo lo que realmente se puede decir de estas gentes es que vivían de la caza y de la pesca, recolectaban

alimentos y habían domesticado al perro. Parecen haber sido contemporáneos de una raza de cazadores negroides que vivían en las montañas cercanas a Valencia y a los que se deben las pinturas de vivas escenas de caza y danza pintadas en los abrigos rocosos que habitaban, y que figuran en todos los libros sobre arte prehistórico. Sólo la gente de la costa no pintaba.

Al perder sus huellas durante el cuarto milenio comienza gradualmente la cultura neolítica. En las regiones montañosas del sur la encontramos en los restos de un pueblo, sin duda descendiente de las razas mesolíticas antes señaladas, que en su mayor parte vivían en cuevas. Tenían ovejas, cabras y un ganado vacuno pequeño, de largos cuernos; tejían el esparto para hacer sogas y tejidos y elaboraron una tosca cerámica que decoraron con incisiones en forma de puntos y rayas. Para adornarse utilizaban collares de conchas y piedras de colores, y enterraban a sus muertos en el suelo de sus cuevas. En general, las mujeres cultivaban pequeños huertos. Sembraban guisantes, lentejas, cebada y espelta en pequeños trozos de tierra labrada con sus azadas, y para la recolección utilizaban pequeñas hoces de madera provistas de lascas de sílex. También hacían incursiones en busca de los panales de las abejas silvestres, buscando miel, y elaboraban una especie de cerveza o aguamiel. Pero, aunque tenían puñales de hueso y hachas de piedra bastante pulimentadas, no usaban armas de guerra, como flechas o lanzas. De hecho, nos hallamos ante una Edad de Oro —o lo que viene a ser lo mismo— un período matriarcal.

En la Alpujarra se pueden encontrar los más espléndidos de estos enterramientos en cuevas. En 1857, un arqueólogo, Manuel de Góngora, exploró una gruta llamada cueva de los Murciélagos, que se encuentra en una de las vertientes de una empinada *rambla*, cerca de Albuñol. Anteriormente había sido ya excavada por un campesino que buscaba estiércol de murciélago, pero parece fuera de duda que contenía sesenta y nueve cadáveres vestidos con túnicas, gorros y calzado de esparto; todos ellos —menos dos— habían sido asesinados para procurar a sus amos servidores en el otro mundo. En el primer enterramiento, de tres, que yacía justamente en la entrada de la cueva, se encontró un esqueleto de varón que portaba una gran diadema de oro, mientras que los

gorros de esparto de los otros dos todavía ostentaban —o así pensó su descubridor— manchas de sangre. Un segundo grupo de tres, que yacía en la segunda cámara, había sido enterrado junto con cestas de esparto que contenían cereales, corolas de adormidera y mechones de cabello. Luego, en una tercera cámara, había un grupo de doce muchachas dispuestas en semicírculo en torno a una mujer mayor que vestía una túnica de piel con lazos al costado, con collar de conchas y un colmillo de jabalí en el cuello y pendientes de piedras negras en las orejas. Finalmente, al fondo de la cueva se encontraron cincuenta esqueletos de varones, con hachas pulimentadas, cuchillos de pedernal y, por supuesto, cerámica.

Aquí tenemos las tumbas de una mujer, jefe importante, y de un hombre, también jefe. Si es cierto, como la cerámica parece indicar, que estos enterramientos datan del final del cuarto milenio, la diadema de oro que adorna la calavera del jefe es la pieza más antigua de oro labrado descubierta en Europa occidental. Y solamente pudo haber llegado de un lugar: los arroyos auríferos que se unen en Ugíjar y desembocan por Adra en el mar. Las arenas del río contienen aquí todavía tanto oro que, como he dicho antes, recientemente se ha formado una compañía francesa para extraerlo. De todos modos se puede ver que la parte oriental de la Alpujarra sostenía una importante población, gobernada por un jefe único, y que en ella la mujer gozaba de una importante posición.

La escena cambia rápidamente. Hacia el 2700 a. C. hace su aparición una nueva y más avanzada cultura sobre el río Almanzora, en la provincia de Almería. De su primer establecimiento toma el nombre de cultura del Garcel. Estaba formada por aldeas fortificadas, de chozas de mimbres y barro, levantadas en las cimas llanas de las colinas. Los muertos eran enterrados en pequeñas arquillas cubiertas de losas. Fueron encontrados, en gran número, cuchillos de pedernal, puntas de flechas y hachas de piedra finamente pulimentada, además de collares de conchas y unos recipientes ventrudos sin decorar, cuyos modelos originales procedían, obviamente, de Egipto. Los cereales eran guardados en fosas. Había pequeños ídolos de piedra plana similares a los encontrados en el Egeo, y se cultivaban la vid y el olivo. Parece bastante claro que el pueblo que dejó estos restos era

extranjero y, dado que sus calaveras son alargadas y sus huesos ligeros, la mayoría de los arqueólogos los consideran miembros de la llamada raza mediterránea y antecesores de los íberos. Al parecer procedían de Libia o del sur de Túnez. Para nosotros tienen un interés especial porque un pequeño grupo de ellos, viajando hacia el norte a lo largo de la costa española con sus rebaños y manadas y subiendo luego por el valle del Ródano, llegaron a Inglaterra y allí, hacia el 2500 a. C., introdujeron la cultura neolítica. Fueron el primer pueblo que entró en nuestro país, ya separado del continente, y su primer asentamiento conocido es el de Windmill Hill, en las proximidades de Avebury.

A partir de este momento todo comenzó a marchar deprisa en el sur de España. La población de Almería había encontrado una de las regiones mineras más ricas de Europa, y el cobre, el plomo y la plata aparecían cerca de la superficie; además, la plata se encontraba —lo que es muy raro— en estado puro. Al cabo de un par de siglos, la excavación y extracción de estos metales y la recogida de oro en las arenas de los ríos se convirtieron en una considerable industria. La riqueza, sin embargo, exponía a estos pueblos al peligro de un ataque repentino, por lo cual se vieron obligados a gastar gran parte de sus ingresos mineros en armarse y defenderse. Por eso en todos los asentamientos de este período que han sido explorados se han encontrado considerables cantidades de armas de cobre y sílex cuidadosamente trabajadas.

Uno de los asentamientos mejor preservados, aunque data de unos siglos después, es el de Los Millares, situado a unos ochenta kilómetros al oeste del Almanzora, al pie de la Sierra de Gádor, es decir, al borde de la Alpujarra. Allí pueden verse los muros de piedra y los fosos que una vez cercaron las cabañas de mimbre de la aldea, un conducto que traía agua desde un manantial situado a más de un kilómetro y —lo más notable de todo— la grande e impresionante necrópolis. Consta de cerca de cien tumbas circulares, que admiten entre cincuenta y cien enterramientos cada una. Tienen cámaras mortuorias de falsa bóveda, a las que se llega por estrechos pasadizos de tabiques de piedra cuyos techos son también de losas de piedra. Cada una de estas tumbas estaba coronada por un montículo de tierra y piedras, mientras que a su

entrada se elevaba un recinto circular cerrado en el que tenían lugar los ritos funerarios. A las personas versadas en arqueología todo esto les recordará los *tholoi* del minoico antiguo de Creta. En el Museo Municipal de Almería se pueden ver algunos de los objetos que han sido encontrados aquí —vasos campaniformes del tipo andaluz y otras vasijas, de procedencia egipcia; discos idólicos de la diosa madre similares a los encontrados en las Cicladas; ornamentos de ámbar, azabache y turquesa, de huevos de avestruz y de marfil de hipopótamo; huesos de seres humanos y de animales tallados con una siniestra decoración de ojos gemelos.

Los techos en forma de colmena de las tumbas colectivas y la cerámica campaniforme, ninguno de los cuales había sido encontrado en los primeros asentamientos del valle del Almanzora, demuestran que la colonia de los Millares había caído bajo la influencia de otra cultura que, entre tanto, había surgido más al oeste. Es esta la cultura llamada megalítica, que por aquel entonces construía en Antequera, no muy lejos de Granada, y en Carmona, cerca de Sevilla, algunos de los mayores enterramientos con pasadizos que se conocen, y los cubría con enormes losas a manera de techos. Sus orígenes son discutidos todavía. La explicación más plausible es que surgió mediante la fertilización de la vieja cultura de cuevas de Andalucía, perteneciente a una raza de ganaderos que vivieron en la parte baja del valle del Guadalquivir, por gente nueva procedente del Mediterráneo oriental que traía consigo el arte del metal y de la construcción de cámaras mortuorias de falsa bóveda. De todos modos, es posible distinguir los que parecen ser dos de los primeros centros de esta cultura, dependientes entre sí, uno cerca de Huelva, donde el suelo es pobre, pero donde existen inagotables yacimientos de cobre, y otro en Carmona, donde no hay cobre, pero la tierra da buenos pastos. Desde Carmona los constructores de tumbas de pasadizos se extendieron hacia el este, hasta Granada y Guadix, deteniéndose al llegar a las fronteras de las gentes de Almería. Los de Huelva siguieron los yacimientos del mineral hasta el sur de Portugal y hacia el norte o a lo largo de la costa hasta Galicia, y desde allí se lanzaron a través de los mares.

Con el ascenso de la cultura megalítica alcanzamos uno de los grandes momentos de la historia española y europea. Una nueva

forma de vivir, junto con una nueva religión, se extendieron con tanta fuerza que al cabo de un siglo, más o menos, alcanzaron la totalidad de la costa de Europa occidental, llegando hasta Dinamarca y las Orcadas, que cubrieron con sus monumentos. El pueblo que realizó todo esto estaba formado por ganaderos y pescadores primitivos, que tomaron con tanto celo la búsqueda de oro y de cobre que, para descubrir nuevos yacimientos de estos metales, estaban dispuestos a emprender los viajes más arriesgados a través de los mares. Pero no consiguieron estos metales impunemente. Su valor estribaba en la magia que encerraban (al ser duros, maleables y del color de los rayos del sol), y por esta razón había un gran peligro en buscarlos y en trabajarlos. La minería y el trabajo del metal eran peligrosos a menos que los poderes catatónicos que los guardaban fuesen propiciados, y de este modo (o así parece) nació un culto a los muertos que dio lugar a que estos fueran enterrados en grandes tumbas colectivas y aplacados mediante sacrificios regulares. Como durante la irrupción española en América, cuatro mil años después, se daba la mano la búsqueda del oro y la propagación de una religión mistérica.

Hemos visto que en el valle del bajo Guadalquivir vivía una raza de pastores que habían comenzado a cultivar los cereales estrechamente vinculados con las gentes de las minas de cobre que habitaban una zona un poco más al oeste. Era una raza de hombres de cabezas redondas y prominentes arcos ciliares, como los que en la actualidad viven allí. Adoptaron la religión megalítica, pero su producto más característico fue una especie de vaso de tipo especial, el famoso vaso campaniforme. Era este como un gran cuenco, ricamente decorado, que había evolucionado a partir de la cerámica de incisiones de los pueblos de las cavernas andaluces, y que se empleaba para contener la cerveza o el hidromiel que se bebía en determinadas ocasiones. Esta cerveza, como el soma védico, era, probablemente, una bebida de sagradas propiedades mágicas y embriagadoras, puesto que su consumo desempeñaba evidentemente un papel importante en las ceremonias. Hacia el 2400 a. C., una parte de este pueblo emigró hacia las llanuras que circundan Madrid, llevando consigo los vasos campaniformes, pero no la técnica de su producción (que quizá les era todavía

desconocida) y el arte de la construcción de tumbas colectivas. Desde allí se extendieron por una gran parte de España, conduciendo sus rebaños y manadas y viviendo en cabañas ligeras o tiendas, pero practicaban también algún comercio con las armas de cobre, que obtenían en Huelva o en Galicia. Llevaban consigo los vasos campaniformes. Pronto pasaron a Francia y, al final del milenio, pequeños grupos habían alcanzado Bretaña, el norte de Italia y el Rhin, penetrando hasta lugares tan lejanos como Hungría y Sajonia, sin alterar en modo alguno sus hábitos de vida pastoril ni la decoración o la forma de sus vasos. Desde el continente y en tres oleadas sucesivas pasaron a Gran Bretaña, sometiendo a sus habitantes y erigiendo los grandes templos solares de Avebury y Stonehenge. Esta veneración, no muy española, por el sol la recibieron de algunos indoeuropeos con los que se habían unido a su paso por Alemania, pero en su corazón continuaban siendo castellanos, como se puede comprobar por el hecho de que no habían perdido la deformación del fémur que sus antepasados de los alrededores de Madrid habían adquirido por su costumbre de permanecer largo tiempo en cuclillas. Es esta, se podría decir, la primera señal de la costumbre de las tertulias de café del madrileño.

Podemos decir, entonces, que durante el tercer milenio tres grupos enteramente distintos de gentes abandonaron el sur de España y se establecieron en la Gran Bretaña. El primero de ellos trajo consigo las técnicas campesinas del cultivo de la tierra, del tejido y de la cerámica; el segundo, el grandioso culto a los muertos y la búsqueda de los metales; el tercero, el pastoreo en grandes unidades tribales y el culto del vaso campaniforme. Hasta la llegada de los celtas, Inglaterra fue habitada mayormente por gentes que venían de más allá de los Pirineos. Pero hay un elemento que hemos dejado fuera de este relato. Coincidiendo con la cultura megalítica y los primeros vasos campaniformes, una nueva clase de arte hizo su aparición en las regiones montañosas de España. Lo encontramos en las pinturas de las cuevas y abrigos. Estos lugares remotos, que evidentemente eran santuarios tribales, están decorados con dibujos en ocre rojo en los cuales se mezclan signos y símbolos esquemáticos con representaciones reconocibles de personas y animales. Se pueden distinguir ciervos salvajes, vacas y burros

domésticos, así como criaturas fantásticas que, evidentemente, representaban hechiceros enmascarados, y junto a ellos encontramos soles, espirales, laberintos, rayados y otros signos cuyo significado puede solamente presumirse. Así vemos que la concentración en los temas de la gran caza que había inspirado el arte paleolítico, y en la acción y drama tribales que habían regido el arte mesolítico, se cambió con el advenimiento de la agricultura en un amor por lo secreto y lo esotérico. Los signos que transmiten significados sin representarlos visualmente se piensa ahora que tienen un elemento mágico mayor que aquellos cuyo sentido se capta con facilidad —lo que significa, sin duda, que el especialista en ritos, el sacerdote o el hechicero han hecho su aparición.

Aunque este era esencialmente un arte local y pictórico, exclusivo de los habitantes de cuevas del sur de España, muchos de sus símbolos fueron adoptados por el pueblo megalítico, siendo tallados en tumbas, discos idólicos y cerámica. Y por eso, algunos de ellos decoran las grandes piedras de las tumbas con pasadizo de Newgrange, en Irlanda.

Durante todo este tiempo, desde el año 3000 al 2000 a. C., ¿qué había ocurrido con la gente de la Alpujarra? Esta pequeña región, encerrada entre montañas casi infranqueables, constituía el centro mismo de estas culturas cuya expansión hemos descrito, pero no hay ninguna señal de que fuese penetrada por ellas. Por lo que sabemos continuó evolucionando calladamente, siguiendo las líneas de las viejas culturas de las cavernas; las mujeres cavaban la tierra con sus azadas y esparcían unos puñados de semillas, y los hombres se dedicaban al pastoreo de los animales domésticos y a la caza de animales salvajes. Posiblemente bastaba con esto, porque sus colinas y valles eran fácilmente defendibles.

La región entera, entre Sierra Nevada y la costa, excepto donde había sido quemada para la agricultura, estaba en aquel tiempo cubierta de bosques de pinos, alcornoques y encinas. Sobraban las cuevas habitables, ya que casi todas las aldeas pueden mostrar aún hoy una de grandes dimensiones: la de Yegen está en parte cerrada por un desprendimiento de rocas. Los arroyos auríferos tendrían, sin duda, una importancia especial, y en esto Yegen tenía una situación privilegiada, porque no sólo dominaba uno de ellos, sino que

también tenía un gran manantial, una extensión de terreno llano fácilmente regable y una posición muy apta para la defensa. El *puente*, que entonces formaba la única entrada al pueblo, podía ser fácilmente fortificado, y justamente a su lado estaba la Piedra Fuerte. Esta, a la que ya he aludido, es una roca inmensa, de cima plana, con una extensión de unos quinientos metros cuadrados cuyos costados verticales se levantan hasta unos quince metros por encima del valle. En uno de sus lados ha sido excavada una estrecha senda, y como hay un arroyo que corre justamente debajo de ella, se puede subir agua con un cubo atado a una cuerda. En tiempos de los árabes fue construido un pequeño castillo en este lugar, pero ciertos restos de basta cerámica sugieren una ocupación mucho más temprana. Naturalmente, un lugar como este debe estar encantado. En las profundidades de la roca vive una princesa mora rodeada de sus damas, y a ciertas horas se pueden escuchar sus cánticos mientras trabajan en sus bordados. Sin embargo, debo prevenir al lector de que no vayan a escucharlas durante la Semana Santa ni durante las fiestas de la Iglesia. Desde la expulsión de sus compatriotas demuestran cierta inclinación hacia el cristianismo y, aunque es demasiado pronto para hablar de su conversión, manifiestan su respeto guardando silencio en estas ocasiones.

El siguiente paso en el avance del pueblo de Almería fue el descubrimiento, procedente del este, del valor de mezclar el estaño con el cobre. Con ello se inicia la Edad del Bronce en España. En la aldea fortificada de El Argar, sobre el río Almanzora (está solamente a unos cientos de metros del primer asentamiento de El Garcel), la vemos plenamente desarrollada en una fecha entre 1700 y 1400 a. C. Esta gente teñía con rojo de cinabrio sus túnicas de lino, que iban abrochadas a los costados, llevaban el pelo muy largo y cuidadosamente peinado, les gustaban los collares y pendientes de plata, bronce y marfil y, cuando eran bastante ricos, lucían diademas de plata. Cultivaban el olivo, tenían lámparas de aceite, carretas y trillos y —como el clima era seco— practicaban el riego. Sus casas eran edificios de piedra de dos plantas, con tejados planos de arcilla, y enterraban a sus muertos bajo el suelo, en grandes tinajas de barro, al igual que se hacía en Anatolia. Esto ha dado lugar a controversias. Ya que marido y esposa estaban metidos

juntos en la misma tinaja y, según parece, sus entierros eran simultáneos, uno de ellos debía sacrificarse a la muerte del otro. Pero ¿cuál? En esta sociedad más o menos igualitaria, las mujeres parecen haber gozado de una posición muy elevada, y algunos arqueólogos, influidos quizá por un sentimiento caballeresco, creen que eran los hombres los sacrificados. Otros, de ideas menos sentimentales, opinan de modo diferente.

El pueblo de El Argar y de otras colonias de las colinas cercanas estaba integrado por campesinos y mineros que trabajaban duramente, y demostraban cierto interés por su atuendo personal, pero ninguno en asuntos artísticos. Quizá carecían de tiempo para ello. Además de cultivar sus campos, fundían cobre, plomo y plata, y así moldeaban las armas, pero les faltaba el estaño, que posiblemente tenía que ser importado de Toscana o Cataluña. Vivían en sus pueblos fortificados, de poco más de cuatrocientos habitantes —a los que se puede añadir un cierto número de esclavos— con el continuo temor de ser atacados y capturados. Era aquella una época de piratas.

La nueva cultura de Almería se extendió hacia el norte, subiendo la costa hasta los Pirineos y por el interior hasta la región minera de Linares. Pronto nos encontramos con su influencia en toda España, menos entre los pueblos megalíticos occidentales. Estos, al parecer, ya habían descubierto el uso del estaño, y lo traían por mar y tierra de los ricos yacimientos de Galicia. De este modo la zona de Huelva y de Río Tinto, donde se encuentran las minas de cobre más importantes de Europa, pronto se convirtió en el centro de una importante industria del bronce. Esa debió de ser la época de la creación del poderoso Estado de Tartessos o Tharsis, cuya ciudad más importante estuvo enclavada en algún lugar entre Huelva, Sevilla y Cádiz. Se extendieron un poco más hacia el este, ocuparon las valiosas minas de plata cercanas a Linares, y con el tiempo establecieron una especie de soberanía sobre los pueblos de Almería. Pero la época de las emigraciones españolas al extranjero había terminado. Una vigorosa cultura de la Edad del Bronce se había iniciado en Bohemia, y un pueblo guerrero de la Europa central, los celtas, en su primera oleada, había ocupado las regiones del antiguo megalítico y de la cultura del vaso campaniforme en

Bretaña y las Islas Británicas. España, que en el tercer milenio se había extendido por toda la Europa occidental, en el segundo se convirtió en un tranquilo remanso, si bien el lento crecimiento de la riqueza en Tartessos, donde se contaba que los caballos comían en pesebres de plata, creó un El Dorado para los pueblos históricos del Mediterráneo oriental. Desgraciadamente, sin embargo, ningún lugar de este reino de riqueza fabulosa ha sido todavía excavado por los arqueólogos.

Gádir o Cádiz fue fundada en una isla arenosa fuera de la costa de Tartessos, un poco antes del 1101 a. C. Los fenicios llegaron hasta allí sin tocar puerto desde Tiro, aunque años más tarde establecieron una colonia, a la mitad del camino, en Utica, cerca de Túnez. Pero las leyendas de los viajes de Hércules nos hacen sospechar que no fueron los primeros o, por lo menos, los únicos pueblos del Mediterráneo oriental que navegaron por aquellas aguas. Los escritores griegos hablan de emigraciones de carios y de lidios al lejano occidente, y se tiene como bastante cierto el hecho de que los rodios fundaron colonias allí en el siglo X a. C. El nombre que dieron a España fue Ophiussa, Tierra de las Serpientes, y una sucesión de nombres terminados en *oussa* testimonia la visita de unos pueblos que hablaban los dialectos de la costa del sudoeste de Asia Menor. Una de estas visitas es la mencionada por Plinio, que nos cuenta que un cierto Meidocritos pasó las columnas de Hércules y llegó a las Casitérides, o islas del estaño, en las costas de Galicia. Tal vez fue en esa época cuando se estableció una factoría para el comercio en Abdera, hoy Adra. Este nombre es griego, y posteriormente fue impuesto a una colonia fundada por dos ciudades jónicas en Tracia. Si es esto cierto, no es difícil saber los motivos: las arenas auríferas de Ugíjar constituían una evidente atracción, y se puede presumir que fueron ellos, y quizá alguna similitud en los nombres, lo que hizo que esta ciudad fuera llamada Odysseia, y que se creyera que los escudos y mascarones de los barcos clavados a los muros en el templo de Atenea, y vistos en el siglo primero a. C. por un tal Asclepíades de Mirlea, fueran «recuerdos de los viajes de Ulises». Después de esto el telón desciende y se pierde el rastro de cualquier colonia que los griegos o los lidios pudieran haber establecido en las costas de España; ¿se

debió ello al poder de los fenicios o, más probablemente, al de los piratas?

El telón vuelve a levantarse con el redescubrimiento de España por los griegos de los tiempos históricos. Este hecho está descrito en un pasaje muy conocido de Heródoto. En una fecha algo anterior al 650 a. C., Kolaios de Samos fue arrastrado hacia el oeste de Egipto por los temporales y llegó a Tartessos. Volvió con un gran cargamento que vendió por la enorme cantidad de sesenta talentos. El pueblo de Focea, una ciudad de marineros de la costa de Jonia, se interesó por su aventura y organizó una expedición que no estuvo compuesta por los buques mercantes al uso, sino por navíos más rápidos. El rey de Tartessos, que llevaba el nombre celta de Argantonios, les recibió calurosamente y les animó a fundar colonias y factorías en la costa española, la más occidental de las cuales era Mainake, cerca de Málaga. Por primera vez recibimos una información fidedigna del país. Sabemos que el este del estrecho de Gibraltar fue ocupado por una gente llamada masienos o mastienos, que tenían como ciudad principal Mastia o Cartagena, pero a lo largo de la costa había, dispersos, un buen número de libio-fenicios, o mezcla de africanos y cartagineses, que principalmente eran comerciantes y pescadores. Sierra Nevada era conocida por Mons Silurus, que en tiempos de Plinio se había convertido en Mons Solorius. Las colinas costeras, hoy tan desnudas, estaban cubiertas por una fronda de pinos. Pero ¿qué pasaba con la gente de la Alpujarra? ¿Se lavaban los rostros y los dientes con orines rancios, al igual que otras tribus españolas; iban desnudos en verano o se vestían normalmente de túnicas y capas negras, mientras que las mujeres llevaban sus cabellos peinados hacia lo alto de los que pendían mantillas? ¿Bailaban frenéticamente las noches de luna llena a la puerta de sus casas, o se agarraban de las manos y bailaban, vestidos con largas túnicas coloreadas, al son de la flauta? ¿Los amigos y parientes del novio celebraban las bodas teniendo relación sexual con la novia, y eran los hombres quienes galantemente se acostaban y gemían cuando sus esposas tenían los dolores de parto? No lo sabemos, pero sí podemos estar seguros de que en cualquier caso eran muy conservadores.

La presencia de los griegos en estas costas duró apenas cien años. Los cartagineses arrebataron a los fenicios la ciudad de Gádir y el comercio de metal con Tartessos, y, alrededor del 535 a. C., se aliaron con los etruscos para destruir la flota de Focea en una batalla que se dio cerca de Alalia, en Córcega. La factoría comercial griega de Mainake desapareció y los cartagineses establecieron factorías fortificadas en Adra, Almuñécar y Málaga, donde salaban el pescado y fabricaban la salsa griega llamada *garo*. El dominio nativo sobre la parte interior del país se había visto debilitado por las invasiones celtas, quienes llegaron a ocupar y destruir la ciudad de Tartessos y establecer un cierto control sobre sus minas. Durante la conmoción que todo esto causó en las tribus, un pueblo ibérico, los bástulos o bastetanos, cuya principal ciudad era Baza, cerca de Guadix, pasó a primera fila y tomó el lugar de los masienos.

La conquista del sur de España por Amílcar en el 237 a. C. fue, así, la culminación de un largo período de penetración más o menos pacífica. Le siguió la conquista romana. Ahora seguramente imaginarán ustedes que vamos a saber algo de la gente de la Alpujarra. Pues no. Los seiscientos años de gobierno establecido que siguieron no dejaron huella alguna en los libros de historia, excepto que fue construida una carretera a lo largo de la costa, siguiendo la vieja Vía Hercúlea, por la cual se creía que Hércules había viajado a las Columnas, Málaga y Gibraltar desde Urci, unos cuantos kilómetros al norte de Almería. Podemos seguir su trazado todavía a través de la llanura del Campo de Dalías, y visitar las escasas ruinas del pueblo de Murgi, que fue construido allí.

Los visigodos ocuparon el lugar de los romanos y, después, en el 712, llegaron los árabes, que establecieron un gobierno más justo y más tolerante. Los intrigantes nobles y los terribles obispos cedieron ante una religión que, por lo menos, intentaba llevar a la práctica los mandamientos de su fundador. La rápida conversión de la mayor parte de España al Islam demuestra que la pesadilla había terminado. Y ahora, poco a poco, empezamos a saber algo sobre la Alpujarra. La palabra fue utilizada por primera vez en el siglo X por un cronista árabe, y se dice que significa en aquel idioma «colinas de hierba». Contra esta interpretación se sitúa la opinión de algunos filólogos en el sentido de que *alp* es un término muy antiguo, de los

pueblos preneolíticos o ligures de la Europa del sur, que significa blanco. Si es así, Alpujarra significaría simplemente «Alba Sierra». Sea cual sea, los primeros relatos conocidos sobre los pobladores de la Alpujarra nos los describen como independientes y guerreros. Como a la mayoría de los montañeses, no les gustaba nada la autoridad y se inclinaban al bandidaje. Con toda probabilidad habían sido convertidos sólo nominalmente al cristianismo y continuaban ofreciendo los viejos sacrificios ibéricos a las fuentes, árboles y cuevas, y seguían bailando en lugares abiertos las noches del solsticio de verano y de luna llena. De todos modos, durante la insurrección general que precedió a la fundación del Califato, existen noticias de que apoyaron a la aristocracia árabe de Elvira —es decir, Granada— contra la población cristiana y judía de aquella ciudad, que era fiel a los emires de Córdoba. Ni la muerte de su jefe en una emboscada les hizo someterse, pues en el 913 vemos al joven califa Abd al-Rahman cruzando Sierra Nevada, desde Guadix hasta Ugíjar, y marchando con su ejército sobre el país. Después de un difícil asedio tomó el castillo de Juviles, por encima de Cádiar, que estaba defendido por una guarnición mixta de *muladíes*, o musulmanes españoles, y cristianos que habían sido enviados desde la Sierra de Ronda por el famoso rebelde Ibn Hafsun. De aquí podemos deducir que el pueblo de la Alpujarra era indiferente en materia de religión y luchaba tan sólo por su independencia.

Para los alpujarreños, la fundación de Almería en los primeros años del siglo supuso una gran apertura. Almería creció rápidamente hasta convertirse en una de las mayores ciudades industriales de Europa, un Manchester que exportaba tejidos no de algodón, sino de seda. Las colinas de la Alpujarra se poblaron de moreras, cultivadas en bancales, y hubo una gran afluencia de colonizadores, la mayor parte bereberes del norte de Argelia. Al mismo tiempo, la brillante corte de los reyes *taifas*, que gobernó Almería durante el siglo XI, ofrecía oportunidades a los hombres de talento. Así, los dos únicos escritores que ha producido la Alpujarra son de esta época. Uno de ellos fue Ibn Charaf, de Berja, que abandonó el amargo y envidioso mundo de la poesía por la más decente profesión de médico, dejando como recuerdo un libro de soporíferas máximas, mientras que el otro, Ibn Omar, nacido en

Dalías, escribió sobre la antigüedad y la geografía árabes. Era una figura moderna, que se ganaba de vida dando conferencias en diversas ciudades de la España musulmana.

El siglo XIII fue escenario de otra sublevación en la Alpujarra, y, más tarde, después de la toma de Sevilla por Fernando III en 1248, Granada se convirtió en la capital de un reino musulmán independiente bajo la dinastía nazarita. El nuevo Estado, que se extendía desde Ronda hasta más allá de Almería, estaba cuidadosamente organizado. Para tener tranquilos a sus ingobernables habitantes, la Alpujarra fue dividida en distritos administrativos llamados *tahas o taas*, y se construyó una torre o castillo en cada *alauz* o término municipal. Yegen tenía una de estas fortalezas, a unos cien metros de mi casa, y el lugar es conocido todavía como *el castillo*.

Tras la pérdida de Sevilla frente a los cristianos hubo un éxodo de musulmanes hacia el reino de Granada. Desde Damasco, los aventureros árabes habían llegado en tropel a España tras su conquista por Tarik, asegurándose las mejores tierras en las que construyeron sus casas de campo, lo cual supuso que la masa de nuevos inmigrantes, en su mayor parte de ascendencia española, se vio obligada a apiñarse en los pueblos, ocupando el lugar de los cristianos y de los judíos expulsados un siglo antes. Por su parte los bereberes se fueron a las montañas como habían estado haciendo durante siglos. En la Alpujarra, donde había agua de sobra, el gradual aumento de los cultivos en bancales y los canales de riego permitió un incremento constante de la población, de modo que la vieja estirpe de montañeses, probables descendientes de los pueblos de las cavernas de los tiempos neolíticos se berberizó totalmente. Así, la arquitectura de las casas y la disposición de los pueblos en *barrios* y *cortijadas* tomaron una forma típicamente norte-africana. Sin embargo, la aristocracia árabe de Granada mantuvo sus lazos con la comarca y poseía casas y tierras en la mayoría de los pueblos. Tanto Válor como Mecina Bombarón podían mostrar descendientes del profeta.

La mayor riqueza económica del reino residía en el comercio de seda con Italia. Granada, al igual que Almería y Málaga, tenía fábricas que elaboraban los mejores géneros de seda, y todos los

pueblos contaban con telares. Juviles, que hoy es un villorrio miserable y decadente, era entonces una «mina de seda que semejaba el oro puro» y además poseía industrias de muebles y joyas. Ugíjar era el pueblo más grande, aunque Láujar, Berja, Dalías, Albuñol y Órgiva eran todos considerables. A finales del siglo XV la población era mayor de lo que es en la actualidad. Como curiosidad puede notarse que el nombre romano de Sierra Nevada, Mons Solorius, pasó por una curiosa transformación. Los árabes la llamaban Djebel Sholair, pero cuando los cristianos empezaron a llamarla con el nombre más fácil de Sierra Nevada, trasladaron el viejo nombre a la Sierra de Gádor. Luego esta se convirtió en Sierra del Sol y del Aire, y finalmente Sierra del Sol, pasando el término Sierra del Aire a la Sierra de la Contraviesa. Esta nomenclatura poética, sin embargo, ha dejado de usarse hace tiempo.

En 1492 el reino de Granada desapareció al ser tomada la ciudad por Isabel y Fernando. Los términos de la capitulación permitían a los moros el pleno ejercicio de sus leyes y de sus costumbres. Boabdil, el rey moro, recibió como feudo perpetuo la Alpujarra, para él y para sus herederos, y siguiendo este acuerdo se estableció en Andarax, unos cuantos kilómetros al este de Ugíjar. Nos queda un cuadro de él cazando liebres con sus galgos y cazando con sus halcones. Pero los españoles, una vez cubiertos sus objetivos, mostraron poco entusiasmo en llevar a cabo las capitulaciones que habían firmado. Además de su mala disposición a tolerar una religión extraña, temieron que los turcos, cuyo poder estaba en ascenso en el Mediterráneo, utilizaran las regiones moras del país como cabeza de puente para intentar reconquistarlo. Al cabo de un año, Boabdil fue enviado a África, e Isabel, cuyo confesor le advertía que era una ofensa contra Dios tolerar a los infieles, inició una política de conversión forzosa. La consecuencia fue que en el territorio comprendido entre Ronda, Baza y Almería, hubo un levantamiento armado.

La rebelión fue aplastada tras varios años de lucha. Se promulgó un decreto que daba a elegir a todos los moros del reino de Castilla entre la conversión y la expulsión. La mayoría de ellos eligieron la primera opción, pero su cristianismo fue siempre puramente nominal, ya que la Iglesia se tomó poco trabajo en instruirlos en sus

doctrinas. Encontrando menos problemático aplicar la fuerza que la persuasión, procedió a hacerles la vida imposible. Les fue prohibido bañarse, celebrar sus fiestas, tocar sus instrumentos musicales, llevar sus vestidos tradicionales, hablar su idioma, hasta que, por fin, tras un edicto particularmente duro, decidieron sublevarse una vez más. La fecha elegida fue la Nochebuena de 1568, y esta vez fue la Alpujarra la única en levantarse.

Su jefe fue un tal don Fernando de Válor. Descendía de una vieja estirpe árabe, de los antiguos califas de Córdoba, pero había sido educado entre la nobleza española de Granada y, aunque pretendió volver al Islam, su corazón era cristiano. Tomó de nuevo su nombre árabe de Aben Omeya y fue proclamado rey bajo un olivo que todavía puede verse hoy en Cádiar. Cuando, un año después fue asesinado, su primo Aben Aboó, que poseía tierras en Mecina Bombarón, fue proclamado rey en su lugar. El bando cristiano contaba al principio con dos comandantes, el marqués de Mondéjar, un hombre moderado y humano, y el marqués de los Vélez, que era un hombre despiadado. Al no ponerse de acuerdo, el hermanastro del rey, don Juan de Austria, recibió el mando supremo con nuevas tropas venidas de Italia.

La guerra fue salvaje, como todas las guerras civiles españolas. En los dos bandos había jefes que trataban de controlar a sus seguidores, pero los *monfíes* o bandidos —más correctamente, los habitantes de las montañas— eran musulmanes fanáticos que torturaban y mataban a todos los clérigos que caían en sus manos, mientras que la famosa furia española —la *Saguntina rabies*, como decía Tito Livio— era frecuente en el otro bando. En las últimas etapas de la lucha, las tropas españolas recibieron la orden de matar a todos los prisioneros, incluidos niños y mujeres, lo mismo que hicieron las tropas inglesas bajo el mando de lord Grey en Irlanda, con la aprobación del poeta Spenser. La escena final tuvo lugar en una cueva de Bérchules, donde Aben Aboó fue acuchillado por sus propios seguidores.

La sublevación había durado más de dos años, agotando al máximo los recursos del país. Los términos de la rendición no podían ser sino duros. Se dieron órdenes de que todos los moriscos —es decir, los moros cristianos— del reino de Granada, tanto los

que se habían sublevado como los que no, fueran deportados al noroeste de España y asentados como labradores. Como única excepción se aceptó la permanencia de dos familias en cada pueblo, que debían quedar para enseñar el sistema de riego y el arte de criar gusanos de seda. Para llenar el vacío creado por esta inmensa emigración, fueron invitados a ocupar su lugar los campesinos de las regiones montañosas del norte de España, ofreciéndoles condiciones muy favorables. Se proporcionaban tres tamaños distintos de *suertes* en feudo franco, pagando un pequeño *diezmo* anual al Estado, aunque la producción para el mercado estaba restringida por el impuesto de un tercio de su valor que gravaba el capullo de seda y el aceite de oliva. Gracias a una sabia previsión, estos lotes eran inalienables y a nadie se le permitió alquilar o poseer más de uno.

A los pocos años, doce mil quinientas cuarenta y dos familias procedentes de Asturias y Galicia se habían establecido en la Alpujarra en doscientos cincuenta y nueve *lugares*. Cuatrocientos *lugares* fueron abandonados, dejando que se arruinaran. Algunos de ellos eran muy pequeños o habían sido quemados durante la lucha, pero otros estaban en la zona costera —el Cehel, como todavía se le llama hoy, que quedó vacío y deshabitado debido al temor que infundían los piratas—. La población era ya mucho mayor que antes. Extrañamente —como nos informa un historiador eclesiástico del siglo XVII— los nuevos inmigrantes, aunque venían de regiones que no habían sido jamás ocupadas por los moros, apenas estaban más cristianizados que sus predecesores moriscos. Se habían criado en pequeñas aldeas montañosas y a todos los efectos eran paganos todavía. Este cuadro gana verosimilitud al ser cotejado con informaciones referentes a otras partes de España. El clero español era demasiado aficionado a las ciudades como para preocuparse por las zonas remotas del campo, y así podemos observar que, al mismo tiempo que Santa Teresa estaba fundando sus conventos, había aldeas a unos ochenta kilómetros de Ávila donde nadie había oído hablar nunca de Cristo o de Dios. En algunos valles de la Sierra de Gata, cerca de Salamanca, esto ha seguido sucediendo hasta nuestro siglo.

Con este reparto de la tierra, la historia política de la Alpujarra

toca su fin. Lo que queda por decir concierne a su desarrollo económico. La seda continuó siendo la fuente casi exclusiva de los ingresos económicos hasta el principio del siglo XX. Como los capullos pesan muy poco pueden ser transportados, con pequeños gastos, en mulas, y las montañas fueron plantadas de moreras. En 1797 se dio permiso a los poseedores de feudos francos para convertir sus tierras en propiedad privada. Esto transformó una comunidad cerrada de grandes y pequeños propietarios en otra en la que la tierra fue repartida más desigualmente. Una política económica similar llevó a la destrucción de los bosques. A una compañía que explotaba las vetas de plomo de la Sierra de Gádor le fue permitido cortar los bosques de pinos que entonces la cubrían, así como las encinas y alcornoques de las montañas vecinas. Las minas se agotaron cuando ya no había árboles. Luego, en los primeros años del presente siglo, se dio un gran paso adelante con la construcción de carreteras, porque esto permitió que otros productos, además de la seda, fueran llevados a los mercados. Berja, Dalías y el valle del Andarax se embarcaron en el cultivo en gran escala de la uva de Almería, mientras que los pueblos más remotos empezaron a exportar ajos, garbanzos y castañas. Hoy, la red de carreteras alcanza hasta el más remoto de los pueblos montañeses, aunque el alto precio de la gasolina pone un límite a las ganancias que se pueden obtener en los mercados de las ciudades. Una estimación aproximada de la población actual de la Alpujarra, incluyendo el valle de Lecrín, da unas ciento cincuenta mil personas, que viven en unos ochenta *pueblos*, cuarenta aldeas y un pequeño número de granjas aisladas y cortijadas. La población se ha mantenido bastante estable desde 1870 debido a las emigraciones periódicas a América del Sur.

XVI. Almería y sus burdeles

La ciudad de cierta importancia más próxima a Yegen es Almería. La distancia por carretera es de unos noventa kilómetros, que se podían hacer a pie o en autobús. La primera ocasión en que la visité fue en febrero de 1920, cuando, como ya he dicho, fui allí a comprar muebles. Como conservo de esta ocasión un vivo recuerdo y un relato escrito de ella, empezaré por ahí.

Todavía era de noche cuando me senté cerca del fuego de la cocina para tomar mi café. Las estrellas tachonaban el cielo y el canto del gallo se escuchaba en la distancia como un largo brazo estirado sobre las colinas. El silencio se rompió con el ruido de unas herraduras en la calle. Me puse la mochila al hombro y, mientras se filtraba la primera luz desde oriente, me dejé caer por las terrazas de las pendientes cubiertas de olivos y por las suaves cuestas sin árboles que descendían hasta Ugíjar. Desde aquí, la carretera zigzagueaba endemoniadamente hacia Berja por encima de unas colinas pedregosas donde había numerosas hierbas aromáticas y finos olivos. Berja es un pueblo de cierta importancia, situado bajo la Sierra de Gádor, y constituye un centro importante de la industria de la uva. Las uvas verdes, de piel dura, que son enviadas cada otoño desde Almería hasta Londres, crecen en parras que dan al paisaje, o más bien a la parte por ellas cubierto, un extraño aspecto de aplastamiento, como si estuviera cubierto por una lona verde. En torno a estos viñedos se alzan pequeñas colinas de caliza, blancas y casi completamente desnudas, pues llueve muy poco en esta región.

Cuando entré en el pueblo el sol se ponía. Una masa de nubes de color rosado, suaves y voluminosas como cojines amontonados,

flotaban por el cielo sobre las montañas de cimas aplanadas y lanzaban sus reflejos sobre las casas aportaladas. Las palomas surcaban el aire, las voces de los niños sonaban más agudas y descendía la vehemente irrealidad del atardecer. Había un café en el mercado y allí pude ponerme a salvo del tedio y la tristeza que se enseñorea de las posadas después de la cena.

A la mañana siguiente, después de haber caminado unos dieciséis kilómetros, llegué a la carretera de la costa. La visión que se me ofrecía era muy deprimente. Durante unos veinticinco kilómetros la carretera discurría en una línea perfectamente recta a través del desierto pedregoso, sin que se pudiera ver ni una sola casa ni un árbol en el camino en todo lo que abarcaba mi vista. La carretera aparecía y desaparecía en pequeñas ondulaciones entre la tierra blancuzca del desierto hasta que se unía con el horizonte. Este desierto es conocido por el Campo de Dalías. Es un delta de piedra y escombros, empujado a lo largo de doce kilómetros hacia el mar por la erosión de la Sierra de Gádor, descendiendo hacia él suavemente. Hoy, sin embargo, su aspecto ha cambiado. Los manantiales subterráneos que en el pasado alimentaban la colonia romana de Murgi han sido abiertos y la llanura que una vez fue árida está plagada de blancas casas entre el verdor de los cereales y árboles frutales. Cuando lo vi por primera vez podía ser el desierto del Sinaí. Mientras arrastraba mis pies a lo largo de la enervante atmósfera de la costa, la cortina de hierro de las montañas brillaba monótonamente a mi izquierda y deseaba vanamente encontrar una *venta* donde tomar un trago.

De repente, la llanura terminó: las montañas caían desnudas y a pico sobre el mar y la carretera se recortaba entre ellas. Pronto rodeé un escarpado y vi ante mí la ciudad blanca, de tejados planos, de Almería. Los barcos de pesca estaban saliendo para las faenas de la noche y el sonido de los remos y de una voz cantando me llegó a través del agua tranquila.

Almería es como un cubo de cal arrojado al pie de una desnuda montaña gris. Un pequeño oasis —el delta del río Andarax— se extiende más allá de ella, verde y plantado de boniatos y alfalfa, con palmeras de dátiles y caña, y más allá comienza de nuevo al paisaje desnudo, pedregoso. A lo lejos se alzan las montañas, lila y

ocre. Como la lluvia solamente cae una o dos veces al año, el riego es indispensable.

El castillo árabe y sus fortificaciones exteriores se yerguen sobre una piedra desnuda que domina la ciudad, como si fuera un guardián que la defendiera del desierto. En este país el enemigo es la sequía, no el hombre. Debajo del castillo se alzan la catedral y la plaza con los soportales, con que los conquistadores cristianos buscaban restaurar las glorias del pasado, y entorno a estos las estrechas callejuelas que todavía siguen el trazado del barrio árabe. Pero el carácter oriental del lugar es más reciente y lo dan las calles de casas azules y blancas con tejados planos, construidas el siglo pasado. La principal entre ellas es el Paseo, un bulevar amplio que baja lentamente hacia el mar entre los árboles de hojas oscuras y brillantes. En él están las tiendas y cafés principales. Una calle inquietante, una calle cargada, como todo en esta ciudad, de sugerencias peculiares, aunque para el observador superficial tenga simplemente un aspecto decimonónico y provinciano.

Encontré los muebles que buscaba y me dispuse a esperar el dinero que había pedido. Para ahorrar más me instalé en una pensión barata, en las cercanías de la plaza del mercado, llamada La Giralda. Daban cama y comida completa por once reales, es decir, dos pesetas y setenta y cinco céntimos diarios. Pero el lugar era sórdido. Había seis o siete hombres más en mi habitación y las sábanas que me dieron estaban sucias y manchadas de sangre. No me dormí fácilmente. Durante todas las noches pasé largas horas tumbado, escuchando los extraños ruidos que hacían mis compañeros. Uno hacía gargarismos y arcadas, otro roncaba, otro se rascaba con un ruido muy fuerte, como si estuviera rascando sobre una lona, mientras un cuarto —un muchacho de tímido aspecto que estaba tumbado con su abrigo remendado, roto por las sisas— suspiraba con aliento anhelante. Pero existía un cierto placer en este descenso a la pobreza y en los contrastes que presentaba. Desde el pequeño patio encalado, en el que la puerta del retrete estaba siempre abierta, venía el hedor repugnante de los desagües y de la orina rancia, pero la luna hinchaba las paredes con su luz y creaba con su brillo una especie de silencio. Luego, a medida que pasaban las horas, el canto de los gallos se hacía más alto e insistente.

Estaban guardados en jaulas de madera sobre los tejados planos de las casas y, a través de la blanca ciudad cubierta por la luna, se retaban y se contestaban unos a otros. Sus voces preguntonas, anunciadoras, proféticas, ascendían como cohetes en la noche y, al morir, dejaban tras de sí un hálito de felicidad y seguridad. De alguna manera, en algún tiempo, en algún lugar, ellos parecían decir, el mundo se salvaría, y todos, incluyéndome a mí y a la gente que me rodeaba, nos salvaríamos con él. Un futuro tan misterioso como el canto de los gallos nos esperaba a todos.

Pasé una semana caminando desanimado por la ciudad o dando paseos por la lujuriante *vega* de las afueras, al cabo de la cual me ocurrió una aventura que describiré. Una tarde, mientras comía en el lúgubre comedor de La Giralda, con el acompañamiento del ruido ensordecedor y del griterío del vecino mercado, se sentó a mi lado un hombre delgado, harapiento, que debía tener alrededor de cuarenta años. Vestía un traje no muy limpio que le sentaba muy mal, con los zapatos rotos, pero lo que había de notable en él era su rostro, surcado por profundas arrugas, con pesadas bolsas bajo unos ojos que parecían como si las golondrinas hubieran hecho sus nidos en ellos. Empezamos a hablar y me dijo que era *corredor*. Al saber que yo hablaba francés me preguntó si le haría el favor de servir de intérprete entre él y un vendedor árabe que acababa de llegar de Orán y traía cierta cantidad de contrabando del que debía deshacerse. Le dije que sí y cuando terminó el negocio entramos en una taberna para tomar un trago. Allí, de pronto, se puso muy confidencial. Su nombre, me dijo, era Agustín Pardo y estaba a mi disposición; luego, señalando su cara arrugada y sus ojos hinchados, hartos de ver, me informó que su salud estaba arruinada y que el médico le había dicho que no tenía mucho tiempo de vida. La naturaleza le había proporcionado una constitución excelente, pero su vida viciosa había minado aquella fortaleza. No podía mantenerse alejado de las mujeres, explicándome que las circunstancias lo habían convertido en agente de los burdeles principales de la ciudad y que, con la ayuda de unas cuantas palabras en inglés y en noruego, esperaba a los barcos que llegaban y se llevaba a los marineros a los lugares donde podían conseguir lo que querían. Así fue como empezó su vida de vicio y por lo que no

podía dejarla. Luego, al ver que yo tenía curiosidad por conocer estos lugares —ya que nunca había visitado un burdel— se ofreció a llevarme a una gira por ellos. Contesté que aunque me gustaría aceptar su oferta no podía hacerlo, pues no me sentía atraído por las prostitutas, a lo que contestó, quitándole importancia, que si yo iba con él no tenía ninguna obligación en absoluto. Las prostitutas eran buenas chicas, muy tranquilas, llenas de respeto hacia sus clientes. El espectáculo era interesante y para un hombre de cultura y educación, como yo, resultaría instructivo. En cuanto a los gastos, él se encargaría de todo, y si yo dejaba una pequeña propina, digamos dos reales, a la muchacha que se sentara a mi lado, habría hecho todo lo necesario. Con dos reales se quedaría encantada.

Agustín era un hombre muy jactancioso, aunque no era de sus buenas cualidades de lo que se jactaba, sino de sus fracasos. Si uno fuera a creerle, tenía una mujer y cuatro hijos, a los cuales amaba con todo su corazón, pero vivían abandonados porque todo lo que ganaba lo utilizaba para pagar sus vicios. Su salud, su dinero, todo lo gastaba con las mujeres y, como el destino le había dado aquella naturaleza, no podía hacer otra cosa.

—Aquí me tiene usted —exclamaba—. Algunos hombres son víctimas de las circunstancias, pero yo soy una víctima de mi temperamento, es decir, de mi estrella. Esa perra de Venus estaba en una de sus conjunciones cuando yo llegué a este mundo, y por eso tuve que ser un hombre de grandes vicios. No vale la pena que luche; no vale la pena que tome decisiones; estoy hundido en ello hasta los ojos. Soy un crápula hasta la médula de los huesos. No tiene que preguntar qué es lo que hago; se puede ver en mi cara a una milla de distancia. Cualquier persona que no me conozca podría tomarme por un marqués. Pero le digo a usted que si no fuera por esas mujeres sería uno de los hombres más ricos de la ciudad, ya que tengo un gran sentido de los negocios. Mi padre, que en paz descanse, tenía una tienda de ultramarinos y yo solía viajar para él y hacer sus compras. Nadie puede arreglar un asunto privado mejor que yo, porque tengo muchísimo tacto y, además, todo el mundo se fía de mí. «Agustín —se les oye decir— puede que tenga sus defectos, pero de todas maneras es un *caballero*». Y así, porque les gusto y soy apreciado, tengo buenos amigos en todos los

senderos de la vida: amigos entre los guardias de la costa, amigos en las aduanas, amigos en la policía y, con esas ventajas, podría estar metido en una línea de contrabando de primera categoría con Orán y Melilla. Pero ¿para qué si no me levanto hasta la tarde y dejo que todo el dinero que gano se me vaya entre los dedos? Por eso digo que soy un desgraciado, un hombre imposible. Un hombre que puede ver sufrir a su mujer y a sus hijos (fíjese: dos de ellos se están consumiendo de tuberculosis) es una calamidad. No hay otra palabra para definirlo —se tomó otro trago de vino y se frotó la nariz con el dedo—. Si no fuera por esas benditas muchachas no me quedaría el menor respeto hacia mí mismo. Me metería una bala en la cabeza ¡pim, pum!, y acabaría de una vez. Pero ellas me comprenden. Saben que estamos embarcados en el mismo barco y que, algunas veces, es la gente más noble la que cae. La gente más generosa. Esta noche podrá usted comprobar cuánto me aprecian y con qué alegría me reciben. Cuando no tengo dinero me dejan dormir con ellas lo mismo y, algunas veces, cuando ven que tengo solamente unas cuantas pesetas, no las aceptan; me dicen que se las lleve a mi mujer y a mis hijos, que no tienen nada para llevarse a la boca. Son putas, por supuesto; esa es su profesión, esa es la forma con que se defienden contra el mundo; pero son mujeres también. Algunas de ellas, lo crea usted o no, tienen el corazón de oro. Y no es por mi cara bonita por lo que les gusto. Claro que no. Pero ellas saben que me he arruinado la salud a su servicio, y esto les hace ver que soy una víctima de la fatalidad, como ellas. Como dice el refrán, del árbol caído todos hacen leña.

El barrio de los burdeles, si uno puede llamarle con un nombre tan ambicioso, está inmediatamente detrás de la plaza Vieja. Es esta una pequeña plaza con soportales, encalada y plantada de árboles, y durante la mayor parte del día está desierta. Hace un siglo o más alojaba a la crema de las familias comerciantes, pero hoy los ricos se han mudado a barrios más espaciosos, de manera que, aunque todavía se alza en ella el Ayuntamiento, está ocupada en su mayor parte por pequeños talleres y *bodegas*. Caminando bajo los frescos soportales, mirando los verdes jardines, se podría pensar que se está en un claustro, si no fuera por el ruido de los niños que juegan allí entre las horas del colegio. Desde esta plaza parte un camino

adoquinado, una pronunciada cuesta que desemboca en los parapetos árabes. A ambos lados se alzan filas de casas de una planta, pobres, incluso de aspecto escuálido. Aquí, en las tardes apacibles —y todas las tardes son apacibles en Almería— pueden verse mujeres enormes, pintadas con colorete y untados de brillantina los negros cabellos, que caen blandamente sobre los hombros. Toman el sol en sillas bajas, mientras los niños pequeños las despiojan. De vez en cuando una mujer joven, vestida con una bata descolorida y calzada con zapatillas de andar por casa, mirará a la calle y vaciará una bacinilla. Una vez, al tomar un atajo, bajo la cálida luz de atardecer que caía del castillo, me encontré a dos chicas morenas y casi desnudas, con los vestidos abiertos por delante, haciendo señas a un soldado. Sin embargo, cuando uno se recuperaba de la primera impresión, esta callejuela no parecía siniestra ni mala. Si un cierto orgullo aparecía en estas amazonas sentadas, si lo miraban a uno fijamente mientras pasaba, permanecían de hecho tranquilas y pacíficas como gatas tomando el sol. Estas casas no eran de las que asustarían a uno al entrar a medianoche con el billetero lleno.

Llegó la tarde y Agustín y yo nos encontramos después de la cena, como habíamos acordado. Bebimos un vaso de vino en una taberna para llevar el espíritu dispuesto y luego nos fuimos a la que él llamaba calle de la Esperanza.

—Yo la llamo así —dijo— porque nunca sabes lo que vas a encontrar. Estos sitios son como la lotería. Pero, de todas formas, verá usted el vicio verdadero. Algunas de estas chicas están completamente gastadas al llegar a los veinticinco años. A los veintisiete son verdaderas tarascas.

Llegamos a la plaza y subimos por el camino adoquinado, a la luz de la luna. Llegamos a una puerta y entramos. Nos encontramos en una pequeña habitación donde no había nadie más que una mujer vieja extremadamente gorda —el ama— que estaba sentada en una mecedora, abanicándose. Llevaba una especie de peinador o bata sobre la braga, ceñía su pelo tras la nuca con una cinta escarlata y llevaba una flor roja de papel en la oreja. Sobre la pared, detrás de ella, colgaba un cuadro pintarrajeado de la Patrona de Almería, la Virgen del Mar. Concha, pues deduje que este era su

nombre, saludó a Agustín con un movimiento de cabeza y con un apretón de manos que parecía dado a un familiar al que se ve todos los días. Me presentó. Luego entraron desde una habitación interior dos chicas muy pintadas que habían dejado de ser bonitas hacía bastante tiempo y se sentaron a nuestro lado. Una de ellas llevaba una blusa blanca que pretendía, de una manera bastante pobre, ser transparente, mientras que la otra, que se llamaba Lola, llevaba una bata amplia de algodón, no demasiado cuidadosamente abrochada por delante. Encima de la mesa pusieron una garrafa de vino y algunos vasos.

—¿Qué tal va el negocio, Concha? —preguntó Agustín.

—Escaso, hijo, escaso —contestó la mujer gorda, bostezando detrás de su abanico—. Desde las Navidades parece que nada se mueve en esta bendita ciudad. Si no hay barcos, todo está muerto, y, además, la mayoría de los clientes se van a la casa de Teresa. Nadie tiene dinero para gastarse aquí, pero eso al recaudador de impuestos no le importa; viene a cobrar. Tampoco al cara de mono de la luz eléctrica. Ellos tienen que cobrar aunque nadie cobre.

—Bueno, toma un trago.

—Gracias, Agustín; pero esta noche no. Ando a vueltas otra vez con lo de los riñones. Me viene cuando hay luna llena. ¡Ay, madre mía! —dijo la vieja, agarrándose un costado—. Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y el Espíritu Santo, que este dolor se vaya porque no lo aguanto.

Y santiguándose se besó el pulgar ruidosamente.

—¿Por qué no pruebas con los polvos de la Madre Celestina? —dijo Agustín, mirándola irónicamente—. Te harán mucho más bien que todas esas bobadas de sacristía. Y vosotras —dijo mirando a las chicas y alzando el vaso—, a vuestra salud. Conservad vuestras caras bonitas un poco más y os casaréis con un marqués.

—Mejor es casarse con un inglés.

—Eso es justamente lo que os he traído, guapas; solamente que no podéis casaros con él. Tiene mujer y dos niños con caras de angelitos esperándole en su país. Además, no os excitéis con él porque no hay nada que hacer. No le interesa.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Porque le he traído conmigo. Quiere ver las cosas de España

para poder contarlas al volver a su casa.

—¿Querrán saber algo de nosotras?

—Por supuesto, idiota. Esta casa es tan típica, tan típicamente típica como el Palacio de la Alhambra, en Granada, o las procesiones de Semana Santa, en Sevilla. Es un trocito de folclore genuino. Viene de los moros. Vosotras, chicas, no sabéis lo interesantes que sois para los extranjeros.

—¿Y no hay putas como nosotras en su país?

—Sí; pero no metidas en casa así.

—¿Y cuánto ganan?

—Entre veinte y treinta pesetas cada vez.

—Eso es entre ochenta y cien reales. ¡*Bendita sea la Virgen Purísima*! ¿Por qué seguimos viviendo aquí? ¿Sabe lo que ganamos nosotras? Dos miserables *pesetillas* si tenemos suerte.

Agustín inició un discurso sobre la situación del país.

—Oiga, Agustín —dijo Concha, cuya voz, que antes era amable, se fue endureciendo poco a poco—, un poco de calma si no le molesta. Se puede disfrutar *como Dios manda* sin meterse en política. Usted tiene todo el día por delante para menear la lengua hablando de esto y de aquello. ¿No puede pensar en otra cosa cuando viene aquí? Ya debería saber que a nosotras las mujeres no nos gustan esta clase de conversaciones. Mire usted a esas pobres chicas que están aquí para quitarle sus penas, ¿no es hora ya de que les haga un poco de caso? Además, permítame que le diga que nada bueno le va a venir de esas ideas. Esos republicanos, como se llaman ellos mismos, no respetan ni a Dios. Y eso no es en lo que nos educaron ni a mí ni a mis chicas. Todos los años, por San Martín, en mi casa, se mataba un cerdo y hacíamos morcillas y, aunque no llegábamos a tanto como a ir a misa, no nos perdíamos una *novena* a la Purísima. Y hasta que se murió la mula no le debíamos un céntimo a nadie. Pero, como dice el refrán, quien calla otorga, y quien anda con lobos aprende a aullar. Y por eso le digo que un poco más de respeto para todos y así todo andará bien. Abre la puerta, Lola; hay alguien llamando.

Entró un hombre alto, con barba de una semana. Un mulero. Se sentó y enseguida surgió otro tema de conversación: el precio de las cebollas y de las patatas. Todo andaba muy mal. Con los precios

que había no se sabía cómo podía vivir la gente. Los grandes comerciantes se lo chupaban todo y dejaban al pequeño morirse de hambre. Sí, hacía falta un cambio. Pero en todos los cambios pasaba lo mismo, el rico se colocaba arriba. Entonces, ¿para qué cambiar? No había vergüenza en el país, ninguna vergüenza; pero él no creía que los republicanos fueran mejores que los otros. No, él no estaba de acuerdo con la política y las revoluciones. Todos los gobiernos eran parecidos; nada bueno venía nunca de ellos. Como dice el refrán, es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer. Luego, apurando su vaso, hizo señas a una tercera chica que había entrado en la habitación —hasta entonces no había mirado a ninguna— y pasó con ella a uno de los pequeños dormitorios que había al lado. Agustín, que ya había bebido un par de vasos, se levantó y pagó la cuenta.

—¿No tienes un momento para mí esta noche? —dijo Lola, alzando su mano y acariciando la hirsuta barbilla de Agustín, a la vez que hacía un gesto con la otra—. Sabes que estoy loca por ti.

—Otra vez será, preciosa. Ahora no puedo quedarme.

—Sí, por favor, aunque sólo sean diez minutos. Tú eres el único hombre que me dice algo, ¿sabes?

—No, Lolita; ahora no. Me gustas mucho, pero esta noche no es posible. Me espera alguien.

—¿Otra persona esperándote? Eso es lo que dices siempre. Yo creo que ya han pasado por lo menos tres meses sin que hayas estado con una mujer. Todos los hombres que presumís y habláis de política sois iguales. Me gustaría saber por qué has venido.

—Dale un regalito, hijo, para calmarla un poco —dijo Concha—. Es muy sensible, la pobrecita. Al fin y al cabo es una huérfana. Si no fuera por mí no tendría nada: el día y la noche y el agua en el cántaro.

—Está bien, toma eso para comprar golosinas. Sé buena hasta que volvamos a vernos.

—Un sitio de segunda categoría —me dijo Agustín tan pronto como salimos—. No hay ninguna animación. Huele a sacristía. Este barrio es como una aldea. Solamente voy a esa casa por no ofender a Concha. Debería haberla visto antes de que envejeciera y se hiciera beata; era una mujer maravillosa. Hemos pasado juntos

muchos buenos ratos.

—¿Y por qué están tan gordas estas amas? —pregunté.

—¡Oh! Tiene que ser así. Tienen que ocupar muchísimo espacio. De otra manera las chicas no las respetarían. En estas casas tiene que haber mucho respeto. Al fin y al cabo, esas mujeres ocupan el lugar de las madres.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada; justamente, eso. Ellas reciben a las chicas nuevas porque tienen un aspecto maternal. Y, desde luego, la mayor parte de ellas son mujeres muy bondadosas. Concha tiene un corazón de oro. Además, tenga en cuenta que tienen que tratar con la policía. La policía respeta a las mujeres gordas, las respeta muchísimo. Nunca he visto a una mujer gorda en la cárcel. Las gordas saben hacerse respetar.

Llamamos a la puerta de una casa que estaba a corta distancia. En el pequeño salón, dos hombres, sentados, estaban bebiendo con tres chicas, y Agustín, que los conocía, los saludó cordialmente. Tenían el aspecto de ser clientes habituales, y efectivamente, como me contó mi amigo más tarde, eran tenderos del mercado que venían todas las semanas. La política volvió a surgir, y aquí todos, incluida el ama, que era un poco menos gorda que Concha, estaban por la república. Si Lerroux fuera presidente, decían, mandaría a los curas y a los jesuitas que se metieran en sus asuntos. Pero los hombres empezaron a dar muestras de haber bebido demasiado. Sus voces broncas y elevadas se encrespaban, y las chicas, para calmarlos y llevarlos a la cama, empezaron a provocarlos, actuando desvergonzadamente. Al final tuvieron éxito. Los hombres se fueron tambaleando por dos puertas, tras las cuales pude vislumbrar sendas camas sucias, presididas por un cuadro de la Virgen. Agustín, que después de haber discutido de política enérgicamente se había hundido en el silencio, pidió la cuenta. La chica que quedaba, que al principio dirigía su atención hacia mí, hizo pocos esfuerzos para detenernos porque los dos únicos dormitorios de la casa estaban ocupados.

—No es un lugar muy edificante —dijo Agustín, cuyo lenguaje se iba haciendo más refinado a medida que bebía—. Ningún orden, ningún respeto. El vicio tiene sus reglas, como todas las demás

cosas. Dignidad; debe haber dignidad; muchísima dignidad. Conozco a esos dos hombres; no son gente muy recomendable. Uno de ellos me debe dos *duros* setenta y cinco céntimos y no me los devolverá. Un ladrón, de veras.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté.

—Pues podemos ir al establecimiento de Jesusa. Tiene algunas chicas simpáticas, pero conviene recordar que la tía materna de Jesusa trabaja como mujer de la limpieza en el Palacio Episcopal. Eso deja un mal gusto de boca, ¿no es cierto? Además, puede estar seguro de que cada palabra que se diga allí va directamente al obispo.

—Pero él no estará muy interesado en lo que se diga en lugares semejantes, ¿no?

—¿Y en qué otra cosa va a estar interesado? La Iglesia y la policía tienen por estas amas toda la información de lo que sucede. Suprima usted los burdeles y a los seis meses habrá una revolución, porque las autoridades habrán perdido contacto con lo que se dice en el país.

—En ese caso…

—No, la verdad; no vamos a ir a casa de Jesusa. No quiero ver a una chica santiguándose antes de acostarse en la cama, como si la fueran a operar de apendicitis. Iremos a la de Teresa. Es muy diferente; es un lugar de recreo internacional donde van los marineros extranjeros. Allí verá usted el vicio verdadero, sin tener que comprar un billete para París. Bueno, si está de acuerdo, dejaremos este barrio de casitas. Antes eran algo, pero ahora son sitios aburridos, establecimientos que decaen por falta de dirección. Si tuviera algo de capital los compraría y los pondría en condiciones. Pero la de Teresa es una casa completamente distinta. Allí encontrará usted chicas que se le comerán por dos alfileres, y otras, recién llegadas del pueblo, con caras como angelotes de azúcar. Venga, vamos a darnos prisa. No perdamos más tiempo pensando en lo que nos está esperando —pero enseguida se detuvo de nuevo—. ¡Oh, esta vida! —exclamó, abriendo los brazos con un gesto teatral—. Esta vida acabará conmigo. ¡Mujeres, mujeres, mujeres todo el tiempo! No puedo dejarla y, sin embargo, me está matando. Don Juan Tenorio, ¿sabe usted quién era? Un inocente,

comparado conmigo. ¿Qué sabía del vicio? Tres o cuatro seducciones, cuatro o cinco falsas promesas de matrimonio; eso no es nada cuando se tiene dinero. Yo hago mucho más todos los meses y no tengo un céntimo —se volvió, me miró mientras que con una mano me cogía por la manga y con la otra hacía movimientos en el aire—. No; le digo a usted que aquel hombre no era nadie, absolutamente nadie. Hay jóvenes como él en todos los pueblos de España, que se pasan la vida limpiándose los zapatos y acicalándose la cara y luego tienen que gastar tres meses para embobar a una sirvienta. ¿Qué hay de notable en eso? En el verdadero vicio hay una obsesión, abandono completo. Te hundes, te hundes, olvidas tu orgullo, te dejas ir como en una ola de generosidad. Lo dejas todo y no te agarras a nada. Mueres, te destruyes, desciendes hasta la verdad última de las cosas. Vuelves a ser como Dios te hizo. Yo digo que hay más religión verdadera en esa vida que en todos los sermones que se oyen en las iglesias, porque nada te guardas ni hay hipocresía —soltó la manga de mi abrigo y volvió a caminar.

Enseguida, al torcer una esquina, nos encontramos con una calle larga y estrecha, cortada profundamente, como por un cuchillo, entre las fachadas de las casas. Había terminado la corriente habitual de gente paseando, las últimas parejas de novios se habían ido a casa. No había luces en las ventanas. De vez en cuando pasaba a nuestro lado una figura apresurada cuyas alpargatas hacían un suave ruido sobre el pavimento. Tan sólo la luna, lanzando sus brillantes placas de luz sobre los pisos altos, mientras la calzada permanecía hundida en la sombra, parecía plenamente viva y activa.

Bajo la influencia del aire fresco y del vino ingerido, Agustín se fue excitando progresivamente. Con la cabeza alzada hacia el cielo, las bolsas de sus ojos centelleaban hasta parecer dos enormes lágrimas.

—Mire esa luna —exclamó repentinamente, agarrando mi brazo —. Nos arrastramos por la tierra como insectos, pero ella gira allá arriba y lo mira todo. ¿Qué es lo que ve? Vicio en los pueblos, vicio en las ciudades, vicio, vicio y vicio y ninguna vergüenza. Míreme, tengo todas las enfermedades que un hombre puede pillar de una mujer, pero no me matan. Al contrario, me crezco con ellas. Son

como un tónico para mi sistema. Me estimulan a nuevos esfuerzos. Aquí, tome usted mi pulso —y extendió su muñeca—. ¿Ve usted? Está saltando. Mi pulso está saltando. Tengo una salud espléndida. Sólo por el día me siento enfermo. Mi tiempo es la noche. Mi hora suena cuando brilla la luna. Venga, le digo, vamos aprisa a lo de Teresa. Vamos a probar a aquellas mujeres feroces. Esta noche especialmente debemos terminar bien.

Llegamos. Una casa sólida, con llamador de hierro y ventanas enrejadas. Del interior venía un sonido de voces y de risas. Llamamos y un par de ojos nos inspeccionaron a través de una mirilla; luego, alguien tiró de una cuerda y la puerta se abrió. Pasamos a un pasillo embaldosado donde una mujer corpulenta, excesivamente pintada, estaba de pie junto a una mecedora. Encima de la mesa que había a su lado había un enorme gato negro durmiendo, y, contra la pared, una maceta con aspidistras.

—¡Vaya, Agustín! —exclamó la mujer, alargándole distraídamente la mano—. Ya estás aquí otra vez. ¿A quién has traído contigo esta vez? ¿A otro alemán?

—No, no, Teresa; este es un inglés. Un literato y científico que ha viajado por todo el mundo viendo cosas nuevas. Está escribiendo un libro sobre las mujeres españolas y por eso le traje a verte. Le dije que en tu casa encontraría la flor del mujerío de Almería. ¿No es verdad? Pero esta es una visita de información y exploración, nada más. Él está esperando de un día a otro una orden de pago de su tío millonario, y, como puedes comprender, su interés es puramente teórico.

—Está bien. Ya sabes el camino. Todos los extranjeros son bien venidos.

Pasamos al salón, si esa es la palabra adecuada: una habitación grande, amueblada con mesas pequeñas, un sofá y un grupo de sillas diversas. En la pared había un cartel de toros y un anuncio donde se veía a una mujer tocada con sombrero negro cordobés y bebiendo una copa de jerez. Había un biombo en un rincón y a su lado estaba una muchacha de aspecto enfurruñado y aburrido a la que acompañaba un hombre delgado, melancólico, vestido de negro. Tenía un vaso de vino en la mano y, de vez en cuando, miraba a su alrededor y decía:

—A su salud, caballeros.

Evidentemente, estaba totalmente borracho, y Agustín me susurró que estaba siempre así desde que se le murió la mujer, hacía poco tiempo.

Pedimos vino; aparecieron otros hombres y otras chicas que se sentaron a las mesas. En el interior se oía el tintineo de unos vasos y el ruido de una animada conversación. Procedían de un grupo que había alquilado un reservado; para los clientes ordinarios, el salón era suficiente; aquí se sentaban y bebían hasta que se armaban de valor para llevar su visita un paso adelante, o se marchaban. Exceptuando que las muchachas iban ligeras de ropa, la atmósfera no podía ser más decorosa. Los hombres hablaban entre sí, manteniéndose juntos como para afirmarse, haciendo poco caso a las figuras caprichosamente vestidas que se sentaban bostezando a su lado. Cuando les dirigían la palabra lo hacían en un tono medio paternal, medio desdeñoso, como si quisieran dejar bien claro que el hecho de elegirlas como compañeras para ciertas ocasiones no las situaba a su mismo nivel. Tan sólo aquellos que tenían la suficiente edad como para tener hijas mayores se comportaban de forma sencilla y natural.

Agustín estaba todavía en vena eufórica.

—Míralas —dijo señalando a dos chicas que se habían sentado a nuestro lado—. No se ven mujeres así todos los días. Ojos como faros, pechos que te apuntan como un cañón, pies como patitas de paloma. Y son tigres. Te comerán en cuanto te miren.

—¿De qué ánimo estás esta noche? —dijo la mayor de las dos—. ¿Qué te ocurre? Normalmente no escuchamos discursos tan elocuentes.

—De mí, sí. Cada vez que vengo aquí te digo cosas bonitas, porque cada vez estás más guapa.

—Puedes guardarlas para tu amiga si es qué la tienes. Quizá a ella la puedas engañar. Y ahora, dime si has podido ver a aquel marinero alemán otra vez.

—Todavía no; pero lo veré pronto, preciosa.

—Bueno, pues asegúrate de que lo traes si llegas a verle. Me prometió un par de pendientes de oro y todavía los estoy esperando. ¿Y quién es este extranjero que has recogido por ahí? Parece una

persona tranquila.

—Le he contado cosas tan terribles de ti que te tiene miedo.

—Supongo que es un maricón, como tú. ¿Sabe algo de español?

—Más que tú, idiota. Ha leído el *Quijote* entero dos veces.

—¿Qué es eso? ¿Una historia de amor?

—*Don Quijote* —dijo un hombre de aspecto apoplético que se sentaba en la mesa vecina— es la gloria nacional de España. Quien no lo conozca no tiene derecho a llamarse español. Tiene un monumento en Madrid y todos los años la Academia Española, los miembros del gobierno y todas las autoridades de la ciudad le llevan flores. Fue nuestro primer revolucionario.

—Ese es un policía —me susurró Agustín—. De la rama política.

—¿Habla usted inglés? —me preguntó el policía.

—Sí —contesté—. ¿Y usted?

Me miró sin contestar.

—Yo soy de la policía —dijo luego en español—. Un oficial de policía debe hablar todos los idiomas, hasta el de los moros. ¿Le gusta a usted nuestra ciudad?

—Muchísimo, desde luego —contesté—. Me encanta.

—Bueno, pues déjeme decirle con toda franqueza que esta ciudad es una desgracia para España. He nacido aquí y quiero a mi ciudad, pero nadie me puede negar que no es una desgracia. ¿Sabe usted cómo la llaman los otros españoles? *El culo de España*, y aunque lo considere como un insulto personal, porque está dirigido a mi ciudad, tengo que admitir que no están demasiado equivocados. Porque, ¿sabe usted que el setenta por ciento de la población no sabe leer ni escribir? Puedo decirle que los almerienses que tenemos conciencia de esa situación estamos profundamente avergonzados.

—¿Por qué no dice que todos los españoles están profundamente avergonzados?

—Sí, se podría decir eso también. España es hoy en día una calamidad nacional. La que una vez fue gloria y orgullo del mundo es hoy uno de los países más atrasados. Nuestro suelo es el más rico de Europa; nuestras montañas están llenas de hierro, cobre, oro, plomo, plata, aluminio, manganeso, mercurio, rubíes, ágatas y carbunclos. Sobre todo, carbunclos. La gente es seria, valerosa,

sana, noble, franca, honesta y trabajadora y, sin embargo, vivimos como usted ve. Yo digo que eso es una desgracia y los responsables deben responder por ello.

—Los políticos y los curas, por supuesto —dijo Agustín—, mantienen al pueblo en la ignorancia.

—Yo no nombro a nadie —dijo el policía—. Estoy al servicio del Estado y no me concierne a mí fijar responsabilidades. Yo obedezco órdenes. Si me dicen que detenga a un revolucionario, lo hago. Si me dicen que cierre los ojos hasta colocar una bomba yo mismo, lo hago también. Un servidor del Estado puede que tenga sus opiniones, pero si las tiene debe guardarlas para él. Aquí, encerradas en su pecho.

Y golpeando esa parte de su cuerpo miró alrededor como si fuera a recoger un aplauso y escupió silenciosamente bajo la mesa.

—Ven acá, Manolo —dijo la muchacha que estaba con él, cogiéndole por el hombro—; hay una habitación desocupada.

—Pero algún día, señor —dijo levantándose lentamente—, habrá un cambio, y entonces se verá lo que puede hacer España. Y cuando esto llegue será algo extraordinario.

Y salió del salón con el paso cansino de un hombre que abandona una habitación llena de amigos para atender a una llamada telefónica de negocios.

—Un buen hombre —comentó Agustín—. Se puede ver que tiene el corazón de republicano. Y sabe cómo expresarse. Algún día, cuando venga la revolución, tendrá un puesto importante. Es de esa clase de hombres que, cuando uno menos lo piensa, son nombrados gobernadores o incluso ministros.

—Pero escupe como una mujer —dijo la chica que estaba conmigo—, debajo de la mesa.

—¡Ah!, eso demuestra que ha sido educado correctamente. Tiene un verdadero refinamiento.

Ahora Agustín empezó a cambiar. Se sentó mirando apagadamente hacia el extremo del salón y no decía nada. Al mismo tiempo, las muchachas que estaban sentadas con nosotros se marcharon. Yo no había animado a la que estaba a mi lado y ninguna de las dos parecía interesada en absoluto en mi compañero. Había otros clientes en la habitación que daban más esperanzas de

requerir sus servicios. Lo mismo podíamos haber estado sentados en un café, ya que los hombres estaban hablando entre sí, sin mostrar más que un interés esporádico por las chicas que se sentaban con sus ligeros vestidos junto a ellos.

—Vámonos —dije a Agustín, pero él no demostró el menor interés en moverse. Había caído en una especie de estupor y solamente se levantaba lo suficiente para decir:

—*Nada, nada*; es todavía temprano.

De repente se oyeron fuertes golpes en la puerta de la calle, seguidos de alboroto en el pasillo. Entró un grupo de cuatro jóvenes, apuestos y bien vestidos, con las caras enrojecidas por la bebida, y pidieron pasar al reservado. Pero aquella habitación estaba ocupada. Después del jaleo de una larga discusión, durante la cual el ama braceaba en su mecedora como si estuviera remando, los jóvenes consintieron en sentarse a una mesa y pidieron ver a la nueva muchacha que acababa de llegar. Hubo nuevas discusiones, pero al final trajeron a una moza delgada, con cara de muñeca, de alrededor de dieciocho años, vestida con una bata limpia de color rosado y adornada con una flor roja en el pelo. Ya me habían contado su historia. Procedía de Tabernas, un pueblecito situado en la carretera de Murcia; un viajante se la había llevado de su casa, abandonándola después, y para poder comer no le había quedado más solución que venir a aquella casa. Atravesó paseando la habitación, con la tensa y enfurruñada expresión de una colegiala a la que la maestra acaba de reprender, por no mostrarse dispuesta a colaborar, y enseguida los chicos se pegaron a ella y a otras dos chicas un poco mayores que estaban con ella, iniciando una conversación ruidosa y animada.

De repente, Agustín se despertó y empezó a demostrar interés por lo que pasaba en la mesa de los chicos.

—Mire —me dijo—. Ya le dije que vería algo bueno si esperaba. *La flor de la morería*. Mejor decir, tres perlas orientales. No encontrará usted bellezas semejantes en ningún otro lugar. La nueva le costará diez pesetas por media hora, pero las otras cuestan sólo cinco pesetas. Y el precio es tirado, porque recibirá usted más de lo que valen en dinero. Después de una noche con una de ellas no podrá ir andando a casa; tendrán que llevarle en coche. ¿Le he

dicho que el año pasado murió un hombre en esta casa? Acababa de ganar un premio en la lotería y pensaba que se lo podría gastar aquí todo. La mayor de las muchachas con las que hablábamos antes lo mató.

—¿De verdad?

—Sí. Un hombre muy respetable que iba todas las tardes al casino: don Indalecio Buzón. Bajito, fuertote y bastante calvo. Era el dueño de la pastelería de la plaza de San Martín. Dejó una mujer y tres hijas ya crecidas. Se podría haber esperado que la policía arreglara el asunto y contase a la familia que se había muerto mientras realizaba un acto de caridad con un pobre lisiado, por lo cual iría directamente al paraíso. Pero no fue así. Le tenían inquina porque se negaba a pagar ciertas cantidades y le soltaron todo de sopetón a la viuda. Ella lo recibió muy mal. En su indignación no podía contenerse y decía a todo el mundo: «Fíjense, aquel marido mío nunca me dijo que había ganado la lotería. Espero que ahora esté sufriendo por haberme engañado». Por aquel entonces, la hija mayor, Satisfacción, estaba prometida con el hijo del dueño de una tienda de imágenes religiosas. Pero cuando el padre, a quien dicho sea de paso, he visto varias veces en este casa, se enteró de lo que había pasado, obligó a su hijo a romper las relaciones por temor a que el escándalo afectara a su negocio. Sin embargo, como para compensar este contratiempo, la pastelería empezó a marchar muy bien, porque todo el mundo iba a ella a oír cómo doña María Josefa contaba la historia, y muchos de los que fueron se convirtieron en clientes habituales. Antes no iba mucha gente porque el viejo, al que le gustaba estar siempre en el mostrador, tenía un aliento malísimo, y eso es malo en una pastelería. Pero ahora eran las muchachas quienes servían, y ellas huelen a colonia y a pastillas para la garganta. A Satisfacción le salió un novio nuevo, hijo del peluquero del paseo, que, por supuesto, era un partido mucho mejor que el anterior. El peluquero aprobó el noviazgo porque, como es anticlerical, quería desairar al dueño de la tienda de imágenes y, por otra parte, su mujer, a la que le gustan mucho los pasteles, pensó que estaba muy bien relacionarse con el lugar donde los hacían. El chico del peluquero estaba enamorado de Satisfacción desde hacía mucho tiempo, pues su cabello le volvía loco. La chica

tiene un pelo muy fino, de color castaño pálido, y el muchacho, desde que dejó el colegio, soñaba con pasar el resto de su vida peinándolo y acariciándolo y haciendo con él nuevos y extraordinarios peinados. Incluso había escrito poemas sobre él, y uno se llegó a publicar en *El Eco de Almería*. Pero aquí no acaba la buena racha de la familia. En la animación general que se produjo con el asunto, las otras chicas, que no tienen nada de atractivas, encontraron novio también, y, para dar el último toque a tanta felicidad, se descubrió que el viejo no había tenido tiempo para gastar más que una parte del dinero ganado en la lotería. Incluso después de que el ama y la policía se apoderaran de lo que creían honrado, quedaban en el billetero casi mil cien pesetas en billetes. Como comprenderá, aquello fue una sorpresa muy agradable. Después de pagar el funeral y algunas misas para ayudar al viejo en sus problemas del otro mundo, quedaba para pagar el ajuar y aún más. Como se ve, todo el asunto se resolvió con bien para todo el mundo, menos para don Indalecio, e incluso él se puede decir que murió feliz. Realmente, murió de felicidad.

Los jóvenes de la mesa vecina se reían y hablaban animadamente, y apenas parecían notar que la nueva muchacha no hacía caso de sus ocurrencias. Con su pequeña boca fruncida y la expresión enfurruñada parecía la imagen misma de la adolescencia arrinconada y resentida. Se veía claramente que no era su presencia física, sino la palabra «nueva», la que los había atraído. Durante algunas horas yo había estado bebiendo sin parar y el vino empezaba a producir sus efectos. Escuchaba las voces, veía las caras, pero no podía captar claramente lo que estaba ocurriendo. Agustín también, tras su estallido de locuacidad, había vuelto a caer en un silencio pesado y miraba lúgubremente hacia la pared de enfrente. Más tarde, sin que me sea posible saber el tiempo que pasó, el sonido de las voces altas y el ruido de las sillas arrastrándose por el suelo me despertó. El grupo que estaba en el reservado había salido y estaba discutiendo el precio con el ama. Cuando por fin se fueron, el salón quedó vacío, pues los jóvenes y las muchachas se habían metido en el reservado.

Me levanté y puse en pie a Agustín. Estaba tan borracho como yo e hipaba ruidosamente.

—Muy bien —dijo—; ahora que la fiesta de la belleza ha terminado nos iremos. Enseguida. Ciertamente. Dígales que llamen a mi carruaje.

En aquel momento pasó por allí una chica.

—¿Todavía esperándome, cariño? —Le dijo de manera burlona a Agustín, y le vertió por el cuello los restos de un vaso de vino. Él no pareció darse cuenta de su existencia.

En la entrada, el ama dormitaba tranquilamente, con el gato negro a su lado. Las líneas azules de pintura que cubrían sus párpados me sugirieron las sombras de montañas cubiertas de pinos, quizá de los Cárpatos, pero antes de que yo pudiese acordarme ella bostezó y su bostezo me desilusionó. Pagué las bebidas y nos marchamos. Un cuarto de hora más tarde yo estaba en mi habitación.

A la mañana siguiente desperté tarde. La habitación donde estaba tumbado se había quedado vacía y el olor del retrete en el patio se filtraba hacia mí, junto con el griterío del mercado y la luz del sol. Pero mi cabeza estaba clara y después de tomar una taza caliente de malta y unos buñuelos saqué un cuaderno y me puse a escribir los acontecimientos de la noche anterior. El día pasó sin que viera a Agustín. Sin embargo, a la tarde siguiente entró en La Giralda, se sentó a la mesa donde yo estaba escribiendo y pidió un vaso de vino. Parecía estar con el humor bajo, y, después de permanecer un rato en silencio, me empezó a hablar en un tono no muy convincente del maravilloso negocio que le habían ofrecido. Podría ganar muchos cientos de pesetas dentro de pocos días si ahora podía aportar cincuenta. ¿Podría yo dejarle la mitad de esa cantidad, es decir, veinticinco? Él juraba por su honor devolvérmelas y además se las arreglaría para que yo pudiera estar con la chica nueva —ya había notado que yo me sentía muy atraído hacia ella— a un precio excepcionalmente bajo. En la casa de Teresa estaban siempre dispuestos a complacerle.

Por entonces, mi dinero casi se había agotado, de modo que me negué a dejarle nada, pero insistió tanto que le di dos pesetas y le hice la promesa de que le daría más cuando hubiera llegado el dinero. Se embolsó el dinero sin hacer comentarios y se marchó.

—Veo que ha hecho usted un amigo —me dijo el dueño de La

Giralda cuando se hubo marchado Agustín.

—Sí. ¿Quién es?

—¡Oh! Un pobre diablo arruinado por la bebida. Procede de una buena familia. Su padre tenía una tienda de ultramarinos en la calle de Granada.

—Creo que tiene mujer y cuatro hijos.

—Mujer sí; pero no hijos. No es la clase de personas para tenerlos.

—¿Por qué?

—Bueno, mire usted, yo solamente digo lo que dice la gente. Pero es un rumor general que no es un hombre completo. ¿Me entiende?

Aquella tarde, al contar mi dinero, me di cuenta de que no me quedaba casi nada. Cuando hubiera pagado la cama y la cena me quedaría menos de una peseta. Sin embargo, al llamar a Correos me dijeron que la carta esperada tan impacientemente había llegado por fin. Al abrirla me enteré de que mi pariente me negaba el dinero pedido. Esto iba a poner las cosas difíciles para mí y también para Agustín. Creía que le debía mucho, no por haberme llevado a los burdeles, que eran totalmente aburridos, sino por haberme revelado su notable personalidad. Cuando me encontrara con él en alguna ocasión futura, probablemente me sentiría menos generoso.

Mientras estaba en cama aquella noche, mezclando, a la manera de Baudelaire, la brillantez de la luna llena con el hedor del cubo del retrete, creí que iba a titular el cuento que iba a escribir «Un don Juan de nuestro tiempo». Porque, ¿quién más don Juan que un hombre dispuesto a superar toda clase de obstáculos para satisfacer su pasión dominante? En el pasado, los obstáculos estaban en el exterior, en las defensas de una sociedad llena de dueñas, de ventanas enrejadas y de hombres armados con espadas, pero hoy esos peligros se habían vuelto tan insignificantes que el hombre que quería ser un héroe amoroso debía vencerlos dentro de sí. Nadie puede creer que alguien se ha convertido en un héroe de ese tipo porque haga demostraciones amorosas a lo Casanova. Me dije que la situación particular de Agustín estribaba en que como él no podía superar su obstáculo en un sentido práctico y normal, podía al menos sublimarla, elevándola a esa otra dimensión de la

imaginación. Con su don de la impotencia podía evocar una región maravillosa donde el hombre ordinario se purificaba y se ennoblecía por el vicio, al igual que don Quijote hacía de su intrínseco prosaísmo y vulgaridad, su noble carrera de caballero andante.

Estaba yo metido en esas casuísticas reflexiones, que parecían explicar por qué un hombre como Stendhal, cuya vida había sido una sucesión de fracasos amorosos, había llegado hasta nosotros como uno de los grandes exponentes del arte de amar, cuando me dormí. Pero la luz del día me trae siempre ideas más positivas. Mientras caminaba a lo largo del interminable camino que corre, tan derecho como la cinta de un topógrafo, a través del Campo de Dalías, decidí que toda mi concepción era absurda. Nadie, ni siquiera Dostoievski, hubiera podido escribir con éxito una historia de amor cuyo protagonista fuera un impotente. Hasta la musa de la comedia se negaba a ello.

XVII. Almería y la arqueología

Durante los años que siguieron llegué a conocer bastante bien Almería. Era tan fácil llegar —tan sólo nueve o diez horas de viaje— que solía ir cuando quería cambiar mi vida de aldea. Incluso el viaje en autobús era entretenido. Este botaba entre una nube de polvo a lo largo de la extensa llanura pedregosa, abrazada por los riscos amarillentos que caían hacia el mar y, de repente, se veía abrirse al frente la ciudad blanca, como una ilustración de un libro de viajes a Oriente. Luego, después de lavarme y cepillarme en el hotel, me sentaba frente a uno de los cafés del paseo. La gente iba de arriba a abajo, de abajo a arriba, deambulando ociosamente, sin fin. Terminé por reconocer a la ciega conducida por un niño, al ciego guiado por una vieja, al enérgico hombre de una sola pierna, a la chica con cara de sonámbula, de modo que al cabo del tiempo la mitad de la gente que pasaba por la calle me resultaba familiar.

Cada momento del día tenía un rasgo diferente. Por las mañanas, por ejemplo, al salir del hotel, podía oírse un ruido como de una cascada, que procedía del mercado. Al acercarse se podían distinguir las voces nasales, gimoteantes, de los vendedores callejeros, que hacían vibrar el aire al pregonar sus mercancías y se elevaban por encima del murmullo general de la gente. Había algo excitante en este chisporroteo de sonidos exóticos (hoy ya no se escuchan, pues han sido prohibidos todos los gritos del mercado), al salir de este lugar se tenía la impresión de haber recibido un masaje de corrientes eléctricas. Luego, alrededor de las dos, la ciudad se vaciaba para ir a comer, y después de este intermedio venía el espectáculo de una población sentada, compuesta enteramente por hombres que ocupaban todas las sillas de los cafés. Un poco más

tarde empezaba la procesión de que he hablado. Crecía y crecía, hasta que al atardecer la calzada entera estaba ocupada por una corriente en suave movimiento; las chicas paseaban en grupos con sus vestidos de flores, contoneándose, y sus ojos negros, que levantaban oleadas de excitación en el aire en torno a ellas y sus perfumes, que dejaban una estela a su paso. Aunque individualmente pocas de ellas, pienso, eran realmente bonitas, si se elegía una nariz aquí, un cuello allí y más allá una cabeza adornada por una centelleante cabellera que caía en forma de cascada, se podía componer un deslumbrante retrato colectivo.

Dos cosas se combinaban para dar a Almería su carácter especial: la animación y la monotonía. Era un organillo. Todas las mañanas y todas las tardes se representaba el acto milagroso, que era siempre igual. El patrón cultural español es tan rígido y ajustado, que en una capital de provincias como esta no podía haber ninguna variación. El noviazgo debía terminar en matrimonio, el matrimonio en hijos, los cuales hacían que sus padres se metieran en un círculo de estrecheces económicas de las cuales no había esperanza de salir jamás. La monotonía que descendía como la luz del sol, ni siquiera atemperada por el fantasma de alguna historia de amor ilícito. De este modo, el individuo, con sus esperanzas y con sus sueños, se había marchitado a los treinta años, un eslabón en la cadena de nacimientos y muertes, y a los cuarenta era como un helecho prensado entre las páginas de un álbum. Los únicos que ganaban algo eran los niños, porque los padres ponían en ellos sus propias ilusiones de juventud y los trataban como a los herederos de un reino. El espectáculo de una vida intensa y animada, que impresionaba tanto al recién llegado de un pueblo, era un espejismo. La rutina del campesino, con su tranquila variación de siembras, cosechas y estaciones, era mucho más satisfactoria que la de un trabajador de cuello blanco en esta ciudad del *ritournelle*, aunque el campesino era el último en saberlo.

De todos modos puedo decir que siempre que bajé a Almería sentí una animación que Granada, con ser una población mayor y por lo tanto de vida más compleja, nunca me dio. Era como una feria o una ópera, y todo lo que ocurría en ella había ocurrido

muchas veces antes. ¿Era esto lo que daba a sus matices una variedad tan curiosa? Ciertamente, el mar parecía aquí doblemente Mediterráneo, y la ciudad, extendida en la luz brillante y coloreada, llevaba en sí ecos de lejanas civilizaciones.

Otro sentimiento que me asaltaba, al llegar de las montañas, y que encontraba difícil de resistir, era que un delicioso vicio y corrupción yacían ocultos bajo la superficie. El clima era tan disolvente que cuando me había paseado un par de veces a lo largo del paseo, me sentía gozoso de hundirme en una silla. Si un exceso de energías me llevaba a pasear por la *vega*, notaba una suculencia y lozanía en la vegetación, una abundancia de savia en las plantas sin nervio que aleteaban y se arrastraban por el suelo, que parecía infectar mi propio sistema. Luego, cuando volvía al atardecer por las calles llenas de gente, entre el polvo que subía por los caminos y una nube purpúrea flotando en el cielo, pasaba al lado de las mujeres que estaban en las puertas de sus casas o esperando para llenar sus cántaros en la fuente. Sus ojos oscuros y aterciopelados, sus cuerpos morenos escasamente cubiertos por los vestidos de algodón, sus posturas y sus lánguidos gestos no podían ser otra cosa, pensaba uno, sino una invitación deliberada. Sin embargo, estas suposiciones carecían de fundamento. Cuanto más subversivo es el clima, más cuidadosamente guardadas y cercadas están las mujeres y menos oportunidades hay para las aventuras amorosas casuales.

Sobre los planos tejados de la ciudad está el Alcázar árabe, con sus fortificaciones exteriores. Este gran edificio, que data de los siglos X y XI, y que ha sido convertido en museo y parque público, estaba en aquel tiempo ocupado por una estación de señales del ejército, pero el castillo de San Cristóbal, que corona otra colina y es de la misma época, estaba abierto a cualquiera que quisiera visitarlo. Había que trepar, pasando entre chabolas, chumberas y excrementos secos, para llegar a un lugar llano que daba a la ciudad, al mar y a las distantes montañas de color ocre y rosa.

El castillo, o lo que de él quedaba, consistía en una larga pared almenada revestida de yeso amarillo desconchado y reforzada a intervalos por unas torres cuadradas. En la cámara alta de una de estas torres vivía una vieja acartonada que se sostenía mendigando.

El acceso a aquella cámara era difícil y, como ella era coja y ciega, no tenía manera de bajar. Poca gente, con la excepción de los niños del *barrio*, que subían a jugar o a comer la fruta de las chumberas, visitaba aquel lugar, por lo cual era sorprendente que la vieja ganara lo suficiente para sobrevivir. Conseguía hacerlo gracias a que tenía el sentido del oído muy desarrollado. Cuando este le advertía que alguien pasaba, salía cojeando sobre sus muletas a una pequeña plataforma que había fuera de su habitación y llamaba con voz plañidera:

Por el amor de Dios, una limosnica. Por el amor de Dios y de María Santísima, una limosnica, caballero, una limosnica.

Los chicos se burlaban de ella. «*No hay ningún caballero*, estamos nosotros solamente y no tenemos nada para darte». Esto la hacía callar y escuchar de nuevo. Luego, en un tono más desanimado y gimoteante, sin creer ya que sus oídos le hubieran dicho la verdad, empezaba de nuevo:

Caballero, una limosnica. Dé a una pobre anciana una limosnica.

Cuando alguien le daba algo —y había que subir por una escalera rota para hacerlo— dejaba caer un torrente de bendiciones.

«Que la Virgen Bendita le dé todo lo que desea. Que le dé a usted y a sus padres una larga vida». Luego, después de contar las monedas: «Que San Miguel y el coro santísimo de los ángeles bajen por el aire y le suban al cielo».

Bendiciones semejantes traían buena suerte y, a menudo, pienso, la gente le daba las monedas no tanto por bondad como por obtener la *baraka* que ayudaría a uno a elegir el número ganador en la lotería. De la miseria de la vieja puede dar idea el hecho de que una *perra chica* le inspiraba un torrente de palabras que, según las normas de los mendigos de la ciudad, valdría por lo menos tres *perras gordas*. Pero tal vez ese descuento era rentable. No me sorprendería que tuviera una considerable clientela de jugadores que subían la escarpada colina para visitarla, pues podían hacer sus buenas obras por menos de la mitad de lo que costaban las que se hacían con los mendigos de las iglesias de la ciudad.

Un día subí la escalera de piedra rota que ascendía al final del muro y llegué a su madriguera. Me encontré que olía horriblemente y que no había nada en ella sino un jarro de agua y un montón de

paja y harapos. Como se había olvidado de la manera de conversar y solamente gruñía gritos y gemidos, era imposible que contara nada de su vida. Más tarde, sin embargo, me encontré con una niña harapienta que le llevaba semanalmente una ración de pan, que compraba con el dinero mendigado, y una lata de agua. Por hacerlo, la vieja le daba de vez en cuando una perra chica. Quién era ella o cuánto tiempo llevaba allí, la niña no lo sabía, pero me dijo que en la torre vecina había un viejo que no podía ni moverse.

—Van a dejarle morir allí —dijo—. Ha vivido ya bastante tiempo.

Entré y le vi: estaba tumbado sobre la paja y no me respondió más que con murmullos incoherentes. Al día siguiente le llevé un poco de pan y vino, pero no parecía comprender de lo que se trataba y supongo que los niños, que también vivían en un estado permanente de hambre, se lo tomarían en cuanto me marchara. Como había dicho la niña, no parecía que valiera la pena prolongar una existencia semejante. Sin embargo, la vieja vivió muchos años. Cada vez que iba a Almería la visitaba, y su alta y aguda voz sonando en la torre en ruinas a la puesta del sol, mientras las nubes se teñían de púrpura, era siempre una experiencia misteriosa y macabra.

Durante la Dictadura del general Primo de Rivera fue construido un gran monumento al Sagrado Corazón en aquella colina, el cual se iluminaba por las noches y dominaba la ciudad y el puerto. Estaba hecho de materiales tan precarios que empezó a desmoronarse casi inmediatamente después de ser inaugurado, y cuando llegó la República, todas las cabezas de los santos modeladas en yeso que había en el monumento, con la excepción de la de la Virgen, fueron mutiladas. Durante la guerra civil fue derribado, pero actualmente ha sido reconstruido a escala mucho mayor y con mejores materiales.

Almería ha tenido una historia típicamente oriental, con un corto período de opulencia en la línea de *Las Mil y una noches*, seguido por un declive largo y lento. La ciudad fue fundada durante los primeros años del siglo X. Una confederación de marinos mercantes hispano-árabes, que habían puesto una factoría en la costa africana cerca de Orán, decidieron trasladar su cuartel general

a Pechina, sobre el río Andarax, unos cuantos kilómetros tierra adentro de Almería y cerca del viejo pueblo romano e ibérico de Urci. Pero el río no era navegable, excepto para barcos pequeños, por lo que su flota se vio obligada a anclar en la costa, al abrigo de la Sierra de Gádor. Allí construyeron arsenales y creció una población que tomó el nombre de Almería o «Atalaya» (y no, como se dice habitualmente, «Espejo del mar») de una vieja torre de la costa. Rápidamente sobrepasaría a Pechina. Abd al-Rahman III le dio un puerto, una mezquita y un castillo, y cuando cayó el califato de Córdoba, en 1008, se convirtió en un reino independiente, gobernado por la dinastía de los «Reyes Eslavos», procedentes de las que más tarde serían llamadas jenizarías del Califa.

Aquel fue el breve período de esplendor de Almería. Sus cinco mil telares abastecían de ricos tejidos —camelotes, cendales georgianos, damascos, el costoso *tiraz*— y de gasas de finos colores, llamadas *almajares* y *alguexís*, a Europa y África. Poseía astilleros, una marina poderosa, fundiciones de hierro y cerámicas, mientras que su comercio con el extranjero era tan amplio que se jactaba de tener mil posadas y baños públicos para acomodar a los negociantes que la visitaban. Con una población que quizá alcanzara las trescientas mil personas, fue durante una época la ciudad más rica y de comercio más activo de Europa, después de Constantinopla. Pero esta prosperidad no duró mucho. Los ejércitos cristianos empujaban desde el norte, y para rechazarlos los pequeños reinos en los cuales se había fragmentado la España musulmana invitaron a la dinastía sahariana de los almorávides, que acababan de conquistar Marruecos, a cruzar el estrecho y venir en su ayuda. Los almorávides lo hicieron y, tras alcanzar una gran victoria, decidieron quedarse. En el año 1091 desfilaron por Almería batiendo sus tam-tam, y los grandes días de la ciudad terminaron.

Durante los siguientes cuatro siglos, Almería se mantuvo como una ciudad de tamaño medio, dedicada a la manufactura de la seda. Luego, en 1489, se rindió a los Reyes Católicos, que acababan de ocupar Baza, y su decadencia se acentuó aún más. Expulsada su población morisca, afectada la ciudad por dos terremotos y, ya sin comercio, se hundió definitivamente y se convirtió en un pueblo que se sostenía gracias al contrabando. Más tarde, a finales del siglo

XIX, revivió merced a la construcción de un ferrocarril y un puerto. Surgió una considerable industria minera con la ayuda de capital belga y británico, y cuando esta declinó, la industria de la uva ocupó su lugar. La ciudad, tal como se ve hoy, data de las últimas décadas del siglo pasado, y su típica arquitectura con casas de una o dos plantas (casi el doble de lo normal), con las molduras de yeso que adornan las ventanas y las puertas, lleva el sello del reinado de Isabel. Realmente, la mala arquitectura urbana no empieza en España antes de 1890, cuando, desde Viena, llegó el estilo del *art nouveau*.

Al este de Almería se extiende una enorme región semidesértica que llega hasta Murcia y Cartagena. Los romanos la llamaban *Campus Spartarius*, debido a que en ella sólo crecía el esparto. El suelo es realmente bueno, pero la lluvia es escasa e incierta, ya que a veces no llueve durante varios años. La mayor parte de la población masculina emigra a Barcelona, mientras que las mujeres se ganan penosamente la vida haciendo encajes. Sin embargo, el viajero que tiene sentido del paisaje aprecia en esta una de las regiones más bellas de la Península. Está compuesta de pequeñas llanuras, atravesada por filas bajas de colinas desnudas tan llenas de cárcavas y barrancos, originados por los temporales, que parecen sus propios esqueletos. Según la hora y el terreno, las colinas cambian de color, desde el cromo o cadmio amarillo al rosa, del violeta al azul; con aquella luz, seca y engañosa, parecen a veces casi transparentes, como si estuvieran hechas de vidrio o de cristal fundido. Se llega de pronto a una pequeña escarpadura y se ve abajo el lecho de un río, donde el verde profundo y refrescante de los naranjos y de la alfalfa contrasta fuertemente con los tonos ligeros y fuertes de las llanuras y de las montañas. Oasis y desierto, aldeas de cuevas y palmeras de dátiles: uno podría imaginarse en África, si este país no estuviera hecho a una escala mucho más pequeña, con los detalles más perfilados y mejor definidos, y la composición del conjunto no fuera más pictórica que todo cuanto se pueda encontrar en aquel continente ondulante y borracho de espacio.

Níjar, a unos treinta y dos kilómetros al este de Almería, es un buen punto de partida para la exploración de esta región. Es un

lugar de cierta consideración, que yace como una gran vaca blanca sobre la falda pelada de un alcor, y tiene una buena posada. Vive de sus cerámicas, que, con las de Sorbas, en las cercanías, son las únicas en España que no utilizan los tintes de anilina. Los hombres hacen las vasijas y las mujeres las pintan en los tres colores primitivos del manganeso, del óxido de cobre y del cobalto. Como el brillo del plomo es blando y se desgasta rápidamente se venden a muy bajo precio entre las clases trabajadoras. Por esta misma razón, y porque los pobres españoles son descuidados y destructivos por naturaleza, es raro encontrar piezas que tengan más de unos cuantos años, aunque en Níjar algunos de los dueños de las cerámicas hayan guardado ejemplares antiguos.

Estas vasijas, tan despreciadas en su propio país, algunas veces ocupan lugares de honor en las colecciones extranjeras debido a su diseño y factura oriental. Hasta 1936 en el Museo Británico se exhibían una jarra de vino y un tazón que eran bastante modernos, y que estaban marcados *Samarra, siglo* VIII, y *Egipto, siglo* XVIII. Cuando señalé este error a mi amigo William King, fueron —lamento decirlo— eliminadas. Pero parte de la loza de Níjar es atractiva. Yo mismo poseo dos jarras de vino, que tal vez tengan un siglo, que cualquier museo de arte oriental estaría encantado de poseer, con la condición de que desconociera su procedencia.

A unos veinte kilómetros al sur de Níjar está el cabo de Gata, un cabo que protege la bahía de Almería de los vientos del este. Su nombre es, en realidad, una corrupción de cabo de Ágata. Sus rocas rojas, resecas, son de origen volcánico y desde los tiempos de los fenicios han sido famosas por sus reservas de piedras preciosas y semipreciosas, como los carbunclos y las amatistas. Sobre la costa, un poco más al oeste del cabo, en un lugar llamado Torre García, se alza una pequeña capilla que señala el lugar donde la Virgen del Mar, que es la patrona de Almería, se apareció a unos marineros en 1502 y les enseñó el lugar donde yacía su imagen enterrada en las dunas de arena. Pero, realmente, el culto de esta Virgen data de mucho antes, porque se nos cuenta que la confederación de mercaderes del mar que fundó la ciudad en el siglo IX montó su estatua sobre las puertas de Pechina. Como es evidente que la mayor parte de aquella gente era musulmana, podemos suponer que

asumió el papel de Isis, como protectora de los marineros y pescadores del Mediterráneo. Desde luego, incluso hoy, la devoción a la Virgen trasciende los credos, pues, en los años anteriores a la guerra civil, los pescadores andaluces, que eran, casi sin excepción, de filiación anarquista, y por tanto violentamente anticatólicos, la invocaban en los temporales, y cuando fueron quemadas las iglesias respetaron una donde se veneraba su imagen.

El cabo de Gata es también interesante para los botánicos debido a la rareza de su flora. En las doscientas cincuenta hectáreas aproximadamente de tierra de marisma que hay al pie del promontorio se encuentran alrededor de veinte plantas que no existen en ningún otro lugar de Europa. La mayoría de ellas son bastante comunes, aunque no para el ojo experto; una de ellas, de pequeño tamaño, agradará a los amantes de lo raro. Es la *Melanthium punctatum*, una especie de cólquico con pétalos rayados azules y blancos que florece en diciembre. Sin embargo, se puede decir que, en conjunto, esta costa es muy árida y tiene una flora que es más africana que europea. Como la costa atlántica de las cercanías de Agadir, depende tanto del rocío como de la lluvia.

La botánica de los climas extremos posee un poder de fascinación especial. Las plantas que superan grandes obstáculos de la naturaleza, sobre todo cuando lo hacen con exceso y con coraje, producen una viva emoción. Por eso nunca me olvidaré de una tarde en que subía una colina yerma no muy lejos de Almería. La tierra apenas podía sostener más que a una sola planta leñosa, casi sin hojas, cada pocos metros, pero de repente me encontré con un grupo de largos pedúnculos inclinados de flores de color de rosa, cada uno de ellos de un tamaño de unos setenta centímetros de largo, que estaban rodeados de hojas finamente cortadas. Esta planta pertenece a un grupo que tiene un nombre muy apropiado: *insignis*. También podría mencionar a la coloquíntida, la fruta del mar Muerto de la Biblia. Si uno se pasea por la costa al principio de otoño, puede dar con unos pequeños melones amarillos casi al borde de las olas. Parecen no pertenecer a nadie y uno imagina delicioso quitarse la sed probándolos. Sin embargo, corte el más maduro de ellos con un cuchillo y deje que su lengua toque el jugoso interior e inmediatamente la boca entera se encogerá como

si hubiera gustado una solución de ácido clorhídrico. La coloquíntida es la cosa más amarga que puede imaginar y sería un veneno mortal si se encontrara la forma de tragarlo.

El botánico puede que tenga interés en dos plantas más bien insignificantes que crecen a lo largo de esta costa. Una es un arbusto espinoso de flores blancas, de la misma familia que el bonetero, y llamada *Catha europea*. Está emparentada muy de cerca con la *Catha edulis*, en árabe *kat*, cultivada en Yemen y Abisinia debido a su riqueza en cafeína. Se hace de ella una bebida deliciosa, a medias entre el café y la manzanilla, pero según me han dicho, con un ligero sabor a estiércol de avestruz. Pensando que el precio del café en España es en la actualidad de trece chelines la libra, uno se pregunta por qué ningún químico emprendedor ha pensado en dar a este arbusto, actualmente inútil, alguna utilidad. La segunda planta que debe ser reseñada es una especie enana y leñosa, sin hojas, que crece sobre los acantilados de la costa y se llama efedra. De ella se extrae la droga llamada efedrina, y además posee notable interés botánico. Sus órganos primitivos de floración demuestran que pertenece a la familia, antes muy extensa pero hoy muy reducida, de las gnetáceas, que forma el eslabón entre las que florecen, y las gimnospermas, y en la cual se da una de las más sobresalientes extravagancias vegetales, la welwitschia, del sudoeste de África.

Hay otras plantas interesantes a lo largo de la costa, aunque las que mencionaré no son ni raras ni peculiares de la provincia de Almería. A cualquier persona que se pasee entre las dunas de arena en el mes de agosto, le sorprenderá gratamente un grupo de grandes, blancas y fragantes lilas con pétalos escarolados. Su nombre es *Pancratium maritimum*. Aún más bonita, en mi opinión, es la *Urginea scilla*, que florece en septiembre. Su tallo largo, ahusado, de flores blancas, delicadamente marcado con rayas lilas, sube directamente de la tierra, sin follaje alguno alrededor, debido a que sus hojas verdes, semejantes a correas, muy visibles en invierno, se marchitan antes que aparezca el tallo. Se parece mucho a aquella alta planta del Himalaya, la *Eremurus*, que se ve a veces en los jardines ingleses, pero es más corta y más elegante. Uno de sus rasgos más característicos son sus enormes bulbos, como de papel, a

flor de tierra, que en España son conocidos como *cebollas albarranas*. Desde los tiempos clásicos han servido como poderosa medicina contra la tos y como estimulante cardíaco, y la invención del ojimiel de cebollas albarranas se atribuye a Pitágoras. Durante los períodos romano y árabe, la recolección de cebollas albarranas dio lugar a una importante industria española, especialmente en la isla de Ibiza, pero en la ignorante Edad Media cristiana el bulbo fue buscado principalmente como afrodisíaco y para usos caseros.

No hay mucho más que decir de las plantas de esta costa, excepto que la mayor parte de ellas son un tanto siniestras. Aquel tomate amarillo de hojas punzantes es el *Solanum sodomaeum* o manzana de Sodoma, y le matará a uno si se le usa como ingrediente en una ensalada, mientras que aquel arbusto alto, con pequeñas flores amarillas y hojas glaucas, que a nadie llama la atención, es la *Nicotiana peruana*, o tabaco, que se aclimató aquí desde el siglo XVIII. Es mejor no fumarlo. Las plumas escarlata de la planta del ricino son familiares a la mayoría de la gente, y casi todas aquellas amarillas umbelíferas tienen una larga historia medicinal, que procede de Teofrasto. Concluyo estas notas con el áloe. El áloe indígena, en español *zádiva*, tiene flores amarillas, y escasea debido a que ha tomado su lugar la especie escarlata, más vistosa, de África del Sur. Pero en un tiempo fue una planta importante. Los árabes la trajeron del Oriente. Su importancia radicaba no sólo en sus virtudes medicinales, sino en que su capacidad de vivir durante largos períodos sin agua la convirtió en un símbolo de la paciencia. Por esta razón se plantaba en las tumbas: los muertos que esperan el día del juicio necesitan de todo el ánimo que pueda dárseles. En tiempos cristianos su valor comercial era tan grande que Fernando de Aragón descubrió que podía sufragar el mantenimiento de la Alcazaba de Málaga con un impuesto sobre su cultivo.

Más allá de Níjar y del cabo de Gata, la provincia de Almería se extiende hasta el Almanzora, el único río, con un poco de humedad, en casi trescientos kilómetros de costa. Sorbas, que está sobre la carretera principal, es un lugar de aspecto salvaje, que se yergue en el ángulo de dos gargantas, y Mojácar, en una colina cerca del mar, es un pequeño refugio de corsarios, donde las mujeres todavía lavan

la ropa al estilo moro, pisándola, y ocultan parcialmente sus rostros con velos. Luego se llega a Vera, la romana Baria, y unos cuantos kilómetros más allá a las Cuevas de Almanzora, que hasta hace sesenta años se llamaban Cuevas de Vera. Estos dos pueblos se odian mutuamente, y uno de los motivos es que el nombre de Cuevas sugiere que este pueblo era simplemente un barrio de cuevas de su rival. Finalmente, después de años de agitación, las Cortes tuvieron piedad de sus sufrimientos y, mediante un acuerdo especial, decidieron que el pueblo se llamara en lo sucesivo Cuevas de Almanzora.

Tengo recuerdos tristes de este lugar porque, una vez, poco antes de su muerte, pasé una tarde y una noche en él con Roger Fry. Grandemente impresionado por el castillo moro y el barrio de cuevas estuvo pintándolos hasta que el sol se puso y la luz se desvaneció, y luego, de repente, como siempre le ocurría a esta hora, su interés por el mundo visible se desvaneció. Aunque era hondamente sensible al paisaje y tenía un sentido casi griego para captar el *genius loci*, era demasiado pintor para pensar en la naturaleza como algo más que un tema de cuadros y, a menos que uno quisiera oírse llamar romántico, no se le podía pedir que mirara nada a la luz de la luna. Se pasó la noche jugando al ajedrez en el casino, rodeado por un grupo de *aficionados* gozosos que estaban entusiasmados de tal manera por la presencia de un nuevo jugador que, al poco tiempo, el maestro, que había estado una semana en París y hablaba un poco de francés, le rogó que se quedara e hiciera su casa entre ellos. Esta hospitalaria sugerencia fue bien acogida por todo el grupo, y como prueba de que iba en serio, un señor mayor que estaba sentado y mordisqueaba la plateada cabeza de su bastón, le ofreció enseguida una casa. De regreso hacia nuestra posada nos llevaron a verla: era una villa lujosamente decorada con arcos de herradura y azulejos seudomoriscos, y la lucha de Roger Fry por combinar la verdad con la educación —porque era un hombre que, a pesar de su gran urbanidad, era incapaz de decir algo que no sentía— resultó divertida de escuchar.

Unas millas más abajo del río, en un lugar llamado Herrerías, vivía un ingeniero belga llamado Louis Siret, que era un famoso arqueólogo. Había trabajado como director de unas pequeñas minas

de plata y su conocimiento de la metalurgia les permitió a él y a su hermano, que había muerto algún tiempo antes de mi visita, hacer algunos sorprendentes descubrimientos sobre las Edades del Cobre y del Bronce. Como mi mujer y yo teníamos ganas de conocerle y de ver sus colecciones, fuimos en coche a su casa una tarde, en 1933.

La carretera pasaba por una región desértica de tierras amarillas y rojas, hollada y cicatrizada por los milenios de minería insultante, y terminaba en un solitario bosque de eucaliptos en el que se habían dado cita todos los gorriones del vecindario, con un guirigay ensordecedor. En medio de aquel bosquecillo se alzaba el *bungalow* de Siret. Franqueada la puerta, nos condujeron a una habitación en la cual todo rincón disponible estaba ocupado por bandejas de pedernal y tiestos, así como por libros y papeles con apariencia de confuso montón. Pronto su dueño se reunió con nosotros y nos habló, en francés, sobre sus descubrimientos. Era un hombre que a primera vista recordaba una caricatura de *Punch* que representaba a un profesor extranjero. Alrededor de su cara danzaban mechones de pelo plateado, blancos mechones descuidados de su barba y un mostacho níveo, y todo esto, unido a unos ojos salientes y brillantes y a un hablar rápido y nervioso, configuraba un cuadro en el que había un ligero pálpito de extravagancia. Pero pronto descubrimos que no había nada de loco ni de crédulo en él. Su voz se deslizaba con facilidad hacia el tono irónico y sus ojos tenían un duro destello. En los intervalos, al enseñamos su museo y hablar de sus descubrimientos, nos contó algo de su vida. Resultó que llevaba viviendo en aquella casa, que construyera él mismo, cincuenta años: veinticinco con su hermano Henry y los otros veinticinco solo. ¡Cincuenta años en Herrerías! Era difícil de imaginar.

Siret era un hombre inteligente y educado, cuya vida solitaria le había dado tiempo para pensar mucho. Era un devoto de España, de la que decía era la tierra originaria de las sirenas. Aquellos que habían sentido su encanto alguna vez —decía— nunca podrían acostumbrarse a vivir en otro sitio. Pero se quejaba de la clase media española, a la que llamaba ignorante y perezosa, y hablaba solamente bien del *pueblo*. Este tenía grandes cualidades, pero que nadie creyera que podía ayudarle a mejorar su suerte, porque su mérito estribaba en permanecer igual que estaba. En todos los

intentos de elevar su nivel de vida veía la mano de Moscú.

Su obra, por supuesto, había sido muy notable. Podía decir que con el pequeño sueldo de un ingeniero de minas, sin la ayuda financiera de nadie, él y su hermano habían excavado más terreno que todos los arqueólogos españoles de su tiempo juntos y que, al hacerlo, habían encontrado, encajada en su lugar, una pieza enteramente nueva del rompecabezas de la prehistoria. Aquí, en el remoto tercer milenio, los hombres del Mediterráneo oriental habían poseído una especie de Potosí, en el que fundían el cobre y extraían la plata por un complicado procedimiento de calentar juntos dos minerales obtenidos separadamente. En su opinión, la mayoría de la plata usada en Minos y Micenas se había obtenido aquí, lo que demostraba lo pronto que se habían abierto los caminos del comercio en Occidente. Pero él mismo ensombrecía el valor de sus descubrimientos al insistir en que todo esto había sido obra de los fenicios. El mundo de la erudición mantenía que por aquel tiempo los fenicios vivían en el golfo Pérsico, negándose a aceptar su punto de vista e incluso dudando, durante algún tiempo, de la autenticidad de sus excavaciones. Me di cuenta de que esto aún le molestaba. Su cólera estalló mientras paseaba por su museo y coronaba alegremente una calavera neolítica con una pantalla rosa o acariciaba un huevo de avestruz grabado. Dijo que denigrar a los fenicios se había convertido en la manía de ciertas personas. Se podría decir que era el antisemitismo de los sabios. Y era inútil discutir. Los únicos hechos que merecían la atención de los arqueólogos eran sus propias envidias y celos: «Ce n'est pas une science, l'archéologie, c'est un combat á mort».

Cuando lo hubimos mirado todo, Siret salió con nosotros hasta el porche para despedirnos. Gritaba para hacerse oír en medio del guirigay de los gorriones.

—Esto es lo que ocurre —dijo, agitando la mano en dirección a los pájaros— cuando uno piensa que ha conseguido enterrarse en un lugar tranquilo y solitario. Cada año empeoran y cada año decido destruirlos. ¿*Mais que voulez vous*? Cuando se vive solo no es tan fácil pelear con el único vecino que se tiene.

Al cabo de un año volvimos a Cuevas a ver a Louis Siret. Él había prometido visitarnos en Yegen y hacer algunas excavaciones

en Piedra Fuerte y en Ugíjar, y yo quería recordárselo. Pero al entrar en la calle mayor nos detuvo una procesión funeral. El ilustre anciano había muerto el día anterior.

La campiña que rodea a Cuevas constituye una de las más ricas regiones arqueológicas de Europa y ha sido continuamente explotada en busca de cobre y plata desde la mitad del III milenio a. C. hasta hoy. Pocos kilómetros por debajo de la casa de Siret, por donde el Almanzora desemboca en el mar, se puede llenar todavía una cesta con trozos de cerámica de Samos y caminar sobre los emplazamientos de las ciudades púnicas, romanas, bizantinas y árabes en esta costa, en la cual hoy no se ve ni una sola edificación, ni una brizna de yerba. O, si se prefiere, se pueden visitar, en las cercanías de la aldea de Antas, las estaciones neolíticas de El Gárcel o El Argar, de la Edad de Bronce, o algunas otras —El Oficio, Gatas, Fuente Álamo, Fuente Bermejo— situadas en un radio de unos diez kilómetros. Pero al viajero fortuito hay que advertirle que hay muy poco que ver en la superficie de estos lugares, y sin una ojeada a los planos y descripciones de Siret, es probable que saque poco en limpio. La única excursión que yo recomendaría a un no profesional es de tipo puramente sentimental. Le aconsejaría que llegue hasta El Gárcel, como yo hice en una ocasión, y que contemple el paisaje desde la llana cima de la colina pelada; allí, con toda seguridad, se celebró un acontecimiento que, aunque parezca increíble a la mayor parte de la gente, marca el principio de la historia inglesa.

Dese marcha atrás a la máquina del tiempo, hasta alcanzar una remota fecha de hace cuatro mil seiscientos años, más o menos. Acaba de ser construida la gran pirámide de Kheops, el pueblo de Creta pasa del neolítico a la primera cultura minoica. Sobre esta colina, en una colonia amurallada, viven unas gentes de pequeña estatura, de rostros alargados y pelo oscuro (los hombres miden menos de un metro cincuenta y dos centímetros de altura y las mujeres son dos o cuatro centímetros más altas), siembran y cosechan cereales, funden un poco de cobre, cuidan cabras, ovejas, perros y un ganado pequeño de larga cornamenta. Visten ropas hechas de lino y hacen vasijas lisas, oscuras, de base redonda, de un tipo semejante al que se había hecho en el delta del Nilo mil años antes. Pero los pastos son pobres y siguen afluyendo de África

nuevos inmigrantes, por lo que, un día, un pequeño grupo de aquellas gentes marchan con sus sacos de esparto llenos de semilla de cereal y sus animales domésticos en busca de tierras mejor regadas. Siguiendo la costa oriental pasan a Francia, tuercen luego hacia el norte por los bosques de robles, habitados por una escasa población de cazadores cavernícolas, y llegan, después de errar tal vez durante generaciones, hasta el canal de la Mancha. Este era más estrecho de lo que es hoy, y, empujados quizá por la esperanza de encontrar un país virgen, al amparo de las flechas de los habitantes de los bosques, lo cruzaron con su ganado en sus canoas de cuero. Allí, por fin, terminaron sus andanzas. Se establecieron en un territorio cretácico y erigieron pequeñas aldeas con empalizadas, y se dedicaron a cultivar la tierra, hilar sus vestidos de lino, cocer sus vasos redondeados, apacentar sus ovejas y ganado y, de vez en cuando, observadas determinadas ceremonias, comerse unos a otros. Así introdujeron las artes de la vida civilizada en Inglaterra. ¿Cuánto tiempo, se pregunta uno, mientras se sentaban en sus húmedas cabañas, mirando caer la lluvia continuamente, perduraría entre ellos el recuerdo de que sus padres habían viajado hasta allí desde un país de sol perpetuo? ¿Soñarían alguna vez con volver?

El sol se puso mientras yo me encontraba entre las ruinas de las cabañas, en la cima de la colina. Las largas sombras desaparecieron, y un brillo frío, rosado, inundó la parte occidental del cielo. Del pueblo venía el sonido rápido, duro, de una campana de iglesia y, de repente, la tarde se convirtió en un cuadro de Ingres y tomó el aspecto del cadáver de una joven en su cámara mortuoria. Corrí por la pendiente hacia el seco lecho de un río y subí hasta la carretera donde estaba mi coche. Muy lejos me encontraba, entre aquel aire cálido y lechoso y aquella luz clara y marmórea, de las tierras cretácicas y de los olmos de Inglaterra.

Hay otra zona arqueológica en la provincia de Almería de la que me gustaría hablar. Es el refugio rocoso conocido como la Cueva de los Letreros, donde se encuentran algunas de las más interesantes pinturas prehistóricas de tipo estilizado que hay en Europa. Para visitarla se debe ir a Vélez Blanco, un pueblo al lado de la carretera de Granada a Murcia, en el que, como ya he dicho, se encuentra un castillo del Renacimiento que, a pesar de la pérdida de sus

mármoles, vale la pena contemplar. La cueva está muy alta, sobre la aldea, justamente debajo de la cima de la montaña, y se piensa que sus pinturas son más o menos contemporáneas de las de El Gárcel, aunque realizadas por un pueblo diferente. Lo más notable de las pinturas, situadas sobre un pequeño panel de roca, es la figura de un mago enmascarado, con cuernos, como Pan, que sujeta una hoz con ambas manos y de uno de cuyos cuernos cuelga lo que parece ser una fruta grande o una flor. Representa claramente a un espíritu de la vegetación, análogo a los que aparecen en los sellos del minoico antiguo, y la ceremonia que está haciendo es la recogida de una rama sagrada. Algunas de las pinturas que la acompañan parecen repetir en forma más abstracta o abreviada el mismo tema, mientras que otras emplean distintos símbolos. Cualquier interesado en estas extrañas pinturas puede consultar los volúmenes que les dedica el abate Breuil en su obra *L'art rupestre schématique de la Péninsule Ibérique* (4 vols., 1933).

XVIII. Granada en los años veinte

La Granada de los años veinte era una ciudad provinciana tranquila, sosegada y reservada, apenas turbada por los turistas, excepto durante el mes de abril y muy distinta de esa agitada ciudad en expansión que es en la actualidad. Su encanto radicaba, por supuesto, en su situación: la inmensa llanura verde, las montañas cubiertas de nieve, los olmos y cipreses de la colina de la Alhambra, los arroyos de aguas rápidas y ruidosas. Todos estos elementos componían un conjunto que nadie confiaba encontrar en ninguna otra parte. Pero la ciudad era también atractiva por sí misma. Sus calles, sus plazas, sus perspectivas y paseos públicos no eran lo bastante impresionantes como para captar al turista normal, pero poseían bastante carácter y variedad para el residente. Y, además, ahí estaba la llana y verde campiña con sus grandes olivos centelleantes y sus arroyos claros ribeteados de flores de lis azules y de bosquecillos de álamos en la ribera. El lugar tenía calidades líricas, una elegancia de situación y detalle, de tono y forma, que evocaba Toscana o Umbría más que la dura y leonada piel de España.

No todo el mundo estará de acuerdo con este cuadro, dado que existe una tradición en los libros de viajes ingleses y franceses, establecida por los primeros escritores románticos, según la cual Granada representa la cumbre de lo exótico y lo oriental. Pero al visitarla se comprueba que, a pesar de su latitud, tiene un carácter y un clima mucho más norteño que Nápoles. Una ojeada a una guía lo confirmará, pues está situada a una altitud de seiscientos cincuenta metros sobre el nivel del mar, y las lluvias, en invierno, superan a las del sur de Inglaterra. Aunque ese glorificado torreón, el palacio

de la Alhambra, recuerde durante algunos meses del año el aburrimiento de las bailarinas y el parpadeo de la luz y del calor, las lluvias del otoño borran rápidamente esa impresión. Ya en diciembre, el visitante se encuentra rodeado por cosas norteñas —el toque frío del aire bajo el sol, las castañeras acurrucadas en las esquinas de las calles, las hojas amarillentas que yacen fosilizadas en los caminos y la neblina de la mañana, en ascenso desde la llanura—. Y luego viene el año nuevo; la nieve cae, cuelgan témpanos de hielo de los aleros y la Alhambra toma un aspecto que, a pesar de todo su pintoresquismo, nunca queda plasmado en las postales. Los ciudadanos de esta poética ciudad están muy lejos de conformarse a la idea que tenemos sobre el carácter andaluz. Al contrario de los sevillanos y de los malagueños, son gente sobria y convencional, más puritanos que la mayoría de los españoles, poco dados a la risa y que visten de negro en cuanto pueden. Son independientes y animosos, obstinados en la defensa de sus derechos y muy trabajadores. Desde luego, están tan provistos de lo que suele llamarse «carácter» que fácilmente podrían pasar por castellanos, si no fuera por su amor a los jardines, a los tiestos y a otros refinamientos estéticos odiados por los habitantes de la *Meseta*, que viven de modo parecido a los campesinos de la Anatolia, en sus ciudades y pueblos de adobe. Pero la diferencia radica en que poseen una de las llanuras más ricas y mejor regadas de Europa, donde el trigo, las alubias, las patatas, el tabaco, la remolacha y el maíz crecen a la perfección entre los granados y los grandes olivos.

Esta llanura o *vega*, como la llaman, es, desde luego, la razón de la existencia de Granada. En tiempos de los moros sostenía a más de medio millón de personas. Luego, expulsados los moros, los cristianos la tomaron y la ciudad comenzó a declinar. En 1800, Granada, junto con los treinta y tantos pueblos circunvecinos, no llegaba a los cien mil habitantes. Pero la *vega*, aunque cultivada sin esmero, era tan fértil que continuaba produciendo con igual abundancia que antaño. Como el estado de las carreteras y la lejanía de los mercados no permitían más que la exportación de la seda, el coste de la vida alcanzó un nivel muy bajo. Granada llegó a ser conocida como *la tierra del ochavico*, porque casi nada en ella

costaba más de esa cantidad. Según un novelista, Juan Valera, una familia podía alquilar una buena casa con sirvientes y caballos y consumir los mejores alimentos disponibles por seiscientos reales al mes, mientras que los hoteles más caros cobraban seis reales al día. Tal era la situación cuando, en la primavera de 1807, Chateaubriand hizo su famosa visita y colocó a la Alhambra en el mapa de los románticos, y Granada continuó sin muchas subidas de precios hasta 1870, cuando el ferrocarril a Málaga quedó terminado y un viaje que hasta entonces suponía tres días en diligencia pudo hacerse en uno. A continuación, la agricultura empezó a prosperar, y durante la primera guerra alemana se hicieron pequeñas fortunas con la remolacha y el eucaliptus, que crece rápidamente.

En mi primer viaje de Ugíjar a Granada paré en la posada de San Rafael, que estaba situada en la calle de la Alhóndiga, lugar de numerosas posadas y pensiones baratas. Aquí acudían siempre los arrieros de los pueblos de la Alpujarra oriental, como lo venían haciendo, según parece, desde el siglo XVII. Los dormitorios eran como pequeñas celdas sin ventanas que se abrían a un balcón de madera que daba la vuelta al patio, y su precio era de una peseta diaria. Posteriormente, don Fadrique, mi patrón, que había pasado una temporada en Yegen, me invitó a volver a pasar con él y con la familia de su mujer una o dos semanas en un pueblo de las cercanías.

Era agosto de 1920. Para escapar del calor del día, salimos un poco antes de la puesta del sol y viajamos casi toda la noche, montado él en su huesudo caballo gris, cargado con bultos y paquetes, y yo a pie, a su lado. La luna brillaba, los ruiseñores cantaban en los tamariscos y en los álamos, casi al alcance de nuestras manos, y una agradable frescura se levantaba del río al vadearlo. Descansamos durante unas horas en una de las *ventas* de la carretera (cada cinco o seis kilómetros había una, a lo largo de los caminos principales y de los senderos de mulas) y llegamos a nuestro destino a la tarde siguiente, sudorosos y polvorientos.

La casa en que vivía don Fadrique era un sólido edificio situado al final de una calle del pueblo. Su puerta principal daba a un patio interior cubierto por un toldo movible, y allí pasaba la familia las tardes de verano, y además había, por un lado, un salón oscuro, de

persianas cerradas, en el cual las sillas talladas y doradas, envueltas ligeramente en muselina, se reflejaban en los espejos polvorientos, y al otro, un pequeño comedor con una habitación contigua, una especie de sombrío cuchitril donde la familia, según supe más tarde, pasaba los días de invierno apiñada en torno a la *mesa camilla* y al brasero. En las grandes casas españolas, donde la calefacción es tan difícil, los meses fríos provocan una contracción general, una retirada parecida a la del caracol, a la última y más pequeña celda, mientras que el primer signo del verano trae una expansión. Me di cuenta de que, aunque había una criada de aspecto desaliñado, doña Lucía cocinaba todo ella misma. Las familias ricas andaluzas suelen vestir bien cuando salen y generalmente tienen buenas casas, pero viven con economías. Hasta hace un siglo no conocían el uso de los platos, sino que comían todos en el plato común, como hacen en la actualidad las gentes más pobres de los pueblos. Naturalmente, no tenían invitados. Nunca olvidaré la bondad y la honestidad con que esta familia trató a un joven que vestía de pana y alpargatas, como un obrero, y hablaba un español execrable. Allí estaba yo, disfrutando de la mejor cama —un magnífico armatoste de latón pulido— en el mejor dormitorio —decorado en colores azul y rosa—, mientras que se me servía cuatro o cinco veces al día un té flojo, pero medicinal. Si hubieran podido me habrían proporcionado niebla londinense para aliviarme de la nostalgia que ellos pensaban que sentía. Pero al hablar de ellos me refiero sobre todo a doña Lucía. Su marido, mientras liaba un cigarrillo, me miraba con aquellos ojos habitualmente cínicos y divertidos. Sin duda se sentía satisfecho de que su inglés particular hubiera resultado un tipo verdaderamente excéntrico. La madre de ella y sus hermanos, molestos quizá por mi atuendo, se limitaban a ser corteses y amables.

Mi anfitriona sí que vertió sobre mí aquel calor generoso y aquella bondad que la experiencia posterior me enseñó a ver como característica de las mujeres andaluzas.

Desgraciadamente, no puedo decir lo mismo de su madre, doña Ana. Era una representante ruda y colérica del antiguo matriarcado. Una masculinidad retrasada había hecho crecer vello sobre su labio superior y sobre la barbilla, y cuando, como ocurría a menudo, se

sentía fuera de conversación, su *ego* emergía y se desbordaba, gritaba y agitaba sus brazos, mientras que su corto y regordete cuerpo palpitaba por todas partes como un motor. Sus hijos se mantenían alejados cuando estaba en este estado y todas sus reclamaciones de atención caían sobre su hija. Pero incluso ella tenía cosas interesantes que contar. Todas las mujeres andaluzas de su edad podían recordar a la caballería cargando en las calles y a los miembros de la milicia revolucionaria registrando las casas en busca de armas. Sus relatos fueron mi primer contacto con la historia de España en el siglo XIX. Su fin fue terrible: algunos años más tarde se tiró por una ventana, en uno de sus ataques de irritación, y murió.

Doña Lucía tenía dos hermanos, uno de los cuales, Tancredo, vivía en la casa, y el otro, casado, vivía unas cuantas puertas más abajo. Aunque los dos habían estudiado derecho en la universidad, no hace falta decir que ninguno de ellos pensó jamás trabajar como abogado. Eran *señoritos* andaluces y sus vidas estaban totalmente entregadas a vivir de las rentas de sus tierras, que unas veces dejaban en arriendo a medias y otras en simple renta a los campesinos. Tanto por sus apariencias como por sus caracteres, los dos hermanos eran diferentes. Jaime, el hermano casado, era un hombre que había sacrificado voluntariamente su personalidad a un gran ideal: ser un caballero perfecto y cumplido. Para él, un perfecto caballero era el hombre que no podía permitirse ni la más ligera desviación de la norma. Debía ser tan similar a los otros caballeros perfectos de su club como un guijarro de la playa lo es de los demás guijarros. Ello significaba que estaba obligado a suprimir cualquier inclinación a afirmarse a sí mismo que pudiera sentir y a seguir la estricta vía de la corrección en el vestido, en la conversación, en las opiniones, en las maneras, en la caligrafía, en las formas de pasar el tiempo, en los amigos y en todo lo demás. Solamente se desahogaba en sus cartas (poseo algunas que tienen más de veinte páginas). Y llegaba a unos niveles de sublimidad y elocuencia al hablar de la restauración monárquica —sin una sola tachadura y escritas enteramente a mano— que me resultan imposibles de reproducir. Este hombre, a pesar de la forma implacable con que perseguía su meta de autoperfección, que me

recordaba a veces la austera unilateralidad de los ascetas y místicos españoles, nada tenía de vulgar ni de pretencioso. Podía haberse ahorrado sus esfuerzos en pulirse, porque tanto por su voluntad como por su naturaleza fue siempre un *caballero*.

El otro hermano, Tancredo, era persona de tipo más común y más tosco. A primera vista se le hubiera tomado por un oficial retirado o, incluso, por un maestro de esgrima. Un sentimiento especial le embargaba en presencia de las mujeres. Ante ellas hacía reverencias y sonreía ampliamente, levantaba sus gruesas cejas, retorcía sus mostachos encerados y hacía que sus negras pupilas emitieran una especie de humedad que las hacía brillar. Y las mujeres, tal vez para demostrar que podían hacer lo mismo, le replicaban de parecida manera. Este aire de galán le dio en las fiestas y bailes a los que asistía en Granada una especie de popularidad donjuanesca entre las mujeres. Pero no estaba disponible para el matrimonio, pues, aparte del problema de su edad, tenía una amante. Era esta una mujer de mediana edad, esposa de un oficial retirado, que le había abandonado para dedicarse a una vida disoluta y del cual tenía un hijo y una hija. Tancredo pasaba parte del día con ellos y en lugar alguno se podría encontrar un *ménage* más respetable. El amante echaba continuamente sapos y culebras sobre los modales de los niños, deprimentemente aburridos y modélicos, y agotaba a la madre con la exuberancia de sus sentimientos paternales. Ella no podía decirle que eso era asunto suyo, como hubiera hecho cualquier otra esposa española, porque, como no estaban casados, dependía económicamente de él. Pero hay que decir, para hacerle justicia, que estaba dispuesto ansiosamente a casarse con ella, y al llegar la República, que legalizó el divorcio, tomó medidas para obtener su libertad. Su familia, cuyos sentimientos de humanidad eran más fuertes que su obediencia a la Iglesia, le apoyó en ello, pero antes de que el asunto pudiera solucionarse estalló la guerra civil y fue abolida la ley del divorcio.

El papel de *la querida* en el sur de España es algo distinto del que juega en otros países. Para el hombre casado es un lujo, tan caro como un coche americano, pero menos satisfactorio, pues no se puede enseñar a los amigos. En las ciudades de provincias hay

pocos hombres lo suficientemente ricos como para sostener una carga semejante. Pero para el soltero es como una esposa de segunda categoría, y mientras que él siga viviendo en casa de sus padres y visitándola en un piso barato que le haya alquilado, le resultará una mujer económica. La situación generalmente empieza así. Un joven retrasa su boda porque no puede económicamente o porque no quiere perder su libertad. Mientras tenga dinero encontrará numerosas chicas, más o menos respetables, con las cuales divertirse. Luego, al envejecer, surge en él el deseo de una vida estable, pero tampoco quiere perder la posición privilegiada de que goza con respecto a las mujeres, debido a la dependencia económica de estas con respecto a él. Además, quizá se haya acostumbrado a la idea de que su vida sexual debe ser secreta y furtiva. Si vive con su madre y está emocionalmente fijado en ella, es probable que tal sea el caso. Lo que suele ocurrir es que encuentra alguna joven de la clase baja o de la clase media baja, se enamora un poco de ella y la instala en un piso en el barrio popular. Si ella llega a tener hijos de él, posiblemente la relación se convierta en permanente y en el lecho de muerte puede ser que se celebre la boda. Estos arreglos, hay que decirlo, suelen funcionar bien. La amante será fiel, aunque no sea más que porque sabe que la vigilan mil ojos hostiles y será abandonada enseguida si se compromete con alguien. El amante se mostrará bondadoso, porque tiene las riendas en las manos, y solamente visitará a la mujer cuando tenga ganas de hacerlo. Los dos considerarán que poseen algo que un matrimonio con una persona de su misma edad no hubiera podido proporcionarles.

Granada era una ciudad tan obviamente habitable —sus aguas, tan claras; sus paisajes, tan bonitos; sus confituras, tan excelentes— que era de esperar que tuviera una pequeña, pero sólidamente asentada, colonia británica. Los británicos vivían no en la ciudad, entre los españoles, tan amantes del ruido y de las multitudes, sino asentados sobre ella, en el borde sur —y por eso el más protegido— de la colina de la Alhambra. Allí ocupaban una fila de modestos *cármenes* o villas, cada uno con una porción de jardín y una pequeña vista sobre tejados, calles, iglesias, ríos, llanura y las distantes montañas, de forma de ballena. De pie junto a la puerta de

una de estas villas se oían al atardecer los gritos y los ruidos de la ciudad, que subían como algo que se alejaba y que no tenía ninguna conexión con nada, mientras que las luces se iban apagando una a una.

El primero de estos cármenes pertenecía a William Davenhill, el vicecónsul británico. Vivía este con su encantadora familia —su madre, tres hermanas y un hermano— y ejercían una hospitalidad que muchos visitantes de paso recordarán con placer. El puesto era hereditario, pues su padre había venido de joven y había sido vicecónsul, y una de las hazañas de la familia Davenhill era que, aun siendo pura y totalmente ingleses, podían mezclarse con la sociedad andaluza como si fueran españoles. Su desgracia consistía en que, después de haber elegido el lugar donde edificar su casa, atraídos por el paisaje que dominaba, les construyeron justo enfrente el vasto Hotel Palace. Unos cien metros más allá, en la ladera, estaba la pensión Matamoros, con su atractivo jardín. La dirigía una señora escocesa de carácter un tanto hosco y brusco, miss Laird —baja, de pelo blanco, siempre vestida de negro—, que en sus años mozos había sido la institutriz de los Davenhill. Y al lado de la pensión, en una casita de una planta, que se decía había pertenecido a aquel famoso soldado del Renacimiento, Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, vivía el miembro más antiguo de la colonia: Mrs. Wood.

Esta anciana —había nacido en 1840— era una persona notable. En su juventud había sido famosa por su belleza, y seguía vistiendo como entonces. Por eso, una invitación a tomar el té con ella era un acontecimiento. Se empezaba por tocar el timbre de la verja de hierro que daba entrada a sus dominios y, abierta esta, se veía una figura alta, erguida, vestida con un traje de lino blanco que barría el suelo, y llevaba cuello alto de encajes e iba tocada con un sombrero Leghorn. Collares de pesado ámbar y cuentas de plata colgaban de su cuello como amuletos, y su cara, en la que destacaban sus ojos, enormes y suavemente brillantes, estaba muy pintada y empolvada. Al ver a su visitante ponía en el suelo la regadera que tenía en la mano, se quitaba el guante y le daba la mano. Luego, con voz rápida, que a veces daba paso a un español que, por su acento americano y su sintaxis defectuosa, era bastante ininteligible, le

conducía a uno a una habitación muy pequeña, llena de antigüedades y chucherías, que olía a muchas cosas y, además, a flores. Su sobrina, miss Dillon, una hermosa mujer de cabellos blancos, hacía el té, y había una gran abundancia de pastelillos calientes y de pastas.

Al terminar la merienda, Mrs. Wood, todavía en conversación infatigable, le llevaba a uno al jardín. Una línea de cipreses corría a lo largo del borde de la escarpadura y, si era el mes de abril, se podían ver fresías, junquillos, cepas y alhelíes amarillos. Entre los troncos se divisaba un paisaje de verde llanura y grises olivos, que se extendían hacia las distantes montañas. El camino terminaba en un muro cubierto de yedra y cerrado por una verja. Al abrirla se veía enfrente otro jardín y otra terraza, pertenecientes a otra casa, que llevaba el nombre de Los Mártires. Fue aquí, en un convento carmelita del que solamente quedaban algunos trozos de pared, donde San Juan de la Cruz escribió su *Noche oscura del alma*.

Mistress Wood era una de esas heroicas mujeres que mantienen una cerrada defensa contra los embates de la ancianidad. Pasaba gran parte de su tiempo vistiéndose y arreglándose el rostro, y los ratos que le quedaban los ocupaba en tranquilas actividades, como trabajar en el jardín o leer. La conversación le cansaba más que nada, posiblemente porque se sentía obligada a hablar más que su interlocutor. Pero esto no era porque tuviera mucho que decir, sino porque escuchar la cansaba aún más. Con su palabrería mantenía a raya las voces peligrosamente disonantes, contradictorias. Su sobrina me dijo que había inventado un modo de comportarse para cada situación. Su divisa era «disimular, disimular siempre», con lo cual quería decir que solamente escondiendo los pensamientos propios puede uno disfrutar de libertad y paz espiritual. Era evasiva en sus gestos, y sus ojos, grandes y oscuros, que tenían sombras profundas, se movían sin cesar sobre la mesa o el suelo, pero evitaban encontrarse con los ojos ajenos.

Encontré el otro día algunas cartas tensas y neuróticas de su sobrina, en las que se explayaba sobre el tema de esa sociedad compuesta por una docena, o algo más, de personas, la mayor parte mujeres solteras, a las cuales siempre iba a ocurrir algo, pero, de hecho, nunca les ocurría nada, por lo cual sus sentimientos eran

desproporcionadamente intensos. Como en las novelas de Dostoievski, los acontecimientos más nimios se convertían en prodigiosos dramas. Los escándalos yacían siempre cerca de la superficie. Sin embargo, nada de esto afectaba a Mrs. Wood. Sus sentimientos se despertaban solamente por los asuntos que se referían a su generación, que en la práctica estaba únicamente representada por miss Laird, a la que había hecho dueña de una pensión para asegurarse sus propias comidas, por lo que la miraba como una creación particular suya. Y miss Laird se sublevaba continuamente. Era obstinada, de rostro enrojecido y ferozmente independiente, y tenía, o así se decía, una secreta afición a la ginebra y al whisky. Después de largos retiros en su dormitorio, surgía lanzando oscuros y críticos discursos o aparecía tambaleante y desmelenada en las escaleras. Entonces, Mrs. Wood, temblando por lo que consideraba un atentado personal contra su autoridad, intervenía:

—Está intentando asustarme —decía a su sobrina—; pero puedes decirle de mi parte que si ella tiene un ataque de apoplejía y se muere antes que yo nunca la perdonaré.

Como todas las personas ancianas, Mrs. Wood era una exiliada en el tiempo presente. Aunque hablaba pocas veces del pasado, su mente volvía libremente a su niñez en México, durante los turbulentos tiempos de la guerra con los Estados Unidos, y luego a la guerra civil norteamericana, época en que su belleza estaba en todo su esplendor. Recordaba haber visitado París antes de que se construyeran los bulevares, pero qué había hecho a partir de entonces, o quién había sido Mr. Wood, al que debía su pasaporte británico, nadie parecía saberlo. Vivió hasta 1935, con sus facultades intactas, y mi mujer y yo tomamos el té con ella en su noventa y cinco aniversario. Aquella mañana hizo una demostración de su lucha contra la edad al ir sola a misa a la ciudad y volver luego en tranvía. Pero siempre había hecho cosas por el estilo. Cuando tenía cerca de los ochenta había ido en mula y en autobús a aquella posada de Cádiar que tanto había horrorizado a Lytton Strachey; luego, alquiló una montura y se puso a recorrer el campo tocada con su sombrero blanco. Siete u ocho años después de aquello ocupó mi casa en Yegen, durante el verano, mientras yo

estaba en Londres, desafiando el largo viaje de ida y vuelta en medio del calor. Tenía espíritu y nunca se quejaba de nada, y eso, supongo, fue lo que le hizo vivir tantos años.

Muy diferente en todos los aspectos a los residentes británicos que habían hecho sus casas a lo largo del borde de la colina de la Alhambra, era un matrimonio que al año siguiente de la guerra se estableció en una nueva y lujosa casa situada en el desnudo espolón próximo al cementerio. Eran los Temple. Él era un hombre alto, delgado y guapo, de cincuenta y pocos años, que tras buscar caucho en el Gran Chaco había ingresado en el Servicio Civil, ascendiendo rápidamente a vicegobernador del protectorado de Nigeria. Luego, después de estar solamente tres años en ese puesto, se había retirado, deshecha su salud por las fiebres de que fue presa en Paraguay, y se había establecido en Granada. Su mujer era escocesa, hija de sir Reginald Mac Leod of Mac Leod, del Castillo de Dunvegan, en Skye, subsecretario para Escocia a principios de siglo.

Su matrimonio se había producido de una manera extraña. Olive Mac Leod había estado prometida a un joven soldado romántico llamado Boyd Alexander, que vivía, como ella, en un castillo escocés, vestía al modo medieval y sentía pasión por la ornitología. Posteriormente se dedicó a la exploración. En 1905 dirigió la primera expedición que cruzó África desde el lago Tchad al Nilo, y unos años después, en una segunda expedición, fue muerto por los nativos de las marismas que circundan el lago. Su prometida, que había estado muy enamorada de él, resolvió llevar un bloque de granito nativo a su tumba. Sus padres le dieron autorización y marchó con un matrimonio que tenía alguna experiencia de África occidental. La ruta más fácil hubiera sido por la Nigeria británica, pero como el gobernador de las Provincias del Norte, que era Temple, le negó el paso, sobre la base de que el país no ofrecía seguridades para una mujer blanca, fueron por una ruta más larga, por el Congo francés. Después de un viaje difícil a través de un país inexplorado, que ella describe en su libro, encontró la tumba y colocó la piedra. Luego volvió por Nigeria, donde conoció al hombre al que había desafiado, y se casó con él.

Charles Temple era un hombre que habría llamado la atención en cualquier sitio. Su gran estatura, su rostro enjuto, hermoso, y su

aire autoritario, se imponían. Uno imaginaba en él al gran señor feudal, divirtiéndose con sus amigos en un momento, y al siguiente —ya que era caprichoso e impaciente— ordenando que les cortaran la cabeza. Pero para él no había lugar en la Europa moderna. Su costumbre de andar como un águila majestuosa entre gorriones y su indiferencia demasiado patente a lo que la gente pensara de él, producían una penosa impresión. Además, sus largos años en las selvas africanas habían hecho de él un excéntrico. En el verano andaba con dos sombreros de fieltro, uno encima de otro, en la cabeza, porque había descubierto que era tan agradable como llevar un *salacot*. Esto motivaba que le siguieran tropeles de niños con harapos y cazos rotos en la cabeza, lo que le producía una profunda irritación. Luego, cuando sus ataques de fiebre requerían que tuviera puesto un abrigo dentro de casa, se ponía uno que estaba cubierto de manchas de pintura y de aceite de su taller (estaba orgulloso de ser un experto ingeniero, que trabajaba con sus propias manos) y no se lo quitaba. Lo llevaba puesto encima del *smoking* el día que el embajador fue a cenar a su casa.

Temple también tenía peculiares ideas sobre arquitectura. No veía por qué los únicos ángulos utilizados eran ángulos rectos. Creaban un edificio demasiado rígido e impersonal e impedían que la construcción siguiese la línea natural de la tierra. Las ideas mongólicas (más tarde taoístas) según las cuales la tienda debe ser levantada en un lugar en donde esté en armoniosa relación con el campo, para no ofender a los *genius loci* o atraer a los malos espíritus, le parecían más acertadas. También tenía sus teorías sobre las chimeneas. Desde su punto de vista, nunca debían estar situadas al nivel del suelo, sino a más de un metro por encima de este, al nivel de la cara de una persona sentada. Por eso, cuando construyó su casa sobre el emplazamiento de un antiguo reducto francés en la colina de la Alhambra y por encima de esta, se aseguró de que sus ángulos fueran agudos u obtusos y de que las chimeneas, una en cada habitación, estuvieran situadas en pequeños recintos a la mitad de la altura de la pared. Tenían un aspecto bastante agradable, pero no calentaban los pies. Mrs. Temple era completamente diferente de su fascinante, caprichoso e inquieto marido. Hablaba lentamente, pero cuando había concluido se sentía

que había puesto toda la fuerza de su carácter, la amplitud total de su experiencia, detrás de sus palabras. Tenía una especie de gravedad, una solidez en su forma de ser mayor que la de cualquier persona que yo haya conocido, y cuando se decidía a hacer una cosa nada en el mundo podía impedir que la llevara a cabo. Pero si bien estas cualidades graníticas no hacían de ella una persona muy entretenida, sí la convertían en persona admirable, porque era liberal, de mentalidad abierta, casi dolorosamente honesta y dotada del más fuerte sentido de la responsabilidad. Se podía apreciar esto en su vida de casada, porque había sojuzgado enteramente su voluntad y su personalidad a la de su marido, cuya mala salud crónica y temperamento impaciente hacían de él una persona con la cual era difícil convivir. Noche tras noche se sentaba con él hasta las dos o las tres de la mañana, leyéndole en voz alta.

Los Temple pertenecían ambos, por temperamento y educación, a la clase gobernante eduardiana. Eran raros ejemplos de ella, porque tenían la amplitud de visión y el sentido de los principios de los «Whigs» y la devoción por el interés público propia de los funcionarios del Estado que ocupan los más altos puestos. Pero eran algo distantes y sombríos. En sus casas de campo, bien ordenadas, y en sus residencias coloniales, esta clase de gente respiraba un aire diferente al de los mortales ordinarios, y esto y la conciencia de su propia eficacia e integridad les hacía apartarse de lo que ellos consideraban asuntos frívolos y mezquinos de los demás. Podría considerárseles como una especie de superhombres, educados especialmente para llevar el fardo del hombre blanco y cuyo único defecto estribaba en tener tan pocas debilidades. En un país feudal y guerrero como el norte de Nigeria esto no importaba, pero en una civilización antigua, como es la de Andalucía, su incompatibilidad resaltaba enseguida. Esto era inmediatamente evidente a cualquier persona que acabara de salir del mundo español y estuviera presente en la ceremonia de la puesta del sol.

Para explicar en qué consistía esta debo decir antes que los Temple habían edificado su casa sobre una alta colina, encima de la ciudad, para poder contemplar las montañas nevadas. Todas las tardes, después del té, a la hora en que el sol iba a ponerse, Mrs. Temple llevaba solemnemente a sus invitados hacia la barandilla o,

si hacía frío, al gran ventanal que daba al sur, y pronunciaba con su lenta, enfática y cuidadosa voz: «No creo que tarde mucho ya». Mirábamos y esperábamos. Gradualmente, las cimas lisas, onduladas, que hasta aquel momento habían parecido remotas y ultraterrestres, empezaban a volverse de un color rosa pálido, como si un rayo de un proyector de tecnicolor las estuviera enfocando. «Ya —decía ella—. Ahora». Enseguida caía el silencio sobre todos nosotros y nos sentábamos sin movernos, mirando cómo el rubor rosado se hacía más profundo y desaparecía luego poco a poco. En cuanto se había ido completamente, la gente empezaba a hablar otra vez, con el alivio que se siente al salir de una iglesia y sin que a nadie le hubiera producido ilusión alguna lo que acababa de ver.

Me había acostumbrado tanto a esta pequeña ceremonia que había dejado de pensar en ella hasta que una tarde me encontré en casa de los Temple con un amigo español, Fernando de los Ríos. Era profesor de la Universidad de Granada y, a pesar de su encanto y cultura, se había ganado la enemistad de aquel lugar tan conservador debido a sus opiniones moderadamente socialistas. Después de la cena salimos juntos de casa de los Temple.

—¿Quiere usted decirme —me preguntó mientras bajábamos la colina— qué es lo que ocurría cuando todos nosotros nos sentamos sin hablar mirando aquel lugar rosado de la montaña?

—Estábamos contemplando la puesta del sol.

—Sí, ya lo sé; pero ¿por qué estaba todo el mundo tan serio?

Vacilé un momento. A nadie le gusta traicionar a su país revelando sus secretos. Sin embargo, no parecía que hubiera otra alternativa, de manera que expliqué cómo esto era un rito místico confinado a los altos niveles del Raj británico.

—Aquí es la puesta del sol sobre la nieve —le dije—; pero en otros lugares puede tomar la forma de mirar con binóculo a algún pájaro raro, por ejemplo, un pinzón o un halcón peregrino posándose en su nido. Nuestros virreyes y nuestros ministros de asuntos exteriores sacan fuerza de cosas semejantes para los momentos difíciles.

—No comprendo —dijo.

—No —contesté—. Realmente no es explicable. Hay que esperar a que alguien escriba un libro sobre ello. Hasta entonces lo único

que le puedo decir es que algunos lo han comparado con el budismo zen.

Don Fernando no contestó nada. Era un hombre sencillo, gentil, que no conocía lo suficiente a los ingleses como para ver su lado absurdo. Todo lo que pensaba es que la escena política en su país sería mejor si hubiera gente como los Temple en posiciones influyentes. De lo que no se percataba es que estos sólo tenían verdadera eficacia en su trato con los pueblos coloniales.

XIX. Noviazgo y matrimonio

Granada, con sus cipreses y sus álamos, sus corrientes de agua y su elevada situación, parece que debería ser una ciudad como Florencia, en la que las artes y la poesía, la pintura y la música arraigan y florecen. Pero nunca ha sido así, excepto durante un corto período antes de la guerra civil. Hasta 1571 fue una ciudad mora enteramente distinta del Tetuán actual, y luego se vio eclipsada por Sevilla, a la que el comercio con las Indias proporcionó toda la riqueza y la vida del país que no se había acumulado en Madrid. El Siglo de Oro de la cultura española pasó sin que Granada produjera ningún pintor o escultor de importancia, excepto Alonso Cano; ni ningún escritor, salvo el aristócrata Diego Hurtado de Mendoza y el predicador Luis de Granada. Después, ya en el siglo XIX, produjo un pensador político, Ángel Ganivet, pero no se puede hablar de grandes figuras ni de una sociedad suficientemente madura para nutrir un arte vigoroso antes de la década de 1920. Entonces destacan dos nombres: el compositor Manuel de Falla y el poeta Federico García Lorca. Falla vino del norte durante la guerra europea y se estableció en una casa al lado de la iglesia de la Alhambra. Tenía entonces unos cuarenta años, y el estreno de *El sombrero de tres picos*, en Londres, en 1919, empezó a cimentar su fama internacional. Estaba profundamente interesado por la canción popular y la música andaluza, y la Fiesta del Cante Hondo, que organizó en 1922 en el Palacio de Carlos V, ayudó a atraer la atención sobre este tipo de cante al enseñar a la gente a distinguir entre cante *andaluz* o *jondo* y su versión vulgarizada, llamada *flamenco*. García Lorca también se interesó por este festival. Era entonces un joven de veintitrés años que pasaba los veranos en

la casa de sus padres, en las afueras de la ciudad, y los inviernos en la famosa Residencia de Estudiantes de Madrid. Era muy aficionado a la música y, como el folclore estaba en el aire, compartía plenamente el entusiasmo de su amigo Falla por la canción popular y la música de guitarra de su provincia.

Me gustaría poder describir este ambiente de música, el *cante jondo*, las corridas de toros, los paseos a la luz de la luna por el Albaicín o por la Alhambra y las conversaciones literarias, de las cuales surgieron los poemas y las obras teatrales de García Lorca; pero, desgraciadamente, no puedo hacerlo con una descripción de primera mano. Nunca conocí a Falla y mis dos encuentros con García Lorca fueron tan insignificantes que solamente tengo un vago recuerdo de ellos. Pero cuando, años después, leí su *Romancero gitano* sentí cuán impregnados estaban esos poemas de la Granada de aquellos días, que tanto ha cambiado de humor y sentimientos en los últimos tiempos.

Los años veinte fueron un período de prosperidad económica que siguió a una o dos décadas de mejora y renovación cívica. El tranvía eléctrico se hallaba en su primera gloria y navegaba como un cisne por en medio de las calles, rechinando y chillando mucho menos que hoy, y sus tentáculos llegaban a través de campos y olivares hasta los pueblos vecinos. De esta misma época data la luz eléctrica, quizá el único de todos los inventos del siglo XIX que fue bien recibido por los españoles, pues les permitió convertir en realidad algo que siempre habían deseado: hacer de la noche día. Sin embargo, faltaban todavía los coches. Luego cayó del cielo la Dictadura del general Primo de Rivera y las carreteras que los anteriores habían construido fueron asfaltadas, e hizo su aparición el motor.

Aunque Granada tenía todo el aspecto exterior de una ciudad moderna (su nueva calle principal, que atravesaba un barrio antiguo, era de una fealdad genuinamente moderna) continuaba perteneciendo espiritualmente, y por la fuerza de la inercia, al pasado. Los niños todavía jugaban al corro en las plazas, los aguadores pregonaban su agua de la Fuente del Avellano, las cabras subían por las escaleras para que las ordeñaran, las *pastelerías* todavía no habían aprendido a hacer pasteles franceses y los

heladeros seguían subiendo en mula a las cimas de la sierra en busca de hielo, lo mismo que se venía haciendo desde la época de los árabes. Desde la mañana hasta la noche, la plaza de Bibarrambla, que hoy está tan muerta, estaba llena de campesinos con sus trajes de pana negra, sus largas blusas negras y púrpura y sus pañuelos en la cabeza. Ese era el sobrio traje de todo el año de las gentes del campo, que contrastaba con las melodramáticas capas ribeteadas al frente con seda escarlata que los hombres de la clase media llevaban en los meses de invierno. ¿Y quiénes eran aquellos jóvenes que aparecían al caer la tarde apiñados como polillas contra las rejas de las plantas bajas? Eran los *novios*, que hablaban de amor y de matrimonio con sus *novias*, situadas al otro lado, dentro de la casa.

Una de las cosas que menos había cambiado en Granada era la manera de cortejar. Databa del siglo XVIII y era una cosa mucho más interesante de lo que sugieren sus aspectos pintorescos, de la misma manera que la corrida es algo más que el traje de los toreros y el paseíllo ceremonial. Para comprender cómo funcionaba esto hay que asentar la idea de que los sexos estaban rígidamente separados. Una chica no podía ser vista fuera de casa con un joven, aunque estuviera correctamente acompañada, sin provocar un escándalo, y tampoco podía ella esperar encontrarse con un hombre en una casa particular al menos que fuera hermano de una amiga del colegio, porque, excepto en ocasiones muy raras, no había nunca bailes, ni fiestas, ni diversiones. Sin embargo, ella podía intercambiar palabras fugaces o miradas durante el paseo de la tarde y, si tenía *novio*, pasar todas las tardes, hasta la media noche, hablando con él en la *reja* de su ventana.

Una chica podía cambiar de *novio* muchas veces, aunque manchara un poco su reputación al hacerlo, porque un *noviazgo* únicamente se convertía en compromiso serio cuando los padres daban su consentimiento formalmente y se fijaba para poco tiempo después la fecha de la boda. Cuando esto ocurría, el *novio* era invitado a la casa, se hacía amigo de los hermanos de su chica y era tratado (excepto quizá por el padre, que podía ser que no se ablandara hasta el día de la boda) como un miembro más de la familia, mientras que hasta entonces había sido un enemigo

potencial que debía ser mantenido más allá de las rejas de la ventana. Durante el cortejo en la ventana, los parientes varones de la muchacha, al entrar y salir de la casa, debían hacer como que no notaban la presencia del novio. Este tipo de cortejo tenía sus ventajas. Para empezar, no eran necesarias las presentaciones. Un joven podía conocer a cualquier chica que viera en la calle simplemente con mirarla fijamente al pasar a su lado, seguirla hasta su casa y luego pasear la calle arriba y abajo hasta que la muchacha, si estaba libre y le gustaba el pretendiente, le hacía una señal y aparecía aquella noche en la reja. Si su conversación le resultaba agradable, el muchacho podría convertirse en novio de la muchacha, y después de esto él sería el único hombre fuera de sus familiares que podría bailar con ella e incluso, si ella tomaba en serio sus obligaciones, el único hombre al que podría mirar. Los *novios* también tenían sus deberes. Debían llegar todas las tardes al oscurecer a la ventana de su novia y quedarse allí, con un corto intermedio para la cena, hasta medianoche o incluso hasta más tarde. Esto se llamaba estar *pelando la pava*. No deja de ser significativo el hecho de que, entre las clases trabajadoras, el acto de pedir a una chica relaciones fuera llamado *pedir la conversación*, puesto que la vida de una pareja de *novios* consistía en estar hablándose sin descanso.

En estas circunstancias, la chica que podía disponer de una ventana en una planta baja era una privilegiada. Si vivían en una planta superior tenía que arreglárselas y pedir prestada la habitación a la familia que viviera abajo, o a la de algún vecino o pariente en quien su familia tuviera confianza. Si esto fallaba, el novio tendría que quedarse en la calle y hablar a gritos para que le oyeran en la segunda o tercera planta. Hasta que las costumbres se liberalizaron en los años treinta y se dejó que los jóvenes fueran juntos al cine, a nadie se le ocurría construir casas altas, porque nadie las hubiera comprado. Una chica que viviera en un piso alto nunca podría casarse.

A Andalucía se la suele considerar como un país de actitudes románticas, pero es también, como Irlanda, un país de absurdos. Por eso, el clásico cuadro de la muchacha asomada a la ventana enrejada acompañada por su galán embozado en su capa y tocado

con un sombrero cordobés, puede compararse a un espectáculo muy diferente. En los portales de la mayoría de las viejas casas españolas solía haber un pequeño agujero, cerca ya del suelo, para uso de los gatos (en los conventos solía haberlo siempre, y en la Encarnación de Ávila, donde Santa Teresa pasó una gran parte de su vida, había uno en la puerta de su pequeño apartamento, o celda, de tres habitaciones). Estas *gateras*, pues ese es su nombre, eran empleadas en algunas zonas por los novios en lugar de las ventanas. El hombre se tumbaba o se agachaba sobre el pavimento de adoquines y la chica tomaba la misma posición en la parte de adentro, pero —y aquí está lo importante— invisible a los que pasaban, protegida así de las miradas que pudieran ofender su modestia. Yo he visto esta clase de cortejo en el Albaicín, pero su verdadero centro estaba en ciertos pueblos grandes de Cádiz y Sevilla, donde hábitos tan anticuados pervivieron largo tiempo. En una noche cualquiera podían verse en las largas y vacías calles de estas ciudades campesinas (deslumbrantemente blancas por la luz de la luna) una fila de figuras embozadas y postradas hablando en susurros con sus novias.

Puedo hablar del rito del cortejo a través de las *rejas* por experiencia propia. Durante una temporada, a finales de los años veinte, residí en una pequeña pensión en Almería. Un día salí a darme un paseo, pues me sentía un tanto aburrido, cosa que me pasaba con frecuencia en aquella hermosa ciudad. Al volver una o dos horas después por las callejuelas polvorientas, en esa hora inquietante en que el cielo toma el color carmesí y toda la calle parece fundirse en el crepúsculo, me di cuenta que un par de ojos negros me miraban desde las rejas de una ventana. Di la vuelta y volví a pasar. Los ojos todavía permanecían allí, una pálida nariz bizantina y una boca aparecieron bajo ellos, dibujaron una sonrisa y, después de dar una o dos vueltas más, me encontré parado en el lugar e incluso agarrado a la reja. La chica se llamaba Carmen y, antes de que me diera cuenta de lo que había pasado, era yo su novio.

Mis horas de servicio eran: desde las siete hasta las nueve y media y desde las diez hasta las doce. Engullía rapidísimamente mi cena y me vi obligado a prescindir de mi habitual café. Allí me la

encontraba siempre, enmarcada por la oscuridad de la habitación, con las luces de la calle iluminando su cara, en la que estaba fijada una sonrisa dulce, pero más bien convencional. Y entonces emprendía yo la tarea de conversar entre rejas con una chica a la que no tenía nada en absoluto que decir.

Como persona, Carmen no me causó nunca una impresión demasiado precisa, ya que sus sentimientos siempre fueron enmascarados por el papel que estaba representando. Muchas de las cosas que decía parecían formar parte de un ritual. Nunca llegué hasta su ventana sin que me dijera: «¡Qué tarde llegas!», ni nunca me marché sin que me preguntara: «¿Por qué tienes tanta prisa en marcharte?». Estas frases, y otras por el estilo, parecían formar parte del lenguaje convencional del noviazgo; estuvimos jugando a estar enamorados, de la misma manera que la gente juega a conversar en las visitas protocolarias. Y por fin, cuando al sonar las doce, ya medio muerto de fatiga, me arrancaba de la reja, ella me sonreía y me decía en un tono que supongo que quería ser picaresco: «Ahora, cuidado, no te vayas a uno de esos sitios malos». Parecía que el formalismo exigía que yo debería estar excitado por aquellas horas frente a la chica en la reja, que necesitara alguna satisfacción.

Los padres de Carmen tenían una tienda de ultramarinos especializada en la venta de jamones, salchichón y bacalao. Cuando se pasaba enfrente de la puerta de la tienda, que estaba situada en una calle paralela a aquella donde yo tenía mi puesto, podían verse todos estos géneros colgados del techo en filas grises y sin atractivo. En su familia había un tío que había sido torero y varios hermanos que eran *aficionados* y que ella se esforzaba por presentarles como gente quisquillosa y feroz, llenos hasta los topes de orgullo y de *pundonor*. Me decía que si ellos tuvieran la más remota idea de que un desconocido hablaba a su hermana en la ventana, «¡Oh! ¡No puedo ni pensar lo que serían capaces de hacer!». Parecía como si quisiera ofrecerme el cuadro de sus siete hermanos dispuestos a defender una muy estricta idea de su honor, aunque yo realmente sabía suficientes cosas sobre España como para estar seguro de que su familia estaba muy al tanto del cortejo y de que quizá en aquel mismo momento estaban considerando —aunque siempre del modo

más caballeroso— cuántos miles de reales, o *duros*, podría yo aportar como yerno. Pero para Carmen, con sus ideas anticuadas (había aprendido a tocar la guitarra en lugar del piano y podía cantar *cante jondo*), había que mantener durante el tiempo más largo que fuera posible la convencional idea del galán como ladrón, que tanto interés prestaba al cortejo.

Mi *noviazgo* se terminó de forma abrupta y dolorosa. Yo había estado cortejando a Carmen pacientemente y con toda circunspección durante un par de semanas, y había llegado hasta el punto en que se me permitía tener uno de sus dedos en mi mano, cuando me vino la cruda idea anglosajona de que debía avanzar un paso más y darle un beso a través de las barras de la jaula. Pero cuando intenté hacerlo me encontré con una reacción inmediata. Retirándose varios pies dentro de la habitación, ella me dijo, aunque con una sonrisa, para suavizar la dureza de la negativa, que jamás los labios de hombre alguno habían tocado los suyos, ni nunca permitiría que lo hicieran hasta que los de su marido se posaran en los suyos la noche de bodas. Luego, al ver que aquellas palabras tenían sobre mí un efecto congelante, me hizo una oferta. Se vería conmigo a la tarde siguiente en cierto lugar de los jardines públicos acompañada de su hermana menor y podríamos pasear un poco. Pero yo debía comprender que aquello era una concesión extraordinaria a la cual ella nunca hubiera accedido si yo no fuera un extranjero, acostumbrado a una mayor libertad en estos asuntos.

Llegó la hora y me aproximé a la cita. Y allí, al final de la avenida de árboles, vi a dos chicas vestidas de negra seda brillante, de pie, con las manos cruzadas, bajo un árbol de flores blancas. Una de ellas era muy joven, una niña, mientras que la otra, que podía tener unos veinticuatro años, era baja y rechoncha, casi una enana. Tenía la cara de Carmen —una cara guapa y distinguida, que no tenía nada de estúpida—, pero ¡qué cuerpo! En un acceso de pánico di la vuelta y hui, incapaz de enfrentarme con la prueba de conocerla y pretender que nada había pasado, cuando realmente su pequeñez hacía que mi alta estatura pareciera una deformidad.

La situación había llegado a un punto insostenible después de esto. Aquella noche tuve que tomar varias copas antes de reunir el valor para enfrentarme con ella en su ventana. Mientras me

acercaba podía ver su blanco rostro, de pómulos salientes, sus ojos negros fuertemente arqueados mirando a través de las rejas. No se había cambiado el vestido negro, que le sentaba tan mal, y sus labios estaban más pintados que nunca, mientras que había sustituido el clavel de su pelo por un lirio rojo. Había un olor más intenso que lo acostumbrado a agua de jazmín y parecía que, no sé cómo, Carmen era otra vez alta y delgada. Rápidamente le di la caja de bombones que había comprado y, sin mencionar mi falta de la tarde, le dije que había recibido un telegrama diciendo que mi madre estaba enferma y que me marchaba al día siguiente para Inglaterra. Me expresó su condolencia —disimulaba muy bien— y yo prometí escribirle. Dulcemente, como si me creyera, sonrió. Pero aquel gesto de su rostro, severo y melancólico como el de una dama de la corte de los Paleólogo, no era en vano y yo sabía que en su interior se sentía orgullosa e incrédula. Luego le dije adiós. Mientras me inclinaba para besarle la mano se abrió una puerta detrás de ella dejando entrar un poco de luz y vi que estaba de pie sobre un escabel de madera. No, no me había equivocado.

Este relato de mi breve *noviazgo* es, naturalmente, poco más que una caricatura de las relaciones de un español con su chica. Pero una cosa puede observarse en él. Como en aquel tiempo no había ningún futuro para una mujer española que no se casara, y como al llegar a los veinticinco años era, por lo general, demasiado tarde, a menudo desesperaban de encontrar marido. ¿Cuál era la mejor manera? Belleza, encanto, posición, dinero, todo contaba, pero para algunos hombres contaba más una reputación de modestia y reserva. Una chica de la que se sospechara que había sido algo libre con su novio —por ejemplo, haberle dado un beso— podía tener dificultades en encontrar otro si perdía el que tenía. Había pequeños campesinos que exigían de sus mujeres un grado de intangibilidad casi oriental. En su opinión, una muchacha de la que se supiera que había bailado con un hombre o que había tenido un *novio*, incluso en los términos más distantes, se había descalificado a sí misma. Estas ideas eran especialmente corrientes en Granada y, para mantenerlas, existía una clase de chicas severas y recoletas que se enorgullecían de no haber mirado nunca por la ventana ni haberse demorado en el balcón, ni siquiera haber participado en los

paseos de la tarde. El único día del año en que se podía estar seguro de verlas a todas era la fiesta del Corpus Christi, cuando todas salían y se paseaban con sus vestidos nuevos. Y no eran necesariamente vulgares. Una que me señalaron ese día y que tenía fama de ser inaccesible a los hombres, era una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida. Era hija de un rico campesino, nunca salía de casa, salvo en hora temprana, para ir a misa, y tenía cinco hermanos que la guardaban.

Casos como este, sin embargo, eran excepcionales. La mayoría de las chicas estaban intensa y activamente ocupadas en la búsqueda de un marido. Ahí radicaba la importancia del balcón. Hasta que aparecía un novio y se le llevaba a las barras de la reja, un balcón en un primer piso de una casa anticuada ofrecía a una chica las mejores oportunidades de encontrar uno. Allí, lo suficientemente elevada sobre la calle, enmarcada por tiestos y persianas verdes, con algo para coser en la mano, adquiría un aspecto sencillo y natural que sería peligroso tener en otro lugar. Un joven que la mirara al pasar sentiría que había sorprendido un momento de su intimidad en la familia, tal como podría ser un día si él le pidiera que se casaran. Por otra parte, para la chica, el balcón era un respiradero, un punto para mirar al mundo, desde el cual podría mirar y ser mirada sin comprometerse. Esto lo convertía en un lugar poético, como puede serlo una chimenea o un hogar en las tierras del norte, un foco en torno al cual se reunían los deseos, porque era la frontera de la casa —el territorio de la mujer— que daba a la calle —que pertenecía a los hombres—. También, aunque nadie se acordaba ya de ello, representaba la victoria que las mujeres habían obtenido cuando en el siglo XVIII habían echado abajo las celosías que cubrían las ventanas de sus habitaciones, como todavía cubren las de los conventos, estableciéndose, con sillas y todo, al aire, sobre la calle. La libertad de la cita en la reja vino después.

Si nos preguntamos cómo llegó a producirse un patrón semejante de relaciones sexuales, encontraremos que, sin duda, ha habido influencia musulmana, pero que, fundamentalmente, no es más que el desarrollo del patrón clásico de los pueblos del Mediterráneo. Está basado sobre la creencia, muy antigua, de que

los sexos están poseídos por poderes y aptitudes mágicos enteramente diferentes y que, por tanto, sus papeles en la sociedad deben ser mantenidos muy distantes el uno del otro. Para asegurarse de que esto se realiza así existían tabúes muy severos que prohibían que el hombre hiciera el trabajo de la mujer y que la mujer hiciera el trabajo del hombre, incluso a costa de grandes inconvenientes. Cualquiera que quebrantara uno de estos tabúes sufriría una pérdida en su propia estimación, porque desde la niñez se había enseñado a los niños a estar tan orgullosos como les fuera posible de su virilidad, y a las mujeres, de su feminidad, y que meterse en los asuntos del sexo opuesto les acarrearía una especie de contaminación. Esto quiere decir que cada sexo tenía su propia esfera vital, de la cual no podría apartarse bajo ninguna circunstancia, y además sus propias normas éticas.

El paso siguiente se dio cuando estas dos mitades de la sociedad, que tenían costumbres y reglas de conducta tan diferentes, tuvieron que relacionarse entre sí. No había *apartheid* sexual en los países árabes, porque los jóvenes y las jóvenes, aunque separados por barreras físicas, tenían numerosas oportunidades para verse y buscarse en privado. A decir verdad, las barras de la reja estaban tan lejos de ser un obstáculo real que se puede decir que lo que hacían era aumentar la intensidad de la fuerza que jugaba a través de ellas, de la misma manera que una presa aumenta la fuerza de un río. El amor nacía, como siempre, de la dificultad, y el hecho de que dos novios nunca pudieran estar juntos en el mismo lado de la reja les daba una naturalidad y soltura en la conversación desconocidas por nuestros antepasados victorianos.

Tal sistema, en aquellos años de que hablo, daba a la vida andaluza distinción y limpieza y, en el sentido griego de la palabra, belleza. ¡Qué diferencia con la situación en la que parecía que nos movíamos en Inglaterra! ¡Aquí, en nombre de la justicia y de la igualdad, se trataba de hacer que los hombres y las mujeres fueran lo más parecidos posible!

Así podemos decir que lo que distinguía el patrón de las relaciones sexuales en el sur de España de los del norte de Europa era que se levantaba una barrera física entre los jóvenes y las jóvenes; pero al mismo tiempo se les facilitaba que se vieran

mutuamente en lugares públicos y privados. Las calles tomaban el lugar de los salones de baile de otros países. Aparecían las muchachas peinadas y perfumadas, con el pelo recién arreglado; los tacones dotaban a su manera de andar de un movimiento lento y deliberado, con las cabezas y los torsos erguidos, como si ignoraran lo que hacían las piernas. Gran parte de los ahorros de los padres se habían invertido en producir este resultado, porque el hombre debía ser deslumbrado, fascinado y tentado, para que se sintiera movido a declararse y renunciar a sus ventajas de soltero. Pero, si consideramos a los casados, veremos que la situación era totalmente diferente. Hombres y mujeres no se conocían, no podían encontrarse ni debían saludarse. Los celos de los maridos flotaban como una nube en el aire. La respetabilidad de las mujeres casadas veía incluso en los varones más imposibles un riesgo para su castidad. De común acuerdo, los vecinos daban la peor interpretación a los actos más inocentes. Porque Eros era poderoso. Eros era fuerte y además tenía un apetito ilimitado y ningún sentido de la discriminación. Cualquier hombre o mujer eran capaces de correr el uno a los brazos del otro en cualquier momento —por lo menos esa era la teoría—. Por ello, cuando dos personas estaban juntas y solas se corrían grandes riesgos.

Pero esto no significa en absoluto, como han supuesto escritores como D. H. Lawrence, que la vida sexual de esta gente —tomando aquí la palabra en su sentido más estricto— fuera más intensa o más libre de culpabilidad que la de los anglosajones. Más bien, era todo lo contrario. Los jóvenes españoles se acercan al amor con un espíritu romántico y puritano que deja muy poco campo a la sexualidad. Incluso después del matrimonio, las mujeres, con frecuencia, son frígidas, porque, bajo la influencia del catolicismo, consideran el acto sexual como algo indecoroso al que hay que someterse pacientemente para tener sujeto al marido y tener hijos. Luego llegan estos. Casi inmediatamente, la mujer empieza a vestir de oscuro, como una persona mayor, sale de casa cada vez menos y se convierte, con profunda satisfacción de su marido, en una figura maternal. Esto es lo que él siempre ha querido; por esto se ha casado. Ha vuelto a crear la casa feliz de su niñez y él es, al mismo tiempo, su propio padre y el mayor de sus hijos, atado por una ley

que no admite el divorcio de la madre-esposa. Ha sido alzada la maldición del sexo y, bajo el gran sistema matriarcal del país, sus hijos crecen para continuar con la misma tradición. Él mismo, sin por eso sentirse muy desleal a su mujer, puede buscar aventuras y satisfacciones sexuales fuera de su casa.

Si, a pesar de todo, se quiere considerar la actitud de las mujeres hacia el amor físico desde otro ángulo, uno puede mirar fuera del matrimonio. Como es de esperar, en las ciudades hay muchos asuntos subrepticios. Estos se dan entre hombres de una clase y mujeres de niveles más bajos, aunque esta regla tiene muchas excepciones.

Excluyendo Madrid, donde se da la variedad que puede brindar cualquier metrópoli, se puede decir que en casi todos estos casos las mujeres, por muy respetables que sean en otros aspectos, se dan por dinero. Como decía un amigo mío español, un don Juan siempre tiene el bolsillo bien provisto. Una mujer que se entrega a un hombre que no es su marido sacrifica un bien que, se piense lo que se piense hoy en día en Inglaterra, es todavía altamente considerado en España: su honra. Aunque privadamente no le dé importancia o lo trate como un asunto que tan sólo afecta a su fama, ella esperará que le den algo a cambio de esa honra, y si no lo recibe sufrirá y no sólo en su bolsillo, sino en el sentido de su propio valor. Una mujer inglesa puede opinar que ella es pagada en diversión y placer, pero una opinión semejante contradice la creencia española de que en estos casos la mujer da más que el hombre. Incluso el Código Civil sanciona este punto de vista al hacer del adulterio de una mujer una justificación para el divorcio, pero no así del cometido por el varón, a menos que sea público y escandaloso. Pero ¿qué ocurre si realmente la mujer está enamorada? Por supuesto, rechazará toda clase de compensación económica, pero lo único que se puede decir es que en los pueblos y ciudades provincianas esto es muy raro. En estos lugares, las oportunidades de conocer a personas del sexo opuesto casadas son tan escasas que unas relaciones amorosas íntimas son casi imposibles, como no sea entre miembros de una misma familia. Y, además, situaciones de este tipo no son idealizadas en absoluto. No estoy muy seguro de que, por lo menos en la clase media baja, la mayoría de las mujeres casadas no

considerarían más respetable entregarse por dinero que por amor, especialmente si el dinero es para comprar una ropa mejor y así elevar su *status* social. Desde el momento en que se sale de los niveles de indigencia, la apariencia, el nivel de vida, es lo que cuenta, como hoy en Inglaterra. En un estudio sobre las relaciones sexuales en el sur de España hay que tener siempre presente la influencia de la Iglesia. Esta es en sí misma una especie de figura maternal. Envuelve a todo el mundo y a menudo parece una sociedad particular de las mujeres de la clase media, a las que proporciona un elemento mágico que les hace aferrarse a su lucha pasiva con sus maridos. Porque todo el que conoce España se percata enseguida de la abundancia de matrimonios en los que la mujer es profundamente piadosa y el hombre es irreligioso. Esta es una situación bastante normal. El sentido de la *honra* de los hombres está en agudo conflicto con las enseñanzas de la Iglesia, sobre todo en el campo sexual, mientras que se siente irritado por las numerosas, pequeñas y minuciosas reglas y normas que le tratan —piensa— como si fuera un niño. Excepto en Irlanda, donde la bebida y la violencia ocupan el lugar del sexo y del orgullo sexual, el catolicismo produce anticlericalismo por una reacción casi química. Pero en tiempos normales no se debe tener demasiado en cuenta esta división en la familia, porque en el fondo de su corazón el marido aprueba la piedad de su esposa, piensa que él solamente está haciendo novillos y que, después de haberse pasado la vida atacando y despreciando a la Iglesia, volverá a ella a tiempo de recibir los últimos sacramentos.

Esta manera de hacer novillos es tan típica del varón español que puede, sin demasiada exageración, explicar muchas de sus actividades. Explica, por ejemplo, el persistente donjuanismo de los hombres de edad madura o mayores que pueden permitirse el lujo de pagar por sus conquistas. Explica su actitud política absurda, normalmente revolucionaria, que termina en fracasos o desastres. Explica su falta de sentido de la responsabilidad social. Es como un niño mimado —todos los niños son mimados en España— que ve la vida como una sucesión de aventuras, en la cual, por supuesto, él desempeña el papel principal. Por otra parte, el sólido soporte de la vida cultural española que mantiene en pie a esta sociedad

naturalmente anárquica, es el trabajo de la mujer. Cuando termine la revolución, su conservadurismo intocado devolverá al país su modo de vivir de hace siglos, haciendo que los discursos y las actividades de los hombres parezcan tan sólo un poco de espuma en la superficie.

Es justamente por ahí por donde ha entrado la influencia de la Iglesia. Al debilitarse la sujeción en que mantenía a los hombres empezó a preocuparse más de la mujer. Los obispos tronaron contra la inmoralidad, representada a sus ojos por las mangas cortas, los trajes escotados, los bañadores modernos y, algunas veces incluso, los bailes. En sus reuniones de beneficencia en las iglesias y en sus reuniones sociales las mujeres captaron la idea, y su fuerte reserva y su modestia naturales salieron fortalecidas. Un español me dijo una vez: «¿Sabe usted por qué se casaron tantos castellanos con judías en la Edad Media? Porque ellas eran sensuales. Nuestras mujeres no se entregan nunca, ni a sus maridos ni a nadie». Pero no cabe duda de que, a pesar o incluso por esta reserva y orgullo de las esposas, muchos matrimonios en España son felices. Esto se debe, dirá un español, a que no están montados sobre la base del *amor*, es decir, de la pasión, sino sobre el *cariño*, que es un afecto fuerte y tierno. Esto es, sobre la *amicitia* recomendada por Santo Tomás de Aquino. Si más tarde el marido, en busca de un poco de animación en su vida, empieza con aventuras, la esposa, si lo sospecha, normalmente se consolará pensando que así son los hombres y que, aunque es muy desagradable, hay que aguantarse. A menos que el matrimonio haya sido un fracaso desde el principio, la mujer no sentirá ningún deseo de imitarle.

Los españoles, desde luego, no se han sentido nunca atraídos por la *galanterie formal* de los ingleses. En el siglo XVIII, el sistema italiano del amante autorizado o *cicisbeo* existió algún tiempo en los círculos cortesanos, pero no sobrevivió a la Guerra de Independencia. Todos sus sentimientos y pensamientos sobre el amor se limitan al cortejo de dos jóvenes que, si todo va bien, llevarán su romance a feliz conclusión al contraer matrimonio. Hace mucho que este cortejo fue fijado en formas rituales, tales como la ronda del enamorado bajo el balcón de la *novia*, la serenata de medianoche y, lo más importante de todo, la conversación nocturna

de la reja. Con la ayuda de un clima espléndido estas cosas proporcionan a la vida una agudeza y garra especiales, al dotar al cortejo amoroso, que es algo esencialmente privado, de un elemento de drama y exhibición. Más tarde, en los años treinta o un poco antes, la atmósfera empezó a cambiar. Del extranjero llegaron nuevas ideas sobre la independencia de la mujer, y con la proclamación de la República empezó a subir la tensión política. Llegó la guerra civil y, al terminar, nada quedaba del rito del cortejo en la ventana. Y no ha sido revivido. El *novio* de hoy lleva abiertamente a su *novia* al cine, a un bar de moda o al café. Pero, por debajo, muy poco ha cambiado. La castidad de hierro de las muchachas españolas se ha fortalecido con la revitalización religiosa, de manera que, cuando una pareja se sienta a oscuras en un cine o va a casa por callejones apartados, el fantasma de las barras de la ventana se interpone entre ellos. Y se puede observar que las chicas de la clase media alta, que son las que probablemente están más influidas por la Iglesia, son las que obran con mayor libertad. En las familias de las clases trabajadoras tienen menos libertad porque sus padres piensan que los novios aprovecharán la más mínima posibilidad que se les presente para seducirlas. Si no lo hacen así, los jóvenes serán considerados blandos, pues en el mundo formal español, donde todo está organizado para producir y mantener una tensión, el hombre tiene la obligación de empujar hacia adelante y la muchacha de resistirle. Si ella no es capaz de hacerlo, está perdida, porque luego su novio la despreciará por no preservar su castidad y se negará a casarse.

Había terminado de escribir estas páginas sobre las costumbres andaluzas referentes al cortejo y al enamoramiento cuando un amigo español, con el que estaba discutiéndolas, me dio una idea ingeniosa sobre el tema, que, admito, no se me había ocurrido antes: la conexión entre el amor y la política. Con la ayuda de uno o dos vasos de vino esta idea creció entre nosotros hasta adquirir una cierta consistencia y verosimilitud. La expreso, más o menos en sus palabras, por lo que pueda valer.

La política, según mi amigo, es la pasión primaria y fundamental de todo español, el cuadro donde se vuelcan sus energías agresivas inconscientes. El amor no es capaz de competir con ella, ni lo ha

sido nunca en ningún momento de la historia española. Así, se podría decir que el verdadero don Juan era un hombre que iba por ahí rompiendo las urnas y que la famosa novela renacentista, *La Celestina*, es una alegoría sobre un *cacique* que apoyaba a un partido izquierdista de soñadores, pero que fue destrozado junto con él cuando los pistoleros se encontraron con que les negaban los salarios que pedían.

¿Cómo sucede esto? Una mañana tiene lugar un *pronunciamiento* e inmediatamente termina en un silencio deprimente la era de los debates parlamentarios, de los insultos con palabras finas, de los estallidos de las bombas, de la quema de iglesias. Los periódicos se convierten en lectura demasiado aburrida. Los discursos del partido único y victorioso son todavía más insufribles. Excepto en los días de corrida —y desde la muerte de Manolete estas han empeorado— la vida se vuelve insoportable. Y luego, una bonita tarde de primavera, justamente cuando aparecen los primeros kioscos de helados en los parques, los hombres descubren el hecho de que existe otro sexo en el mundo llamado *las mujeres*. ¡Qué descubrimiento más delicioso! ¿Cómo es que no nos habíamos dado cuenta en estos años? Seguro que nuestras mujeres son las más hermosas, las más simpáticas, las más vivaces y las más seductoras que hay en el mundo. Y no son, ¡oh, no!, como las liebres o las perdices de las sierras que deben ser seguidas y acechadas durante horas sin fin; al contrario, se las encuentra en todas partes, con sus zapatos de tacón y sus ojos lucientes como los faros de una bicicleta y sus cabellos como auroras boreales. Cada *paseo* vespertino es un desfile de maniquíes donde uno va a admirar y a elegir, no el vestido, sino la chica que está dentro de él.

Por eso nosotros vamos a hacer algo que pocos pueblos liberales han hecho antes, y es alabar a las dictaduras. Para grandes sectores de la sociedad hay períodos de felicidad obligatoria cuando el *Homo hispanicus* se ve obligado a apartarse de la búsqueda del poder y del engrandecimiento de su autoestima, a la que le inclina espontáneamente su naturaleza, para volverse al cultivo del placer, que considera despreciable. El amor, el mirar a las mujeres y llevar limpios los zapatos han pasado a ser la orden del día, de modo que para mucha gente habría llegado la utopía, si no fuera porque para

poder procurarse todas estas cosas hace falta más dinero. El nivel de vida ha subido durante la veda de la política, pero el nivel de las necesidades ha aumentado mucho más, de manera que ningún alza de salarios puede mantener su ritmo. Se produce el descontento general, la Dictadura cae y la orquesta democrática empieza a tocar con sus instrumentos magníficamente desafinados, mientras que las calles se llenan de *novias* y de queridas olvidadas.

—Esta es —dijo mi amigo, haciendo una seña al camarero— la historia española. Se puede decir lo que se quiera sobre ella, pero de todos modos tiene el ritmo de la vida. ¿Piensas que realmente puedes decir lo mismo de vuestro sistema?

XX. Los últimos años en Yegen

En la primavera de 1929 volví a Yegen, después de cinco años de ausencia. Tenía ganas de volver a ver el pueblo otra vez, aunque recuerdo que al acercarme a él en coche desde la costa mis primeras impresiones fueron desalentadoras. Mis visitas a las galerías de pintura habían hecho que mi mirada fuera más la de un pintor que la de un poeta o un aviador y, por eso, la vasta sucesión de Sierra Nevada y sus contornos bajos y llanos me dieron la impresión de ser monótonos y faltos de vida. Me preguntaba por qué había elegido la única montaña de Andalucía carente de dramatismo para hacer en ella mi casa. Sin embargo, al irme acercando más al pueblo, la sensación aquella desapareció. La confusa masa de cubos grises en la luz declinante, los rostros familiares, mi casa con muebles campesinos, las estanterías de libros, mi silla y la mesa redonda con la comida puesta, me llenaron de sorpresa y animación. ¿Me pertenecía todo esto? ¿Podría retirarme a esta existencia pura y tranquila después de la estrechez y el ruido de Londres? Veía ante mí los meses largos y monótonos, tan sólo interrumpidos por ocasionales visitas de amigos, en el ambiente sereno e intemporal del pueblo.

Porque la palabra era serenidad. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas cuando volvió a mí la vieja impresión de altura y de quietud, de campos de aire que se extendían ante mí y de torrentes de agua que caían a mi espalda, y me di cuenta que Yegen tenía algo que le diferenciaba de todo lo demás. El momento en que lo captaba mejor, y cuando se presentaba con mayor intensidad, eran las noches de luna llena. De pie sobre el terrado veía cómo la tierra se revelaba en fiesta por todas partes, y me parecía que

navegaba en la proa de un barco en travesía por un océano petrificado. O que el barco se transformaba en un avión que se deslizaba sobre un caos negro y gris, hasta que al rozar quizá un diminuto jirón de nube, ponía rumbo a la estratosfera. Y, además, qué silencio; un silencio tan profundo, tan amplio que se medía por el sonido del agua que caía, o por un ocasional e incitante rasgueo de guitarra. Aparte de esto ninguna señal de vida humana, tan sólo las luces de los pueblos distantes —Jorairátar, Alcolea, Paterna, Mairena—, que yacían como constelaciones en la vaga inmensidad. Por el día el aspecto era, por supuesto, diferente. Se veían las pendientes de las montañas, que ascendían y descendían en terrazas sobre las que crecía el trigo hasta la altura de los hombros, mientras que los olivos dejaban caer sus ramas hasta casi rozar las orejas. A lo largo de los linderos había higueras, moreras, granados y melocotoneros; había emparrados, bosquecillos de álamos, y en todos los lugares por donde uno pasaba escuchaba el sonido del agua y se veía una confusión de azules, rojos y púrpuras que cambiaban, a medida que el sol ascendía, a un deslumbrante baño de ocres pálidos y amarillos. Este era el escenario sobre el cual las distantes montañas flotaban delgadas e irreales como bandas de cartón pintado. Lavada por el aire del océano, aislada por los precipicios y la altura, la aldea abrazaba contra sí su propia vida. Aun los ruidos se amortiguaban. Ni los perros ladraban, ni los niños chillaban; no se escuchaban conversaciones en tono agudo ni ese sonido peculiar, ronco y ruidoso, que rasga los oídos de los extranjeros en las ciudades españolas. El tono del habla era suave y, si alguien gritaba, si un gallo cantaba, un burro rebuznaba o un vendedor ambulante pregonaba sus mercancías, el sonido se disipaba enseguida en el silencio. Esto confería un aire de paz al lugar. Tosco, sencillo, primitivo, rico solamente en cereales y frutales, si bien destilaba en sus costumbres muchos siglos de historia, Yegen parecía lleno de ecos de la Edad de Oro.

Pero, incluso en los lugares ideales, las cosas, si realmente están vivas, deben ir un poco mal. Así ocurrió: apenas hacía dos días que estaba allí cuando me di cuenta que la situación en mi casa no era ya la de antes. Mi criada y ama de llaves, María Andorra, había llevado la dirección de la casa durante mi ausencia y había

cambiado profundamente. Poco después de mi partida, su hermana Pura había muerto, al parecer de una desnutrición, resultado de su neurótica inhibición ante la comida, y no había dejado ningún heredero directo, pues su único hijo era un tísico que había fallecido antes que ella. En su lecho de muerte había donado sus propiedades, que valían como máximo dos mil quinientas pesetas, a María, para evitar el impuesto del registro de testamentos, pero había olvidado incluir la vaca y unas cabras. Esta omisión fue seguida por un pleito con la *Justicia*, que María acababa de perder. La cantidad debatida no subía de las treinta pesetas, pero urgida por Cecilio, aquel genio maligno de ojos brillantes y nariz de halcón, que era uno de esos tipos a los que les gustan los pleitos, ella estaba decidida a apelar. Desde que había heredado las tierras de su hermana había perdido la cabeza y todo sentido de la realidad.

Un efecto de este cambio en María fue que mi casa ya no estaba totalmente en paz y a mi disposición. Tenía que someterme a que mi cocina fuera ocupada todas las tardes por Cecilio y sus amigos, que discutían de pleitos y de cuál era la mejor manera de tratar con la Justicia, o de que los establos de la planta baja se llenaran de vacas y cabras; las gallinas invadían el patio, un burro rebuznaba bajo mi sala de estar, y todas las habitaciones estaban infestadas de pulgas, que aquellos animales traían consigo. En medio de todo esto María andaba de acá para allá, manchados su jubón y su falda, los rasgos cansados y macilentos, la tez amarillenta, los ojos tristes y sin vida, quemándose en una especie de frenesí de astucia, entregada su entera naturaleza a su obsesión. En algunos momentos, estaba tan fuera de sí que decía que la casa entera era suya y yo debía pagarle el alquiler, pues don Fadrique se la había dejado en su lecho de muerte.

Los que han vivido mucho tiempo en los pueblos del sur de Europa se habrán percatado de cuántos de estos insignificantes dramas de la vida campesina recuerdan a los de la tragedia griega clásica. Los hados, las furias, las lujurias y los odios catastróficos, ejemplos de *hubris* y pasión demoníaca se aclimatan, aunque vestidas pobremente y a un nivel muy inferior, en estas comunidades, porque el apasionado temperamento de los sureños, al no encontrar salida válida en la pobreza y estrechez de sus vidas,

permite que sus deseos y resentimientos se acumulen hasta convertirse en obsesiones. Un ejemplo de esto era el caso de mi sirvienta María. Pero si he de contarles su historia debo dar marcha atrás unos seis o siete años, hasta el tiempo de mi anterior residencia en Yegen.

De las varias personas que se tomaban la molestia de hacerme visitas formales, la más persistente era un hombre alto, bien parecido, de cerca de treinta años llamado Paco Cobo. Era este un campesino que con la ayuda de su padre trabajaba en la pequeña porción de tierra de su familia, pero por las tardes se ponía un traje bastante limpio y una camisa limpia también y se convertía en un caballero. En aquellos tiempos había en España un partido político llamado los Jóvenes Mauristas, que anticiparon algunas de las actitudes del fascismo, y Paco, influido por un vistazo distraído a un periódico de Granada, se consideraba como uno de ellos. Dando un golpe con su bastón de cabeza de mármol en el suelo decía: «Palo. Hay que darles palo. Lo que los obreros españoles necesitan es una buena paliza». Y describía gustosamente cómo el general Martínez Anido trataba a los huelguistas en Barcelona. Como yo prestaba poca atención a estas cosas, encontraba aburrido a aquel joven estúpido y presumido, que nunca reía ni sonreía y, como él parecía pensar lo mismo de mí, me preguntaba por qué me hacía tantas visitas.

Alrededor de un año después lo descubrí. Había hecho un corto viaje a Inglaterra y cuando regresé me encontré con que durante mi ausencia María había dado a luz, en precarias condiciones y en secreto, a un sietemesino. ¿De quién era? De don Fadrique, decía ella, y al principio la creí, porque lo había visto entrar alguna vez en su habitación de puntillas por la noche, tarde. Pero apenas se había hecho público el asunto cuando llegó de Granada la noticia de que don Fadrique estaba muy enfermo de tifoideas. No se esperaba que se recuperara; luego murió y, en el lecho de muerte, juró ante el crucifijo que el niño no era suyo. Como en España no hay secretos, aunque sí mucha reserva y discreción, empezó a correr la especie de que el niño era de Paco Cobo.

Apenas había concluido el funeral cuando doña Lucía, vestida del luto más riguroso, llegó al pueblo y se estableció en una

habitación reservada para ella que estaba al otro lado del patio en la casa del tío Maximiliano y de la tía Rosario. Había venido apresuradamente para recoger a María las llaves de los almacenes y del depósito de muebles que esta tenía en su poder. Muchas de las cosas y mucho del aceite de oliva faltaban, porque María se había dedicado durante dos noches a quitarlas. Sin avisar a la Justicia, y con el escándalo consiguiente, nada podía hacer doña Lucía. Pero ella mostraba en cada palabra que dirigía a su antigua sirvienta el odio y el desprecio que le profesaba, y la única respuesta de María era inclinar la cabeza y escabullirse.

Durante la primera o segunda semana siguiente empecé a conocer a la viuda del dueño de mi casa mucho mejor que antes, ya que todas las tardes me invitaba a tomar una taza de café en su habitación, y nos quedábamos hablando hasta por la noche. Era ella una mujer delgada, parecida a un pájaro, de unos cuarenta años, casi japonesa por el aspecto de su rostro, que había visto morir a sus seis hijos y luego a su marido, uno tras otro, y que, además, había sido hondamente humillada por lo de la querida. Todas estas cosas habían destruido las esperanzas que pudiera tener en su vida, pero habían dejado intactas las que depositaba en la gente joven, que mantenía con toda la ilusión y el romanticismo de una colegiala. Educada en la lectura de las novelas de Walter Scott y de las poesías de Zorrilla y de moderada religiosidad, veía el futuro de los jóvenes de *couleur de rose*, porque depositaba en él sus juveniles sueños de felicidad. Uno de estos sueños se refería a Ángela, la hija que María había tenido de don Fadrique. Me dijo que hacía tiempo que deseaba adoptarla y rescatarla del ambiente en que era educada, pero que cada vez que se disponía a hacerlo se volvía atrás en su decisión porque tenía miedo de caer bajo el poder de la madre de la muchacha.

—Ahora esa mujer vil se ha excedido con sus mentiras y robos. ¡Qué crueldad y qué monstruosidad! ¡Que semejante mujer pueda echar a rodar las posibilidades de su hija!

—Pero, seguramente —dije—, si usted adopta a la niña legalmente, María perderá sus derechos sobre ella.

—Esto es lo que me han dicho —respondió ella, suspirando—. Pero ¿cómo puedo estar segura de que si yo dejo a la muchacha las

propiedades de mi amado Fadrique ella no permitirá que vaya a parar algo a manos de ese monstruo?

Seis años habían pasado tras aquella conversación y me encontraba de nuevo en Yegen. Mi primera impresión al entrar en la puerta fue ver que Ángela se había transformado de una sencilla, estirada y correcta niña en una bonita y tiernamente sonriente muchacha de diecisiete años. Me besó calurosamente. Mirándonos, impasible, desde un rincón del hogar de la cocina, estaba un joven campesino, cuyo nombre me dijeron que era Ángel. Todas las noches llegaba y se sentaba allí, en un silencio pesado y huraño, hasta la hora de acostarse, por lo que yo pensé que era el novio de la chica. Pero no, me dijo María que no había nada en absoluto. Era un asunto de niños que habían superado ya. Ángel era un pobre chico que nunca heredaría nada y Ángela tenía muchas posibilidades. ¿No heredaría la propiedad entera de su padre, con la granja en la montaña y todo, a la muerte de doña Lucía? Con tal idea repentinamente alojada en su cabeza, entraba en la cocina, empezaba a maltratar a su hija, a la que echaba de allí, y, murmurando insultos casi inaudibles, le daba la espalda a Ángel, que permanecía quieto como un tronco en su rincón.

Durante las primeras semanas estuve demasiado ocupado en mis propios asuntos para hacer caso de aquellos dos jóvenes. Durante los años pasados en Inglaterra había tenido una vida bastante plena y ahora encontraba vacía mi casa española. La novela que estaba escribiendo se negaba a seguir adelante y empecé a buscar en torno mío algún estímulo que, por supuesto, sólo podía tomar la forma de alguna mujer. Una nueva cosecha de muchachas había crecido desde mi última estancia en el pueblo y, en general, parecían más bonitas, más alegres y más habladoras que las de antes, ya casadas y, como dice la expresión española, cargadas de hijos.

—Mañana vamos a tener un baile —le dije a María—. Haz que vengan Antonia, Paca, Lolita, Carmen y Dolores. Y compra dos botellas de anís en lugar de una.

Yo había decidido que si tenía que aguantar las cabras, vacas, gallinas y todo el jaleo de los asuntos legales de mi sirvienta y su deplorable cocina, ella debería servir a mis intereses en un papel que me constaba entendía a la perfección.

Y entonces ocurrió algo que nunca hubiera creído posible. Me di cuenta que María estaba empujando a su hija hacia mí, de la misma manera que su madre, la comadrona, la había empujado a ella hacia don Fadrique, y de que esa era la razón por la que estaba tan molesta con Ángel. Me estaban ofreciendo una chica. Comprendí lo suficiente la situación y el carácter de Ángela como para asombrarme por ello, aunque he de decir en favor de María que estaba actuando a la antigua manera habitual al tratar de «situar» a su hija en una casa grande. Durante generaciones, los *caciques* de los pueblos españoles habían tenido como queridas a las más bonitas hijas de las viudas de la localidad, de la misma manera que los antiguos terratenientes ingleses disponían de una selección de sus aldeanas y los plantadores sureños, hasta la Guerra de Secesión americana, tenían a su disposición la flor y nata de sus esclavas negras. Esta era una de las formas más benévolas con que funcionaba el feudalismo decadente. Pero antes de que tuviera tiempo de adivinar los sentimientos reales de la muchacha ante una propuesta semejante, ocurrió una cosa aún más inesperada. Llegó una carta de doña Lucía en la que se leía que si Ángela era la muchacha dulce y bonita que decían, no sería sorprendente que yo me enamorase de ella, y que no debería yo frenarme por el hecho de que no tuviera medios de fortuna, pues estaba dispuesta a legarle, el día de nuestra boda, todas sus propiedades en Yegen, incluyendo la granja de la montaña. Era esta una oferta que de ninguna manera haría a Ángela si se casaba con alguna otra persona. Y como se lo dijo también a su mayordomo, que enseguida se lo contó a Juan el Mudo y a Araceli, la noticia llegó a oídos de Ángela casi tan pronto como a los míos.

Hay algo que es muy intransigente en el instinto sexual de los hombres; rehúsa componendas y comprometerse con otros sentimientos. Por eso, aunque me sentía románticamente atraído por la idea de convertirme en el principal terrateniente de Yegen, y casarme no tanto con una mujer como con el lugar que amaba, no me sentía lo suficientemente atraído por Ángela como para realizarlo por sus medios de fortuna. Bajo su rostro bonito, más bien patético, veía la mirada dura y agria de una mujer de la clase de los tenderos, que ha crecido con la convicción de que le ha tocado la

peor parte. Y si yo fuera a elegir una muchacha cualquiera, debería ser una muchacha de pueblo, pura y sencilla, que podría compensar lo que le faltaba en educación con el hecho de ser un símbolo, un punto de condensación de esa vida poética, sin instrucción, en la cual —o por lo menos así lo creía a veces— deseaba hundirme. Por eso rechacé la oferta de doña Lucía y tuve mucho cuidado en demostrar a Ángela que mi cariño hacia ella era de un tipo muy diferente.

Hoy estoy más enterado de cuáles eran sus sentimientos. Ángela odiaba a su madre porque se sentía degradada por lo que había de bajo y rastrero en su temperamento y porque era el obstáculo a su adopción por parte de doña Lucía. Al tomar a Ángel como novio se consolaba con un huérfano con quien había jugado de niña y que, como ella, pensaba que había sido defraudado en la herencia a la cual tenía derecho. Porque Ángel era el hijo menor del tío Maximiliano y de tía Rosario, y sus hermanas mayores (aunque ahora nadie aludía a ello) eran hermanastras de don Fadrique: no sólo le disgustaba su deslenguado padre, sino que estaba resentido por la manera en que su madre, La Reina, con su «notorio amor al lujo», había disipado la riqueza —quizá algo así como quinientas pesetas, o sea veinte libras— que le había prodigado su amante el *cacique*. Por eso, la inocencia de los dos jóvenes en un mundo de adultos perverso y la similitud de sus circunstancias y de sus nombres —ángeles, como si dijéramos, rodeados de demonios— era lo que les había unido. Luego, al aparecer yo, las perspectivas de futuro de ella divergieron de las de él y parecieron, durante un momento, ampliarse de forma milagrosa. Las mujeres son demasiado sensibles para no situar antes que nada la huida de la pobreza, y sin duda Ángela me hubiera aceptado de cualquier manera, con la esperanza de que yo me hubiera casado con ella o que doña Lucía le hubiera dado alguna clase de compensación. Pero aquella posibilidad desapareció apenas nacida y por eso volvió con su *novio*, pero su resentimiento hacia mí, que ella disimuló un tiempo, habría de aparecer más tarde.

Mientras tanto, se estaba creando una nueva situación. María se hacía cada vez más insoportable. Su cabeza se había trastornado de tal modo, primero por la herencia, luego por el pleito, y finalmente

por la oferta de doña Lucía, que no prestaba ya ninguna atención ni a la cocina ni a los quehaceres de la casa y además no se lo permitía hacer tampoco a su hija, a la que regañaba constantemente. A la menor ocasión, llenaba la casa de gritos y gruñidos y, por si esto fuera poco, se había desarrollado en ella un olor fuerte y penetrante. Cada vez que se abría la puerta de su habitación salía un hedor abrumador —una mezcla de olor agrio y sulfuroso, algo como el olor de un zorro o de una curtiduría, y además el inconfundible tufo del anís—. Sin embargo, cuando pasaba de un polo al otro de su temperamento, de una especie de alegría astuta y bufonesca al silencio reconcentradamente cavilador o a una áspera cólera, podía resultar repentinamente encantadora, con un despliegue de pura extravagancia. Al final de una fiesta, cuando todos los invitados se habían marchado, excepto uno o dos amigos de la casa, bailaba sola, con movimientos ligeros y giratorios y con gestos rápidos y salvajes, su versión privada de una *malagueña*, la más orgiástica de las danzas andaluzas. Al terminar se dejaba caer y aunque sobria, se tumbaba en el suelo sin hablar ni moverse, mientras que el rostro de su hija se llenaba de vergüenza y desaprobación. Al día siguiente, su genio sería peor que nunca y su voz ruidosa y colérica me volvería loco.

Por fin, al volver de una visita a Sevilla, decidí que no podía aguantar más. De mala gana —porque, a pesar de todo, me gustaba María y sabía que me había servido con lealtad— le dije que tenía que marcharse. Lo tomó con calma, poniendo aquella cara suya de gallina mansa, y enseguida empezó a sacar de casa sus cosas personales, entre las cuales incluyó, como si fueran suyas, algunas de las mías menos notables. Pero al terminar esta operación, su actitud cambió. Sacando la cabeza por la ventana de su casa, que estaba en la misma calle que la mía, estalló en un torrente de ruidosas, coléricas y rítmicas injurias contra mí y mis quehaceres, con alusiones, apenas evitables en estos casos, a la profesión supuestamente dudosa de mi madre. Este estallido —que como todas las manifestaciones públicas estaba puesto en términos puramente convencionales, sin revelación alguna de carácter personal— se repitió mañana y tarde durante una o dos semanas, después de las cuales María se trasladó a la casa de Pura, en la otra

punta del pueblo. Allí se mantuvo con tanta eficacia fuera de mi camino que nunca volví a verla, más que de lejos.

La riña tuvo una consecuencia cruel. Yo había prometido a Ángela una pequeña suma de dinero cuando se casara, para que tuviera así alguna independencia de su madre. Doña Lucía, cuyos sueños eran siempre más generosos que sus acciones, también había hablado de traspasarle algunas tierras. Pero cuando María me dejó, llena de furia, su hija rompió también conmigo, pues no podía perdonarme que fuera la causa de haber perdido las propiedades de su padre. Como yo necesitaba ahora de ese dinero para otra cosa me dije a mí mismo que su comportamiento me había liberado de aquella promesa, mientras que por su parte doña Lucía cambió también de opinión. Así Ángela se casó con su Ángel sin nada y mis posteriores pensamientos de ayudarles más tarde quedaron incumplidos, como la mayoría de las buenas intenciones. La pareja, que se fue a vivir con la madre de ella, se fue amargando poco a poco. Él era un hombre sencillo, terco, que, como su padre, escondía su sensibilidad bajo una máscara de obstinación, y a ella las desilusiones repetidas la convirtieron en una arpía. Y ningún yerno podía vivir con una suegra semejante. Sacándole algún dinero a María mediante amenazas, y perdidas ya las esperanzas de una intervención de doña Lucía, la pareja se marchó con sus dos hijos a Barcelona, donde están todavía. ¿Y qué ha pasado con los otros protagonistas de este relato? María murió loca antes de 1940 y doña Lucía murió a causa de la explosión de la estufa de una cocina, que prendió sus ropas y la abrasó mortalmente.

Volviendo ahora a 1929, casi no es necesario decir que antes de despedir a mi sirvienta me había asegurado de que otra ocupara su lugar. María Martín —pues esta también era María— era la hija de una mujer alta, triste, desvaída, siempre vestida de negro, dueña de la posada que había en el barrio de abajo. La familia era pobre, ya que la posada daba poco dinero y apenas si tenían un par de trozos de tierra, y por eso las dos muchachas se habían visto obligadas a servir desde muy jóvenes. La hermana mayor, Rosario, que era a la vez guapa y lista había encontrado un buen empleo en Cádiar, mientras que María, que no era ninguna de las dos cosas, tuvo que aceptar un empleo cualquiera en el modesto pueblo de Lucainena,

que estaba en la dirección opuesta. Allí conoció a un joven —con quien se casó— que la había enamorado con el relato de sus desgracias, pero se encontró, cuando ya era demasiado tarde, con que el tipo era un miserable y un ladrón que terminó en la cárcel. María lo dejó enseguida y para siempre y volvió a la posada de su madre con su hijo, que apenas tenía un año. Después de estar un año o dos allí, dedicada a pequeños trabajos en el campo, viviendo malamente, se vino conmigo.

Mi nueva María era una mujer bajita y chata, de pelo escaso, peinado muy tirante, cara redonda como la de una foca y piel fina. Se la hubiera podido llamar ordinaria si su expresión no hubiera sido tan abierta y agradable y sus movimientos tan dignos. Cuando se sentaba al amor del fuego de la cocina con su hijo en brazos y la cabeza un poco inclinada, parecía una «Madonna» flamenca, pensativa y resignada, pero cuando se incorporaba para caminar se notaba su aire de dominio sobre sí misma. Era un placer hablar con ella. La mayor parte de las mujeres andaluzas de la clase campesina mezclaban en su conversación muchas cosas que pensaban que uno quería oír, pero María hacía todo lo contrario. Disfrutaba diciendo verdades domésticas a las personas con las que hablaba y el tono alegre e irónico en que lo hacía, la honradez y franqueza naturales que le impulsaban a decir todo lo que pensaba, eran sumamente refrescantes. No se le había pegado el servilismo o el falso orgullo de los criados.

Las campesinas de los pueblos remotos, cuando se las lleva por primera vez a una ciudad, demuestran a veces una divertida ingenuidad, refrenada por su miedo a revelar claramente su ignorancia. Así, no olvidaré nunca la ocasión en que llevamos por primera vez a María a Almería en nuestro coche. Al llegar al mar nos detuvimos; con voz de duda y vacilación, ella nos preguntó qué era:

—Pues el mar, María —dije yo—; el mismo mar que ves en los días claros desde el pueblo.

—En este caso, ¿cómo puede ser tan grande? —preguntó ella con incredulidad.

Luego, gradualmente convencida de que no podía ser otra cosa, nos explicó que, aunque la gente le había dicho que no se podía ver

el otro lado, nunca les había creído, suponiendo siempre que era un gran estanque.

—¿Y qué se puede hacer con él? —prosiguió con sus preguntas.

—¿Se puede regar?

—No —le contestamos.

—¿Se puede lavar la ropa?

—No se puede —le volvimos a contestar.

—Entonces, ¿para qué sirve? —y volvió la cabeza, mirando en otra dirección.

Unos minutos después nos encontramos en un largo trozo de carretera recta que atraviesa el Campo de Dalías. Acostumbrada a carreteras que zigzagueaban continuamente e imaginando que tales giros eran una parte intrínseca de su naturaleza, al principio se negaba a creer en absoluto que aquello fuera una carretera. Luego, mientras avanzábamos por ella se fue haciendo a la idea, pero lo que había revelado de sí misma le hizo decidir que cuando llegara a Almería no se asombraría de nada. Llegamos. Banderas, barcos de vela, barcos de remo, carruajes, trenes, calles pavimentadas, escaparates, hoteles, maleteros, limpiabotas, peluqueros, faroles, todo, con otras cien cosas más, era nuevo para ella. Tampoco estaba preparada previamente por ilustraciones en libros o periódicos y su escepticismo natural y su falta de imaginación la habían cerrado a escuchar cualquier conversación que hubiera podido oír sobre ello. Pero desde el momento en que salió del coche, paseó con su habitual manera refrescante y segura, con tanta aparente indiferencia a las cosas que la rodeaban como si hubiera sido criada entre ellas. Mientras bajábamos por el paseo vi a la gente mirando y señalando hacia lo alto. Allí, justamente por encima de nosotros, a poca altura, navegaba un enorme objeto en forma de pez, de color plateado, que brillaba contra el cielo azul, y que dejaba sin aliento por su belleza y extrañeza.

—Mira, María —grité excitadamente—, un zepelín.

Pero ella, fiel a sus preceptos, después de lanzar una mirada distraída hacia arriba, continuó impasiblemente su paseo, como si hubiera estado viendo zepelines durante toda su vida.

Quizá el rasgo más original de María era la forma en que se combinaba su firme confianza en sí misma con una obstinada

incredulidad en su capacidad para hacer cualquier cosa que no hubiera hecho antes. Se podía decir quizá que se había formado y definido su carácter por su firme rechazo de las cosas que consideraba fuera de sus posibilidades. Por eso era imposible enseñarle cualquier cosa. Aunque me pasaba horas dándole lecciones de lectura y aunque el español es el idioma más fácil del mundo para deletrear, no hizo ningún progreso. Era uno de esos analfabetos natos de los cuales dicen los andaluces que «lo negro de sus ojos ciega su camino». Pero si se la dejaba en paz era capaz de sorprender a cualquiera. Cuando algunos años después mi esposa y yo dejamos Yegen por una casa más grande cerca de Málaga, la llevamos con nosotros como *ama de llaves*, y a su hermana mayor y más capaz, Rosario, como cocinera. Y nunca lamentamos nuestra elección. En su nueva situación, María floreció de una manera asombrosa; ponía la mesa, aunque siempre con algún error, como si hacerlo fuera una de las bellas artes; se le desarrolló el buen gusto para colocar las flores y en cualquier cosa que hacía demostró siempre un estilo y una dignidad naturales. Su manera de andar y de comportarse parecía significar que todos los actos en la vida son importantes; cada detalle en la organización de la casa tenía su peso y valor y todos nosotros tuvimos que atenernos a ese precepto. Yo, en particular. En una casa andaluza el hombre es un monarca constitucional con un gobierno de mujeres: es decir, se le sirve en todo lo que quiere, pero sus consejos, si se atreve a ofrecerlos, son ignorados. Diplomáticamente, con una ironía bienhumorada y una colección, siempre dispuesta, de dichos y proverbios, se me esquivaba cualquier inclinación a tener las cosas como quería, mientras que si hacía algo que salía mal, «A padre, ¿quién le pega?», era el comentario sonriente y despectivo. Pero la tarea que asumió con mayor unción fue la de defensora de mi esposa. Las mujeres se unen fuertemente en España, y aunque yo sabía que María se sentía auténticamente ligada a mí, podía percibir que ella lo consideraba como uno de los deberes inherentes a su trabajo. La única pena es que mi esposa y yo le dimos pocas oportunidades para probar sus bríos, porque en lo que se refiere a asuntos que entraban dentro de su competencia, raramente la contradecíamos.

No llevábamos mucho tiempo en la nueva casa cuando estalló la

guerra civil y volvimos a Inglaterra. Durante años no pudimos enviarle dinero, y como el cuñado de María tenía el jardín, ella tuvo que defenderse por sí misma. Empezó a vender verduras en la plaza, anduvo metida en el contrabando de comida, y gracias a su honradez y respetabilidad manifiestas, que impresionaban a la policía, tuvo mucho éxito. Al poco tiempo compró una casa y una tienda, y, a partir del matrimonio de su hija con un enérgico joven alpujarreño, fue emprendiendo transacciones más importantes. Pero hasta hoy no ha aprendido a leer ni sabe escribir los números. Para compensar esta última deficiencia ha inventado escritura propia, no muy distinta de la escritura lineal B de la Creta antigua, con una señal perpendicular para uno, una señal horizontal para diez, un círculo para cien, etcétera. Con este sistema es capaz, con manipulaciones inventadas por sí misma, de sumar, restar, multiplicar y dividir con más velocidad que yo, que estudié matemáticas superiores. Pero debo decir de nuevo que para cualquier norma aceptada, en cualquier rama de la vida, María sería clasificada como estúpida. Ella se ha desarrollado a la manera castellana, formando su propio orgullo modesto de sí misma y negándose a cualquier otra cosa. Esto le ha proporcionado una naturaleza cariñosa y una gran integridad.

Mi segundo período en Yegen duró un año, y cuando volví de nuevo, en 1932, estaba casado. Habían terminado la carretera a Granada y yo me había comprado un automóvil, así que aquel lugar, todavía remoto para cualquier europeo —estaba casi a cinco horas de aquella ciudad—, era menos inaccesible de lo que había sido. Varios amigos vinieron a vernos, entre ellos Roger Fry y Bertrand Russell, pero no describiré sus visitas como he hecho con las de Lytton Strachey y Virginia Woolf, porque este libro se está terminando. Todo lo que me queda por decir es que, en diciembre de 1934, mi mujer y yo empaquetamos los libros y los muebles y nos marchamos a una casa que habíamos comprado cerca de Málaga.

XXI. Epílogo

Más de veinte años han pasado desde que dejé Yegen y tal vez el lector quiera saber lo que pasó entre tanto, y especialmente lo que sucedió durante la guerra civil. La política, como ya he dicho, tenía un carácter puramente local en la Alpujarra. Continuó siendo así incluso después del establecimiento de la República y la rápida expansión de las ideas izquierdistas por grandes zonas del país. Aunque recuerdo a María, en 1933, diciéndome de cierto hombre que había vuelto de trabajar en una fábrica de Málaga que «era uno de esos a los que el gobierno les paga tantas pesetas al día por no creer en Dios», resultó que la idea más radical que trajo consigo fue el vegetarianismo. Nadie en Yegen, con la excepción del tendero, el cura y el médico, había oído hablar nunca de socialismo, anarquismo o comunismo, y el sentimiento con respecto a la Iglesia no era de hostilidad ni anticlericalismo, sino de simple tibieza.

Sin embargo, a medida que aumentaba la tensión política en España, el movimiento sindical extendió sus centros de propaganda a lugares hasta entonces no afectados. Así, en 1934, se estableció en Cádiar un centro local del sindicato socialista, muy fuerte en Granada, mientras que el sindicato anarcosindicalista se difundió hacia el oeste desde Almería, invadiendo Berja y Adra. Luego, el 18 de julio de 1936, estalló la guerra civil. Las guarniciones militares que había en cada capital de provincia se alzaron contra la administración civil y el primer día de lucha decidió si habían ganado o perdido. Muy pronto se supo que las autoridades republicanas habían sofocado los levantamientos en Málaga y Almería, pero que en Granada la guarnición, que era más fuerte, pues contaba con una unidad de artillería, se había impuesto.

Aquella noche, y durante las dos siguientes, todos los lechos arenosos de los ríos y los escarpados caminos de mulas de la Alpujarra, desde las afueras de Almería hasta las plantaciones de caña de azúcar de Motril, se llenaron de caravanas de caballos y mulas cargados de hombres, mujeres, niños y ropas de cama. Era la gente más importante de la región, los terratenientes, médicos, curas y tenderos, toda la *gente gorda* o *de categoría*, que huía hacia Granada en busca de protección, y ninguno de sus paisanos se opuso a su partida. Luego se crearon fuerzas de milicia en los dos bandos y los frentes quedaron establecidos. Los republicanos ocuparon la totalidad de la costa marítima y toda la parte central y oriental de la Alpujarra, mientras que los nacionales, que eran más cautelosos, no se aventuraron más allá de Lanjarón. Órgiva fue evacuada y quedó entre las líneas, que permanecieron fijadas en esas posiciones hasta el final de la guerra.

Entre tanto, detrás de los frentes, se estaba organizando en ambos bandos lo que se podría llamar una guerra interior. En Granada, donde la pequeña guarnición se sentía casi sumergida por las masas hostiles de la clase trabajadora, el plan desde el principio fue gobernar mediante el terror. Día tras día, se llevaron a cabo ejecuciones en una escala impresionante. En Almería los fusilamientos empezaron más gradualmente, pero, estimulados por lo que estaba ocurriendo allá al lado, fueron aumentando hasta llegar a su clímax. En una guerra civil hay suficiente odio y recelo en el ambiente como para que sea posible cualquier cosa, de modo que en el estancamiento de los frentes la competencia en cuanto a quién podía matar a mayor número de no combatientes se puso a la orden del día. No obstante, por regla general estas cosas sólo sucedieron espontáneamente en las grandes ciudades. La solidaridad de los pueblos impedía hacer daño a las personas que pertenecían a la propia comunidad, y en la Alpujarra, donde nunca había existido odio entre las clases, donde todas las familias ricas habían huido, ese fue el caso. Con todo, hubo asesinatos. En territorio nacional, en el oeste, camiones conducidos por miembros de las juventudes falangistas y católicas de Granada recogían a los campesinos cuyos nombres figuraban en sus listas, los conducían al barranco de Tablate, donde una imagen de la Virgen de las

Angustias contemplaba desde arriba la carretera, y los ametrallaban. En territorio republicano, al este, camiones conducidos por miembros de las juventudes anarcosindicalistas de Almería, completamente pintados de siglas y consignas y erizados de armas, se dirigían a los pueblos y ordenaban a los alcaldes que les entregaran a los fascistas. Cuando estos hombres sencillos, campesinos o artesanos, que no sabían lo que significaba la palabra fascista, les decían que todos habían huido, los jóvenes de los camiones, que no querían verse privados de su deporte, volvían por la noche y, apoderándose de ciertas personas cuyos nombres les había dado mientras tanto algún confidente, las conducían fuera del pueblo y las fusilaban en la cuneta de un barranco apropiado. En casi todos los casos estos hombres eran campesinos que habían sido denunciados por alguien que les debía dinero o que sentía rencor hacia ellos.

Y ahora, los milicianos reclutados en Almería empezaron a llegar y fueron acuartelados en las casas de la gente que había huido. Las iglesias de Berja, Cádiar, Válor, y sin duda de otros lugares, fueron quemadas por grupos de incendiarios, mientras que la de Ugíjar, utilizada como polvorín, estalló accidentalmente. Nada de esto, sin embargo, ocurrió en Yegen. O era demasiado humilde para llamar la atención de los camiones visitantes o no había ningún confidente que hiciera denuncias secretas. El pueblo se salvó, pues, y aparte del breve encarcelamiento de su *alcalde*, Facundo el carpintero, se libró de las represalias que siguieron a la victoria de los nacionales. Se puede decir que muy pocos pueblos al sur o al este de Madrid salieron tan bien parados.

A la guerra civil siguió un período de hambre que, prolongado por una terrible sequía, duró hasta 1949. Sin embargo, esto trajo riqueza y prosperidad a los pueblos de Sierra Nevada. En aquellas aldeas de la alta montaña nunca podía faltar de verdad el agua, así que las cosechas crecieron con normalidad, mientras que el precio de los alimentos subía vertiginosamente para cubrir la demanda del mercado negro. Por primera vez en su historia, los campesinos de estas remotas regiones obtuvieron una justa recompensa por su trabajo. Algunos ahorraron dinero y emigraron con sus familias a Argentina, otros compraron tierras y aumentaron sus posesiones, y

todos, salvo los muy pobres, se encontraron en mejor posición que antes.

Esto, al menos, fue lo que me contaron cuando volví a España el último año de la sequía. María y Rosario habían regresado para ver a su familia y, de vez en cuando, la gente de Yegen viajaba a Málaga y visitaba nuestra casa. Pero yo no podía reprimir el deseo de ver de nuevo el pueblo por mí mismo. Por eso, un día de mayo de 1955, mi mujer y yo emprendimos el camino.

El autobús nos llevó a Almería. El lugar era el mismo, pero ¡cómo había cambiado su apariencia desde que lo viera por última vez! La pequeña ciudad muerta, tan encantadora en su animada inmovilidad, como el reflejo de una ciudad de cartón piedra en las aguas agitadas, había iniciado una actividad que parecía extraña a su naturaleza. ¿Dónde estaban ahora aquellas peluquerías limpias y brillantes en las que uno podía pasar una hora mientras le afeitaban y lavaban la cabeza, y salía de allí convertido en un jardín ambulante de heliotropos y jazmines? Todo se había acabado. ¿Dónde estaba el casino, a través de cuyas ventanas se podía ver, como a través de los cristales de un acuario, una colección de seres gloriosos, inmóviles todo el día como dioses en sus butacones de cuero, absorbidos en la profunda satisfacción de ser quienes eran? El edificio aún existía, pero ahora sus inquilinos hablaban o leían o tenían expresión en el rostro. Estaba claro que la ciudad se había cansado de su papel de Narciso y, con la ayuda de algunos planes de desarrollo cocidos en Madrid, se había lanzado a la vida activa.

Cogimos el tren de Almería a Guadix y, desde allí, alquilamos un coche para atravesar Sierra Nevada por una carretera muy mala, construida durante la guerra civil, y que la cruzaba por el puerto de la Ragua, un paso situado unos cuantos kilómetros al este del puerto del Lobo. La *venta*, en la cara norte, que en la primavera y el otoño, cuando se anunciaban ventiscas, solía dar una cierta seguridad a los viajeros, era ahora una choza de pastores; en el pasado había tenido una reputación siniestra por los asesinatos y robos cometidos en ella. Llegamos a la cima. Retazos de nieve como largas sombras blancas, retazos de césped salpicado de gencianas y saxífragas, un pastor solitario entre sus ovejas. Luego descendimos 1.500 metros hasta Ugíjar, que con sus nidos de olivos grises como

plumas encajonados entre las escarpas lisas y rojizas parecía haber cambiado muy poco. La dueña del parador, una mujer corpulenta, de aspecto gitano, que estaba allí desde la época de las diligencias tiradas por caballos, me reconoció enseguida: «Así que ha vuelto usted», dijo. «Pues le diré a usted una cosa: por aquí hemos pasado malos tiempos. Yo he estado en la cárcel, mi marido murió por el trato que le dieron, mi hermano también. Quién fuera inglés o francés». Pero ¿en qué lado había estado? No me lo dijo, y vi tanto resentimiento bajo sus modales desenvueltos que ni siquiera tuve ganas de hacerle la habitual pregunta precavida: «¿Fue en los primeros días o más tarde?». Porque, aparte de la ficción, que nadie salvo la prensa sostenía ya, de que sólo en el otro bando se cometieron horrores, parecía que había una actitud de vaguedad calculada al hablar de aquel tema. La frase que hoy se escucha a menudo es que fulano de tal «sufrió por sus ideas», como si las ideas fueran una especie de viruela que matara a uno o lo marcara para toda la vida, pero cuáles son esas ideas, si eran las de los rojos o las de los falangistas, ahora no importa a nadie, aunque en la conversación hay aún una cierta aversión a definirlas. Esta pequeña hipocresía —típico ejemplo de cicatriz— demuestra que, a pesar de los esfuerzos de la Falange por mantener vivo el recuerdo de la guerra civil, las heridas que causó están sanando. La propaganda oficial, al insistir tanto y de modo tan agotador, ha malogrado sus propios objetivos.

Después de comer alquilamos un mulero y una mula para que nos llevara a Yegen. Naturalmente, no cogimos la carretera que serpentea por la ladera de la montaña, sino el camino directo. Mientras trepábamos por los largos riscos pedregosos, que antes de la plaga de filoxera habían estado cubiertos de viñas y después no se habían vuelto a plantar, me sorprendió ver la buena cosecha de trigo, de más de medio metro de altura, que crecía sin riego. Esto demostraba que las tierras buenas habían dejado de arrinconar a las más pobres. Por entonces habíamos subido casi hasta el nivel de las colinas mamelonadas y hacía más fresco. Empezó a soplar una suave brisa, había un olor a tomillo y a lavanda, y el golpeteo de las herraduras sobre las piedras sueltas salpicaba el silencio con pequeños puntos de sonido.

Pasamos el *puente* natural que comunica las tierras onduladas de tiempos del cuaternario con el antiguo flanco de la montaña, y empezamos a trepar por la escarpada pendiente. Los olivos cerraban el camino, el trigo crecía alto y abundante en las terrazas y el agua corría por todos lados. Olía a tierra mojada y a menta machacada. Luego el camino se hizo llano para correr a lo largo de un canal de riego y llegamos a los primeros muros de piedra gris del pueblo. Un grupo de viejas habían sacado fuera sus sillas y estaban sentadas allí: cabellos blancos, rostros apergaminados, ojos legañosos, vestidos del color de la piedra pómez, gastados y deshilachados por el uso y los lavados. Al acercarnos dejaron de hablar. Las vi mirar, dudar, mirar otra vez y, al fin, acercarse una a una con las manos tendidas: «¡Pues sí, es don Geraldo!». Los pobres en estos países soleados envejecen rápidamente, y me fue difícil reconocer en ellas a las jóvenes casadas y a las muchachas solteras que habían venido a mis primeros bailes.

Un poco más allá nos detuvimos en casa de Enrique, el hermano menor de María, que nos iba a alojar. Su mujer, Dolores, nos esperaba y con ella estaba su hija única, una chica extraordinariamente bonita, de unos diez años, llamada Mariquilla. Con su semblante modestamente alegre tenía el aspecto de saber que era la futura heroína de un cuento de hadas, y como sus padres gastaban todo el dinero que podían ahorrar en ropa para ella, parecía, en aquel desastrado mundo campesino, una princesa. Pero, en general, observé que los niños estaban mejor vestidos que antes. Muchas de las casas habían sido blanqueadas, en la iglesia había un reloj que daba la hora y don José Venegas, el tendero y miembro más ilustre de la comunidad, había instalado —se nos dijo inmediatamente— un retrete en su casa. Fuimos a visitarle. Su mata de pelo, que en su día había sido negra, era ahora de un blanco sedoso, pero, a pesar de ello, nos dijo, se habría conservado aún más joven si no hubiera tenido la desgracia de haber sido asaltado unos años antes por los rojos de la sierra, que le habían golpeado salvajemente para que les dijera dónde tenía escondido su dinero. Después de aquel percance había pasado varias semanas en un hospital. En cambio, su mujer, doña Cándida, no parecía haber cambiado nada en treinta años. El pelo de las mujeres españolas, a

menos que pertenezcan a las clases trabajadoras, está misteriosamente exento del destino habitual de las cabelleras y mantiene su color negro como el alquitrán y su lustre hasta el final. Tampoco tenía arrugas. Regordeta y suave, bondadosa y sonriente, con los ojos dulces como caramelos y brillantes como azufaifas, nos llevó a su pequeño jardín y nos enseñó su colección de flores.

«Sí», nos dijo don José mientras nos servía una copa de coñac en su oficina, «se puede decir que las cosas ahora están mucho mejor que cuando usted estuvo aquí la última vez. El autobús de Granada para aquí diariamente, todos los niños van a la escuela, los subsidios de vejez, que acaban de ser aumentados, han hecho mucho por los pobres. Incluso los árboles de la plaza, que antes no crecían porque nadie los regaba, han crecido y dan sombra. La próxima cosa tendrá que ser la sanidad moderna; quizá sepa usted que ya he dado un modesto empujón en ese sentido. Pero en una cosa estamos peor que antes: apenas vemos pescado fresco. Antes de la guerra, como usted quizá recuerde, los hombres solían traerlo todas las noches en mula desde la costa, pero hoy, con mucho trabajo y buenos sueldos, nadie quiere tomarse tantas molestias para ganar unas pocas pesetas. Así que como no hay carne excepto cuando las cabras tienen cabritos, tenemos que aguantar con garbanzos, lentejas y bacalao, lo que al final se hace un poco monótono».

—Pero —dijo la mujer— no debemos quejarnos.

—Desde luego que no —contestó don José—. La vida es sencilla aquí, pero es muchísimo más sana y sensata que en las ciudades.

Desde la tienda del pueblo fuimos a ver mi vieja casa. La puerta grande que daba al patio estaba abierta, y una mujer muy anciana, vestida sencillamente, de negro, estaba sentada a la entrada. Detrás de la silla estaba la criada, una mujer joven de aire solemnemente aburrido pero deferente, y frente a la anciana —esa era la razón por la que estaba sentada allí— un albañil hacía ligeras reparaciones en el yeso. Una ramita de vid colgaba de la pared gris sobre sus cabezas, y en el aire de rústico refinamiento de la anciana y la postura ceremoniosa de la criada creí estar viendo un daguerrotipo del siglo pasado. Era la hermana de don Fadrique, que hacía más de cincuenta años que se había casado y marchado a vivir a Murtas.

Desde entonces hasta la muerte de doña Lucía, cuando heredó la casa, nunca había vuelto a Yegen, ya que, como su hermano y su hermana no se hablaban y gobernaban el pueblo como *caciques* rivales, no habría podido quedarse con uno sin ofender al otro.

Me presenté y vi un destello de reconocimiento en sus ojos. Nos invitó a entrar en la casa. Pero yo sabía que los refugiados que la ocuparon durante la guerra la habían estropeado bastante, y que la pared exterior del granero, que yo había convertido en mi salón, se había caído y no había sido reconstruida. Le agradecí la invitación pero la rechacé, porque no tenía ganas de ver la casa en aquel estado.

Aquella noche, después de cenar, un grupo de viejos amigos, que sabían de mi llegada al pueblo, aparecieron en casa de Enrique. Se pidieron sillas a los vecinos y se organizó una tertulia en la habitación de arriba. Juan el Mudo, todavía guapo y alto; Federico, el filósofo sibarita; Cecilio y sus hermanas; José Pocas Chichas, ahora casado y padre de una crecida familia; las hijas del tío Maximiliano y del tío Miguel Medina; las dos jóvenes Ratas, Isabel y Ana, y otros cuyos nombres no han aparecido en este libro. Algunos se habían esparcido por toda España durante la guerra y muchos habían fallecido, entre ellos mi buen amigo Paco, que después de emigrar a Argentina con su familia había caído muerto repentinamente en el campo. Pero ¿dónde estaban los jóvenes rostros que yo recordaba? Todos aquellos que se sentaban en torno mío tenían el pelo blanco o gris plateado, sus mejillas estaban arrugadas y subían la escalera con trabajo. La gente a la que yo me volvía instintivamente para reconocer, los hombres y mujeres de veinte y treinta años, me miraban con sus rostros vacíos. Tenía que esforzarme para entender que, aunque el pueblo en su conjunto no había cambiado, cada una de las hojas de cada uno de sus árboles era diferente.

Hablamos del pasado. Juan llevaba la conversación con recuerdos de la sierra, su ganado, sus ladrones e incluso sus lobos, y los otros hablaban de cosas que habían ocurrido en el pueblo. Luego surgió algún nombre, el nombre de una persona que ya había muerto, y mientras las mujeres suspiraban fuertemente, los hombres agachaban gravemente la cabeza. «*La vida es un soplo*», decía uno de

ellos, y otro contestaba: «*La muerte no para*», o «*Venimos emprestados*». Luego, tras otra pausa y otra tanda de suspiros, la conversación recomenzaba sobre un tema distinto.

La noche estaba silenciosa. No ladraban los perros ni cantaban los gallos. No se oían voces fuertes y rudas bajo la ventana. Después amaneció, y con el sonido de los cascos sobre los guijarros y el ruido de las cabras y las vacas, el pueblo se vació en los campos. Tomamos un poco de café y salimos. Allí, frente a nosotros, en el primer hueco de la calle, se extendían las grandes llanuras de aire y, más allá, el inextricable laberinto de las montañas de color. El sonido del agua estaba en todas partes y había una sensación de verdor y de frescura. No, me dije a mí mismo, la idea que me había hecho de este lugar no era ninguna ilusión.



GERALD BRENAN, nació en Sliema (Malta) el 7 de abril de 1894 y falleció en Alhaurín el Grande (Málaga, España), el 19 de enero de 1987. Tras diversos traslados a varios países (su padre era oficial del ejército y tuvo numerosos destinos), con ocho años se asentó con su familia en Gran Bretaña. Se educó en el internado Radley, que odiaba, y no tenía una buena relación con su padre, por lo que se escapó con 18 años con un amigo en dirección a China, si bien finalmente se quedó en Alemania. Al comenzar la Primera Guerra Mundial se alistó en el ejército británico y sirvió en Francia. Tras terminar la guerra, licenciado con el grado de capitán, se trasladó a España, instalándose en Granada, concretamente en la zona de las Alpujarras, narrando sus experiencias en la obra *Al sur de Granada* (llevada al cine en 2002 por Fernando Colomo). Como viajaba con frecuencia a Londres, entró allí en contacto con el grupo literario de Bloomsbury, y contrajo matrimonio con la poetisa Gamel Woolsey. Con ella se instaló en Churriana, en la provincia de Málaga, pero la guerra civil española los impulsó a volver a Gran Bretaña. En 1943 publicó *The Spanish Labyrinth* (*El laberinto español*), que analizaba las causas de la Guerra Civil española.

Escribió unos cincuenta libros en total, en su mayor parte novelas

de viajes. Al final de su vida, debido a su mala situación económica, fue trasladado a un centro de acogida en Pinner, Londres, pero la intervención de las autoridades andaluzas y españolas consiguió instalarlo en Alhaurín el Grande (Málaga), donde falleció.

Notas

[1] Las palabras que aparecen en cursiva figuran así en el original. <<

[2] Término de origen polinesio; se refiere a una fuerza anónima e impersonal, especie de energía difusa, origen de toda acción. <<

[3] En irlandés en el original. Silfo. <<